



REINADO MORTAL

LA REINA Y EL ALFIL

LINA PEROZO ALTAMAR

Autora de Rendición y Eres Mío

LINA PEROZO ALTAMAR

RONDA MORTAL

LA REINA Y EL ALFIL



Todos los derechos reservados.
Diseño de portada por: Tania Gialluca
Primera Edición: agosto 2016.
ASIN: B01JG41CSO.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)
[CAPÍTULO 2](#)
[CAPÍTULO 3](#)
[CAPÍTULO 4](#)
[CAPÍTULO 5](#)
[CAPÍTULO 6](#)
[CAPÍTULO 7](#)
[CAPÍTULO 8](#)
[CAPÍTULO 9](#)
[CAPÍTULO 10](#)
[CAPÍTULO 11](#)
[CAPÍTULO 12](#)
[CAPÍTULO 13](#)
[CAPÍTULO 14](#)
[CAPÍTULO 15](#)
[CAPÍTULO 16](#)
[CAPÍTULO 17](#)
[CAPÍTULO 18](#)
[CAPÍTULO 19](#)
[CAPÍTULO 20](#)
[CAPÍTULO 22](#)
[CAPÍTULO 23](#)
[CAPÍTULO 24](#)
[CAPÍTULO 25](#)
[CAPÍTULO 26](#)
[CAPÍTULO 27](#)
[CAPÍTULO 28](#)
[CAPÍTULO 29](#)
[CAPÍTULO 30](#)
[CAPÍTULO 31](#)
[CAPÍTULO 32](#)
[CAPÍTULO 33](#)
[CAPÍTULO 34](#)
[CAPÍTULO 35](#)
[CAPÍTULO 36](#)
[CAPÍTULO 37](#)
[CAPÍTULO 38](#)
[CAPÍTULO 39](#)
[CAPÍTULO 40](#)
[CAPÍTULO 41](#)
[CAPÍTULO 42](#)
[CAPÍTULO 43](#)
[CAPÍTULO 44](#)
[CAPÍTULO 45](#)
[CAPÍTULO 46](#)
[CAPÍTULO 47](#)

[LEE EL FINAL DE ESTA HISTORIA, AHORA SÍ, EN...](#)

[PLAYLIST](#)

Dedicatoria



A Dios por darme, este regalo tan hermoso, por la sabiduría y la fortaleza para continuar adelante con mis sueños.

A mi hermano Omar, quien, sin estar presente en cuerpo, sigue junto a mí cuando recuerdo cada consejo, cada regaño y cada palabra de aliento que me ayudó a continuar cuando decaía. Siempre estarás conmigo, vivo en mi corazón.

Agradecimientos



A mi hermana Lily por sus sabios consejos, gracias por ser mi mayor cómplice, mi sobrina Paola, quien con su locura y alegría nos animó a seguir en estos días tan duros, así como a mis padres y mis hermanos, son mis pilares.

Todo mi agradecimiento a mi querida Jessica Fermín Murray, quien, como siempre dio lo mejor de sí, para darle presencia y sentido a esta segunda parte; mil gracias amiga por dedicarle tanto tiempo a esta historia, por tu profesionalismo y tu tesón, eres la mejor.

A mi talentosa amiga Tania Gialluca por desbordar toda su magia, en esta segunda portada que concretamos en minutos, esta es toda tuya amiga. Gracias.

A Georgina Maio por la complicidad, por cada meme que hiciste para representar los capítulos, por esa alegría que me contagiaste en todo momento, y por ser mi amiga. Volveremos a vivir muchas emociones en proyectos futuros.

A mis queridas Andrea, Celinés, María Fernanda, Karen, Maca, Georgina, Lore, María E. Lizy, Liz Gabriela, Sandris, Danitza, Evelin, Dayana, Gri, Dayana, Fátima, Kari y Pilarcita, quienes forman parte del al equipo de artes y de venta.

Gracias a las primeras por entregarme su extraordinario talento en esta especial cuenta regresiva.

Al equipo de pre venta por ser las grandiosas personas que son y ayudarme a que más chicas tengan los libros.

Gracias a Florian Folger seguir brindándome su imagen para darle rostro a Diego Cáceres, vas a tener mucho éxito.

A los grupos de Hermanas Perozo y Sras. Garnett que unidos como una misma familia siempre han estado allí para vivir junto a mí, cada aventura, a todas las personas que día a día llenan de vida ese espacio. También a los numerosos grupos de Instagram que me siguen y apoyan, no las nombro para no olvidar alguno, pero saben que las llevo en el corazón.

Al señor Edgar Ramírez por ser ese ser tan especial y talentoso, no existe nadie mejor para ser el detective Gonzalo Dorta, espero algún día entregar en tus manos esta historia.

Y mi más grande y sincero agradecimiento a quienes decidieron darle una nueva oportunidad a mi trabajo, a esos que se animaron a regresar a esta RONDA MORTAL.

Lina Perozo Altamar.

**“Ahora, otro muerde el polvo.
Y seamos claros ,
no confío en nadie.**

**No me rompiste...
Todavía estoy luchando por esto.”**

Sia



CAPÍTULO 1

La noche cubría toda la ciudad de Nueva Orleans y las luces de las casas, se reflejaban en las oscuras aguas del río Mississippi, impregnándolo con su colorido, creando de esa manera, un hermoso espectáculo, que se movía con el fluir de la corriente.

La mirada de Gonzalo, se desplazaba, por las calles aledañas a la concurrida zona comercial del puerto, en busca de algún hotel bueno y económico, donde pudiera pasar la noche.

Sabía que, por esa parte de la ciudad, había varios, pues era uno de los puntos, donde se concentraba la mayor afluencia de turistas y locales nocturnos; los mismos que al ser sábado, estaban repletos de personas, deseosas de vivir una noche fuera de la rutina.

Tomó una de las calles alternas, para subir un par de cuadras y alejarse del tráfico que, en esa zona, siempre era lento. A medida que avanzaba, se daba cuenta, de que la verdadera actividad de esa noche, estaba atrás, y el resto de Nueva Orleans, se disponía a dormir y dejarles la fiesta a otros.

Vio a un grupo de personas, afuera de lo que parecía ser un restaurante; algunos llevaban uniformes, por lo que supuso, debían ser parte del personal, que ya estaban cerrando. Estacionó y bajó con rapidez, para pedirle a alguno de ellos, indicaciones.

Se encontraba perdido, pues las pocas veces que había estado en esa ciudad, siempre fue de paso, y solía quedarse en casa de su padre, la cual se encontraba cerca de los pantanos; y a la que, debido a la tormenta de esa noche, no podría llegar.

—Buenas noches —saludó, y todos se volvieron a mirarlo, de inmediato. Intentó mostrar una sonrisa amable, pero falló—. ¿Les importaría ayudarme? Acabo de llegar a la ciudad y estoy algo extraviado, busco dónde pasar la noche... algo cómodo y económico —indicó, viéndolos.

—Buenas noches, señor. —Lo saludó Mary, acercándose a él, con una sonrisa—. La mayoría de los hoteles aquí, en el Barrio Francés, seguramente estén ocupados, por ser fin de semana, al menos de esos que busca, aunque están otros, que le costarán el triple.

—Sí, eso estuve viendo, todos decían que estaban llenos... ¿Por casualidad, sabrá de otra zona, donde pueda conseguir? —pidió, con la misma amabilidad de la mujer mayor.

—En el Distrito Jardín, también puede conseguir hoteles, por menos de setenta y cinco dólares la noche. —Le dio otra opción, mientras le sonreía.

—No creo que haya disponibles, madre... muchos se están quedando esta noche, por la tormenta —intervino Louis, mirando al hombre y después a Mary.

—Sí, mi hijo tiene razón... pero no pierda la esperanza, joven; tal vez, tenga que pagar algo más, pero tendrá un lugar seguro donde descansar —comentó ella, con esa sonrisa, que siempre adornaba sus labios.

—Eso haré, muchas gracias, señora; es usted muy amable.

—No tiene nada que agradecer, que tenga suerte.

Gonzalo le devolvió el gesto, agradeciendo la información y el trato amable de la mujer, se volvió, para regresar a la camioneta, resignándose a buscar alojamiento, en alguno de esos hoteles de cinco estrellas, que tanto odiaba; no por el hecho de pagar el triple de lo que le costaría otro; si no, porque las personas que siempre se hospedaban en estos, miraban a los hombres como él, como si tuvieran alguna peste.

—Bueno... ya estamos listos, estaba revisando que todo estuviera desconectado —avisó Rebecca, apagando las luces.

Cuando Gonzalo escuchó la voz de la mujer, que acababa de salir del local, algo en la suavidad de ese tono, le hizo volverse, llevado por la curiosidad.

Ella salió del local, con esa prisa con la que siempre se movía, y le extendió su bolso a Mary, sonriéndole. En ese momento, sus ojos se toparon con el desconocido, que se encontraba a pocos metros, lo observó por varios segundos, pero después, se concentró en su tarea; tenía que cerrar, ya era tarde y todos estaban cansados.

Sin embargo, los ojos de Gonzalo, sí se quedaron prendados de los de ella, que eran de un tono miel, iluminados por las luces de la calle.

Los mismos, crearon cierta fascinación en él, algo que, desde hacía mucho tiempo, no le pasaba.

Esos enigmáticos ojos, pertenecían a una hermosa joven, de piel canela, cabello largo y oscuro, de estatura mediana, pero con unas piernas largas y delgadas, las que estaban cubiertas por unas mallas moradas, que atraparon su atención.

Le gustaban las mujeres con buenas piernas; y podía ver, que ella las tenía.

En realidad, poseía una figura esbelta, donde resaltaba un par de pechos turgentes, que pudo ver, gracias al cuello redondo del abrigo de lana negro, que llevaba puesto; aunque para su mala suerte, le impedía verle el culo con libertad, pues le quedaba algo largo.

Se sintió un tanto desconcertado, por la inspección tan a fondo, que le había hecho a la joven y desvió la mirada, antes de ser descubierto. No se consideraba un hombre morbosos, al menos no fuera del sexo.

Últimamente, sus relaciones eran pasajeras y no aspiraba a muchos atributos en sus amantes, solo los necesarios, para que le provocaran una erección y mantuvieran sus deseos de coger, un par de veces durante la noche. No buscaba nada más y tampoco lo deseaba.

—Ahora sí, vamos, que estoy muerta —mencionó Rebecca, tomando su bolso de vuelta.

—Espera, linda. Antes, dime algo... la habitación que tenían ustedes, para huéspedes, sigue desocupada, ¿no es así? —preguntó, mirándola a los ojos.

—Mary, sabes que sí —contestó, riendo—. Ni siquiera cuando papá estaba vivo, se usaba; allí está, acumulando polvo... creo que pondré un aviso, para alquilarla a alguna pareja de turistas, durante el Mardi Gras.

—¿Por qué no lo haces desde ya? —inquirió, sonriendo.

—¿Desde ya? No entiendo, Mary ¿A quién se la alquilaría ahora? —respondió, con otra interrogante.

—Pues te tengo un cliente —dijo, emocionada, por haber solucionado dos problemas. Sabía que ella estaba necesitando el dinero, para pagar dos cuotas de la hipoteca ese mes, y el hombre, necesitaba dónde dormir. Lo buscó con la mirada y vio que estaba por subir a una camioneta negra—. Joven... espere. —Lo llamó, antes de que se alejara—. ¡Le he conseguido un lugar!

—Madre, ¿acaso se ha vuelto loca? ¿Cómo va a meter a ese desconocido en la casa de Becca? —preguntó Louis, alarmado.

—Esperen un momento, ¿de qué hablan? —cuestionó Rebecca, sintiéndose extraviada.

—Enseguida te explico, mi niña —respondió Mary, ignorando a su hijo.

Gonzalo regresó hasta donde se encontraba el grupo, pensando, que tal vez, alguno de ellos, había recordado algún lugar, para recomendarle, e intentó, de nuevo, sonreírle a la señora.

—Dígame —mencionó, posando la mirada en la mujer, después de darle un rápido vistazo a la chica.

—Bueno, acabo de recordar, que mi ahijada tiene varias habitaciones desocupadas en su casa, que está a dos esquinas de aquí; si usted desea, puede quedarse allí. Claro, tendrá que pagarle, pero será mucho menos de lo que pagaría en otro lugar; además, es un sitio seguro, cómodo y agradable —mencionó, con una sonrisa.

Louis, quien ya sospechaba lo que su madre haría, comenzó a negar con la cabeza; y Rebecca, lo sospechó, al ver la señora llamar al hombre y escuchar sus palabras; igual, quedó perpleja, ante la proposición de Mary, en serio se había vuelto loca.

Gonzalo, por su lado, no supo qué decirle a la mujer, su mirada buscó, de nuevo, esos ojos que lo habían impactado minutos atrás, y pudo ver el desconcierto en los mismos.

—Madrina... creo, que... —Su voz desapareció, al mirar bien al hombre frente a ella.

Nunca antes lo había visto en la ciudad, pues de haberlo hecho, estaba segura, que no lo hubiera olvidado. Era un hombre de rasgos masculinamente fuertes y marcados, su mandíbula era de esas prominentes, que llegaban a intimidar; y esos ojos claros, la miraban con una intensidad, que le quitaba la respiración.

Ella no era una mujer fácil de impresionar, pero debía admitir, que ese hombre, tenía un tipo de belleza atrayente y poderosa.

Tal vez, era su ropa oscura, que le daba un toque de misterio, no lo sabía a ciencia cierta, pero sea lo que sea, no le permitía apartar la mirada de él o dejar de

detallarlo.

Tenia el cabello abundante y rizado, eso le daba cierto aspecto informal, su textura era gruesa, aun bajo la ropa, dejaba ver, que desnudo, debía ser un espectáculo.

Rebecca trató de enfocarse, respirando profundamente y apartando la mirada de él, para hablarle a su madrina. Llevar a un hombre como ese a su casa, era una locura.

—Mary... mi casa es muy modesta, no es un hotel... dudo, que el señor quiera pasar la noche allí —comentó, señalando con la cabeza, la camioneta que estaba estacionada cerca, la que suponía era de él.

—El joven solo busca dónde pasar la noche, y sabes que le será difícil encontrar un lugar...

—Señora... no es mi intención causar inconvenientes, no se preocupe por mí y gracias por su colaboración. —Gonzalo, impidió, que la conversación fuera más allá; esas situaciones lo incomodaban en demasía.

—Mary... mi nombre es Mary Dafoe, él es mi hijo menor, Louis y ella es mi ahijada, Rebecca... Encantada de conocerlo. —Hizo caso omiso de la protesta del turista y le extendió la mano, para saludarlo, mientras sonreía.

—Mucho gusto, Gonzalo Dorta.

Se presentó, recibiendo la mano de la mujer mayor; después, la extendió al chico y, por último, a la hermosa morena.

El tacto de ella, era suave, cálido y firme, pero por desgracia, tuvo que liberar esa pequeña mano, que tanto le había gustado tomar.

¿Qué carajos te está pasando, Gonzalo? Es solo una mujer. Hermosa y con buenas tetas, pero nada más.

Se reprochó en pensamientos, posando la mirada en el escote, pero la desvió segundos después, para no empeorar su situación. Parecía como si nunca hubiera visto a una mujer como ella; y siendo sincero, había visto y estado con mejores.

—Es un placer, señor Dorta; en verdad, me gustaría ayudarlo, pero... tengo ciertas limitaciones. La habitación con la que cuento, no está acondicionada —mencionó Rebecca, excusándose.

—Tranquila, no se preocupe, seguro encontraré algo.

—Becca... esa habitación tiene una cama, sábanas y tiene buena ventilación. Creo que está en condiciones... además, le harás un inmenso favor a este hombre, que solo busca un lugar, donde pasar la noche. —Mary no se dejaría vencer sin luchar.

—Madre, usted no puede decidir por ella, Becca no puede meter a un desconocido en su casa... ¿Y si resulta ser alguien peligroso? —cuestionó Louis.

—Louis, no seas maleducado. —Lo reprendió Mary.

Gonzalo frunció el ceño, ante las palabras del tal Louis, pero tuvo que admitir, que tenía razón, no era prudente meter a un desconocido en casa. Si lo sabía él, que había visto a tantos buenos samaritanos, pagar el precio, de tener un corazón generoso.

—Su hijo tiene razón, Mary; y la verdad, es que no deseo quitarles más tiempo... Gracias por la ayuda. —Se dio la vuelta, para regresar a su camioneta.

Mary miró a los dos jóvenes con reproche, porque se habían mostrado más groseros que prudentes; aunque, viéndolo bien, tenían razón. Ellos no conocían a ese hombre de ningún lado y este podía resultar, ser un asesino o un violador.

—Señor Dorta, espere. —Rebecca habló, sorprendiéndolos a todos e incluso a ella misma—. Tengo una habitación... es pequeña y apenas cuenta con muebles, pero puede verla; y si no le importa dormir allí, se la rento por esta noche.

Ella, ni siquiera supo, qué la llevó a hacer ese ofrecimiento. Tal vez, le dio cargo de consciencia al verlo marcharse, después de que escuchara, las palabras de Louis, las que obviamente, lo habían ofendido, o quizás fuera la mirada de Mary o algo más... no lo sabía. Ella simplemente, se dejó llevar y las palabras salieron de su boca.

—¡Ahora sí! ¡Las dos enloquecieron! —Se quejó Louis, mirando con reproche a su amiga.

—Tú, cállate. El dinero que ese hombre le pague, le viene muy bien a Rebecca; y además, no tiene cara de ser mala persona. Los años que tengo y estas canas, no son de gratis muchachito, puedo ver quién lo es y quién no, con solo mirarlo unos minutos —indicó Mary, y solo eso bastó, para que Louis guardara silencio.

—Muchas gracias por su ofrecimiento, lo único que necesito, es una cama, donde descansar... —Gonzalo le mantuvo la mirada a la chica, para que confiara en él.

—Bueno, entonces no habrá problema... es aquella casa de dos plantas, al final de la calle. —Rebecca señaló el lugar—; si lo desea, puede ir en su auto hasta allá y esperarme, enseguida lo alcanzo —agregó, desviándole la mirada.

Esta es la estupidez más grande, que hayas hecho en tu vida, Rebecca Freeman; solo espero, que no te vayas a arrepentir... y que tus padres, te protejan desde donde estén.

Pensó, sintiendo, que los nervios se iban apoderando de su cuerpo; incluso, creyó conveniente, pedirle a Louis que se quedara esa noche en su casa, para estar más segura.

—Claro, no hay problema... y para que usted y sus amigos puedan estar tranquilos, no soy un delincuente, sino todo lo contrario. Soy detective, del Departamento Central de la Policía de Filadelfia. Puedo mostrarle mi placa, si lo desea. —Gonzalo vio la tensión en ella y no pudo evitar decir eso.

—No se preocupe, está bien... solo espéreme frente a la casa, enseguida llego —dijo, intentando ocultar sus nervios.

—Bien —concedió él.

Regresó a su auto, para hacer lo que ella le pedía, tampoco se sentía bien con esa situación; lo cierto era, que se estaba arrepintiendo de haberse dejado convencer.

Todavía tenía la oportunidad de retractarse, de seguir con su camino y buscar otro lugar donde dormir; después de todo, ella solo le estaba haciendo un favor, no tenía ninguna obligación y él tampoco la tenía con ella.

Todo eso, se lo dijo, mientras recorría los escasos metros, que separaban el restaurante de la casa; pero cuando estuvo allí, no pudo continuar de largo. Apagó el motor, le echó un vistazo a la casa; y después, miró por el retrovisor, a la chica que venía caminando, junto a la señora y al muchacho; quien, probablemente, fuera un pretendiente de la chica. Aunque no creía que fuese el novio; de ser así, le hubiera partido la cara, simplemente por aceptar.

—Sigo pensando, que es una locura, pero nadie me presta atención —refunfuñó Louis, con el ceño fruncido.

—Solo será una noche... me encerraré en mi habitación y a él, lo pondré en la del primer piso, y si te hace sentir más confiado, puedes quedarte a dormir en la de mi padre —mencionó Rebecca, mirando a su amigo.

—No creo que sea necesario hacer algo así, ya el hombre dijo, que era detective... vamos a darle un voto de confianza, aunque ten a mano el bate de béisbol, Becca; digo, una nunca sabe —acotó Mary, buscando los ojos de la chica.

—A buena hora vienes a darte cuenta de ello, madre. —Louis no cesaba, en su afán de hacerlas desistir—. Le prometí a Lucy, ayudarla con los preparativos de la verbena, que harán los organizares del Mardi Gras, para recaudar fondos. Será mañana en la tarde y están muy atrasados. —Se mostró apenado con Rebecca, pero no podía fallarle a su novia.

—Cuando estás aquí, esa niña no te deja en paz un solo día —comentó Mary, mostrando sus celos maternas.

—Tranquilo, no hay problema... tomaré todas las precauciones necesarias. Nos vemos mañana en la verbena y procura no trabajar mucho —dijo Rebecca, sonriendo, mientras se acercaba, para darle un abrazo y un beso en la mejilla—. Y tú, ya no lo celes tanto... que, en algún momento, este vago, tendrá que hacerte abuela —acotó, mirando a Mary.

—Primero, que termine la universidad; y después, ya se verá. —Le advirtió con severidad, para después, volverse hacia su ahijada y despedirse—. Cuidate mucho, mi niña. Te tendré en mis oraciones, como siempre y disculpa a esta vieja loca, solo quería ayudarte, porque sé, que necesitas el dinero.

Rebecca asintió, recibiendo el cálido abrazo, que su madrina le brindaba y el par de besos, que le dio en la mejilla. Se despidieron en la esquina y a ella le tocó recorrer la siguiente manzana, sola.

Miraba la camioneta, estacionada frente a su casa y el corazón le martillaba con fuerza, dentro del pecho; dejó libre un suspiro, para aligerar los nervios, y se obligó a caminar con rapidez, obviando el peso, que sentía en sus piernas.

CAPÍTULO 2

En cuanto Gonzalo la vio despedirse de la señora y del joven, bajó de inmediato de la camioneta, quería asegurarse de que no le pasara nada, por caminar por esa calle tan solitaria y oscura.

Él venía de una ciudad con mucha más población, por lo tanto, era más insegura y violenta. Lo sabía bien por su trabajo de detective, así que no era extraño, que siempre estuviese alerta.

—Deme un momento, voy a buscar el control de la puerta del garaje —mencionó Rebecca, escapando con rapidez del hombre; y a cada paso, sentía cómo sus piernas flaqueaban.

—Claro.

Fue todo lo que consiguió decir Gonzalo, mientras la veía entrar a la casa de dos plantas, con la típica fachada, que tenían todas las viviendas en el estado de Luisiana.

Rebecca encendió las luces y caminó hasta la cocina, donde sacó de uno de los gabinetes, la caja que contenía todas las copias de las llaves de la casa y el control del garaje.

Seguía sintiéndose extraña, por la presencia de ese hombre; en verdad, había perdido la cabeza al aceptarlo allí, era un completo desconocido. Solo sabía que se llamaba Gonzalo Dorta y que era, según él, detective de la policía de Filadelfia; fuera de eso, no sabía nada más.

También podía estar mintiendo y ser un ladrón, un psicópata, un violador o un asesino.

—¡Por Dios, tantas cosas! No pareces tú, Rebecca, ¿cómo pudiste acceder? Esta es la estupidez más grande que has hecho... es la más grande de todas. —Se dijo en voz alta, sintiendo una dolorosa presión en el pecho; y tomó aire, despacio, para aliviar esa sensación; cerró los ojos, armándose de valor—. Solo será una noche... diez horas, solo eso... tú puedes mantener el control, recuérdalo... y si no, llamas al nueve once.

Salió de nuevo al pórtico y le hizo una seña, para que él subiera al auto, mientras ella accionaba el mecanismo del portón eléctrico.

La imponente camioneta, que por cierto, le iba a la perfección al conductor, ingresó a su garaje. Ella volvió a suspirar, cuando el detective la apagó y bajó, llevando en su mano, solo un bolso.

—Viaja con poco equipaje —mencionó, porque le pareció un algo sospechoso.

—Dejaré lo demás en el auto, ¿es seguro? —preguntó él, sin animarse a mirarla a los ojos.

—Sí... sí, por supuesto. Nunca he sufrido de robos, y me paso la mayor parte del tiempo en el restaurante —informó, mostrándole una leve sonrisa—. Bueno, bienvenido a mi humilde hogar.

Rebecca abrió la puerta y lo invitó a pasar al salón.

—Gracias.

Rápidamente, Gonzalo paseó la mirada por el lugar, como era su costumbre; al ser policía, no había sitio nuevo donde llegase, que él no estudiase. El conocimiento de su entorno, le daba cierto sentido de seguridad.

Descubrió, que la casa de Rebecca, era más grande, que su nuevo apartamento en Filadelfia. No le veía nada de humilde; tal vez, carecía de mobiliario, pero para vivir ella sola allí, como sospechaba que hacía, era bastante amplia.

—Este es el baño de visitas... deberá usarlo, pues la habitación donde se quedará, no tiene. —Le mostró una puerta y siguió hasta el final del pasillo—. Esta parte de la casa, ha estado cerrada, porque no la uso, pero está todo limpio... una señora viene una vez por semana, e insiste en atender la casa completa. —Abrió la puerta y buscó el botón en la pared, para encender la luz.

Gonzalo se encontró, con una habitación amplia y bien iluminada, apenas pudo percibir el olor a encierro, que se apoderaba de los espacios, cuando no eran usados.

La cama de madera, era grande y se veía resistente, el colchón también parecía estar en buenas condiciones; pudo verlo, ya que no tenía sábanas, aunque suponía, que ella le daría algunas.

—Como verá, es algo sencillo, pero le aseguro, que es cómodo, y si solo lo necesita por una noche... es suyo. —Las palabras salieron de prisa, de los labios de Rebecca.

Caminó hasta las ventanas, para asegurarse que estuvieran cerradas, sabía que era así; sin embargo, lo usó como excusa, para alejarse de ese hombre, su presencia la ponía tensa.

—Me parece perfecto, he viajado desde Filadelfia hasta Jackson, en avión; de allí, lo hice por carretera, hasta aquí; y la verdad, estoy exhausto. Si solo me hubiese ofrecido un sofá, igual se lo aceptaba —comentó, mirándola a los ojos y mostrando algo parecido a una sonrisa—. Tenía pensando ir hasta una cabaña, que tengo por los pantanos, pero con este tiempo, no puedo. Los caminos deben estar inundados. —Le explicó. Sintió la necesidad de hacerlo y ni siquiera sabía el porqué, ya que era un hombre, que pocas veces justificaba sus acciones.

—Tiene razón... es imposible transitar por esos caminos, después de una tormenta como la de hoy, los autos terminan atascados... Bueno, si no tiene problemas con la habitación, puede comenzar a instalarse, voy a traerle algunas cobijas. —Salió con rapidez de la habitación y se enfocó en hacer esa tarea, para no analizar esa situación tan incómoda.

—Muchas gracias, Rebecca —mencionó, siguiéndola con la mirada. Caminó hasta el sofá, donde dejó el bolso; y luego, se quitó la chaqueta.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Rebecca, llevándose las sábanas al pecho, cuando entró y le vio el arma en la cintura.

—Tranquila... tranquila, enseguida la guardo... No estoy de servicio ahora, pero siempre la llevo conmigo, nunca se sabe cuándo puede ser necesaria —dijo, en un tono pausado, para calmarla; y se llevó una mano hasta la cintura, para retirar el estuche junto al arma—. Ya está, no tiene de qué preocuparse... aquí está mi placa, no le mentí cuando le dije que era detective. ¿La ve? —indicó, mostrándole su credencial.

—Está bien... solo me asusté un poco. Mi padre jamás usó un arma, así que no tengo una relación cercana con ellas. —Se sintió apenada; y pensó, que su reacción, fue algo exagerada—. ¿Desea algo de tomar o pasar al baño? Quizás no ha cenado... Si quiere puedo prepararle algo. —Le ofreció, mientras hacía la cama.

—Comi hace poco, muchas gracias... no quiero causarle más molestias. —Le respondió, sin poder despegar la mirada de ella—. Si no le importa, me gustaría darme una ducha.

—Por supuesto, en el baño hay toallas limpias y si necesita más, en ese armario puede conseguirlas, también hay más cobijas —comentó, moviéndose de un lado a otro, llevada por los nervios.

Estaba desesperada por marcharse de allí, cerrarse en su habitación y olvidarse de la presencia de ese hombre, o al menos, intentarlo.

—Rebecca, muchas gracias... por todo —mencionó él, a quien no le pasaban desapercibidos, los nervios que ella sentía; y pensó, que era bastante normal, pues tenía a un extraño en su casa.

—De nada; bueno... me retiro, debo descansar, y yo también tuve un día bastante ajetreado —dijo, despidiéndose.

—Por supuesto, que descanse. —Él intentó sonreír, de manera más efusiva, pero solo consiguió curvar la comisura de sus labios.

—Espero que usted, también lo haga, detective Dorta —pronunció, dándose la vuelta.

—Gonzalo, llámeme Gonzalo... después de todo, la he llamado por su nombre de pila, desde el principio —esbozó, deteniéndola; y esa vez, la sonrisa sí le llegó a los labios.

—Está bien, que descanses, Gonzalo. —Se despidió con una sonrisa y su corazón latióle muy rápido.

Subió las escaleras y entró a la habitación de su padre, para buscar el bate de béisbol, ese que era uno de los tesoros que tuvo en vida, pues estaba autografiado por *Reggie Jackson*. Rebecca sonrió al recordar cuanto le gustaba alardear de ello, y casi le aseguraba a sus amigos que él y la leyenda del béisbol eran amigos, solo porque

compartieron un par de cervezas y el hombre le envió el bate a su casa por su cumpleaños.

Lo tomó, sintiéndose algo tonta, por estar tan nerviosa y a la defensiva; pero después, recordó, que era mejor prevenir que lamentar; además, ella odiaba las películas de terror, donde la protagonista no se defendía y moría por estúpida.

Entró a su habitación, cerró la puerta, le pasó el seguro y le puso una silla; de manera, que no pudieran abrirla desde afuera; suspiró, sintiendo que la tensión comenzaba a abandonar su cuerpo; y después, miró su reflejo, en el espejo de cuerpo entero. Lucía trastornada y eso le causó vergüenza.

Entró al baño, despojándose con rapidez de su ropa; y mientras lo hacía, no podía sacar de su cabeza al detective.

—Es muy guapo... pero tal vez, esté casado o tenga novia; y sabes lo que te prometiste, después de lo que pasó con el imbécil de Raymond. No vas a caer de nuevo en esa trampa, Becca. —Se dijo, en voz alta y abrió la llave, para que el agua se llevara el cansancio, junto a esos dolorosos recuerdos del pasado.

Tan solo tenía diecisiete años, cuando conoció a Raymond y comenzó junto a él, lo que pensó, sería; y en parte, fue, la más hermosa historia de amor y pasión, que hubiera imaginado. Solo que esta, no fue para siempre, como en las novelas o en las películas.

Él era un marine, que había llegado a Nueva Orleans, junto a su pelotón, para ayudar a los habitantes, luego de la catástrofe de Katrina; era el hombre más guapo, sensual y encantador, que hubiera conocido hasta entonces.

Ella quedó deslumbrada, en cuanto lo vio la primera vez, aunque la atracción fue mutua, pues él también se mostró interesado en ella, de inmediato; y a pesar del caos que era la ciudad y su propia vida, por la enfermedad de su madre, nació una ilusión, su primera ilusión.

Se hicieron inseparables, durante los tres meses que él estuvo allí, ella se enamoró perdidamente de ese hombre, que le prometió el cielo, pero que luego, la llevó al mismo infierno.

Después de haberle entregado su virginidad y todos sus sueños; se enteró, que el encantador Raymond, era un hombre casado y padre de una niña de tres años.

Todo el tiempo le había mentado, prometiéndole, que en cuanto acabara su servicio, se mudaría a Nueva Orleans y se casaría con ella.

Habían hecho cientos de planes; e incluso, él se presentó ante sus padres; todos sus conocidos decían, que eran la pareja perfecta, y cuando la mentira se descubrió, ella quedó como una estúpida, sufriendo la humillación pública, que le hizo la esposa de él, cuando llegó a la ciudad con su hija y los confrontó.

Después de diez años, ya no lloraba, al recordar esa parte de su vida, aunque no había vuelto a enamorarse, sentía que no le hacía falta, además de que no tenía tiempo para el amor; sino, para mantenerse a flote.

Sus días los dedicaba al restaurante y a evitar que los bancos la dejaran sin techo, ya tenía suficientes complicaciones con eso, como para buscar más, entablando una relación con alguien.

En cuanto al sexo, se convirtió en una persona práctica, como lo hacían la mayoría de los hombres; y las pocas relaciones que tuvo, después de Raymond, fueron sin compromisos, sin entregar nada más, que no fuera el cuerpo; y como últimamente no tenía tiempo ni para eso, optó por comprarse un par de vibradores, esos eran sus mejores amantes; y con ellos, siempre tenía orgasmos seguros.

Minutos después, se encontraba acostada en su cama, mirando las figuras en el techo, las conocía de memoria porque nunca se había mudado de la misma, nuevo era consciente, del hombre que dormía en el piso de abajo.

Se puso de pie y buscó la caja, con los recuerdos más preciados que tenía de sus padres, para verlos; eso siempre la distraía y le arrancaba las penas de la piel.

También tomó sus preciadas solicitudes a la universidad y comenzó a releerlas.

—Algún día... no eres un imposible; llegará el momento, en que obtenga lo que deseo —aseguró, luchando por no llorar, al tiempo que guardaba todo.

El cansancio terminó por vencerla, cerca de medianoche, pero no consiguió descansar del todo, porque su sueño, estuvo plagado de recuerdos.

CAPÍTULO 3

Cuando despertó, a la mañana siguiente, el sol comenzaba a colarse débilmente, por debajo de las gruesas cortinas fucsia, que cubrían las ventanas.

—¡Mierda, me quedé dormida!

Salió de la cama de un brinco y se mareó un poco, pero en cuanto se recuperó, corrió hasta el baño. Le extrañó que Louis no hubiera ido a despertarla, para que abriera; debió suponer, que se había quedado dormida, aunque esto nunca le pasaba.

Abrió la llave de la ducha y esta comenzó a hacer ruidos, pero no salió agua y el calentador tampoco encendió; resopló, sintiéndose desesperada.

—¡Malditas tuberías! ¡Justo tenían que congelarse hoy! —mencionó, golpeando la pared. Resignándose a bajar, para usar el baño de visitas, tomó su bata de baño y corrió escaleras abajo.

Casi cae en el último escalón, pero logró sostenerse de la baranda, suspiró, aliviada y caminó directo al baño, abriendo por completo la puerta, de un solo empujón.

Se quedó boquiabierta, mirando el espectacular cuerpo desnudo, del hombre bajo la regadera; extasiada, viendo la espalda ancha, llena de músculos, una cintura y unas caderas delgadas, pero lo que se llevó toda su atención, fue el culo que tenía, era un verdadero deleite para sus ojos, redondo y bien formado, como para caerle a nalgadas, a mordiscos o simplemente, para apretarlo con fuerza, mientras se hundía dentro de ella. La imagen la hizo jadear y temblar a la vez.

Lo vio cerrar la llave y un remolino de nervios se apoderó de ella, miró a todos lados, para ver por dónde escapar, sin que él la viera, pero no encontraba la manera, lo único que la salvaría, sería desaparecer en ese instante.

Pensó, que lo mejor, era hacerle creer, que apenas acababa de entrar al lugar, que creyera, que no había sido más, que un encuentro fortuito.

—¡Mierda! —exclamó y se dio la vuelta.

Gonzalo se sobresaltó, al escuchar el grito de Rebecca y volvió medio cuerpo, para verla.

La encontró de espaldas a él, llevando puesto solo un ligero abrigo gris y ropa interior, pero parecía más apenada de haberlo visto desnudo, que por estar ella con tan poca ropa, frente a él.

—Disculpa... yo... no me acordaba que estabas aquí, perdón por entrar así. —Intentó justificarse, mientras se mordía el labio inferior, para ocultar su sonrisa.

—No te preocupes —mencionó él, aprovechando que ella estaba de espalda, para mirarla mejor.

Tal como imaginó, la noche anterior; tenía un par de piernas muy hermosas, largas y torneadas, seguramente, por el trabajo diario, pero lo que más disfrutó ver, fue ese pequeño y parado culo, que despertó sus ganas de acariciarlo.

Ese pensamiento, hizo que su miembro se estremeciera, y tuvo que desviar la mirada, para no terminar con una erección delante de ella.

—Me siento muy apenada... no debí entrar así... es la costumbre. —Rebecca trataba de explicarse; y se lamentaba, no tener un espejo frente a ella, para seguir admirándolo.

¡Por Dios, Becca! ¿Qué te pasa? Tú no eres así... lo que tienes que hacer es, salir de aquí y dejar al hombre en paz.

Pensó, sintiendo los nervios bullir en su interior, y decidió agregar algo más, para que él no la creyera una fisgona o una pervertida, tenía que justificarse.

—Siempre uso el baño de mi habitación, pero en esta época, las tuberías suelen congelarse y el agua no sube, justo hoy sucedió, y como vivo sola...

—Rebecca, está todo bien, no eres la primera mujer que me ve desnudo —expresó, sonriendo.

Por primera vez en mucho tiempo, lo hacía y sentía una agradable sensación, llenándole el pecho; tomó una toalla y se la envolvió en la cintura, para cubrirse.

¡Qué arrogante! Ya sabía, que no debía ser la primera, que lo veía desnudo; y eso poco le importaba, el problema era, que ahora pasaría todo el día con la imagen de ese glorioso cuerpo desnudo y mojado, en su cabeza.

Se quejó en pensamientos y suspiró, para no soltar la risa que burbujeaba en su pecho, sentía una especie de emoción; una, que desde hacía mucho, no la embargaba; y la hacía sentir bien.

—No... supongo que no —mencionó, cerrando los ojos, al sentir el calor de ese poderoso cuerpo, pasar junto a ella.

—Quien debe pedir disculpas, soy yo, por ocupar tu espacio, por irrumpir de esta manera, en tu rutina diaria...

—No, no, por favor... no tienes que disculparte por nada, se suponía que este lugar era para ti —señaló, intentando mantener su mirada fija en ese par de ojos, los que lucían mucho más hermosos a la luz del día, eran de un verde transparente, casi llegando al gris claro.

—Bueno, digamos que estamos a mano... porque si no te has dado cuenta, también traes poca ropa, y me has brindado un verdadero espectáculo —dijo, sonriendo, al verla abrir los ojos, con sorpresa y sonrojarse. Él pensaba, que las mujeres, después de los veinte, perdían la capacidad para hacerlo.

—¡Oh, mierda! —exclamó y se cubrió con el albornoz.

—Te dejo, para que puedas bañarte con tranquilidad, y cerraré la puerta, así no sufres interrupciones —comentó, saliendo, aún con la sonrisa en sus labios.

Rebecca se quedó estática, ante sus palabras y con la boca abierta. Jamás hubiera imaginado, que el hombre serio, que conoció la noche anterior, tuviera tan buen sentido del humor, seguro estaba cansado; y por eso, fue tan poco comunicativo.

Se metió a la ducha con rapidez, pues había olvidado, que estaba retrasada, pero lo peor de esa mañana, no había terminado; cuando salió, para alistarse e irse a trabajar, tomó su móvil, para ver si tenía alguna llamada perdida de sus empleados; y fue entonces, que se dio cuenta, que era domingo y ese día no trabajaban.

—¿Dónde tienes la cabeza, Becca? —Se reprochó y bajó de nuevo al salón, pues ya no ganaría nada con volver a dormir.

Llegó hasta la cocina y comenzó a preparar algo de comer, escuchó un trueno, que la hizo sobresaltarse, miró por la ventana y vio, que el cielo se volvía a oscurecer.

—Buenos días —saludó Gonzalo, desde la puerta.

—Buenos días, hasta eso olvidé decirte hoy. Debes pensar, que soy una maleducada —mencionó, esquivándole la mirada, para esconder su vergüenza—. ¿Dormiste bien? —Le preguntó.

—Dormí muy bien, gracias. La verdad, vine para cancelarte lo de la habitación, quiero salir antes de que comience a llover —contestó, mirándola a los ojos; descubriendo, que le gustaba mirarlos.

—Estoy preparando desayuno, puedes acompañarme, si gustas. —Le ofreció, sonriendo.

Él no tenía mucho apetito, pero no quiso rechazar su oferta y privarse de la oportunidad, de compartir más con ella, así que asintió.

—Por favor, toma asiento —mencionó, indicándole una de las sillas, junto a la pequeña mesa de madera.

—Muchas gracias... ¿Vives sola desde hace mucho? —preguntó, buscando un tema de conversación.

—Desde que mi padre murió, hace siete años —contestó, mientras servía los huevos revueltos en un plato.

—Lo siento mucho. —Gonzalo se sintió un estúpido entrometido, sabía que a las personas no les gustaba hablar de esos temas; pensó, que debía solidarizarse con ella—. Yo acabo de perder al mío... murió hace un mes, de cáncer.

—Lo lamento, Gonzalo. Sé lo que es esa maldita enfermedad... mi madre murió de ella, cuando yo tenía diecisiete años —dijo, mirándolo a los ojos.

—Creo que somos dos huérfanos, entonces.

Comenzó a comer, para no ahondar más en el tema; era demasiado desagradable, para un desayuno; uno, que estaba delicioso, en verdad.

A momentos, sus miradas se encontraban y ella le sonreía, pero él apenas podía responderle de igual manera; recordar lo que era su vida, siempre lo ponía de mal humor.

—Estuvo delicioso, muchas gracias —dijo, al terminar—; y bueno, ahora sí, dime, cuánto te debo.

Rebecca se mordió el labio, sintiéndose en la disyuntiva, de cobrarle o no; nunca lo había hecho, y se sentía apenada, de que él le cancelara, por dormir allí, lo mejor sería dejarlo como un favor.

—Gonzalo... no es necesario que me pagues...

—No, ese no fue el acuerdo, tú me ofreciste una habitación, y yo la ocupé, así que debo pagarte.

—¿Cuánto crees que debes pagar, por una habitación como esa, y por las pocas horas que dormiste? Y claro, descuenta el bochornoso momento de esta mañana —acotó, poniéndose de pie, para lavar los platos.

—No lo sé, dime tú, cuánto sería todo eso, más lo del espectáculo de esta mañana —mencionó, sonriendo. La vio quedarse en silencio y sacó varios billetes de su cartera, para ponerlos sobre la mesa, era evidente, que ella no quería recibir nada—. Seguramente, habría encontrado algo mucho más sencillo que esto, por sesenta dólares, así que eso te pagaré.

—No, es mucho dinero. —Se quejó, volviéndose a mirarlo.

—Es lo que considero justo, así que acéptalos, por favor.

Rebecca miró los billetes sobre la mesa y se sintió extraña, pero debía acostumbrarse, si planeaba alquilar la habitación, para el próximo Mardi Gras. No los tomó delante de él, para no parecer desesperada, solo le sonrió, agradeciéndole; y entonces, lo vio tomar el bolso, para marcharse.

—Espero que te vaya bien y consigas los caminos despejados —comentó, acompañándolo a la salida.

—Gracias por tu hospitalidad, Rebecca; espero que nos veamos de nuevo... —Se interrumpió, sintiéndose idiota, al decir esas últimas palabras, y frunció el ceño.

—Yo también.

Ella se animó a darle un rápido abrazo, no podía entender, por qué él, la hacía sentir tan nerviosa, como si nunca hubiera tenido experiencia con otros hombres.

Le sonrió al separarse y lo vio caminar hacia la camioneta, no pudo evitar que sus ojos, se posaran en ese trasero, el que estaba segura, no olvidaría en días.

Lo despidió con la mano; y después, regresó hasta la cocina. Organizaría un poco la casa, pues no se hallaba, estando ociosa, sin hacer nada en todo el día; sobre todo, odiaba la soledad, que reinaba en su hogar.

Por esos motivos, detestaba los domingos.

Agarró los billetes, para guardarlos; y se sorprendió, al ver, que, en lugar de sesenta dólares, como él le había dicho, le había dejado cien.

CAPÍTULO 4

Después de tener que esperar cuarenta minutos, para conseguir un taxi, que los trajera de regreso a Nueva Orleans; del tráfico lento en la carretera y de tener una acalorada discusión, al llegar al apartamento de Diego, debido a los nervios que le provocaba a Deborah, haber dejado ir a George solo, hasta el aeropuerto de Jackson; terminaron por caer rendidos, después de un baño, que se dieron por separado.

Ella no estaba para sexo, esa noche; y Diego, tampoco quiso rogarle, no estaba acostumbrado a hacerlo; a él, las mujeres lo asediaban todo el tiempo, y prácticamente, se le desnudaban, para que se las cogiera.

Además, debía admitir, que al igual que a Deborah, a él también le preocupaba, que el abogado fuese a cometer alguna estupidez. El miedo, podía hacer, que un hombre actuase de muchas maneras; y las amenazas, no siempre ejercían el efecto deseado.

No obstante, se esforzó en no pensar en ello, y para lograr conciliar el sueño, hizo a un lado su molestia con Deborah y le rodeó la delgada cintura con el brazo, pegándola a su cuerpo.

Ella, en un principio, se tensó, pensando, que él deseaba tener sexo, a pesar de que ya le había dicho que estaba agotada, pero al sentir que solo buscaba tenerla cerca y el beso de buenas noches, que le dio en el cuello, se relajó, disfrutando de esa cercanía, del calor que le brindaba la piel de Diego, y se hundió en la deliciosa fortaleza que era su pecho.

A la mañana siguiente, el primero en despertar, fue él; ya que su cuerpo, tenía un reloj biológico, que no lo dejaba dormir hasta tarde. Sonrió, emocionado, cuando su mirada se topó con el rostro de Deborah, quien aún dormida, seguía luciendo hermosa y deseable.

Su cuerpo había disfrutado de esa cercanía, pues ya se mostraba ansioso por poseerla y él lo complacería.

Se movió con cuidado, para no despertarla, aún; y deslizó su mano, debajo del diminuto pantalón corto de satén, rosado; que ella se había puesto la noche anterior, creyendo que, con eso, lo mantendría lejos.

La verdad era, que Deborah no terminaba de conocerlo; porque, si él hubiera querido cogérsela, lo habría hecho, aunque se hubiera puesto un hábito de monja. No lo hizo, porque su cabeza estaba ocupada, con todo lo del maldito abogado, por nada más.

—Vamos, belleza, déjame sentir cómo amaneces —susurró, acariciándole, con dos de sus dedos, la suave y cálida vulva.

Ella se removió un poco, entregándole un gemido y volvió su rostro hacia él, pero sin llegar a despertar.

Diego retomó sus movimientos; y aventurándose a ir más allá, le deslizó uno de sus dedos en el interior, que no se encontraba muy húmedo, pero él cambiaría eso en segundos; la haría mojar, como siempre.

Comenzó a masturbarla, despacio, sintiendo que su respiración, a cada segundo, se hacía más pesada, así como el latido de su corazón, más rápido.

Ella volvió a gemir, provocando, que una sonrisa, cargada de satisfacción, se adueñara de sus labios.

Deborah comenzó a salir del estado de sueño, para sumergirse en uno más placido; tembló íntegra, cuando las sensaciones que le recorrían el cuerpo, fueron ganando intensidad.

No quería abrir los ojos y despertar de ese maravilloso sueño, si es que era un sueño, pues se sentía muy real; suspiró, separando sus piernas, para que aquello que la invadía, tuviera mayor libertad.

—Creo, que estás de mejor humor, esta mañana —comentó él, y en su voz, vibraba la risa, le dio un suave beso en el cuello y aceleró el ritmo de sus dedos.

—Diego... —susurró ella, moviendo sus caderas, para acoplarse al compás de los dedos de él.

Aún sentía la cabeza envuelta en una nube, pero su cuerpo estaba muy despierto y ansioso por eso que Diego le brindaba; parpadeó, despacio, para que su vista se ajustara a su entorno, y lo primero que vio, fue la sonrisa sensual de él; después, esa mirada oscura, que estaba cargada de deseo y que tensó todos sus músculos, cargándolos de energía y expectativas.

—¿Te gusta esto? —preguntó él, dándole toques de labios.

—Sí... sabes que sí. Me encanta cómo me tocas.

Ella subió sus labios, para mantener el contacto con los de él, quería besarlo y sentir su lengua, jugueteando dentro de su boca, pero solo consiguió roces de ese músculo húmedo y pesado, que la incitaba a ir por más.

Diego se alejó, dedicándole toda su atención a la sensible piel de su cuello; y ella suspiró, cerrando los ojos, de nuevo, sintiendo el roce áspero de su barba, la respiración caliente de él y esas excitantes succiones, que la hacían gemir, mientras un dedo más, se hundía, sumándose al que ya se hallaba dentro de su cuerpo, haciendo maravillas.

—¡Oh, sí! —expresó, apretando la sábana bajo su cuerpo y hundiendo la cabeza en la almohada—. Más... dame más, Diego, estoy cerca... estoy cerca —anunció, tensándose.

Él la tenía justo como deseaba, sus dedos se deslizaban hasta el fondo, gracias a lo húmeda que estaba, tal como se dijo que haría, la tenía ansiosa, suplicante y tan sensual, que esa imagen, hacía que la deseara más.

Movió su mano libre, para bajar la delicada prenda, que le cubría los senos y expuso uno de ellos, para su deleite; tomó el pezón completo en su boca, y con la lengua, comenzó a rozar la punta.

—Me estás volviendo loca... por favor... haz que me corra, hazlo ya, Diego —pidió, moviendo sus caderas, para aumentar la fricción. Estaba realmente desesperada.

Él dejó de lado, lo que hacía con sus labios, sobre el seno de Deborah; y le dio un beso, que los hizo temblar, que aceleró aún más, los latidos de ambos corazones; y fue el prelude, para que Deborah, comenzara a emprender su vuelo, pero antes de que se perdiera por completo, él habló.

—Abre los ojos... quiero que me mires, Deborah —pidió, con la voz ronca y un remolino de emociones en el pecho.

Ella lo hizo, respondiendo a su súplica, abrió sus párpados y también llevó su mano hasta la nuca de Diego, para acercarlo y que él le ayudara a soportar, el huracán que se desataba en su interior.

Todo en medio de sus piernas, se deshizo entre humedad y calor, se estremecieron con fuerza, al tiempo que sentían, que los corazones, les iban a estallar.

Ella separó sus labios, desesperada por buscar aire, el orgasmo se lo arrebató todo, y aunque consiguió mantener la mirada en los ojos de él, no pudo contener esas emociones, que la hicieron sollozar o que sus pupilas se cristalizaran.

Diego no pudo contener sus deseos de poseerla, y antes de que ella pudiera recuperarse por completo, la desnudó con rapidez, la acomodó, separándole las piernas con sus rodillas, y se hundió en ella.

Nunca antes había experimentado algo así, algo tan intenso, que no conseguía ni siquiera las palabras, para definirlo; era una necesidad, que lo rebasaba todo y que iba más allá de cogérsela y acabar dentro de ella.

No quería solamente ese excitante cuerpo, que lo enloquecía, quería poseerla a ella, por completo; como aspiraba a creer, que no lo había hecho ningún otro hombre. Quería que ella dependiera de él, que solo lo deseara a él; ese era su objetivo.

Esas ansias locas, hicieron que Diego se desbocara en el interior de Deborah, que se moviera con premura, hundiéndola en el mullido colchón, con el peso de su cuerpo; y su piel, comenzó a transpirar, para liberar el intenso calor, que le colmaba el cuerpo.

Deborah solo era capaz de jadear, ante cada estocada que la hacía arquearse, soportando esa mezcla de dolor y placer, que él siempre le hacía vivir; le clavó sus manos en la espalda, sintiendo, cómo los músculos, se le tensaban, cada vez que se hundía en ella.

Y en un segundo, todo se volvió tan intenso, que se encontró a las puertas de otro orgasmo y comenzó a temblar, anunciándole, que no tardaría demasiado en irse; pero un cambio de ritmo, la hizo gritar y alejarse de ese estado idílico.

—Diego... por favor... por favor, ve más despacio —rogó, al sentir, que ese ritmo brutal de él, la estaba lastimado.

—Aguanta... aguanta... Deborah —indicó, mirándola a los ojos, negándose al placer, que ese roce acelerado, le proporcionaba, haciéndolo sentir jodidamente bien.

—No puedo... vas demasiado rápido y llegas muy profundo, hazlo lento... por favor —suplicó, en medio de jadeos.

Él soltó un gruñido, resignándose a hacer lo que ella le pedía; y se alejó, quedando apoyado en sus antebrazos, la miró a los ojos, mientras mecía sus caderas de manera suave, se detenía unos segundos, cuando estaba todo dentro y después salía.

Deborah gimió, aprobando lo que hacía; al tiempo, que le sonreía y le acariciaba el pecho, subió sus labios, ofreciéndoselos; y él no perdió un segundo, para atraparlos, en un beso voraz, uno, que calmara el fuego que ardía en su interior.

—¿Así? ¿Te gusta? —preguntó, en un susurro.

—Sí... me gusta mucho... se siente bien —contestó, sonriendo y acariciándole el rostro.

—Me llevará mucho tiempo, tener un jodido orgasmo a este ritmo, Deborah... esto no es coger. —Se quejó, deseoso de volver a hacerlo, como minutos atrás.

Ella comenzó a reír y sus senos se estremecían, ante el movimiento; hizo que sus caderas danzaran, llevando a Diego a su interior y lo vio cerrar los ojos, tensando la mandíbula.

Quiso más de esas reacciones, por lo que llevó sus manos, hasta ese perfecto y apretado culo que tenía, para acariciarlo, mientras le imprimía mayor fuerza al vaivén de sus caderas.

—Ven aquí —esbozó, pidiéndole que se pegara a su cuerpo; y cuando lo tuvo así, le acercó sus labios a la oreja, y antes de hablar, le dio un par de besos—: hazme correr, moviéndote de esta manera y dejaré que me acabes en la boca.

Diego se estremeció entero, al escuchar esa proposición y el sonido ronco de su voz; le encantaba todo de esa mujer, hasta la manera en la cual le hacía promesas, lo volvían loco.

Cerró los ojos, tragando en seco; y cuando los volvió a abrir, su mirada se fundió en la azul de Deborah. Ella sonreía, siendo consciente, de que lo tenía agarrado de las pelotas, pues ya otras veces, se lo había pedido, y aunque casi lo había conseguido, ella siempre se le escapaba.

—Vas a tener que darme una buena mamada, Deborah Wallis. —Le advirtió, con la voz cargada de deseo.

—¡Por Dios! No hables de esa manera —dijo, riendo y le tomó el rostro entre las manos, para hablarle casi rozándole los labios—. Te voy a meter en mi boca y no me detendré, hasta sentir que te corres... vas a rogarme, Diego Cáceres —sentenció, con la mirada brillante; y lo besó, de esa manera sensual, pero a la vez, violenta, en que él la besaba a ella.

Diego se olvidó de la condición que permitía ese pacto y movió sus caderas con premura, hundiéndose en ella, disfrutando del roce de sus pieles, unidas todo lo íntimamente posible y de cada gemido que Deborah ahogaba en su boca.

De pronto, ella se alejó de sus labios, interrumpiendo el beso.

—Despacio... o te quedarás sin eso que tanto deseas —advirtió, apoyándole las manos en los hombros—. Hazme disfrutar de esto, Diego... hazlo así... así.

Ella se movió debajo de él, con suavidad, permitiendo que se deslizara hasta el fondo, pero con un ritmo pausado; comenzó a besarlo, al tiempo que se contraía, arrancándole gemidos roncós; le delineó los músculos de la espalda con los dedos y se apoyó en las nalgas, para empujar hacia arriba.

Haciendo todo eso, se podía decir, que era ella, quien se estaba cogiendo a ese hombre, quien llevaba el control, aun estando debajo de él; y le gustaba, eso la hacía sentir poderosa, porque lo había dominado.

Diego se esforzó en hacer lo que Deborah le pedía, y prácticamente, la dejó llevar las riendas de ese encuentro, se movía cuando los gemidos y las miradas de ella se lo pedían, intentando siempre ser delicado.

Contrario a lo que pudiera esperar, al sentirla de esa manera, también lo estaba disfrutando, le gustaba; él estaba acostumbrado a que todas sus relaciones siempre fueran rápidas, iban a lo que iban y ya, los preámbulos eran escasos y casi siempre se limitaban al sexo oral.

Le gustaba coger y no esas tonterías de hacer el amor, por eso no había tenido una novia formal, ni esperaba tener una; y aunque, en ese momento, disfrutaba de estar con Deborah de esa manera, no aseguraba hacerlo una práctica habitual y mucho menos, cambiar lo que ya conocía.

El sudor bañaba las pieles de ambos y la unión de sus sexos, era una hoguera, necesitaba que ella se corriera y lo dejara hacer lo que le había prometido, así que le dobló las rodillas, para llegar más profundo, y se quedó quieto, mientras le acariciaba el clítoris.

—¡Ay, Dios mío! —pronunció ella, arqueándose y cerrando los ojos, sintiendo cómo, una vez más, su intimidad se inundaba.

—Sigue moviéndote, Deborah... sigue haciéndolo como te gusta, belleza —susurró y le dio un par de besos en la garganta, deslizando su lengua, después, por la barbilla, hasta subir al oído, donde suspiró—. Quiero que te corras, quiero sentirte hacerlo.

El éxtasis subió en un poderoso espiral dentro de Deborah, y la atrapó en un ritmo vertiginoso, como los de un tornado, que la arrancaba de la tierra y la lanzaba al cielo, en cuestión de segundos.

Liberó, a través de gritos, palabras de las que ni siquiera fue consciente; en ese instante, no había razonamientos en ella, solo sensaciones, extraordinarias sensaciones.

—Dame otro... dame otro. —Le pedía Diego, contra la piel trémula de su cuello níveo, y comenzó a moverse más rápido.

Ella ni siquiera encontró su voz, para responderle; y en un acto suicida, solo asintió, dándole a él la libertad, para que se moviera como le diera la gana, después de ese orgasmo, le entregaría la vida, si se la pedía.

Se aferró a él, con cada partícula de fuerza, que le quedaba en el cuerpo, lo miró a los ojos, antes de besarlo y comenzó a jadear, cada vez que Diego salía de su interior, para regresar de un certero golpe, que lo llevaba hasta el fondo; lo hacía lento, pero con una fuerza, que la puso a sollozar.

—Deborah... estás tan mojada... me hundo completo, te quiero así, siempre... siempre, belleza —pronunció, con la voz ahogada, porque se estaba quedando sin aire. Le mordió con fuerza los labios y gruñó, reteniendo su propio orgasmo.

—Vente conmigo... vente conmigo —pidió, desesperada, pues no soportaría, que él siguiera, después de ese orgasmo, que le anunciaba con estremecimientos, cuán intenso sería.

—No... no... —Negaba él, con la cabeza y sentía el corazón latiéndole en la garganta, mientras el semen, palpitaba bajo la piel de su miembro, que estaba muy sensible.

—¡Sí! —demandó ella, apretándole con fuerza las nalgas, clavando sus dedos allí, al tiempo que lo succionaba completo y lo encerraba, en su vagina anegada y sus pliegues hinchados.

Diego estalló en un primer espasmo, acompañado de un gemido gutural, que parecía el de alguna bestia salvaje; y ella, lo hizo al segundo siguiente, gritando también con tanta fuerza, que sentía, cómo la garganta, se le desgarraba.

Ambos perdieron el sentido del tiempo y del mundo que giraba a su alrededor, lo único concreto en ese instante, era el placer que los atravesaba y que solo duró segundos, pero que eran los segundos más sagrados, para un hombre y una mujer, cuando se unían de esa manera, donde todo lo demás sobraba.

—Mierda... me engañaste —susurró él, al ser dueño de su consciencia, de nuevo y la miraba a los ojos.

—No... no lo hice. —Deborah negó con la cabeza, mientras reía y le acariciaba la espalda, disfrutando de sentirse llena de él.

—Esto no acabó como yo esperaba, como me prometiste. —Le reprochó, intentando hacerle creer, que estaba molesto.

—Esto... aún no ha acabado —mencionó, con sus ojos azules, brillando intensamente, como los luceros; y se movió, haciendo que Diego rodara, quedando sobre su espalda.

—¿Qué piensa hacer, señorita Wallis? —preguntó, elevando una ceja. Ella solo le entregó una radiante sonrisa, como respuesta y comenzó a besarle el pecho. Él suspiró, cerrando los ojos, pero al sentir, que ella comenzaba a bajar, los abrió, de nuevo y la detuvo—. Te informo, que soy un hombre, no un robot... y necesito de tiempo, para que eso vuelva a ponerse duro —indicó, tomándole el rostro entre las manos, para mirarla.

—¿Acaso no me crees capaz, de hacer que se levante, cuando yo quiera? —inquirió, elevando una ceja. Cerró sus dedos en torno al pene, que comenzaba a perder tensión y movió su mano, con rapidez.

—¡Maldición! Espera... Deborah... —pidió clemencia, pues lo tenía muy sensible y puede que tuviera una nueva erección, pero no tardaría mucho en correrse.

Ella no se condeció al verlo así, porque sabía, que estaba al borde y que no tardaría mucho en obtener lo que deseaba; además, acababa de eyacular y eso la salvaba de tener que tragar una gran cantidad de semen.

La verdad, pocas veces lo había hecho, esporádicamente complacía a Maurice con eso, solo a él se lo había permitido, así que, Diego, sería el segundo con ese privilegio.

Se lo llevó a los labios, rozando la sensible y enrojecida piel, que aún estaba impregnada de su propia esencia, se hizo espacio en medio de las musculosas piernas de Diego, sin dejar de mirarlo ni de besarle; y cuando vio, que él pretendía protestar, negó, con la cabeza.

—Este es mi juego... yo llevo las riendas, tú solo relájate y disfruta. —Le ordenó, mirándolo a los ojos, y sonrió, deslizándolo sus labios por el sensible glande, que palpó ante su caricia.

Para conseguir que ambos se relajaran, estiró la mano, tomando el control del pequeño equipo reproductor, el cual estaba integrado en el mueble.

Lo encendió, eligiendo una lista de reproducción al azar y se concentró en compartir ese instante de placer, junto al hombre, que últimamente, la volvía loca en el sexo.

La poderosa y sensual voz de *Hozier* llenó el espacio, integrándose al concierto de gemidos y jadeos, que escapaban de los labios de Diego y de Deborah, mientras las sensaciones que viajaban, a través de los cuerpos de ambos, crecían en intensidad, creando un goce delirante, un festival de sensaciones.

—¡Dios! Eres perfecta... eres perfecta, Deborah.

—¿Soy tu diosa, Diego? ¿Soy a la única que venerarás siempre? Dímelo... dime que soy en lo único que crees —preguntó ella, refiriéndose a la letra de la canción, que sonaba en ese momento y que era de sus favoritas.

*'We were born sick,' you heard them say it
My church offers no absolutes
She tells me 'worship in the bedroom'
The only heaven I'll be sent to
Is when I'm alone with you
I was born sick, but I love it
Command me to be well
Amen. Amen. Amen.*

Deslizó sus manos por el pecho sudado, caliente y lleno de músculos; los tatuajes se le veían mucho más, cuando estaba así y eso la excitaba. Debía acabar con eso rápido, antes de que necesitara de Diego una vez más. Se sentía satisfecha, pero verlo así, le calentaba la sangre y no dudaría en repetir.

Le apretó con los pulgares las tetillas oscuras, mientras su lengua rozaba el falo en toda su longitud. Llegó hasta el glande y le dio una serie de succiones, que lo hicieron maldecir entre dientes.

Diego hundió su cabeza en la almohada, al tiempo que cerraba los ojos, para retener el orgasmo, que pendía de un hilo. Sus rodillas temblaban, como si fuese un estúpido chico, al que le daban su primera mamada, y su abdomen se estremecía, cada vez que Deborah, le acariciaba los testículos o lo llevaba al fondo de su garganta y roncaba, haciendo más perceptible ese cosquilleo que anticipaba su liberación.

—¡Mierda! ¡Deborah!

Con esas palabras, dejó escapar lo que quedaba de su esencia y se estremeció junto a ella, abrió los ojos, para no perderse el espectáculo de ver a Deborah bebiéndolo.

Se incorporó, apoyándose en los codos; y ella, consciente de lo que deseaba, abrió sus labios y le ofreció un vistazo de su semen tibio y ligeramente traslúcido, que le llenaba la boca; y después, lo tragó.

—*There is no sweeter innocence than our gentle sin.* —Deborah susurró esa parte de la canción, apoyando la mejilla en el abdomen trémulo de Diego y cerró los ojos.

Después de ese amanecer, tan sexualmente activo, se quedaron descansando entre risas, durante una hora, pero el sonido de sus estómagos, les recordó, que no habían probado bocado desde la tarde anterior.

Diego fue quien se levantó primero, consciente de que Deborah no sabía ni freír un huevo, casi se la llevó a arrastras hasta el baño, junto a él; y después de una ducha rápida, se dispuso a preparar el desayuno.

A medida que las horas avanzaban, que se acercaba el momento, en que George estaba supuesto a llamarlos, para confirmarles que se encontraba en Nueva York, la ansiedad se apoderaba, una vez más, de ellos; y su humor se volvía irritable.

Él tomó la situación en sus manos, hablándole con seriedad; y le aseguró, que George Stevenson no era del tipo de hombres, que se arriesgaba; y mucho menos, pondría al filo de una navaja, la seguridad de sus hijos, que debía calmarse y no esperar a que él los llamara, porque era probable, que no lo hiciera, porque no quisiera saber más nada de ellos.

Deborah necesitaba creer, y lo hizo; se refugió en la seguridad, que le ofrecían las palabras de Diego, en esa fortaleza que veía en él; que le aseguraba, que no la dejaría caer nunca.

Se aferró con un abrazo, al cuerpo de su amante, de ese hombre, que parecía ser, una parte más de ella misma; de esa, que siempre había estado perdida; y no hablaba en términos románticos o idílicos; sino, en función a lo práctico, que eran el uno para el otro, de esa conexión y complicidad que tenían.

Una vez más, el deseo encendió la llama de la pasión, que cada beso y caricia, avivaban, el placer hizo derroche en sus cuerpos, casi hasta que llegó el momento de volver a la realidad; esa, donde ya no gozarían de la misma libertad, con la que habían contado ese fin de semana, pero contra la que seguirían luchando, para permanecer juntos, pues cada vez, sus vínculos se hacían más fuertes, dándole a esa relación, un nuevo sentido.

CAPÍTULO 5

Gonzalo llevaba al menos cuatro horas en un terrible embotellamiento, en la interestatal 10E, la vía que lo llevaría hasta el pantano *Atchafalaya*. En ese recóndito lugar, apartado de toda civilización, se le había ocurrido a su padre construirse una cabaña, para pasar los últimos años de su vida.

Sin embargo, el destino lo obligó a vivirlo de un modo distinto; el último año, lo pasó junto a él, en la caótica ciudad de Filadelfia, y el último mes, en la sala de un hospital, para enfermos con cáncer.

La larga fila de autos, apenas había avanzado unos veinte kilómetros, desde que se encontraba allí; y él, cada vez se desesperaba más; por suerte, había dejado de llover y el aire a su alrededor, estaba fresco, aunque se vio en la obligación, de encender el reproductor, para acallar el sonido de los insectos, que estaban a punto de volverlo loco.

Las notas de *Smells like teen spirit*, que llenaban el interior del auto, junto a la voz de Gonzalo, quien seguía la letra, buscando distraerse un poco, no lograron amortiguar, el fuerte estruendo, que hizo un enorme ciprés calvo, cuando se desplomó, estremeciendo la tierra.

Comenzó a escuchar los gritos de varios hombres; y bajó del auto, para ver lo que sucedía. Los demás conductores, también lo hicieron y en pocos minutos, la voz comenzó a correr.

Uno de los hombres, que trabajaba para retirar los árboles, que obstaculizaban el tránsito en la vía, había resultado herido; y el jefe de la cuadrilla, decidió, que cesarían por ese día las labores de limpieza, porque necesitaban de maquinaria pesada.

—El árbol que acaba de caer, lo hizo en mitad de la carretera y dañó parte del pavimento, en el tramo que habían limpiado; nadie más podrá pasar hoy.

Terminó de explicar el hombre, quien había ido por sus propios medios, para investigar la situación; luego, subió a su auto, donde lo esperaban la esposa y sus dos hijos.

—¡Maldita sea! —exclamó un molesto Gonzalo, en cuanto subió a la camioneta y encendió el motor—. Debería olvidarme de este lugar y dejar que la maleza se lo trague, es una pérdida de tiempo. —Se quejó, esperando su turno, para girar, como los demás vehículos y regresar hasta Nueva Orleans.

Desde el mismo momento en que abandonó su rutinaria vida en Filadelfia, todo a su alrededor, se volvió un caos; la frustración era una constante, y por ende, el mal humor no lo abandonaba.

Solo se liberó de la tensión, la noche anterior, cuando se quedó en la casa de Rebecca; y esa mañana, después del sorprendente encuentro en el baño, pero fuera de eso, todo lo demás, había sido una mierda.

Descargó parte de la furia que sentía, pisando a fondo el acelerador, era un conductor prudente, pero haber estado parado durante cuatro horas, en esa maldita carretera y no haber conseguido llegar a su destino, era algo que estaba más allá de su sentido común.

En menos de una hora, llegó de nuevo al centro de Nueva Orleans y se vio tentado de ir hasta el aeropuerto y ver si corría con la suerte, de encontrar un pasaje a Filadelfia.

—Ya encontrarás la manera de saldar todas tus deudas. —Se dijo, en voz alta, manteniendo la mirada al frente y tomando la vía hacia el aeropuerto, pues traía todas sus cosas con él.

Intentó luchar contra su realidad y pensar, que podía con todo, pero la verdad era, que estaba solo en el mundo, el único familiar que le quedaba vivo, era su tío Reinaldo, quien vivía en Lisboa, y ya tenía setenta años.

No podía sumarle más cargas al pobre, debía hacerse cargo solo, de sus asuntos.

Tomó el carril de la derecha, para después hacerlo con el retorno, en la próxima salida, que le anunciaba el GPS.

—Debes tener un poco de paciencia, Gonzalo. La empresa que te contactó, te aseguró, que compraría el terreno. Las cosas mejorarán... tienen que mejorar —aseguró, mirándose a los ojos, en el espejo retrovisor; y una vez más, estaba camino a Nueva Orleans.

Se resignó, a pasar otra noche en la ciudad, debía buscar un lugar donde dormir, pues consideraba un abuso, presentarse en la casa de Rebecca y pedirle hospedaje, de nuevo; ella solo le había hecho un favor.

Pero antes, pasaría por algún restaurante, para almorzar, pues eran las dos de la tarde y él no había probado nada, desde el desayuno.

Rebecca caminaba animada, por todos los puestos de comida de la verbena, la que había organizado, el comité encargado del Mardi Gras; como era tradición, esos eventos, se realizaban para recaudar fondos, para todos los espectáculos, que se presentaban, durante la fiesta más importante de Nueva Orleans.

Los ciudadanos participaban de una u otra manera; incluso, los grandes empresarios, aportaban de manera económica, y algunos hasta con su presencia; por eso, no le extrañó para nada, ver a Dominic Wallis, caminando junto a su inseparable asistente, Silvy a Bolton.

Muchos decían, que la pareja llevaba años en una relación, pero ninguno de los dos, lo había declarado de manera abierta; algo absurdo, puesto que eran adultos y estaban libres de compromisos. Él viudo, desde hacía seis años; y ella, divorciada desde hacía más de diez.

Sin embargo, Rebecca pensaba, que la piedra de tranca en esa relación, era Deborah Wallis. Estaba segura, que era ella, quien le impedía a su padre contraer matrimonio, de nuevo.

Había tenido la desgracia, de compartir la preparatoria con Deborah, y conocía perfectamente, hasta dónde podía llegar su egoísmo y su maldad. Desde joven, se mostró mezquina y caprichosa.

Ser la hija de Dominic Wallis, la hacía creerse la dueña del mundo, deseaba que todos le rindieran pleitesía, pero Rebecca, no encajaba en el perfil, de las otras chicas que la adulaban, ella no; por el contrario, odiaba y desconfiaba de las personas así.

—La realeza de Nueva Orleans, visitando a la plebe... Se están robando todo el espectáculo —comentó Louis, al llegar hasta ella; su mirada también estaba puesta en el viejo Wallis.

—Pero la princesa no se rebajaría a tanto, por eso no está aquí —indicó ella, robándole una de las alas de pollo frito, que él traía en una bandeja de cartón.

—¡Oye! No te imaginas cuánto me costó hacerme con esto, Lucy anda con la estúpida idea de que estoy engordando. —Louis alejó la comida, del alcance de su amiga —. La verdad, es una lástima que Deborah no viniera con ellos... me hubiera gustado verla —dijo y masticó un ala crocante.

—A veces puedes ser tan imbécil, Louis. —Lo miró a los ojos, para reprocharle su comentario—. Le voy a decir eso a Lucy y también lo del pollo, a ver si con los golpes que te dé, se te quita lo idiota. —Le recriminó, sintiéndose en verdad, molesta.

—Ya, no te pongas así... solo fue un comentario, tampoco es que me muera por verla, ya sé que tú no la soportas... pero una mujer como ella o sus amigas, no se ven todos los días; y yo, no tengo dinero para ir a los lugares que frecuentan... por ahora, pero algún día, nos estaremos codeando.

—Recuérdame acabar nuestra amistad, antes de que eso suceda; para mí, estar en presencia de Deborah Wallis o de las otras arpías, que tiene de amigas, no es nada agradable; por el contrario, me estarían sometiendo a una tortura. —Caminó, para alejarse de él.

—¡Hey, Becca! —La tomó del brazo, para detenerla y le dedicó una sonrisa, para que lo perdonara; pero conociéndola, sabía que no lo haría tan fácil—. Prometo no volver a decir algo como eso en mi vida, no quiero perder a mi hermana pequeña, por culpa de una mujer, que ni siquiera sabe que existo.

Ella lo miró en silencio y después de darle un golpe en el hombro, por ser tan iluso, le robó otra pieza de pollo, entregándole una sonrisa y lo abrazó por la cintura, para comenzar a caminar con él.

A ninguno de los dos les importaba, que las personas los miraran con asombro, malicia o envidia; mientras ellos estuvieran claros y cómodos, con esa relación tan estrecha que tenían, sobre todo, que no dañaban a nadie con la misma; todo lo demás, bien podía irse al carajo.

Louis vio venir a Lucy y era evidente que lo estaba buscando, pues miraba a todos lados; así que, le pasó con rapidez, la bandeja de comida a Rebecca y se limpió los

labios con una de las servilletas.

Se irguió, sintiéndose orgulloso de su novia, quien era la reina más hermosa, que había tenido el Mardi Gras en años. Se acercó, abrazándola con fuerza, para alejar a todos los buitres, que no le quitaban los ojos de encima, y la besó.

Rebecca sonrió, sintiéndose feliz, al ver esa imagen y la actitud de niño egoísta de Louis. Era como aquellos chicos, a los que no les gustaba prestar los juguetes, ni que otros los tocaran.

Sabía, que quizás, no era la mejor analogía, porque para él, Lucy no era un juguete, sino la mujer que amaba. Igual, no podía ver a su mejor amigo de otra manera, que no fuese la de un niño.

En ese momento, miró hacia una de las calles a dos cuadras de allí, atraída por el celaje de un auto oscuro; el mismo, se detuvo en un semáforo y ella lo reconoció de inmediato, era la camioneta del detective Dorta.

Su corazón le dio un brinco dentro del pecho y sintió sus rodillas, temblar ligeramente; la reacción que tuvo su cuerpo, la sorprendió tanto, que esquivó la mirada del auto, con rapidez, pensando, que tal vez, si el hombre la veía, podía darse cuenta de que estaba con la mirada fija en él.

Caminó hasta un puesto de refrescos, intentando mostrarse casual, compró algo de tomar, pero su mirada fue atrapada por una bandeja de *Beignet*, cubiertos de azúcar pulverizada. Eran su postre favorito; y su mamá, hacía los mejores, cuando estuvo viva, así que se animó a comerlos.

—¿Deseas uno, Becca?

Le preguntó la vendedora, con una sonrisa. La chica se llamaba Sandy, y como la mayoría en la ciudad, también la conocía.

—Sí, claro, Sandy —pidió, sonriéndole.

La joven se lo entregó, con cuidado de no derramar mucha azúcar y le extendió un par de servilletas. Rebecca le dio un buen mordisco y gimió, pues estaba realmente delicioso.

—Al parecer, están muy buenos —comentó Gonzalo, llegando hasta ella. Le agradó encontrársela.

Rebecca, casi deja caer el buñuelo al piso, en cuanto lo escuchó hablar; se volvió a mirarlo, intentando disimular su asombro; y le sonrió, mostrándose amable.

—¡Hola! Pensé que estarías en tu cabaña.

—No pude pasar, la carretera está cerrada, porque la tormenta tumbó varios árboles... Perdí cuatro horas en esa mal... —Se interrumpió, antes de soltar una palabrota. Interactuar día a día solo con hombres, lo había dejado sin filtros en el lenguaje.

—Qué pena, lo lamento mucho —dijo, aunque en el fondo no lo hacía, le gustó que regresara y verlo de nuevo.

—No se gana nada, llorando sobre la leche derramada... ¿Me das uno, por favor? —pidió, mirando a la vendedora, quien lo veía, como si fuera una estrella de Hollywood.

Era consciente de su atractivo para las mujeres, pero por lo general, no lo usaba para atraer su atención, prefería conquistarlas con su actitud. Los actos siempre eran mejor que las palabras; al menos, así le había funcionado a él, siempre.

—Aquí tiene. —Sandy le mostró una gran sonrisa.

—Gracias. —Se llevó el *Beignet* a la boca y casi lo devoró por completo, de un bocado.

—Entonces... tuviste que regresar —mencionó Rebecca, mirándolo a los ojos. Él asintió, terminando el buñuelo—. ¿Y ya tienes dónde quedarte? —preguntó y de inmediato se arrepintió; le esquivó la mirada, sintiéndose avergonzada.

—¿Me das otro? —Gonzalo buscó hacer tiempo, hablándole primero a la vendedora—. Gracias, están muy buenos... ¿Los haces tú? —inquirió, comiendo.

—No, mi mamá, pero yo le ayudo —contestó, sonrojándose, y le mostró una sonrisa tímida.

Rebecca vio, que no era la única, que se descontrolaba delante del detective, y sonrió, mostrándose solidaria con Sandy; y después, se volvió a mirar a Gonzalo, quien tenía azúcar hasta en la nariz; al parecer, estaba muy hambriento.

—Tienes... tienes azúcar en la nariz. —No pudo controlar la risa, mientras le extendía una servilleta.

—Que torpe —mencionó él, limpiándose la boca y la nariz.

—Tranquilo, solo nosotros, los neerlandeses, sabemos comer los *Beignet*, sin terminar todos blancos. —Escuchó a Sandy suprimir su risa y le guiñó un ojo—. ¿Ya almorzaste?

—La verdad es, que no, estuve dando vueltas y casi todos los locales están cerrados, vi esta feria y pensé, que aquí encontraría algo... muero de hambre —respondió, tentado de comerse otro de esos deliciosos buñuelos.

—Se nota —dijo ella, riendo; y cuando sus miradas se encontraron, vio algo parecido a una sonrisa, en esos bonitos ojos grises—. Ven, te voy a llevar al puesto de la mujer que hace el mejor pollo frito de todo Luisiana; y después, puedes regresar por más *Beignet*. Nos guardas algunos, Sandy. —Le pidió a la chica, sacando dinero, para pagar.

—No te preocupes. —Él la detuvo y le entregó un billete de cincuenta dólares a la joven—. Cobra los de ella y los míos... también el refresco, por favor.

—Gracias —dijo Rebecca, sonriéndole.

Eso le recordó lo que había sucedido esa mañana; y se dijo, que en cuanto estuvieran solos, le preguntaría, porqué lo había hecho.

Después de recibir el cambio, caminaron hasta el puesto de Wanda, la mujer que parecía ser más alta que cualquier hombre en Nueva Orleans.

Tenía la piel tan oscura, que lucía brillante, como el color de un auto nuevo; era de contextura gruesa, se podía decir, que era obesa, pero también, había mucho músculo, en ese cuerpo afroamericano.

Rebecca se encargó de hacer el pedido y buscaron una mesa, a ella no le molestaba el olor a pollo frito, especies o todos esos olores, que rodeaban el puesto de Wanda, ya estaba acostumbrada a ellos, por el restaurante; pero tal vez, a Gonzalo no le resultaba tan agradable, así que optó por una alejada.

—Esta mañana, después de que saliste de la casa, vi que me dejaste más dinero del que me... —Inició la conversación.

—Fue por el desayuno. —La interrumpió él, con rapidez.

—¿El desayuno? Era cortesía de la casa... además, veinte dólares es mucho dinero, aquí un buen desayuno no pasa de quince dólares, claro siempre y cuando sepas donde buscarlo. ¿Tan costosa es la vida en Filadelfia? —preguntó, porque no la convenía esa explicación.

Uno de los jóvenes, que atendía el puesto de Wanda, salvó a Gonzalo, de responder de inmediato a esa pregunta; el muchacho, puso sobre la mesa dos platos, con crujientes y doradas piezas de pollo frito, puré de papas, bañado con salsa picante, guisantes y dos jarras grandes de cervezas.

—Buen provecho. —Les dijo con una sonrisa y se marchó.

—Espero que estés hambriento, en verdad; porque tendrás que comerte la mitad del mío —indicó Rebecca, acercando su plato al de Gonzalo; y antes que pudiera evitarlo, le pasaba de todo.

—No comerás nada —mencionó, al ver lo que hacía.

—Tengo tres horas aquí, te aseguro, que he comido suficiente. Solo pedí para acompañarte... No sé si te pasa igual, pero yo odio comer sola —explicó, sin mirarlo.

—Gracias por acompañarme.

La verdad es, que él, se había visto obligado a hacerlo solo, durante los últimos años y ya estaba acostumbrado.

La comida transcurrió igual que esa mañana, el silencio, solo era interrumpido, por las apreciaciones que hacían, sobre los alimentos, sin aventurarse a hacer algún comentario personal.

—Estuvo muy bueno, aunque algo picante.

—Para eso está la cerveza —comentó Rebecca, riendo y tomando un gran trago de la jarra—. Bueno, ahora que has comido, supongo que deseas irte a descansar a tu hotel.

—En realidad... —Gonzalo frunció el ceño, deteniéndose; se suponía que no la molestaría, pidiéndole hospedaje, de nuevo.

—No tienes un lugar, aún. —No fue una pregunta; sino, una afirmación, de algo que era obvio; suspiró, al ver que él se quedaba en silencio, y se arriesgó a hablar, de nuevo—. No tengo problemas en que te vuelvas a quedar en mi casa.

—No quiero causarte inconvenientes, tú estás acostumbrada a moverte en tu espacio, con tu rutina...

—Si lo dices por lo de esta mañana, no volverá a suceder... Aún me siento apenada por ello —mencionó, mordiéndose el labio y rehuyéndole la mirada.

—Yo no... —dijo, y al ver que ella lo miraba, asombrada, buscó excusarse rápidamente—. Es decir, no es por eso... no quiero causarte problemas, Rebecca.

—Ya te dije, que no es ninguna molestia para mí... aunque, tal vez, desees algo mejor, que la habitación que te ofrecí —dijo, mirándolo fijamente, para que no le mintiera.

Desear algo mejor, sería pasar la noche en tu habitación y en tu cama... ¡Mierda, Gonzalo! ¿Qué es todo esto? Contrólate y deja de pensar en ella de esa manera, solo te está ofreciendo hospedaje... nada más, ¿verdad?

Se preguntó en pensamientos y negó con la cabeza, para aclarar su mente, antes de hablar; la miró a los ojos, sintiéndose de nuevo atraído, por ese tono tan particular. Lucía mucho más hermoso, con la luz del día.

—Acepto, solo si me dejas pagarte por adelantado —señaló, y al ver que ella se disponía a protestar, no la dejó hablar—. Si no aceptas, yo tampoco lo haré y no habrá trato... tú decides —agregó, mirándola.

Rebecca se quedó en silencio, devanándose el cerebro, para encontrar algo, que la ayudara a negarse, pero no dio con nada; además, en serio necesitaba hasta el último centavo, que pudiera recaudar ese mes; suspiró, dándose por vencida, y asintió.

Él mostró una sonrisa, como las que hacía mucho tiempo no adornaban sus labios y elevó la jarra de cerveza, para brindar con ella.

La sensación que le llenó el pecho, cuando se escuchó el sonido del cristal, al chocar; fue como una alarma, cuando se activa y te anuncia, que no debes ir más allá.

CAPÍTULO 6

Deborah se despidió de Diego, frente al edificio de Janeth. Él debía llegar antes a la mansión, para no despertar sospechas entre los empleados, mientras que ella, podía aparecerse a la hora que quisiera.

Él le pidió verse de nuevo esa noche, pero ella se negó, haciéndole ver, que no podían arriesgarse; además, habían pasado todo el fin de semana juntos y no quería que esa relación se volviera rutinaria ni agobiante.

Debia mantener los límites bien demarcados con Diego, como lo hacía con todos los hombres; o de un momento a otro, él comenzaría a creerse con derechos sobre ella.

Se dieron un beso, apasionado pero rápido, para no exponerse a que alguien la reconociera y comenzaran los rumores; claro, que lo más seguro es, que dijeran que andaba con un desconocido, puesto que él, en la alta sociedad de Nueva Orleans, era un don nadie.

Diego esperó, hasta que la vio entrar a la recepción del edificio, arrastrando la maleta; y después de eso, salió a toda velocidad en su motocicleta.

—Hola, Janeth —saludó a su amiga, en cuanto esta le abrió la puerta—, ¿cómo estás? —Le preguntó, después de pasar al interior y darle un beso en la mejilla.

—Digamos que bien... pero ando en esos días, y los hombres son unos cabrones susceptibles —contestó, cerrando la puerta.

—¿Los hombres o tú? —Deborah sonrió, burlándose.

—No empieces. —Le advirtió, señalándola con el dedo—. Mejor dime, ¿qué tal estuvo tu fin de semana? —inquirió, con picardía, al tiempo que la invitaba a sentarse.

—Estuvo bien... algo movido —contestó Deborah, despojándose de la elegante chaqueta negra con botones dorados, de corte militar. Hablaba en general, no solo del sexo.

—Perra —masculló Janeth—. A ver, dime algo más, cuéntame sobre el misterioso Diego Cáceres —pidió, caminando hasta la cocina, para preparar unas ricas margaritas.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó, esquivando el tema.

—Tranquila, puedo sola, esto es sencillo... y no te hagas la loca, que sé perfectamente lo que intentas hacer. Te conozco como si te hubiera parido, Deborah Wallis, así que habla ahora mismo —exigió, mirándola.

Deborah maldijo en pensamientos, al ser consciente de que no tenía escapatoria. Se devanaba los sesos, buscando las palabras adecuadas, para dar inicio a esa conversación, que tarde o temprano, llegaría.

Suspiró, viendo cómo Janeth se manejaba en el bar, como toda una maestra, en la preparación de margaritas, lo había aprendido de un amante barman que tuvo.

—Bien... ¿Qué quieres saber? Pero te advierto, no tengo mucho que contarte —mencionó, intentando poner límites.

—¡Claro que sí! Empecemos por... el tamaño —indicó, elevando una ceja y moviendo la coctelera, en un gesto obsceno.

Deborah sonrió, esquivándole la mirada. Aunque ese no era un tema del que le avergonzara hablar con su amiga, en ese instante, se sintió un poco cohibida, de compartir esos detalles con ella.

Se sentía como cuando le contó, sobre su primera vez con Maurice, donde las palabras no le salían y su cara, hervía ante el sonrojo.

—¿Tan bien está? ¡Vamos, no seas egoísta! Cuéntale a tu entrañable amiga... las medidas, quiero las medidas —comentó, y cuando llenó las dos copas, caminó hacia Deborah.

—Está muy bien dotado... tanto, que a veces tengo que pedirle que vaya despacio, porque me lastima. —Le confesó, y después, le dio un sorbo a la margarita—. Te quedó deliciosa.

—Gracias... Te entiendo, a veces no es muy cómodo un gran tamaño. Yo prefiero no buscarlos muy dotados, pero claro, en mi caso, es porque son dos —comentó, con naturalidad—. Si se llega a dar el caso, no los dejo que me tomen a la vez, les pido que se turnen, o de lo contrario, no podría sentarme en días.

—Diego desea que tengamos sexo anal... pero me da miedo, si de esta manera me deja mal, no quiero imaginar de la otra. —Bebió otro trago, sintiéndose más relajada.

—¡Eres una cobarde! —Le reprochó Janeth, riendo.

—Estúpida es lo que no soy —afirmó, alzando una ceja.

—Algún día vas a tener que hacerlo, Debbie; sería espantoso que murieses siendo virgen de allí —indicó—; es casi un pecado capital... Las primeras veces es incómodo, pero después de que te acostumbras y te consigues un amante considerado, terminas disfrutándolo mucho —mencionó la voz de la experiencia, bebiendo su margarita.

—El único amante verdaderamente considerado que he conseguido, es Maurice. —Deborah dejó la copa sobre la mesa.

—¡Ay no! No vayas a repetir perder una virginidad con Maurice... ya él obtuvo una; bueno, en realidad dos, si contamos tu boca. —Soltó una carcajada, al ver la cara de asombro de su amiga, y paró, para poder continuar—: deja que alguien más goce de la otra... por ejemplo, el buenazo de Diego. Estoy segura que él estaría encantado con la idea.

—No te has puesto a pensar, que tal vez, me esté guardando, para mi futuro marido —pronunció, mirándola a los ojos.

—¡Oh, vamos! No seas hipócrita, Debbie... tú no vas a casarte nunca, odias la palabra compromiso. Tengo más posibilidad de casarme yo... además, si algo así llega a suceder, bien puedes fingir; eso sí, no lo conviertas en una práctica seguida, porque terminarás como yo, y ni que jures que estás sufriendo, el hombre te creerá, que es tu primera vez —expresó, en medio de risas, terminando su trago.

—Eres imposible... —Deborah también reía, ante las ocurrencias de su amiga y aceptó el brindis que le ofrecía.

—Por nosotras y porque cada día, tengamos a más hombres a nuestros pies —mencionó y chocó su copa con la de Deborah—. ¿Quieres otra? —preguntó, dispuesta a levantarse.

—No, gracias... tengo que conducir a la mansión.

—O puedes llamar a tu chofer particular —indicó, mirándola con picardía; y sonrió, al verla negar, aunque también reía.

—Maurice no se encuentra en la ciudad, está en un trabajo de campo... llega mañana en la tarde —informó.

—Bueno, puedes quedarte aquí... vamos, Debbie; no seas mala, acompáñame, solo por hoy. Sabes que odio estar sola. —Le pidió, haciendo un puchero.

—Está bien, pero tendrás que prestarme ropa, porque mañana tengo que ir temprano a la oficina —indicó, mirándola.

—No es problema, tengo un closet repleto... algo te servirá.

Se puso de pie, entusiasmada, dispuesta a preparar dos margaritas más. Le dijo a Deborah, que pidiera algo de comida, en el restaurante tailandés, que quedaba cerca, y ella aceptó gustosa, pues con Diego, no había comido algo que fuera realmente de su gusto.

Mientras la comida llegaba, aprovechó para cambiarse de ropa, a algo más cómodo. Se puso uno de los Babydolls, que había llevado para mostrarle a Diego, pero que no usó, porque la primera noche, la pasaron en casa de George Stevenson; y luego de eso, no se dio la ocasión.

El recuerdo del abogado, la hizo tensarse, y aunque Diego le dijo, que todo estaba bien, ella no podía estarlo, solo con la explicación que le dio esa mañana; necesitaba una confirmación y la buscaría al día siguiente.

Cuando salió de la habitación, Janeth ponía sobre la mesa de centro, las dos bandejas de comida; una tenía unos pinchos, de cerdo, marinado con cúrcuma y leche de coco, eran deliciosos, y la otra, contenía tres rollos de primavera, que se veían riquísimos.

—Hice caso de tu sugerencia, pero veo, que esto es mucha comida —indicó, mientras tomaba asiento.

—Soy una mujer con las hormonas alborotadas y un hambre atroz, así que no digas nada —mencionó Janeth, tomando uno de los pinchos; y gimió, al degustarlo.

Deborah sonrió y también se dispuso a comer, mientras en los altavoces, que estaban esparcidos por toda la casa, sonaba *Back to black* de *Amy Winehouse*, ellas comían, sonreían y se movían lentamente, siguiendo el ritmo de la canción.

Las dos eran esas hermanas, que la vida no les dio, habían creado un lazo, que el tiempo y todas las experiencias vividas, habían fortalecido.

—Te dije que esto desaparecería en minutos —comentó Janeth, al terminar de comer, estaba más que satisfecha.

—Me hiciste tragar como un elefante. —Se quejó Deborah.

—Yo no te obligué —dijo, riendo y tomó lo que quedaba de su segunda margarita—. No tienes que preocuparte por engordar, tienes a Maurice en la semana y a Diego los fines de semana, para que te hagan perder calorías —comentó, poniéndose de pie y caminó a la cocina.

—La verdad es, que también tengo a Diego entre semana. —Se le escapó ese comentario; y rogó, para que Janeth no lo hubiera escuchado—. Déjame ayudarte. —Se acercó y pensó en no seguir bebiendo, pues el alcohol le estaba soltando la lengua.

—¿Y te quejas por una simple cena? —cuestionó en un tono de reproche, Janeth, quien sí la había escuchado.

—No es solo la cena, súmale a eso las dos margaritas.

—Tres... porque voy a preparar más —dijo, poniéndose manos a la obra, mezclando los licores.

—Janeth, mañana tengo que trabajar...

—Son las ocho de la noche, no seas aguafiestas, nos tomamos dos más de estas; y te aseguro, que vas a dormir como un bebé —señaló, haciéndole entrega de una copa.

Deborah intentó negarse, pero en ese momento, comenzó a sonar *Rehab*, Janeth le entregó la copa y con la mano libre la arrastró hasta el salón, para comenzar a bailar.

—¡Vamos, Debbie! Mueve ese cuerpo... —La invitó, moviendo los hombros y las caderas—. *They tried to make me go to rehab...* —cantó, como si fuera la misma cantante.

—*I said, "no, no, no"*. —Deborah no pudo resistirse y comenzó a cantar también, al mismo tiempo que bailaba.

La velada era perfecta, pues tenían mucho tiempo sin compartir de esa manera, sus vidas ocupadas las habían distanciado, aunque eso no había hecho mella en el sentimiento que las unía, y como si fueran una vez más las adolescentes de antes, bailaron, bebieron y rieron.

Después de varias canciones, se sentaron, quedando casi tendidas en el elegante sillón de tela, en tono violeta. Los tragos se habían acabado, y cuando Janeth le sugirió preparar más, Deborah asintió, sonriendo.

Después de darle un gran sorbo a su copa, notó que este estaba más fuerte; o quizás era el efecto, que ya comenzaba a hacer estragos en ella, porque se mareó, y la miserable de Janeth, lucía como si nada; o al menos, mucho mejor que ella.

Pensó, que su estómago se había fortalecido, al ser el conejillo de indias, de aquel espectacular moreno, que se había marchado a Nueva York, dejando a Janeth con el corazón roto. Después de él, fue que su amiga empezó con lo de los tríos.

*I cheated myself,
like I knew, I would,
I told you, I was trouble,
you know that I'm no good.*

La letra de la canción que estaba sonando en ese momento, comenzó a calar con fuerza en los oídos de Deborah, removiendo tantos sentimientos: culpa, vergüenza y dolor. Se fueron apoderando de su pecho, desatando una avalancha, que ni siquiera supo de dónde salió y que terminó arrastrándola, entre sus recuerdos con Diego y Maurice.

La maldita letra de *You know that I'm no good*, le lanzaba en la cara su realidad, ella estaba actuando de manera egoísta, estaba jugando con dos hombres; y sabía, que uno de ellos la amaba.

Intentó tomar aire, para liberarse de esa sensación de opresión, que sentía en el pecho y lo único que consiguió fue, que estallara un sollozo de sus labios, dejándola al descubierto delante de Janeth.

—Debbie... ¿Qué sucede? —Se incorporó, sorprendida y se acercó, para ver lo que le ocurría.

—Nada... no es nada... es el efecto de las margaritas. —Se excusó, en medio de sollozos.

—Ni que fuesen lacrimógenas... no seas tonta y dime, qué sucede. —Casi exigió, buscando la mirada de su amiga—. ¿Es por el miserable de tu padre? ¿Te hizo algo, de nuevo?

—No... no es él... soy yo... soy yo la del problema... —pronunció, secándose las lágrimas, que no dejaban de brotar.

—No entiendo, Debbie... ¿Por qué dices eso? —inquirió, desconcertada, pocas veces la había visto llorar así.

—Soy igual que mi madre... estoy con dos hombres a la vez, y soy tan egoísta, que no me importa, no tengo escrúpulos... Los miro a los ojos a los dos, todas las malditas mañanas. —Un sollozo interrumpió su confesión, pero apenas se recuperó, continuó—. Diego... es... el nuevo jardinero, es el hijo de Roberto; y quedó en su lugar, para encargarse del jardín de la mansión... —Cerró los ojos, para esconder su vergüenza.

—Debbie... —Janeth se quedó sin palabras, ante esa declaración de su amiga, su mente estaba en blanco.

—Yo no quería... me lo negué muchas veces; Janeth, te lo juro, pero al final, cedí, y lo hice pensando, que con una vez, bastaría... que solo sería para quitarme las ganas y nada más —dijo, al tiempo que temblaba, por los sollozos—; pero no fue así... lo busqué de nuevo, continué con ese juego y ahora no sé cómo parar... no quiero parar... ¡No sé qué carajos pasa conmigo! —exclamó con rabia.

—¿Cuánto tiempo llevan así? —preguntó, preocupada.

—Un par de meses... lo hemos mantenido en secreto, pero me llena de miedo imaginar, que Maurice se entere... porque... porque no quiero hacerlo sufrir, Janeth. Él no merece que le haga daño —esbozó aquello, que en el fondo, la atormentaba.

—Pues las cosas no se pueden ocultar toda la vida, Debbie.

—Lo sé... lo sé... ¿Qué voy hacer, Janeth? ¿Qué puedo hacer? No quiero dejar a ninguno de los dos; con solo pensarlo, siento, que un vacío se me abre en el pecho.

Deborah ni siquiera podía controlar su llanto o lo que decía, todo estaba saliendo de ella a borbotones; y por primera vez en mucho tiempo, dejaba que sus sentimientos fluyeran en libertad.

Janeth se acercó, para abrazarla; y ella, de inmediato, se aferró a su amiga, buscando refugio en ese abrazo que le daba.

—Ya no llores, Debbie... no sigas llorando; mira, todo en la vida tiene una solución, y estoy segura, que tú le encontrarás una a esta situación... —Le tomó el rostro entre las manos, para mirarla a los ojos—. Ahora estás confundida, es lógico... pero vas a encontrar la salida; o al menos, un equilibrio, donde no sientas que le haces daño a nadie. Si ellos de verdad desean estar contigo, van a aceptar las condiciones que les pongas, puede que no sea sencillo, pero es viable... que te lo digo yo.

Deborah asintió, en silencio, sintiéndose reconfortada por las palabras de Janeth. Ver la seguridad en la mirada oscura de su amiga, le daba esperanzas; tal vez, ella también, podía vivir teniendo a su lado a dos hombres.

Mantendría el secreto tanto como le fuera posible, para no herir a Maurice, y le haría ver a Diego, que si deseaba continuar, era bajo los términos que tenían, nada podía cambiar entre ellos dos.

CAPÍTULO 7

Su respiración afanosa, se estrellaba en el cuello bañado en sudor, de la mujer bajo su cuerpo; mientras él, intentaba enfocarse en lo que hacía y dejar de darle vueltas en su cabeza, a la información que le había dado Marcus esa mañana.

Su cuerpo y su mente, parecían ir en dos direcciones distintas, no lograba concentrarse y disfrutar del sexo junto a Silvy, como siempre. La sintió suspirar; y supo, que ella había notado, que andaba distraído.

Comenzó a besarla en los labios, buscando con ese gesto, la pasión de la que carecía en ese momento; ella lo recibió gustosa y comenzó a moverse, debajo de él; al tiempo que, con sus manos, le apretaban con fuerza la espalda.

Dominic sentía, que todo volvía a estar en equilibrio y se sintió emocionado, de estar disfrutando del acto una vez más, pero al cabo de un par de minutos, la preocupación regresó a él.

—¿Qué sucede, Dominic? —preguntó Silvy, quien estaba sintiendo, que no irían a ningún lado; que él solo empujaba dentro de ella, pero era evidente, que no gozaba el momento—. ¿Por qué estás tan... lejano? —continuó preguntando, con preocupación.

—Lo siento... lo siento, Silvy —mencionó, apenado y se dejó caer de espaldas, sobre la cama.

—Está bien... —esbozó ella, rodando, para quedar de lado y poder darle un beso en el pecho—. ¿Qué te preocupa?

Él liberó un suspiro, sintiéndose estúpido, nunca le había pasado eso estando con ella, ni siquiera los problemas más graves, por los que había pasado la empresa, habían influenciado en su vida sexual con Silvy o con cualquier otra mujer.

Se llevó las manos al cabello, para drenar esa sensación de zozobra, que lo embargaba y acabó cruzando los brazos bajo su cabeza.

—No lo sé... no puedo sacarme de la cabeza, lo que me dijo Marcus, esa actitud de George Stevenson... es extraña.

—Bueno, sí, es algo inusual... pero ya su padre te explicó todo y te dijo, que él se encargaría de buscarte al mejor abogado de la ciudad, uno de su absoluta confianza... No debes preocuparte más —indicó, dándole suaves besos en el pecho, ese que seguía mostrándose atractivo, cubierto de suaves vellos oscuros, donde algunas hebras plateadas, resaltaban.

—Ya sé lo que dijo el viejo Stevenson, confío en que así será, pues es un hombre de palabra. Tampoco es que su hijo me parecía el mejor abogado del mundo, era bueno en su trabajo, pero esa actitud confiada y esa sonrisa hipócrita, que siempre lucía, no me agradaban —dijo, mirando el techo.

—Es porque tú, eres demasiado serio, y seguramente, que con tu mal humor, intimidabas al pobre hombre —acotó ella, escondiendo su sonrisa, al verlo fruncir el ceño.

—Pues es gracias a eso, que he conseguido mantener la empresa en pie. Si hubiera sido un blandengue, empresas Wallis, no existiría. Mi abuelo fue un hombre con carácter, mi padre también lo fue; y yo, solo sigo su ejemplo —indicó, tornándose serio, como siempre que hablaban de ese tema.

—Y parece, que Deborah, también desea seguir el tuyo, lleva en sus venas todo el genio Wallis. —La sonrisa en sus labios, se congeló, cuando lo sintió tensarse.

Allí estaba de nuevo, esa reacción en Dominic, cada vez que ella hablaba, sobre la familiaridad entre él y Deborah; después de todos esos años juntos, ya no le quedaban dudas, de lo que eso significaba: Deborah no era su hija, solo eso explicaría por qué él la trataba como lo hacía o por qué odiaba que ella hablara del tema.

Seguramente, le daba vergüenza, que las personas se enteraran; y por eso, no decía nada, por eso había guardado durante tantos años, el secreto. Conociéndolo, sabía, que no había nada más fuerte en Dominic, que su orgullo.

Suspiró, buscando en su cabeza, las palabras que los sacaran de ese incómodo silencio, pero no encontró nada; tal vez, lo mejor era dejar el tema de lado; así que, empezó dándole un par de besos en el cuello.

—No vas a ganar nada, dándole vueltas en tu cabeza, a la decisión que tomó el abogado, si el hombre deseaba volver con la familia e intentar reparar sus errores, bueno ¡Bien por él! —mencionó, al tiempo que rodaba sobre él.

—Stevenson no parecía del tipo de hombres que sufre por un divorcio; por el contrario, se le veía muy bien con su soltería; e incluso, puedo decir, que estaba interesado en Deborah... Parecía un perro faldero detrás de ella en cada junta.

—Tu hija es una mujer muy hermosa, es lógico que despierte la admiración de los hombres —comentó, sin darle importancia.

—Su madre también lo era y para mí, fue una desgracia. —Dominic se arrepintió, en cuanto esas palabras salieron de su boca, nunca hablaba de Christie delante de Silvy—. Lo siento... no debí... —Intentaba disculparse, pero le costaba.

—No te preocupes, está bien... la verdad es, que no me molesta que hables de ella, Dominic —acotó, mirándolo a los ojos, para transmitirle su comprensión.

—No volverá a suceder —sentenció, esquivándole la mirada.

—Como quieras... Tengo sed, ¿deseas algo de tomar? —preguntó, levantándose, para salir de la cama.

Se molestó, aunque intentó disimularlo; odiaba, cuando Dominic la excluía de esa manera de su vida, era consciente, de que cuando comenzaron su relación, acordaron dejar el pasado en el pasado; sin embargo, pensaba, que los siete años que llevaban juntos, habían creado la confianza suficiente entre los dos, como para que él, le contara lo que sucedió con su difunta esposa, pero era evidente, que Dominic no creía lo mismo.

—¿Me vas a dejar aquí, así? —preguntó, abriendo los brazos a cada lado, mientras se mostraba desnudo.

—¿Así cómo? —contestó con otra pregunta, arqueando una ceja—. Estás completamente fuera de juego, Dominic. —Le hizo saber, con un tono de burla.

—¿Sí? Pues ya verás... haré que te tragues esas palabras —afirmó, tomándola del brazo, para tumbarla en la cama.

—Le daré una oportunidad más, señor Wallis y espero que la aproveche; o de lo contrario, me tocará reemplazarlo por mi vibrador. —Lo amenazó, sin apartar la mirada de él; y sonrió, al verlo poner los ojos en blanco. Le dio un beso y retomó sus caricias, para ayudarlo a excitarse; pero concéntrate en nosotros. Ya mañana podrás averiguar mejor, lo que sucedió con George Stevenson —indicó, acercándole los labios, para que la besara.

Dominic no se hizo de rogar y le dio un beso profundo, llenando con su lengua, la boca de la mujer, que se había convertido en su compañera incondicional, aunque seguía sintiendo recelo hacia el género femenino; después de lo que le hizo Christie, era difícil volver a confiar.

Sabía, que Silvy merecía más, pero él no estaba preparado para dárselo, no era fácil entregar el corazón y las pocas ilusiones que le quedaban, si era que todavía le quedaban, pues el amor, para él, se había convertido en un mito, algo que un día existió, pero que apenas recordaba.

Al ver que estaba una vez más deambulando, entre viejos recuerdos y que perdía concentración, dejó escapar un suspiro y se movió, quedando de espaldas, para llevar a Silvy sobre su cuerpo.

Verla desnuda sobre él, siempre lo excitaba, a pesar de su edad, ella seguía teniendo un cuerpo maravilloso, voluptuoso y en el cual, la gravedad no había causado muchos estragos.

—Quiero tenerte arriba... me gusta así —dijo, acariciándole los senos y obligándose a disfrutar del sexo, como siempre.

Ella no dijo nada, solo sonrió, recompensándolo con el ritmo acelerado de sus caderas. Sintió las poderosas manos de él, cerrarle la cintura y mantenerlas allí, dejando que ella, se encargara de todo lo demás.

Decidió, que si Dominic no se concentraba, era su problema, pero ella, esa noche, no se quedaría sin tener su propio orgasmo.

Deborah se removía, entre las suaves sábanas que cubrían su cuerpo, presa de un sueño intranquilo, cargado de recuerdos de su adolescencia. Movía su cabeza de un lado a otro, intentando escapar de ese pasado, que nunca dejaba de atormentarla.

Sollozó y las lágrimas comenzaron a bajar por sus sienas, pero nada de eso, lograba sacarla del estado en que se encontraba.

Mientras que Janeth, a su lado, dormía plácidamente, por el efecto que habían tenido las margaritas en su cuerpo. En cuanto puso la cabeza sobre la almohada, no

supo nada más del mundo.

Le pidió a Deborah, que se quedase a dormir allí, en lugar de ocupar la habitación de huéspedes, porque sabía que su amiga necesitaba compañía. Pocas veces la había visto llorar así.

Sin embargo, acabó quedándose dormida, al igual que Deborah, solo que el sueño de la pelinegra, no era tan agradable como hubiera deseado.

Los acontecimientos de los últimos días, aunado a esa relación clandestina con Diego, y el alcohol que corría por sus venas, le abrieron una puerta a aquellos dolorosos recuerdos, que llegaron provocando estragos.

Deborah estaba a punto de cumplir diecisiete años, y tal como muchos predijeron, se había convertido en una hermosa chica, aunque carecía de la alegría que de niña irradiaba.

Las constantes discusiones entre sus padres, también habían afectado su carácter, volviéndola una adolescente amargada, caprichosa y rebelde.

Era sábado por la noche y ella se encontraba en su habitación, escuchando música, mientras intentaba resolver unos ejercicios de álgebra, que debía entregar el próximo miércoles, y como no le gustaba atrasarse con sus deberes, se dedicó a terminarlos, sin tener nada más que hacer.

De pronto, escuchó el fuerte estruendo de una puerta al cerrarse, la casa era tan silenciosa, que a veces podía escuchar hasta a los grillos del jardín, durante las noches en verano.

—Maldita sea, aquí van otra vez —masculló, con fastidio.

Antes de comenzar a escuchar los gritos, le subió el volumen a *Skater boy* de *Avril Lavigne*, que sonaba en ese momento, también le pasó seguro a la puerta, pues no quería que la molestaran o que su madre la buscara, como siempre hacía, para desahogarse con ella. Ya la tenían cansada del mismo drama.

Escuchó, a pesar del volumen de la música, los gritos de su padre, reclamándole a su madre, por haberse presentado borracha a una fiesta de la empresa; mientras ella le gritaba, que él era el único responsable, por haberla dejado, para poder lucir a su nueva amante y humillarla una vez más, delante de todo el mundo.

—No sé qué demonios les extraña a los dos, ya deberían estar acostumbrados; ella vive borracha, y él, revolcándose con la primera perra que se le pasa por el frente —mencionó, en voz alta y llevó el volumen de la canción al máximo.

Comenzó a seguirla en su cabeza, pues le recordaba mucho a Maurice. Él era ese chico, que sus amigas le decían, que no le convenía, pero que ella no podía apartar de su vida, porque era lo único bueno que tenía.

Sonrió, al recordar lo bien que la pasaron esa tarde, cuando se escaparon al jardín. Él la hacía reír todo el tiempo, era muy guapo y la trataba de manera especial, así que sin importar lo que dijeran, no lo apartaría de su lado.

Además, no le llamaba la atención, acostarse con otros chicos, solo quería hacerlo con Maurice, siempre; suspiró, sintiendo esa agradable emoción, que siempre le llenaba el pecho, cuando pensaba en él.

De pronto, sintió unos fuertes golpes en la puerta de su habitación, que la hicieron sobresaltarse. Se puso de pie con rapidez y caminó, para abrirla.

—¡Bájale el volumen a esa maldita música! —demandó Dominic, mirándola con furia.

Ella tembló ante la actitud de su padre y sus ojos se llenaron de lágrimas, tenía el rostro enrojecido por la rabia, la ropa desordenada y el cabello despeinado.

Sintió miedo, al pensar, que la discusión con su madre, pudiera haber llegado más allá de los gritos, esta vez; pero al segundo siguiente, la vio acercarse.

—¿Acaso no me oyes, Deborah? ¡Apaga la maldita música o entraré y romperé ese jodido aparato! —La amenazó su padre.

—Deja de gritarle y de tratarla de esa manera... —intervino Christie, quien apenas podía mantenerse en pie, de la borrachera.

—¡Tú, cállate y vete a dormir! Ya mañana arreglaremos cuentas. —Le dijo, tomándola del brazo, para llevarla a la habitación.

—¡Suéltame! ¡No me toques, después de haber tocado a esa zorra! —exclamó, intentando zafarse.

—¡Ya basta, Christie! Ni siquiera sabes lo que dices —indicó, apretándole el brazo, para calmarla—. Deborah, apaga esa música y vete a dormir, ya es tarde. —Le ordenó, mirándola con severidad, por encima del hombro.

—¿Para qué quiere que apague la música? ¿Para que tenga que escuchar sus gritos? ¡Pues no! ¡Ya estoy cansada de las malditas peleas todo el tiempo! ¡Estoy harta de este infierno y de ustedes dos!... ¡Ojalá desaparecieran! —gritó, lanzando la puerta.

Puso el seguro, nuevamente y se tiró en su cama, a llorar; los sollozos hacían que su cuerpo se convulsionara y le estaba costando respirar, sentía que las lágrimas la ahogaban.

Aunque intentó, en más de una ocasión, parar y olvidarse del dolor, que le provocaba ver a su familia destruida, no pudo, porque una pena como esa, no era fácil de lidiar, para una chica de diecisiete años; una, que debería estar soñando en un mundo perfecto, pero que contrario a eso, vivía en un infierno.

Deborah despertó, con la respiración agitada y el rostro húmedo, por las lágrimas; se sentía mareada por el alcohol en sus venas, y aunado a ello, estaban esas pesadillas, que tanto odiaba.

Se incorporó, despacio, quedando sentada; luego, se puso de pie y se encaminó a la cocina, para buscar un vaso de agua; pues, tenía la garganta seca.

Tomó asiento en una de las sillas altas de la barra y su mirada se perdió entre el reflejo de las luces indirectas, que iluminaban el reloj, colgado en la pared; su corazón se acompasó con el sonido de las manillas, mientras los recuerdos volvían.

A los diecisiete años, ya había intentado escapar dos veces de su casa; la primera, cuando tenía doce años. Aprovechó, que su escuela había organizado una excursión a la estación de la NASA, en Houston. Era solo para los estudiantes del último año, pero ella consiguió subir al autobús escolar. La descubrieron en la primera parada, cuando pasaron lista y vieron, que no se encontraba en la misma.

Cuando su padre se enteró, la castigó dos meses, en los que tuvo encerrada en su habitación; solo podía salir para ir a la escuela. En ese tiempo, no hubo fiestas ni paseos ni nada.

La segunda vez, fue a los catorce; ese intento de huida, por poco acaba en una desgracia. A ella, se le ocurrió la brillante idea, de irse por carretera, pidiendo aventones.

Era un viernes, se escapó de la escuela, después de las primeras clases, caminó hasta la interestatal; su objetivo, era alejarse tanto como pudiera; y había soñado con llegar hasta el Estado de Florida.

A las personas que le ayudaban, les decía, que había quedado huérfana y que iba a Jacksonville, para encontrarse con una hermana de su madre, que vivía allí.

Se inventó toda una vida, para poder cruzar el Estado de Mississippi; y cuando llegó hasta Alabama, escapó de la familia que la llevaba, porque ellos insistían en acudir a las autoridades, para que la ayudaran, a través de Servicios Sociales, a dar con su supuesta tía.

Estaba por subir al auto de un hombre mayor, vestido de sacerdote. Ella pensó, que era seguro, pues le vio una biblia, un crucifijo y otras cosas, que indicaban, que en realidad, era un párroco.

Sin embargo, algo en él le provocó miedo, quizás fue su mirada o la insistencia con la que lo hacía; el caso fue, que antes de que pudieran marcharse, la policía llegó y lo detuvo.

Resultó ser un sádico pederasta, acusado de haber violado y asesinado a varias chicas en los últimos meses.

Después de eso, olvidó definitivamente sus planes de escapar. Sus padres, fueron conscientes de la gravedad del asunto y procuraron mejorar su relación.

Durante dos años, las cosas aparentemente se calmaron, pero no del todo, los desplantes por parte de su padre, seguían; las borracheras de su madre, cada vez eran

más recurrentes y el rencor hacia ellos, crecía dentro de Deborah, cada día más.

Lo único que la salvó, de no concretar su idea, de atentar contra su vida, fue la llegada de Maurice.

Él había perdido a su madre hacía poco, y al igual que ella, también necesitaba consuelo. Se lo ofrecieron mutuamente, volviéndose casi inseparables, desde el principio; sin importarles, que su amistad, no fuera bien vista.

Ella lo ayudó a superar su dolor y él terminó salvándola.

Gonzalo llevaba varios minutos, mirando, a través de la densa oscuridad de la habitación, las figuras en el cielo raso del techo, a medida que salía de su estado de somnolencia; su curiosidad, se despertaba y su mente comenzaba a trabajar.

Le resultaba un tanto extraño, que Rebecca, tuviese una casa como esa, que viviera sola; y que también, tuviera, como sospechaba, problemas económicos; pues ese fue el motivo, que la llevó a aceptar, que él se quedara a dormir allí.

Tal vez, esa propiedad era una herencia, al igual que el restaurante, que según le contó, era suyo. Era muy joven para tener todas esas cosas, así que definitivamente, tenía que haberlas heredado. Lo que él no entendía era, porqué, si estaba con deudas, no vendía alguna de las dos y las saldaba; bueno, él en su caso, lo hubiera hecho; en realidad, era lo que pretendía hacer con la casa de su padre en los pantanos, necesitaba ese dinero, para pagar los préstamos que hizo, para costearle los tratamientos.

—Tú no puedes andar con los sentimentalismos de conservar propiedades, después de todo, no le tienes ningún apego a ese lugar, apenas has estado allí un par de veces —expresó en voz alta y dejó escapar un suspiro pesado.

Eran las cuatro y media de la mañana; y pensó, que tal vez, debía aprovechar, que Rebecca aún dormía, para tomar una ducha y dejarle el espacio libre. Siendo sincero, no le había molestado ese encuentro casual, y siempre que lo recordaba, sonreía.

De pronto, se tornó serio, debía tener claro, que no estaba allí en plan de conquista, que lo que menos necesitaba en ese momento era, involucrarse con una mujer; y era evidente, que ella no es de las que aceptaban el tipo de relación, que él se había acostumbrado a tener, en los últimos años; así que, lo mejor era, dejar las cosas como estaban.

Con esa resolución, se puso de pie, para ir a darse una ducha y prepararse, para salir lo más temprano que pudiera de ese lugar, sabía que, una vez que se concentrara en lo que lo había llevado hasta allí, se olvidaría de todo lo demás.

Cuando salió al pasillo, vio la luz de la cocina encendida y escuchó algunos ruidos, que provenían de allí, su instinto policial, lo hizo ponerse alertar; y con sigilo, caminó hasta el lugar.

Su primera reacción fue, dejar libre un suspiro; y después, sonreír como un estúpido, al ver, que se trataba de Rebecca. Debía sospecharlo, pues aparte de él, era la única persona en esa casa.

Ella se veía muy concentrada y entretenida en lo que hacía, estaba de espaldas, así que Gonzalo, tuvo la libertad de admirarla a sus anchas.

Con la mirada, recorrió las formas de sus turgentes y redondas nalgas, que se definían perfectamente, gracias al desgastado y ajustado jeans azul, que llevaba puesto, y le llegaba hasta la cintura, haciéndola lucir muy delgada.

Pensó, en lo bien que se sentiría envolverla con sus brazos, para pegarla a su cuerpo, sentir ese suave balanceo, que ella llevaba, al seguir el ritmo de la canción que sonaba en la radio.

También admitió, que le gustaban mucho las piernas de esa mujer y que era una lástima, que no pudiera dedicar un tiempo, para conocerla mejor...

¿Conocerla mejor? ¿Conocerla mejor? ¿Para qué? ¡Pendejo! ¿Acaso no acabas de decir, que tú solo viniste a este lugar, para vender la propiedad de tu padre y nada más? Ya deja de lado las estupideces, Gonzalo.

Le recordó su consciencia, en pensamientos y apartó la mirada del atractivo culo de Rebecca. Hacía mucho tiempo, que había superado esa etapa, en la que solo pensaba con los huevos.

Era un hombre de treinta y tres años, con la suficiente experiencia, como para saber escoger, entre lo que le convenía y lo que no, para anteponer beneficios más duraderos al sexo.

Esa era su parte racional, expresándose, pero cuando dio inicio otra canción, y ella empezó a moverse de manera más sensual, sintió a su miembro pulsar, en repuesta a lo que sus ojos veían; la imaginó llevando puesto, lo mismo del día anterior, y la sangre se le calentó en cuestión de segundos.

Rebecca se hallaba muy animada esa mañana y concentrada por completo en los panqueques, para que les quedaran perfectos. La noche anterior, contó el dinero en efectivo, que había ahorrado ese mes, y vio que le alcanzaba, justo para pagar dos cuotas de la hipoteca de la casa.

Así que, eso la tenía de muy buen humor; tanto, que ese día, les anunciaría a los empleados, que tendrían el día de Navidad y año nuevo libres, ya que, por lo general, lo trabajaban.

Se dejó llevar por la emoción y cuando comenzó a sonar *Bang Bang* en la radio, ella les dio riendas sueltas a sus caderas, moviéndolas como las chicas del video, aquellas que acompañaban a *Jesse J*, *Ariana Grande* y *Nicki Minaj*, también se unió a las voces, para interpretar la letra de la canción.

—*See anybody could be bad to you... You need a good girl to blow your mind, yeah.*

Su voz no era perfecta; en realidad, la consideraba apenas aceptable, pero estando sola allí, no le importaba cantar, así que siguió bailando, sin descuidar su tarea, mientras sentía la música vibrar por todo su cuerpo.

Bang bang into the room (I know you want it)

Bang bang all over you (I'll let you have it)

Wait a minute let me take you there (ah)

Wait a minute 'til ya (ah)

Bang bang there goes your heart (I know you want it)

Back, back seat of my car (I'll let you have it)

Wait a minute let me take you there (ah)

Wait a minute 'til ya (ah) (you know what girls? Let me show you how to do)

Gonzalo no pudo despegar la mirada de ella, por más que quiso, le gustaba la vitalidad que irradiaba, una de la cual, hacía años él no disfrutaba; y que en ese momento, le tenía una sonrisa pintada en los labios.

De pronto, la vio darse vuelta, y se sobresaltó, al verse descubierto, allí, espiándola.

—¡Oh Dios mío! Me has dado un susto de muerte... —expresó Rebecca, llevándose una mano al pecho.

Ella se había impresionado al verlo allí, pero su corazón, no solo latía acelerado por eso, también lo hacía, por esas reacciones que él le provocaba, y que ella no conseguía explicarse.

La verdad era, que se veía muy guapo recién levantado, aún traía el cabello revuelto, los ojos ligeramente hinchados; y la camiseta negra sin mangas, que traía, le daba una vista espectacular de su pecho y de los hombros anchos, salpicados de pecas; haciéndole recordar lo ocurrido el día anterior.

—Lo siento... escuché ruidos y sentí curiosidad, llámalo instinto policial —intentó excusarse.

—¿Te desperté? —inquirió, abriendo mucho los ojos—. Soy una pésima casera, ya ha quedado demostrado, en las dos noches que llevas durmiendo aquí —agregó, realmente apenada.

—No, no, tranquila... ya estaba despierto.

—Lo siento... es que me levanto muy temprano, para ir al restaurante. Soy quien tiene las llaves... y mi padre me enseñó, que el dueño, debe ser el primero en llegar; así da el ejemplo, siempre. —Los nervios la estaban haciendo hablar de más, y cuando se dio cuenta de ello, se detuvo.

—Un hombre sabio, tu padre —mencionó Gonzalo, para hacerla sentir bien.

Una media sonrisa afloró en sus labios, con facilidad, al ver la que ella le regalaba, era muy hermosa y llegaba hasta su mirada, iluminando esos ojos, que tenían algo especial; algo, que lo invitaba a quedarse allí, mirándolos.

Fue consciente, del incómodo silencio, que los envolvió a los dos, y aunque era un hombre de pocas palabras, en ese momento, sentía que debía decir cualquier cosa.

—La verdad es, que me disponía a darme un baño y prepararme para salir temprano, no quiero perder otras cuatro horas en un embotellamiento, como me pasó ayer —explicó, manteniendo la distancia.

—Por supuesto, bueno, mientras lo haces, yo termino el desayuno y así salimos juntos, ¿qué te parece? —inquirió, con una sonrisa, que se congeló en sus labios, al percatarse de que había sonado como la “esposa perfecta”. Casi se estremeció de escalofríos.

—Acepto, solo si dejas que te pague por el desayuno...

—Va por cuenta de la casa —indicó ella, negándose a recibir un centavo más de parte de él—. Y no se discute más, Gonzalo Dorta. Ve, que se nos hará tarde; y los panqueques fríos, son malísimos —dijo, dejando salir ese don de mando, que siempre tenía.

—¿Algo más? —preguntó él, entre divertido y sorprendido. Estaba acostumbrado a recibir órdenes, pero no de una mujer.

—Sí, ponle seguro a la puerta del baño, no vaya a ser, que por costumbre, entre, de nuevo —comentó, con una sonrisa pícaro.

Sin embargo, cuando vio el destello que iluminó la mirada gris de Gonzalo, supo, que se había excedido y se volvió de inmediato, para esconder su sonrojo, intentando actuar de manera casual.

¿Qué demonios te pasa, Becca? ¡Dios mío, qué vergüenza! Se quedó callado... estará pensando que soy una mujer fácil, o desesperada por sexo o que me trae rendida a sus pies.

Se recriminó en pensamientos, mientras intentaba controlar el temblor que se apoderó de su cuerpo y se evidenciaba más en sus manos. Quiso mirar por encima del hombro, para saber si seguía allí o si ya se había marchado.

—Si lo haces, quedarías en deuda conmigo; porque, ayer estábamos casi a mano... pero hoy, no —pronunció Gonzalo, con la voz ronca, después de que pudo reaccionar.

Las palabras de ella, lo habían dejado mudo; y eso, para él, era una novedad. Siempre había tenido ingenio con las mujeres, incluso para declaraciones más sugerentes que esa, él tenía una respuesta, pero la sensación que le recorrió el cuerpo, al imaginarla entrando al baño, otra vez; lo dejó mal parado.

Rebecca, sintió un temblor más intenso, recorrerle el vientre; y los latidos de su corazón, se aceleraron; pensó, que él intentaba ser gracioso y que debía tomar eso como una broma, y no como una insinuación; así que, se volvió a mirarlo, mientras reía.

—Lo siento, la casa no da esos espectáculos todos los días.

—Es una lástima... —murmuró, mirándola con intensidad; y después, reaccionó, debía parar eso de una vez—. Bueno, mejor me voy a bañar... nos vemos en unos minutos.

Gonzalo escapó, antes de que ella fuera consciente, de la erección, que comenzaba a formarse bajo su pantalón de algodón negro; o que se viera arrastrado por el deseo, que ella despertaba en él y terminara persuadiéndola, para tener sexo.

No era por arrogancia, pero algo le decía, que Rebecca no se negaría. Él sabía, cuándo le gustaba a una mujer, cuándo coqueteaban, y ella estaba haciendo todo eso, desde que lo vio desnudo.

Rebecca agradeció, que él tomara todo de manera divertida y se marchara, ese intercambio de palabras, la había puesto algo nerviosa; o tal vez, incómoda, ya que no acostumbraba a mostrarse así, frente a desconocidos.

No seas mentirosa, no te puso ni incómoda ni nerviosa; sus palabras y su actitud, te excitaron... ya deja de negar, que ese hombre te gusta, Becca. No tiene nada de malo.

Pensó, mientras sonreía con picardía, pero de inmediato, reaccionó, negando con la cabeza.

—Tiene todo de malo... no sabes nada de él, más que es detective y que va a ver una propiedad que heredó de su padre, para venderla, nada más... así que, deja de jugar con fuego, Rebecca Freeman o acabarás como con Raymond. Los hombres como él, son peligrosos... muy peligrosos —susurró, mientras buscaba unos huevos y unas salchichas en la nevera.

Gonzalo entró al baño, con la respiración pesada, a causa de la excitación que se había apoderado de él, en la cocina; caminó, para intentar calmarse un poco, y antes de comenzar a desnudarse, estiró la mano, para ponerle el seguro a la puerta.

—¡No seas pendejo! —Se reprochó, frunciendo el ceño—. Estás actuando como un imbécil. Si ella te dijo eso, para insinuarte algo, deja que las cosas sucedan si tienen que suceder y ya, después de todo, no será la primera desconocida a la que te coges. Lo has hecho con mujeres, que no has llegado a saberles ni siquiera el nombre —mencionó, sintiéndose exasperado y se quitó la camiseta.

Suspiró con fastidio, cuando sus ojos vieron la rigidez de su miembro, sabía que no se bajaría, si no hacía algo; por lo que, no le quedó de otra, que caminar hasta la puerta, para poner el maldito seguro.

No quería arriesgarse a que Rebecca entrara y lo encontrara masturbándose. Si ella llegaba a hacerlo, con o sin intenciones de seducirlo, no la dejaría salir de allí ilesa. Desde hacía mucho, una mujer no le gustaba tanto, y aunque no estaba entre sus planes, no se negaría a tener sexo.

—Somos adultos, así que podemos manejarlo... si vuelve a insinuarte algo, vas de frente y vas con todo, Gonzalo; no te quedes con las ganas, porque después, puedes arrepentirte.

Se dijo, mientras su mano se movía con rapidez, para liberar a su cuerpo de la tensión, que esa mujer le provocaba; y sin poder ni querer evitarlo, terminó pensando en ella, para conseguirlo.

Rebecca miró la hora en su reloj de pulsera, y después, vio la comida, no se decidía aún a servirla en los platos, pues debía esperar a Gonzalo; o de lo contrario, parecería descortés.

Él había salido de la cocina, hacía casi media hora. Ella tamborileó los dedos sobre el granito de la encimera y suspiró, armándose de paciencia, seguramente, estaba recogiendo sus cosas.

—Aquí estoy, disculpa la demora.

Escuchó la voz profunda de su “huésped”, y de inmediato, se volvió, para mirarlo con una sonrisa, apreciando nuevamente, esa sensación, que parecía encoger su estómago y acelerar su corazón.

—Toma asiento, por favor.

Se concentró en su tarea, para obviar el nerviosismo que la embargaba, cada vez que Gonzalo estaba cerca. Sin quererlo, se encontró casi decorando los platos, mejor que si estuviera en el restaurante; y cuando se dio cuenta de ello, frunció el ceño, negó con la cabeza, para liberarse de lo que le sucedía y caminó de regreso hasta la mesa, donde dejó el desayuno de ambos, para ir hasta la nevera y sacar la jarra con el zumo de naranja.

—Imagino que cocinas desde joven... todo te sale delicioso —mencionó Gonzalo, para aligerar el silencio, mientras tomaba otro trozo del delicioso panqueque.

—A los quince años, me metí en la cocina; y desde entonces, nadie ha podido sacarme de allí —contestó, sonriendo.

—Se nota; yo, en cambio, apenas sé preparar lo básico, para no morir de hambre. El trabajo no me deja mucho tiempo y casi siempre estoy en la calle. —Le dijo, dándole un sorbo al zumo.

—Bueno, mientras estés en la ciudad, puedes... —Se interrumpió, antes de cometer la locura de decirle, que podía ir a comer allí, recapacitó y continuó—: ir al restaurante... Mary cocina mejor que yo, vas a quedar encantado.

—Será un placer.

La voz de Gonzalo, hizo que esa palabra, sonara con un sentido distinto del que debía tener; o al menos, eso sintió Rebecca, quien solo se limitó a sonreír y a asentir, en silencio.

Al terminar el desayuno, él se ofreció para lavar la vajilla, tampoco era tan inútil para esas labores, algo había aprendido junto a su difunta mujer; y ella subió, para

buscar sus cosas.

—Muchas gracias, Rebecca. Me salvaste dos veces. —Gonzalo habló, antes de que ella bajara de la camioneta, había insistido en llevarla, aunque solo eran dos manzanas lo que debía caminar; tal vez, era, que no quería privarse de su presencia, aún.

—No ha sido nada, Gonzalo; en verdad, espero que te vaya bien... y volvamos a vernos. —Mostró una sonrisa, para ocultar esa extraña sensación de opresión en el pecho.

—Yo también lo espero —dijo, mirándola a los ojos.

Después de eso, ninguno supo qué decir, así que solo se miraron y sonrieron, dándose un apretón de manos, aunque por sus expresiones, parecía que ambos hubieran deseado algo más, pero prefirieron mantenerse en una zona segura.

Ella bajó del auto y Gonzalo la siguió con la mirada, esperó hasta que abriera y entrara; aún estaba oscuro, por lo que no se iría, hasta saberla segura, dentro del local.

Cuando vio, que la mujer de nombre Mary y su hijo, se acercaban a ella, encendió el motor y se marchó, no quería que lo vieran allí, porque seguramente, comenzarían a hacer conjeturas erróneas.

Por suerte, encontró la interestatal libre de tráfico, solo algunos conductores, igual de desesperados que él, por llegar a su destino, que se arriesgaron a ignorar las señales, que advertían, que el paso, no era seguro.

Aprovechando que no había trabajadores ni policías, lograron pasar la zona, que había sido afectada por los árboles; y en menos de media hora, se encontró en el camino de tierra, que llevaba a la cabaña.

Cuando llegó hasta el lugar, sus esperanzas de volver a Filadelfia en dos semanas, se fueron al piso; el abandono en el cual había dejado a la propiedad, hizo estragos en ella. Nadie con cuatro dedos de frente, le daría por esa casa, el dinero que necesitaba y que estaba seguro encontraría, vendiéndola.

—¡Mierda, mierda, mierda! —exclamó, sintiendo el pecho llenarse de rabia y frustración, con las manos en la cintura, para no quebrarse ante esa imagen.

Dejó escapar un suspiro, y caminó hasta la puerta; no ganaría nada con quejarse, debía actuar, era un hombre de acción, eso se le daba mejor; así que, se puso como meta un mes, solo un mes, no se quedaría un día más en ese lugar.

CAPÍTULO 9

Deborah no lograba concentrarse en el balance que estaba elaborando, necesitaba sacar las ganancias netas de su línea de productos, evaluarlas y decidir si ampliar la producción.

Deseaba arriesgarse a ir por más, quería que su proyecto, resultara el más exitoso de ese año, dentro de la empresa; y por supuesto, que siguiera liderando el próximo. Eso la posicionaría, como la candidata perfecta, para asumir la presidencia.

Debía convencer a los otros socios, de que sus ideas, eran las mejores, para mantener el negocio en la cúspide; sin embargo, no lograba sacarse de la cabeza a George Stevenson, necesitaba saber de él y que le asegurase, que no interferiría en sus planes; puesto que, no ganaba nada con proyecciones de un futuro, que no tenía seguro.

Era una mujer práctica, y hacer castillos en el aire, no era particularmente su fuerte, necesitaba bases sólidas, y para ello, debía hablar con el abogado cuanto antes.

Se puso de pie, para ir hasta la oficina de Silvy, lo haría con la excusa de invitarla a almorzar y trataría de averiguar, a través de ella, si su padre se había puesto en contacto con George.

Conociéndolo, sabía que no se quedaría tranquilo, hasta que el abogado le diese una explicación en persona, de porqué lo abandonó; y por supuesto, reclamarle por su falta de ética.

—Hola, Debbie; pasa.

La saludó Silvy, en cuanto su secretaria la hizo pasar. Era la única asistente que conocía, que tuviera oficina y a alguien que recibiera sus mensajes y llamadas. Beneficios por ser la amante del presidente de la empresa, por supuesto.

—Hola, Silvy; espero no molestar —dijo, con una sonrisa.

—¡Claro que no! Ven, siéntate... hoy ha sido un día de locos para mí, pero una distracción, siempre es bienvenida —indicó, mostrando un gesto más efusivo, que el de Deborah.

—La verdad, pasaba para saber, si te gustaría acompañarme a almorzar en Muriel's. No quiero comer nada de aquí, e ir sola a un restaurante, no me anima mucho —comentó, mirándola a los ojos, mientras intentaba seguir sonriendo.

Lo cierto era, que le caía muy mal, y la poca simpatía que se ganó antes, la perdió por completo, después de lo que hizo. Ya no confiaba en ella, no olvidaría jamás, que la muy perra, le robó su proyecto junto a Dominic; pero sabía, que no podía declararle la guerra de manera abierta, la necesitaba para continuar con sus planes y la fachada de hija perfecta.

—Bueno, yo había pensado en ordenar algo y comerlo aquí... no quería ausentarme de la empresa, porque Dominic no está.

—Será en otra ocasión, entonces —aceptó Deborah, poniendo cara de pesar, tratando de manipular a Silvy, pues sabía lo mucho que le gustaba congraciarse con ella. Tampoco le insistiría, no iba con ella hacerlo; y además, debía evitar mostrarle su desesperación.

—Espera... no creo que Empresas Wallis, vaya a caerse, porque nos tomemos dos horas, para salir a almorzar. Dame diez minutos y te alcanzo en recepción —contestó, sonriendo, mientras tomaba el auricular.

—Por supuesto, cualquier cosa, me avisas a mi teléfono.

Deborah se puso de pie, dedicándole una sonrisa y salió de la oficina, para buscar su bolso. Ya tenía la primera pista, Dominic no se encontraba en la empresa; y su ausencia, la ponía alerta.

No quería dejar que la paranoia la invadiera, pero esa información, la hizo tensarse, esperaba sacarle más a Silvy, durante la comida.

Veinte minutos después, bajaban del auto de Deborah; ella estacionó, en la zona que había dispuesto el restaurante, para sus clientes. Esperó pacientemente a que el sommelier, les ofreciera sus recomendaciones y que tomara sus pedidos; una vez que lo vio desaparecer, comenzó su interrogatorio de manera casual.

—No vi a mi padre en toda la mañana, quería mostrarle los números, que me está arrojando un balance, que hago sobre Liger; pero cuando le pedí a Julia que nos pusiera en contacto, dijo que no sabía a qué hora volvía o si lo haría —comentó todo eso, para no hacer una pregunta directa.

—Ha estado ocupado, tuvo una reunión con el gerente del banco Metropolitano, y también fue a ver a Donald Stevenson.

¡Bingo! Justo lo que necesitaba escuchar, vamos Silvy, dime por favor lo que deseo oír y acaba con esta angustia, que me está matando; dime que George Stevenson, no volverá jamás, a joderme la vida con su molesta presencia.

Pensó, tomando un poco de agua de su copa, para disimular, que no estaba desesperada por conocer, lo que llevó a Dominic a entrevistarse con su antiguo abogado.

—¿Mi padre visitando a los abogados? Eso sí que es una novedad; antes, los hacía ir a la empresa o a la casa; pero él, jamás se movía de su pedestal. —Sonrió, mostrando un gesto cómplice, para engatusar a Silvy.

—Bueno, esta vez fue necesario. Pasó todo el día de ayer preocupado, porque George Stevenson renunció, le dejó todo tirado, sin darle una explicación, solo su carta de renuncia y una pequeña nota, donde le decía que volvería a Nueva York.

—¿En serio? —inquirió Deborah, abriendo lo ojos, fingiéndose asombrada.

—Sí, algo bastante extraño, pues el hombre nunca mencionó nada de sus deseos de dejar su bufete aquí y regresarse a la gran manzana —comentó, mirando a Deborah a los ojos.

Silvy sabía, que George Stevenson, andaba detrás de Deborah; y quería saber, si ella, en verdad, estaba del todo ignorante de la decisión del abogado.

Esa actitud tan amable de Deborah, le resultaba extraña, era cierto que había ganado algo de terreno con ella, pero no era tonta y podía ver, que seguía teniéndole recelo, seguramente por lo del proyecto; después de lo que hizo Dominic, no la culpaba, ella tampoco confiaría.

—Supongo que se aburriría, esta ciudad es un pobre pueblo, comparada con Nueva York. Yo no hubiera tardado un año en darme cuenta de eso, como lo hizo George —dijo, sin poner mucho énfasis en sus palabras y después, continuó—: además, en este lugar, nunca tendría otro mérito, que no fuera, el ser el hijo Donald Stevenson; pero allá, puede hacerse un nombre propio.

—Tienes razón, aunque probablemente, eso no ocurra.

—¿Por qué lo dices? —En cuanto esa pregunta salió de su boca, se arrepintió de haberla formulado tan rápido.

Silvy bajó la mirada un instante, sintiéndose apenada por lo que debía decirle; la verdad, le causaba pena, pues el hombre le caía bien, era un zalamero, pero debía reconocer, que hacía muy bien su trabajo, así que en el fondo, lamentaba haberlo perdido como el asesor legal de la empresa.

—George Stevenson sufrió un accidente el sábado por la noche; al parecer, se dirigía al aeropuerto de Jackson y su auto se salió del camino...

Solo hasta allí, Deborah pudo escuchar las palabras de Silvy; al comprender lo que eso implicaba, sintió, que todo a su alrededor se ponía negro, sus sienes comenzaron a palpar y el corazón se le instaló en la garganta, dejándole apenas el oxígeno suficiente, para no desmayarse.

¡Maldición! Esto no puede ser... ¡Dios mío! No puede ser... ¡No puede ser! ¿Qué va a pasar ahora?

Se preguntaba en pensamientos y estiró la mano, para tomar la copa con agua; al ver que estaba temblando, reaccionó, poniendo todo de su parte, para controlarse. Bebió y se aclaró la garganta, antes de hablar; necesitaba saber más.

—¿Cómo está él? —Aunque intentó que su voz sonara calmada, salió rasposa y estrangulada.

—El auto... se volcó, dando varias vueltas, quedó prácticamente hecho añicos, pero él consiguió sobrevivir... fue llevado a un hospital de Jackson e intervenido de emergencia. Lo poco que pude averiguar con el ama de llaves de los Stevenson, es que su estado, es reservado y que está en un coma inducido, porque sufrió una severa lesión en el cráneo —explicó, con la mirada fija en las reacciones de Deborah.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó, llevándose una mano a la boca; y sus ojos, se llenaron de lágrimas. Ella despreciaba a ese hombre, pero no tanto como para desearle la muerte.

—¿Estás bien? —preguntó Silvy, tomándole la mano por encima de la mesa, para consolarla.

—Sí... sí, es solo que... estoy impresionada —respondió, sin mirarla, mientras bebía un poco más de agua.

—Comprendo... tú y él... parecían ser muy amigos.

—Nos llevábamos bien, era un caballero —acotó, enseguida.

—Bueno, no debemos perder las esperanzas.

—Claro que no, supongo que sus padres viajaron hasta Jackson, para verlo —mencionó, tratando de recabar más información, necesitaba saber hasta el detalle más pequeño.

—Sí, Dinora y la ex esposa de George, quien viajó desde Nueva York, están con él. Donald regresó esta mañana, para designarles sus asuntos a otros abogados y entrevistarse con tu padre —explicó, con un tono pausado. Nunca imaginó, que Deborah se pusiera de esa manera, estaba pálida y aturdida.

—¿Me disculpas un momento? Necesito ir al baño. —Deborah se puso de pie, sin esperar una respuesta.

Caminó, intentando hacerlo con mesura y que sus piernas no demostraran el temblor que le recorría todo el cuerpo, pero sus verdaderos deseos, era salir corriendo y esconderse en algún lugar, irse lo más lejos posible, para escapar de esa pesadilla, que se había desencadenado en torno a ella.

Entró al baño, y por fortuna, no había nadie más. En cuanto su mirada se topó con su reflejo en el espejo, rompió en sollozos, los estremecimientos se hicieron más intensos; y sentía, que tenía taquicardia, que el corazón le iba a estallar.

Respiró profundamente, para calmarse, necesitaba hacerlo; o de lo contrario, terminaría poniéndose en evidencia.

—Ya, Deborah... ya, contrólale, por favor... por favor... —susurró, metiendo las manos bajo el agua y se pasó una por la nuca, al tiempo que cerraba los ojos—; todo estará bien, no tienes nada de qué preocuparte, fue un accidente... solo fue un accidente, tú no tuviste nada que ver en eso.

Abrió los párpados, mirando sus pupilas, que se movían con nerviosismo en el espejo, tomó aire, de nuevo y repitió la acción de mojarse el cuello; después, tomó una de las servilletas del dispensador, para secarse, debía ordenar sus pensamientos, pero sobre todo, controlar sus emociones.

Estaba bien, mostrarse afligida por lo de Stevenson, pero no tan perturbada.

—Vamos, Deborah; tú puedes con esto, tienes que poder... recuerda, que cuando sea el turno de Dominic, todo será peor, tendrás más ojos puestos sobre ti y mucha más presión.

Se irguió cuan alta era, adoptando una postura segura y elegante, respiró un par de veces más, mientras retocaba su maquillaje, y después de quedar satisfecha con su apariencia y sentirse más tranquila, regresó a la mesa.

La comida no tuvo el ánimo de las veces anteriores, que habían compartido en ese lugar; la noticia de George Stevenson, evidentemente, había opacado el ambiente; pero Deborah, se esforzó tanto como pudo, en mantenerse relajada.

Se enfocaron en temas de la empresa y ella le contó de su idea de aumentar la producción; recibió todo el apoyo de Silvy, como esperaba, pero ya no se emocionó como antes, sabía que debía tener mucho cuidado con esa arpa.

Cuando regresaron a la empresa, se despidieron en el pasillo, Deborah entró a su oficina, pidiendo no ser molestada por nadie, le urgía pensar en lo que haría, pero ni siquiera contaba con una estrategia, no sabía nada, porque sencillamente, George la tenía una vez más, atada de manos.

—¡Maldita sea! Si te ibas a accidentar, lo mejor era que te hubieses matado de una vez, no tenerme en esta zozobra —masculló, caminando hasta el ventanal, para que la vista la relajara.

Después de una hora, la sensación de estar encerrada en un callejón sin salida, la embargaba por completo; sentía, incluso, que en ocasiones, le faltaba el aire, al sentir el peso de lo que había hecho junto a Diego.

Sabía, que nada le hubiera pasado a George, si ellos no lo hubiesen obligado a marcharse de esa manera; tal vez, el miedo lo hizo perder el control del auto y volcarse, todo era culpa de ellos.

—Diego... necesito hablar con él, es el único que puede ayudarme —mencionó, caminando a su escritorio.

Apagó su computador y tomó su bolso, salió, diciéndole a su secretaria que no regresaría más, ese día; que si alguien preguntaba por ella, le dejara el mensaje y que los revisaría al día siguiente.

No esperó respuesta por parte de Kelly, solo salió de allí, tan rápido como pudo, bajó al estacionamiento y cuando estaba a punto de subir a su auto, vio que el de Dominic llegaba.

—¡Mierda! —exclamó, pero se sintió tentada a interceptarlo, para hablar con él y averiguar algo más sobre Stevenson.

Apenas había dado un par de pasos, cuando se detuvo, pensando, que quedaría muy expuesta, si se mostraba tan interesada en lo sucedido al abogado.

Puede que Silvy haya considerado su reacción normal, pero su padre no era estúpido y siempre sospechaba de ella; acercarse a él en ese momento, era una gran estupidez, así que desistió.

Diego se encontraba limpiando las afiladas tijeras de podar, de manera distraía; había pasado todo el día con la cabeza en otro lugar, preso de una maldita zozobra, que lo exasperaba; de vez en cuando, sus latidos se desbocaban sin razón, despertando la angustia en él.

Le había dicho a Deborah, que no existía razón, para preocuparse por el silencio de George Stevenson, pero la verdad, comenzaba a evaluar la posibilidad de pedirle un favor más a Lobo. Necesitaba que alguien le asegurase, que el hombre se encontraba en Nueva York, con la familia.

Escuchó la puerta del invernadero abrirse, y la misma sensación que lo embargaba, lo hizo ponerse de pie, de inmediato, alerta a cualquier cosa que pudiera pasar.

Caminó con cautela hasta la entrada del depósito y vio que se trataba de Deborah. Sus latidos se aceleraron, por una razón muy distinta al miedo; y sonrió, cuando sus miradas se encontraron, pero al ver el semblante de ella, el gesto se le congeló en los labios.

—Necesitamos hablar —anunció ella, sin siquiera saludarlo.

—Se dice: “Hola Diego”. —Le recordó él, pues odiaba esa manera en que ella lo trataba, a veces—. ¿Dónde te quedaste anoche? —preguntó, con el mismo tono hosco que ella mostró.

—En el mismo lugar donde me dejaste... pero no he venido para darte explicaciones de dónde pasé la noche; sino, para hablar de algo más complicado —comentó, en un tono de pocos amigos, no estaba para reclamos estúpidos.

—Vamos a la habitación —indicó, tomándola del brazo.

—No, es mejor que nos quedemos aquí... así podremos ver si alguien viene. No quiero seguir cometiendo errores —dijo, soltándose y caminó al lado opuesto del lugar, manteniéndose lejos de él. Ella se sentía muy molesta, lo culpaba de todo.

—¿Qué carajos te pasa hoy, Deborah? —demandó, sin poder contenerse más, y no le cedió espacio, caminó hasta ella.

—Te dije, que necesitaba constatar, que George Stevenson, hubiera llegado a Nueva York; y no me hiciste caso, me llamaste paranoica y prácticamente estúpida, pero la única estupidez que hice, fue escucharte. —Le lazó sus reproches.

—¿De qué demonios hablas? —inquirió él, molesto.

—De que el maldito abogado, nunca llegó a Nueva York; se estrelló camino al aeropuerto y ahora está en terapia intensiva, en un hospital de Jackson... ¡De eso hablo! —gritó, exasperada.

Se dijo, durante todo el camino, que debía guardar la calma y no dejarse llevar por la desesperación, que mientras solo ellos tres, supieran lo sucedido, nada pasaría; pero cuando vio a Diego tan relajado, quiso volcar en él, toda su frustración; no era justo que él estuviera tan tranquilo, mientras ella se quebraba.

Diego, por su parte, se quedó en una pieza, ante la revelación de Deborah. Su voz desapareció, mientras analizaba la situación, intentando no entrar en pánico; dejó escapar de golpe, el aire que estaba conteniendo, por la impresión y cerró los ojos.

—Todo saldrá a la luz... nos van a descubrir, Diego... nos van a enviar a la cárcel por lo que hicimos... —Deborah se derrumbó, al ver la actitud de él; pensó, que al llegar allí, Diego le daría la seguridad que estaba necesitando, pero no fue así.

—No digas eso... ¡No vuelvas a repetir eso, Deborah! —La amenazó, abriendo los ojos y clavando la mirada en ella.

—Es lo que pasará —expresó, en medio de sollozos.

—No... no, nada de eso sucederá. —Diego caminó hasta ella y le tomó el rostro entre las manos, para mirarla a los ojos, ahogándose en ese azul acuoso—. El hombre no va a decir nada, si está en terapia intensiva, es porque en verdad está grave; y quizás, es lo mejor que pudo haber pasado. Si se muere, ya no tendremos que vivir con la angustia de ser acusados —mencionó, y al escucharla sollozar, la abrazó con fuerza.

—Tengo miedo, Diego —confesó, aferrándose a él.

—Ya nos encargamos de George Stevenson una vez y lo haremos de nuevo, si llega a ser necesario. No te angusties ni pierdas el control, Deborah; no podemos darnos ese lujo... Eres consciente de eso, ¿verdad? —preguntó; esa actitud de ella, le hacía dudar, sobre lo otro que habían acordado.

—Sí... sí, lo sé. Prometo tranquilizarme. —Intentó dejar de llorar, mientras le acariciaba la espalda y le pedía un beso.

—Bien, esta es la mujer que me gusta, esta es mi mujer.

Empujó la puerta con el pie, para cerrarla y pegó a Deborah a la pared, gimiendo junto a ella, cuando sus lenguas se rozaron, compartiendo la humedad de sus bocas; y entonces, el mundo se redujo, de nuevo, a ese instante de placer.

Los primeros rayos de sol, que apenas despuntaban esa mañana, de finales de otoño, se colaban por el entretejido, que creaban los retorcidos cipreses a su alrededor, bañando su figura, que se desplazaba a trote, por el camino de tierra, que lo acercaba aún más, al hermoso y enigmático pantano de Atchafalaya.

Su respiración era acelerada, a causa del ejercicio, y su cuerpo transpiraba, manchando de humedad la chaqueta negra, tipo buzo, que vestía; pues si bien, el aire estaba bastante fresco, por la hora, su cuerpo era como la caldera de un barco de vapor, que exigía liberar el fuego en su interior.

La noche antes, a duras penas logró conciliar el sueño, entre más tiempo pasaba en esa cabaña, más daños descubría en la misma y más frustrado se sentía; estuvo a punto de tomar sus cosas y largarse, pero terminó desistiendo.

Sabía, que no tenía otra solución, que quedarse a repararla; eso, si quería venderla a un buen precio, pues siempre podía dejarla así, pero cuando el perito de la constructora la evaluase, podría declararla en pérdida total y apenas reconocerle el valor de la tierra.

Gonzalo se detuvo casi de golpe, a pocos metros del espejo de agua, que reflejaba perfectamente los troncos de los viejos cipreses, algunos ya carentes de follaje. El sol los pintaba con sus tenues luces rojizas, doradas y malvas, creando un espectáculo, que él debió reconocer, era muy hermoso.

—Ya sé lo que le viste a este lugar —esbozó, y después, suspiró, dejándose envolver por la paz que le brindaba ese paisaje, mientras a su cabeza, llegaban los recuerdos de su padre.

Se encontraban en el salón de la casa, en Filadelfia; él estaba sentado en el sofá, junto a su madre, mientras veían a su padre caminar de un lado a otro, con el semblante endurecido y una expresión, que pocas veces, Gonzalo le había visto; la misma que lo llenaba de miedo, cuando era apenas un niño.

Él acababa de anunciarles, que abandonaría la escuela de Derecho, había cursado ya el tercer semestre, pero no quería seguir, deseaba ingresar a la Academia de Policía, porque esa era su verdadera vocación y no las leyes.

—No entiendo por qué se pone de esa manera —pronunció, para captar la atención de Gaspar Dorta.

—¿No lo entiendes? ¡Vamos, Gonzalo! No te hagas el tonto, porque no lo eres; por el contrario, eres muy inteligente y vas a desperdiciar ese don que tienes, persiguiendo a malditos delincuentes en las calles de Filadelfia. —Le reprochó, mirándolo a los ojos, para ver si su mirada le hacía entrar en razón.

—Gaspar, por favor —intervino Adela, usando un tono pausado; pero que su esposo, sabía era una exigencia, para que se calmara.

El silencio se apoderó del lugar, de nuevo, pero el aire seguía cargado de tensión; Gonzalo sabía, que eso no sería fácil, pero no daría marcha atrás, se trataba de su vida, no de la de su padre.

Gaspar no podía imponerle las cosas, ya era un hombre de veintiún años, y prácticamente, se mantenía por sus propios medios. Si el precio que debía pagar era marcharse de esa casa, pues lo haría, y le demostraría a su padre, que estaba eligiendo el camino correcto, el que él deseaba.

—No veo qué tiene de malo el que decida seguir sus pasos, la mayoría de los padres se ponen felices, cuando sus hijos lo hacen. —Consiguió que su voz mostrara, que estaba seguro de lo que quería, y cuando su mirada se encontró con la de su padre, se la mantuvo—. Quiero hacer esto.

—No sabes lo que dices, en lo que te estás metiendo —espetó Gaspar.

—Sí, lo sé. Lo he visto todos estos años y es lo que deseo...

—¡En mala hora te llevé a una maldita estación de policías! —exclamó, furioso y le dio la espalda.

—¡No seré un estúpido abogado! —gritó Gonzalo, poniéndose de pie.

Adela supo, que había llegado el momento de intervenir. Ellos dos, jamás habían discutido de esa manera; por el contrario, siempre habían tenido una relación maravillosa; y ella, no dejaría que esa necia disputa, la arruinara. Debía hallar la manera, de que todos, quedaran satisfechos y fueran felices con sus decisiones.

—¡Se calman los dos! ¡Ya! —demandó, levantándose ella también, mirándolos con severidad—. Somos adultos y no hay necesidad de llegar a los insultos, debemos dialogar... somos una familia, así que se sientan allí y ahora me escuchan —exigió, señalando el sofá con la mano.

El primero en ceder fue Gonzalo; pues, a pesar de ya ser un hombre, seguía guardándoles mucho respeto a sus padres y adoraba a su madre, así que nunca haría nada para molestarla.

Gaspar, estuvo un tanto renuente, pero terminó por hacerlo, en el otro extremo del sillón; apoyó el codo en el reposabrazos y descansó en la palma de su mano la mejilla, mientras mantenía el ceño tan fruncido, que sus pobladas cejas parecían una.

—Bien, yo les haré varias preguntas y cada uno tendrá la oportunidad para responderlas; pero, mientras uno lo hace, el otro se quedará en silencio, hasta que este termine, ¿entendido? —inquirió, observándolos, como si fueran dos de sus alumnos.

Adela esperaba, que sus años como profesora, le ayudaran a resolver ese problema en su familia.

—¿Puedo decir algo, antes? —Gonzalo se dirigió a su madre.

—Claro, habla, cariño.

—Esta es una decisión tomada y sin importar que mi padre esté en desacuerdo con ella, no daré marcha atrás. Si él respeta eso, podemos ahorrarnos horas de discusión —comentó, intentando sonar calmado y obviando la actitud de su padre.

—¿Y esa es la manera en cómo se supone que lleguemos a un acuerdo? Llegas aquí y dices, voy a hacer esto y no se hable más, imponiéndole a todos tus decisiones. ¿Es así, Gonzalo? —inquirió su padre, mirándolo, perplejo.

—Hijo... no puedes cerrarte de esa manera a un diálogo, debes estar dispuesto a escuchar los argumentos de tu padre —pidió Adela, mirándolo con ternura.

—Él habla de mis imposiciones, pero qué hay de las suyas.

—Yo tengo más experiencia que tú, y sé lo que te conviene y lo que no; no se trata de imponerte nada, sino de cuidarte. —Gaspar se defendió, de las acusaciones que consideraba, sin sentido.

—Pues no lo necesito, ya soy un hombre, padre. Puedo tomar mis propias decisiones y también asumir las consecuencias... ¿Por qué demonios no confía en mí? —preguntó con la voz ronca, porque las lágrimas le subieron de golpe a la garganta.

—Gonzalo, no se trata de eso, cariño... nosotros confiamos en ti —expresó Adela, acercándose a él, para consolarlo.

—Siempre he respetado cada cosa que hicieron. Yo no quería venir a este país, donde todo era extraño para mí, lejos de Venezuela, de mis amigos... la pasé muy mal en principio; aun así, intenté hacer las cosas más fáciles para ustedes y acepté todo; pero ahora, que les pido, que por primera vez, me apoyen, no lo hacen. —Se puso de pie, dispuesto a marcharse.

Adela y Gaspar, se quedaron en silencio, sin saber cómo responder a los reproches de su hijo; no era sencillo, reconocer, que Gonzalo ya no era un chico, que era un hombre y que necesitaba sentir, que tenía las riendas de su vida.

—Te voy a dar el apoyo que me pides... —mencionó Gaspar, para evitar que se marchara y que las cosas se pusieran peores. Lo vio detenerse, así que continuó—: pero con una condición, Gonzalo.

Él se volvió, para mirar a su padre, sintiéndose esperanzado; no quería irse de allí, dejando la relación afectada de esa manera, tampoco deseaba, que su decisión de hacer realidad sus sueños, destruyera a su familia. Dio un par de pasos, hasta quedar cerca y le mantuvo la mirada.

—¿Cuál? —preguntó, estaba dispuesto a aceptar lo que le pidiera, siempre y cuando, no fuera renunciar.

—Serás un detective, no te quiero patrullando en las calles y persiguiendo delincuentes comunes. Si vas a hacer esto, lo harás bien. Eres un joven muy inteligente, tienes instinto y disciplina; así que, seguirás estudiando, te prepararás y entrarás a la academia, para ser un detective... no dejaré que desperdices todo eso, conduciendo una miserable patrulla, como lo he hecho yo durante años... Tú estás para algo mejor —explicó, usando un tono de voz, que no dejaba lugar a réplicas—. Esa es mi condición; tú decides Gonzalo, lo tomas o lo dejas.

—¿Es su última palabra? —Gonzalo no cabía en sí, de alegría, pero intentó no dejárselo ver tan rápido.

—Así es —indicó Gaspar, arqueando la gruesa ceja.

Adela veía la escena, e internamente, rogaba para que Gonzalo, aceptara la condición de su padre y pudieran acabar de una vez por todas, con esa riña; le parecía lógica la petición de su esposo y también la apoyaba, su hijo merecía lo mejor.

—Está bien, haré lo que me pide... pero le recuerdo, que los detectives no son más importantes que un policía como usted, padre. Ellos no serían nada, sin hombres como usted —indicó, mirándolo a los ojos, para demostrarle, que él, se sentía orgulloso de lo que era, que no se avergonzaba de ser el hijo de un policía.

Gaspar, se sintió muy emocionado, ante esas palabras de Gonzalo, pues lo único que siempre había deseado en la vida, era ser un ejemplo a seguir para sus hijos, la vida solo lo había bendecido con uno, pero que valía por muchos, porque era un gran muchacho.

Se acercó a Gonzalo y lo abrazó con fuerza, para brindarle su apoyo más que con palabras. Toda la tensión de minutos atrás, había pasado; su mujer también se sumó al abrazo y volvieron a ser la familia armoniosa de siempre, esa que había estado unida en los momentos más difíciles y los más hermosos.

Gonzalo regresó de sus recuerdos, sintiendo, que una poderosa marea, movía todos sus sentimientos, y esa presión dentro del pecho, que era casi insoportable, por lo dolorosa que resultaba. Algunas veces, se preguntaba, si esa sensación desaparecería.

Se había ido quedando solo en el mundo, y por más que luchó por mantener a sus seres queridos junto a él, no lo consiguió.

A su madre y a su mujer, las había perdido de manera tan abrupta, que ni siquiera pudo despedirse de ellas, y con su padre, le tocó vivir un calvario, tan duro, que cuando al fin Gaspar se rindió, él solo pudo agradecerlo, pues no soportaba más verlo sufrir.

Regresó hasta la cabaña, dispuesto a dar una batalla más, haría todo lo necesario, para recuperar ese lugar, que su padre tanto quiso; aunque al final, también tuviera que dejarlo ir.

Maurice, escoltaba a Deborah hasta su auto, como todas las mañanas, él se encargaba de dejarlo listo para ella y también le informaba, si necesitaba combustible o darle mantenimiento; aunque por lo general, también la recibía por las tardes.

La miraba con devoción, mientras le sonreía, pero de pronto, algo llamó su atención; hasta el momento, no se había fijado en la moto Ducati, estacionada cerca de la pieza, donde dormía Diego Cáceres.

—¿Y eso? —Le preguntó a Deborah, sin apartar la mirada de la motocicleta, con el ceño profundamente fruncido.

—¿Qué? —inquirió ella, siguiendo la mirada de Maurice. Los nervios la invadieron de inmediato, al saber a qué se refería.

—Esa motocicleta —contestó, volviéndose a mirarla.

—No sé... tal vez sea del jardinero —respondió, intentando mostrarse indiferente.

—¿Y de dónde sacó ese hombre, para comprarse algo así? Es una Ducati, mínimo tiene que estar en unos ocho mil quinientos dólares; y dudo, que ese don nadie los tenga.

—Pues yo qué voy a saber, Maurice... eso es asunto suyo. —Deborah intentaba zanjear el tema.

—Y también tuyo, ese hombre es un delincuente, Debbie; y no me extrañaría para nada, que anduviera en malos pasos —dijo, mirándola a los ojos, con seriedad.

—¿Estás insinuando que está robando? —preguntó ella, fingiendo asombro.

—Puede ser; de otra manera, no sé de dónde sacaría para comprársela —afirmó, manteniéndole la mirada.

—¿Y qué puede robarse? ¿El abono? ¿Las orquídeas de Dominic? —cuestionó, sonriendo de manera burlona, y al ver que él fruncía el ceño, soltó una carcajada.

—Esto es serio, Deborah —acotó, con dureza.

—¡Uy! Me acabas de llamar Deborah —pronunció, riendo—; y solo lo haces, cuando estás molesto. No me digas, que ahora nos vamos a pelear, porque el jardinero se compró un juguete caro... eso es asunto de él, no mío; y la verdad, dudo mucho que se esté robando algo. No tiene permitido entrar a la mansión, y lo que tiene en su habitación, no vale ni para comprar el combustible que debe gastar esa máquina —indicó, mirándolo a los ojos.

—¿Ves? Reconoces que no tiene dinero, así que con mayor razón, deberías averiguar de dónde sacó para comprar eso... —Se interrumpió, antes de decir en voz alta, lo que se le acababa de pasar por la cabeza, y le rehuía.

Diego Cáceres no tenía acceso a la mansión, pero Katherine sí, y no le extrañaría para nada, que él la estuviera manipulando, para conseguir cosas de valor. Su amiga se había vuelto una tonta; y era capaz, de hacer lo que fuera, por tener un poco de atención del jardinero.

Pensó, quedándose en silencio. Sabía, que si Deborah llegaba a enterarse de eso, Katherine podría terminar en la calle. Primero, debía hallar la manera de desligarla del maldito delincuente, y para eso, debía actuar con inteligencia.

Así que, respiró profundo y se calmó, decidió dejar el tema de lado, por el momento.

—Por favor, Maurice. Ni siquiera sabemos si la dichosa moto es de él o no. Olvidemos el tema, por ahora; y te prometo, que después, haré las investigaciones que sean necesarias. Ahora, necesito irme a la empresa, antes de que se me haga tarde. —Deborah se tensó, ante el silencio de Maurice, y quiso mostrar su autoridad, para persuadirlo de que dejara sus sospechas de lado.

—Tienes razón, no debes distraerte con estas tonterías —dijo, aliviado de que ella no le prestara atención al asunto; él se encargaría de dar con la verdad, por sus propios medios.

—Perfecto, ven... hoy puedes acompañarme. Necesito revisar unos papeles y puedo aprovechar, para hacerlo mientras tú conduces.

—¿Me dejarás llevarte? Eso sí que es una sorpresa —expresó, mostrando una sonrisa, al tiempo que le abría la puerta del auto.

Deborah subió, regalándole el mismo gesto; y cuando estuvieron en el interior, miró, comprobando que no hubiera nadie cerca y se aproximó a él, tomándolo por la corbata.

—Digamos que... te extrañé —susurró, contra los labios de Maurice, antes de besarlo; necesitaba distraerlo.

—Yo también lo hice, Debbie; demasiado.

Él prolongó el beso y se deleitó con la dulce humedad, que colmaba la boca de su amante. Estuvieron así un par de minutos, y después, salieron de la propiedad, antes de que pudieran verlos.

Maurice intentó investigar un poco más, sobre la procedencia de la motocicleta del jardinero, con mucha cautela, pues no quería perjudicar a Katherine. Sabía, que si sus sospechas resultaban ciertas, su amiga saldría de esa casa; y tal vez, hasta en una patrulla.

Deborah no tendría contemplaciones con ella y tampoco con el jardinero, aunque la suerte de este último, no le importaba; mejor, si regresaba al lugar de donde no debió salir.

No obtuvo los resultados que deseaba, según Marcus, el hombre le había solicitado una carta de trabajo; y suponía, que debía ser para financiar la Ducati.

Al menos, eso fue lo que le dijo Roberto, cuando el mismo Marcus le preguntó, ya que, a él, también le resultó sospechosa la adquisición de Diego.

Maurice, sabía que no tenía que desconfiar de la palabra del mayordomo; pues, si había algo que lo caracterizaba, era la lealtad a los Wallis.

El resto de la tarde, lo dedicó a Deborah, le había pedido que la acompañara y él estaba feliz de poder hacerlo; primero, pasó por ella a la empresa; después, la llevó hasta la casa y la esperó, para ir juntos al gimnasio; en ocasiones, él asistía, para ayudarla con sus rutinas, y aprovechaba para ejercitarse también.

—¿Estás bien? —Le preguntó ella, al verlo tan distraído.

—Sí... sí, estoy bien —contestó, sonriendo y reforzó el agarre del saco de arena, que ella golpeaba.

—Eso espero... —esbozó, estrellando sus puños en una secuencia de cuatro golpes—, porque puedes terminar con un ojo morado, como sigas distrayéndote con el culo de Janeth —acotó y repitió la misma acción de antes.

—¿Me estás amenazando? —preguntó, elevando una ceja.

—No, simplemente, te advierto, sobre accidentes que pasan.

—Ven aquí —dijo, soltando el saco y la agarró de la muñeca, para volverla, haciendo que quedara de espaldas a él—. El culo de tu amiga... está bien, pero el tuyo, es extraordinario. —Le susurró al oído y aprovechó, que nadie parecía mirarlos, para masajearlo, mientras le mordía el cuello.

—Eres tan ingenioso. —Deborah sonrió, disfrutando de las sugerentes caricias, y al ver que sí estaba mirando a Janeth, le dio un codazo en el estómago—, pero como todos los hombres, se te van los ojos —dijo, apretando los dientes.

—Ni siquiera la había mirado, fuiste tú quien lo sugirió. —La apretó con fuerza entre sus brazos, para pegarla a su cuerpo.

En ese rincón, podían disfrutar de algo de privacidad; ya que, por lo general, ellos no actuaban de esa manera. La mayoría del tiempo, trataban de mantener las distancias, cosa que no era fácil, pues siempre estaban deseando tocarse.

Él se esforzaba, pero a veces, no lo conseguía, como en ese momento.

Por fortuna, sabía que las amigas de Deborah, estaban al tanto de su relación; que de cierto modo, lo aceptaban y eran amables con él; sin embargo, el resto del mundo, no veía con buenos ojos, que una mujer como ella, anduviera con alguien como él; quien en varias ocasiones, había sentido en carne propia, el desprecio que provocaba en los demás.

Cada vez que iba a las duchas, al entrar o al salir junto a ella de ese lugar, todos lo miraban con desdén o burla.

—¡Váyanse a las duchas! ¡Par de perversos!

La voz que vibraba, por la risa contenida de Janeth, los sacó de la burbuja donde se encontraban, se sobresaltaron y se separaron de inmediato.

Maurice volvió a sujetar el saco de arena, pero Deborah quiso vengarse de su amiga.

—Todo esto lo provocaste tú, por estar allí, doblándote y apuntando tu culo hacia acá, para distraerlo. —Su voz tenía un tinte de reproche fingido, pero su mirada sonreía, al ver el asombro, que se apoderó del semblante de Maurice.

—¿En serio? Pues yo solo hacía mi rutina —contestó, acercándose a Maurice, ella sabía a lo que Deborah jugaba, porque lo habían hecho muchas veces—. Entonces, eres tú el perverso... —Le pegó con el índice en el pecho.

—Yo no... no te estaba mirando, solo la ayudaba a ella.

—Sí, lo hacías. —Lo acusó Deborah y miró después a Janeth—; incluso, me dijo que yo tenía mejor culo que tú —comentó, controlando su risa.

—¡Debbie! —Le reprochó él, quien comenzaba a sentir un embarazoso calor, apoderándose de su rostro.

—¡Y además, mentiroso! Ya sé que ella te trae loco, pero debes ser sincero, cariño; el mío está mucho mejor... mira. —Se giró, para quedar de espaldas a él, mientras lo veía por encima del hombro y le acercaba el trasero.

—Ten cuidado con lo que haces, Maurice. —Le advirtió Deborah, entre dientes, mirándolo a los ojos.

—No lo amenaces, Deborah, así no será objetivo... ¡Ya sé! Tienes que tocar, para que des una opinión equilibrada; al de ella lo conoces de memoria, pero el mío no, así que ven, dame tu mano, para que sepas lo que es agarrar un buen culo. —Lo sujetó y Maurice estaba tan perdido por su actitud, que estuvo a punto de hacerlo.

—¡Deténganse! —exclamó Deborah, alejándolos.

—¡Que egoísta eres! —Se quejó Janeth, haciendo un puchero.

Maurice se había quedado mudo, no sabía qué decir de todo eso, ya que ellas, no se veían molestas, sino divertidas; entonces, comprendió, que había sido víctima de un juego.

Parecían dos adolescentes caprichosas; y recordó, que esa fue una de las cosas, que lo enamoró de Deborah; que al principio, ella fue un reto para él, que siempre lo rechazaba, pero después que se entregó, lo hizo por completo, sin reservas.

—Será mejor que vaya a las duchas. —La miró con seriedad.

Janeth soltó una carcajada, al ver, que él intentaba hacerles creer, que se había molestado por la broma, pero en el fondo, seguro estaba encantado. Era hombre y a ellos eso les gustaba.

—Como se sigan riendo de mí, se las voy a cobrar a las dos —Las señaló con el índice.

—¡Uy! Eso suena tan excitante... —Janeth mostró una sonrisa radiante y lo miró con descaró—. Aunque es una lástima que solo se quede en una simple amenaza; le tienes demasiado miedo a Debbie como para hacer algo.

Él actuó con rapidez, para evitar que ellas le ganaran la partida; ante la mirada atónita de Deborah, le dio una buena nalgada a Janeth; fue tan fuerte que la monera dio un respingo y lo miró con asombro, parpadeando varias veces sin poder creer lo que había hecho.

—¡Maurice Favre! —Deborah estaba boquiabierta y clavada en ese lugar; no terminaba de asimilar la escena.

—Las amenazas son para cumplirlas —mencionó él, sonriéndole con malicia a Janeth.

—¿Te puse caliente, Maurice? —preguntó, mirándolo a los ojos, y los de ella destellaban picardía.

—Puede ser... pero quien pagará, será ella —respondió, siguiéndole el juego, mientras señalaba a Deborah. Caminó, para dirigirse a las duchas, pero al pasar junto a ella, cambió de idea y se acercó, para decirle al oído—: esta te la cobro hoy, así que recoge tus cosas, que nos vamos en cuanto regrese.

—Ya veremos quien termina pagando... Descarado —pronunció con los dientes apretados, sintiendo una extraña mezcla de rabia y excitación, provocada por la actitud de él.

—Las deudas también son para pagarlas —mencionó mirándola y sus ojos grises se desbordaban en deseo.

Después de esas palabras le dio una nalgada mucho más fuerte, de la que le había dado a Janeth, porque Deborah se la merecía realmente, además, sabía que a ella le gustaba darlas, más de una vez le había dejado la palma de la mano pintada en el culo; ya era hora de que aprendiera a recibirlas también.

—¡Maurice Favre! ¡Miserable! ¡Eres un...! —expresó, volviéndose a mirarlo.

—Quería asegurarme que tenías mejor culo que ella. —Le sonrió, de esa manera arribatadamente sensual, que poseía.

Janeth volvió a reír, observando la escena de esos dos, y lo vio alejarse, dejando a Deborah en pleno berrinche. Se acercó a su amiga, rodeándole los hombros con su

brazo.

—Es tan encantador...; y además, él también tiene muy buen culo, aunque eso ya lo sabía desde hace años —pronunció, riendo, y lo hizo con más fuerza, al ver que Deborah, rodaba los ojos.

—¡Ya deja de estar mirándolo! ¡Es mi hombre! —expuso Deborah, dándole un suave golpe en el vientre plano.

—¡Tu hombre! ¡Vaya! Pero qué posesiva me saliste, Debbie —acotó, riendo, después de recuperarse del manotazo—. ¿Sabes algo? Tienes mucha suerte... tener a dos hombres tan apuestos, enamorados de ti, no es algo de lo que muchas mujeres podamos alardear —dijo, tomando una toalla, para secarse.

—Pues yo tampoco. Maurice está enamorado de mí desde siempre, eso lo sé... pero lo de Diego, es otra cosa, a él solo me une el sexo; tal vez, algo de complicidad, nada más. Si de algo estoy segura es, que no se trata de amor —mencionó y sus palabras le provocaron un desagradable sabor de boca.

—Yo que tú, no estaría tan segura... los hombres solo aceptan ceder a este tipo de relaciones, cuando no desean perder a la mujer a su lado, cuando les importan tanto, que prefieren compartir, antes que dejarlas marcharse con otro.

—O cuando solo te quieren para tener una buena cogida, como él dice —pronunció, con algo de resentimiento.

Diego nunca se había mostrado cariñoso ni interesado en crear vínculos más fuertes entre los dos. Ella le había contado todo su pasado, se había abierto a él, como no lo hizo nunca con nadie más, ni siquiera con Maurice; aun así, él seguía guardándole secretos.

—Debbie... créeme, cuando te digo, que tú le importas —expresó, buscando la mirada azul de su amiga.

Deborah estaba por responderle, cuando sintió una presencia tras ella, y los nervios se dispararon en su cuerpo.

—¿Que le importas a quién? —preguntó Maurice, intrigado.

El terror se reflejó en el rostro de Deborah, pero por fortuna, Maurice no podía verla. Intentó darle una respuesta rápida.

Él regresó antes, porque en las duchas, estaban varios de esos hombres, que siempre lo miraban con desprecio; y al verlo entrar, tomaron todas las toallas disponibles, mientras lo miraban con burla y comenzaron a hacer chistes estúpidos.

Dio media vuelta, para volver sobre sus pasos, no caería en provocaciones.

—A... a Dominic —respondió Janeth, rápidamente—. Le estaba diciendo, que su padre, no puede ser tan miserable y que tarde o temprano, va a tener que cambiar de actitud.

—¿Te volvió a hacer algo? —inquirió, poniéndose alerta.

—No... lo mismo de siempre, ya sabes, me ignora y no me deja tomar decisiones por cuenta propia, pero conseguiré la manera de salirme con la mía. —Se volvió, para besarlo y distraerlo—. Sabes que siempre lo consigo.

—¡Oh, vamos! No se pongan melosos, de nuevo. Los voy a contratar, para los anuncios de San Valentín —acotó Janeth, desviando la conversación, para ayudar a Deborah.

La pareja se separó, sonriendo, al tiempo que intercambiaban una mirada; de esas que compartían de adolescentes, cuando apenas lograban esconder el sentimiento que los unía.

Recogieron sus cosas y minutos después, se despedían de Janeth, para tomar el camino de regreso a la mansión.

Deborah insistió en llevar a Maurice hasta su casa, primero; no tenía lógica, que él fuera con ella hasta la mansión y tomara después un taxi para regresar, cuando ella podía llevarlo.

Como él había conducido todo el día, fue el turno de ella, para ponerse frente al volante, y se desenvolvía tan bien, que solo tardaron media hora en llegar hasta la modesta vivienda de Maurice.

—Te he traído sano y salvo —dijo ella, sonriendo, cuando estacionó el auto en el garaje.

—Aún es temprano, ¿por qué no bajas y entramos, para que te tomes algo? —preguntó, mirándola a los ojos.

Deborah sonrió, adivinando las verdaderas intenciones de Maurice. Se acercó a él, para rozar sus labios; y estando así, habló.

—Señor Favre, ¿sabe que esa es la propuesta más trillada del mundo, para tener sexo? —preguntó, y al ver que él sonreía, sabiéndose descubierto, le acarició el pecho.

—Está bien, me has atrapado... pero en serio, me gustaría que te quedaras un rato, no solo para que tengamos sexo, sino para compartir contigo —mencionó, dándole toques de labios.

—Cariño, ojalá pudiera, pero ya es tarde y mañana debo trabajar temprano... y sé bien, que si entro a tu casa, ahora, no me dejarás salir de allí en un buen rato —indicó, con tono sumiso, para no hacerlo sentir rechazado.

—Pensé que me habías extrañado, Debbie —dijo, mirándola.

—Y así fue, Maurice... mírame. —Le pidió, al ver que le esquivaba el rostro—. Te prometo, que vendré y me quedaré contigo toda una noche... o tal vez, más —dijo, pensando, en que así como le entregó un fin de semana a Diego, también podía hacerlo con él.

—Está bien... será otro día. —Abrió la puerta, para bajar del auto, pero antes de hacerlo, ella se lo impidió.

—Espera... no necesariamente tenemos que entrar a la casa, para que recuperemos parte del tiempo que pasamos separados —indicó, arqueando una ceja y se movió, para abandonar su asiento.

—¿Qué haces? —Él hizo la pregunta más tonta que se le pudo ocurrir, dada la situación. Ella se le subía sobre las piernas y comenzaba a quitarle la camiseta—. Estoy sudado, Debbie. No me bañé en el gimnasio.

—¿Y desde cuándo a mí me ha molestado tu sudor? —preguntó ella, después de lanzar la prenda en el asiento de al lado y bajarse la cremallera de la chaqueta que traía puesta.

Maurice gimió con satisfacción y expuso el cuello, para que ella pudiera besarlo mejor, mientras sus manos se deslizaban dentro del pantalón de algodón y el panty de ella, para acariciarle las nalgas.

Comenzó a moverse desde abajo, para que el roce le ayudara a conseguir una erección rápido, al tiempo que dejaba, que Deborah hiciera fiesta en su boca.

—Me muero por tenerte en una cama, ¿hace cuánto que no hacemos el amor en una? —inquirió, mirándola a los ojos.

—Ya lo haremos, te prometo que lo haremos, cariño... mientras, podemos estrenar este auto, que aún no lo hemos hecho —respondió, metiendo su mano dentro del pantalón de chándal de Maurice, para acariciarle el miembro.

Se apoderó del músculo ardiente, con movimientos rápidos y precisos, para que ganara tensión, pero tuvo que dejarlo de lado unos segundos, para que él pudiera quitarle la camiseta deportiva que llevaba.

Retomó lo que hacía, al tiempo que sentía, que él la estaba volviendo loca, con esas exquisitas succiones, que le daba en los pezones, suaves al principio e intensas después.

Maurice acariciaba con su lengua las rosadas y tensas cimas, disfrutando del sabor que tenía la piel de Deborah; de ese, al cual se había vuelto adicto. Juntaba ambos senos con sus manos, para poder darle la misma atención a ambos.

La ropa cedió lo suficiente, para que pudieran unirse; y al hacerlo, el ambiente dentro del auto, se llenó del calor que desprendían sus cuerpos y los sonidos que hacían sus pieles al chocar, acompañados, además, por los gemidos y los jadeos que escapaban de sus labios.

Las caderas de ambos, se desbocaron, al igual que sus respiraciones, y con los ojos cerrados, sentían cómo el placer los avasallaba.

—Debbie... sigue así... sigue así —rogó en un murmullo, Maurice, al sentir cómo ella movía sus caderas, con premura.

—Tócame... tócame, cariño... hazme correr. —Le pidió ella, en medio de jadeos, que se estrellaban en los labios de él.

Maurice llevó su mano hasta la unión de sus cuerpos y comenzó a presionar con dos de sus dedos el duro clitoris, al tiempo que su lengua entraba y salía de la boca de Deborah, rozando los trémulos labios de ella con los suyos, que estaban bañados de humedad, al igual que aquellos donde sus dedos hacían derroche.

La sintió tensarse a su alrededor y tuvo que poner todo su empeño, para no correrse, todavía; plantó sus pies en el suelo del auto y con la mano libre, le sostuvo la cadera, para evitar que ella se separara de su cuerpo.

Ella se desmadejó sobre el cuerpo de Maurice, después del orgasmo, y hundió su rostro en el cuello de él, allí donde podía sentir el latido desbocado y el calor que lo colmaba.

Deslizó su nariz, embriagándose con el aroma de la piel masculina, y sonrió, sintiendo esa sensación de pertenencia, de conocerlo como a ningún otro; y una agradable sensación de calidez, la envolvió.

Sentía, que él seguía moviéndose con lentitud en su interior, llegando profundo y creando un roce tan placentero, que se encontró gimiendo, de nuevo.

Las manos de él, le acariciaban la espalda, la cintura, las nalgas, viajaban por su cuerpo, con la experiencia que le daba ser su amante de años; y ella quiso, que ese instante entre los dos, fuese eterno.

—Debbie... —susurró Maurice, besándole el hombro, al tiempo que sentía que no podía contenerse más—; quiero quedarme dentro de ti, siempre... ser parte de ti, siempre... eres perfecta, amor mío, perfecta —pronunció, entre roces de labios.

—Yo deseo lo mismo... quédate en mí y hazme vibrar de nuevo, Maurice... por favor, por favor... —suplicó, besándolo.

Él aumentó el ritmo de sus caderas, empujando hasta sentir, que ella lo tomaba por completo, y la besó, dejándose llevar por la ansiedad.

Los labios de Deborah, no escapaban de esa desesperación que llevaba dentro, y comenzó a morderlos, pero sin llegar a lastimarlos en verdad.

Maurice, sentía, que el deseo, estaba a punto de hacerlo estallar, temblaba cada vez más, y el roce dentro de ella, encendía su piel; estaba ardiendo.

Las sensaciones en Deborah, aumentaban con cada gemido trémulo y ronco, que Maurice liberaba; eso que la recorría, era muy poderoso, hacía mucho no lo sentía, era sublime, perfecto y ninguno de los dos deseaba que acabara.

En ese instante, su cuerpo y su mente, estaban avocados por completo a él, solo a él y a lo que le estaba provocando; ya no tenía control sobre ella, se estremecía, jadeaba y gritaba, sintiendo que entraba al paraíso, junto a él; aferrada con fuerza, para no romperse.

Deborah estalló de placer en un grito; y Maurice lo hizo, a través de gemidos, que salían de su pecho, provocándole una sensación, mezcla de dolor y placer.

Lo que experimentaban en ese momento, en ese espacio, donde el tiempo parecía haberse detenido, era algo que casi habían olvidado, que habían compartido como pareja, solo al inicio de su relación o cuando se reencontraron, después de que ella regresara de la universidad.

La bruma que dejaba el éxtasis, los envolvió por varios minutos, mientras les daban el tiempo a sus cuerpos, para recuperarse, abrazados estrechamente y sintiendo, que el mundo era tan perfecto, como ellos siempre habían deseado.

Ella, quien era la más renuente a mostrar sus sentimientos, sentía, que las emociones, la tenían a punto del llanto y las palabras que pujaban por salir, lo hicieron sin siquiera pedirle permiso.

—Me encanta estar contigo —confesó en un susurro, al oído de él, acariciándole los hombros, y se movió, para mirarlo a los ojos—. Me encanta cómo me tocas, cómo me besas y cómo me miras... Te quiero, Maurice... te quiero —expresó, sin poder contener esas palabras ni la emoción que las acompañaba, pero al escucharse, parpadeó, mostrando algo de nerviosismo.

Maurice, por primera vez en su vida, se quedó sin palabras, la emoción le había secuestrado la voz, y sus ojos se cristalizaron, tomó entre sus manos el rostro de Deborah y la besó con intensidad, intentando que sus gestos, expresaran aquello que las palabras no podían.

El deseo seguía latente, pero estaba acompañado de algo más, algo profundo y absoluto, que lo hacía sentir el hombre más feliz sobre la tierra.

—Te amo, Debbie... te amo, mi niña hermosa —susurró, emocionado, después de que sus labios se separaran.

—Hacia mucho que no me llamabas así —mencionó ella, sonriendo, al tiempo que le acariciaba el pecho.

—Tal vez, es porque ya no eres una niña... ahora eres toda una mujer, hermosa. —Le acarició las tetas, reforzando con ese gesto sus palabras y le besó el cuello.

—Soy una mujer, desde hace mucho... no solamente desde que tengo senos, Maurice —acotó, riendo, al verlo hipnotizado por sus pechos y esas excitantes caricias que le ofrecía—. Lo soy desde que tú me hiciste mujer, aquella noche, cuando apenas tenía dieciséis años. —De pronto, se sentía distinta, más libre de expresarse, de compartir con él de esa manera.

—Y yo me hice hombre junto a ti, esa misma noche... —dijo, sonriendo, al tiempo que volvía a besarla, esta vez con ternura.

—¡Mentiroso! Ya tú habías estado con otras chicas. —Le reprochó ella haciendo un puchero.

—Sí, pero nunca me había sentido realmente hombre, solo era un chico algo torpe que estaba ansioso por experimentar, sin pararse a detener lo que estaba haciendo en realidad. Pero hacerte mujer a ti, me hizo sentir verdaderamente hombre, Deborah —pronunció mirándola con intensidad, sin dejar de tocar esa piel que lo enloquecía.

Deborah se dejó consentir por las caricias que él le brindaba, perdiéndose en los hermosos ojos grises, que la cautivaron cuando apenas era una chica. Eso fue lo primero que atrajo su atención, en cuanto lo conoció; y después, vinieron todos los descubrimientos que hizo junto a él.

Se sentía confundida, pero sabía, que no se trataba de amor, sino de confianza; ella confiaba en que él, nunca le haría daño.

No obstante, evitaba tentar a su suerte y exponerse por completo ante Maurice, no sabía cómo reaccionaría, por ejemplo, si ella le contaba de sus planes o de lo que le hizo a George Stevenson. No quería que él, se sintiera defraudado, al descubrir su verdad, el tipo de mujer en la que se había convertido.

—Creo que después de todo, tendré que aceptar tu invitación, para tomar algo. Me has dejado sedienta. —Alejó sus pensamientos y le sonrió, con picardía.

Maurice fue más efusivo y soltó una carcajada, la ayudó a medio vestirse, para después, bajar del auto y llevarla hasta su casa, sintiendo una gran satisfacción.

Diego se encontraba en su habitación, descargando en su rutina de saltos de cuerda, toda su energía y la rabia que lo colmaba; tenía el cuerpo bañado en sudor y sus músculos se contraían, trabajando como el engranaje de una maquinaria, mientras él inhalaba y exhalaba, perfectamente sincronizado con el movimiento de sus pies.

Siempre que podía, se ejercitaba, era algo que le había quedado por costumbre, después de la prisión. En las tardes, salía a correr por la propiedad, tratando de que Marcus no lo notase, y evitar así, una reprimenda.

Hacer ejercicios, le ayudaba a manejar su problema con el control de la ira, el que sufría desde chico. Encontraba en eso, el equilibrio, para no perder la cabeza; y había descubierto, gracias al entrenamiento que le dio Yorgos, que le funcionaba mejor, que las inútiles sesiones, con el maldito terapeuta de la prisión, con quien lo enviaban cada vez que se peleaba con alguien.

Esa noche en especial, necesitaba lidiar con la molestia, que crecía en su interior y cuya culpable, no era nadie más que Deborah.

Esa tarde, la había visto salir en compañía de Maurice, cosa que era bastante habitual, pero lo que lo tenía furioso, era que casi daban las diez de la noche y ella no había regresado; no tenía que ser un jodido adivino, para saber dónde se encontraba y haciendo qué, junto al miserable chofer.

Escuchó el potente motor del auto y lanzó la cuerda a un lado, salió de allí, sin siquiera ponerse un suéter, para cubrirse del frío. La rabia no lo dejaba pensar y lo único que deseaba era, verla a los ojos, para echarle en cara todos los reproches, que lo estaban reventando por dentro.

La vio bajar, y con rapidez, se aproximó, para evitar que entrara a la casa, sin antes hablar con él, pues estaba seguro, que esa noche, no lo visitaría.

—¿Dónde demonios estabas? —preguntó, tomándola del brazo con brusquedad, mientras la miraba con odio.

—¡Suéltame, Diego! —Intentó liberarse, pero no lo consiguió—. ¿Por qué estás así? —cuestionó, mirándolo, desconcertada.

—La pregunta la hice yo, ¿dónde mierdas andabas, Deborah? —insistió, acercando su rostro al de ella.

—Eso no es asunto tuyo y suéltame ahora mismo.

—No lo haré hasta que me respondas. —La amenazó.

—Estuve por allí... —contestó, sin mirarlo.

—¿Por allí? ¿Por qué no me dices la verdad? ¿Por qué no me dices, que estuviste con el maldito de Maurice, cogiendo, toda la tarde? —espetó, halándola con fuerza por el brazo.

—Para ya, que me estás haciendo daño, Diego —pidió, comenzando a asustarse, y lo miró a los ojos—. Tú sabías que esto era así y lo aceptaste, ¿a qué vienen estos reclamos ahora? —preguntó, obligándose a mostrarse segura.

—Pues ya me estoy cansando de este juego, que te traes con los dos... vas a tener que escoger. —Su voz era áspera, así como su actitud.

Ella se quedó en silencio, mirándolo, y de pronto, la rabia que la embargó, sacó a relucir su valentía. Siempre se había jurado, que no se dejaría imponer condiciones de ningún hombre. Ella hacía las cosas, según sus propias reglas y conveniencias, no por lo que se le antojara a cualquier pendejo.

—¿Sabes algo, Diego? —pronunció, arrastrando las palabras—. En mi vida mando yo, lo que haga o no, es mi maldito problema, y tú no eres nadie, para meterte en ello. El hecho de que cojamos de vez en cuando, no te otorga ningún derecho sobre mí. Que te quede claro. —La rabia hizo que su voz fuera nítida y firme.

—No me vas a convertir en un cabrón —masculló y sus ojos relampagueaban, ante la furia en ellos.

—Esto es todo lo que tendrás, si te gusta así, seguimos; si no, se acaba ahora... es tu decisión —indicó y aprovechó que él analizaba sus palabras, para soltarse. Se alejó, dándole la espalda.

Diego se quedó sin saber qué hacer ante ese cruce de caminos, la vio marcharse; y sintió, que el pecho se le abría en dos. Supo, de inmediato, que no deseaba perderla, que no podía estar sin Deborah.

Así que, pensó, que debía hallar una manera más inteligente, para sacar del juego al maldito chofer, pero no sería esa noche, porque tenía la cabeza demasiado caliente.

Gonzalo, supervisaba, que los chicos de la ferretería, donde había comprado los materiales que necesitaba, para hacer las reparaciones de la cabaña de su padre, metieran todo dentro de la camioneta.

Les agradeció y les dio una propina, cuando terminaron; subió al auto, dispuesto a no perder más tiempo, pues llevaba casi toda la mañana allí, y era del tipo de personas, que valoraba cada minuto.

Sin embargo, cuando vio que se encontraba a dos calles del restaurante de Rebecca; la hermosa morena, se le metió en sus pensamientos, distrayéndolo de su objetivo. Miró el reloj en su muñeca, marcaba que casi eran las doce del mediodía; y se dijo, que tal vez, debería parar a comer algo.

Disfrazó su interés en sentido común, acordando, que no tenía lógica ir hasta la cabaña y cocinar, si podía almorzar en la ciudad.

Esa sería la excusa perfecta, para volver a verla; desde que se despidieron días atrás, se había descubierto en más de una ocasión, pensando en ella, y lo más sorprendente de todo, sonriendo.

Estacionó y se miró en el espejo retrovisor, peinándose el cabello con los dedos; se pasó la mano por la barba, notando que debía rasurarla o terminaría luciendo como un indigente.

—¡Oh, vamos, Gonzalo! Deja de lado tanta pendejada... Nunca te has preocupado tanto por lucir bien para una mujer, al menos no desde... —Se interrumpió, antes de mencionar el nombre de su difunta esposa, y suspiró.

Sin dar más vueltas, bajó del auto, con rapidez, tomando como era costumbre, sus cosas; y caminó los diez metros, que lo separaban del local.

Abrió la puerta, buscando con la mirada a Rebecca, ni siquiera se fijó en su entorno, como siempre hacía al entrar a un lugar nuevo.

La vio caminando de un lado a otro, tras la barra, mientras organizaba los menús y una bandeja con vasos de cristal, queriendo atender todo al mismo tiempo.

Eso lo hizo sonreír, y cuando ella levantó el rostro y sus miradas se encontraron; sintió, que el corazón le brincó dentro del pecho, y frunció el ceño, negándose esa reacción, que ya era conocida para él, pero que creía haber olvidado.

—¡Hola, Gonzalo! ¡Qué bueno verte! —Rebecca se sentía realmente sorprendida de verlo allí y de sentir cómo el corazón se le desbocaba.

—Hola, ¿cómo estás? —preguntó, de manera más formal, intentando regresarle la sonrisa, pero solo consiguió elevar la comisura.

—Bien, bien... y tú, ¿cómo te va? —contestó, intentando mantener a raya los estúpidos nervios, que ese hombre le provocaba. Le esquivó la mirada, concentrándose en doblar las servilletas, que irían en las mesas.

—Digamos que bien, estaba en la ferretería, comprando unos materiales, que necesitaba para la cabaña, y pensé en aceptar tu invitación —respondió, mirándola fijamente.

—¿Sí? —inquirió, un tanto desconcertada, pero después, recordó lo que había dicho—. ¡Ah, claro! Ya lo recuerdo. Bueno, hoy Mary hizo una de sus especialidades, el Quiche con Gambas, con su toque secreto, que aunque no se lo revela a nadie, lo convierte en una verdadera delicia —comentó, con entusiasmo.

—No lo he probado nunca, así que será otra novedad culinaria para mí, aquí en Nueva Orleans.

—Toma asiento en una de las mesas... o donde desees. —No quiso sugerirle de manera directa la barra, porque algo le decía, que si se quedaba allí, ella no lograría concentrarse; aunque en el fondo, guardaba la esperanza de que sí lo hiciera, para tenerlo cerca y atenderlo personalmente.

¡Oh, por favor, Becca! Te estás entusiasmando mucho con este hombre y sabes que no debes hacerlo. ¿A dónde se fue todo eso que te repetiste en los últimos días, cada vez que lo recordabas? Céntrate en tus cosas.

Pensó, alejándose de Gonzalo, pero no podía borrar la estúpida sonrisa soñadora de sus labios, le dio la espalda y vio en la cocina su escapatoria.

—Voy a ver cómo van las cosas allá atrás, siéntete libre de ocupar el lugar que desees. Aquí tienes el menú, por si desees ver algo más —mencionó, antes de salir casi corriendo a su refugio.

Cuando llegó donde se encontraban Mary, Louis y las otras dos chicas que le ayudaban en el restaurante, intentó esconder su turbación y se acercó, sonriéndole a su madrina.

—Eso huele delicioso —esbozó, mirando cómo Mary, vertía la mezcla de gambas, espinacas, salmón y demás ingredientes, que llevaba esa variante de la receta—, y te tengo al primer cliente para ese quiche.

No pudo esconder la sonrisa tímida que adornó sus labios, cuando su madrina la miró, mostrándose interesada. Conocía esa mirada de Mary, y supo, de inmediato, que debía escapar, o ella descubriría lo que le estaba pasando con Gonzalo.

Caminó hasta donde se encontraba Louis, adobando el pollo, y para su suerte, él estaba muy concentrado en lo que hacía y ni siquiera se fijó en ella, así que siguió con su rutina de inspeccionar todo.

—¿Ese no es el detective? —preguntó Mary, viendo a través de la ventanilla, al hombre sentado en la barra.

Rebecca se sobresaltó en cuanto escuchó esas palabras, pero intentó no mostrar sus nervios, respiró profundo y se volvió, para mirar a su madrina, intentando mostrarse casual.

—Sí, es él... me dijo que estaba en la ferretería y que decidió entrar para almorzar, le recomendé tu especialidad de hoy.

—Vaya casualidad —masculló Louis, lanzando el pollo sin mucho cuidado en un recipiente.

—Es mediodía, así que no veo, qué tendría de extraño, que él entrara para almorzar, como lo hace el resto de nuestros clientes. —Rebecca le contestó, mostrándose a la defensiva, de inmediato.

Louis clavó la mirada en ella, de esa manera en la que parecía que deseara leerle los pensamientos, y de no haber sido porque tenía las manos llenas, de la mezcla con la que había adobado el pollo, se las hubiese llevado a la cintura, para recrear la imagen exacta de su padre, cuando la regañaba por haber hecho algo incorrecto.

Rebecca intentó mostrarse valiente, pero solo consiguió mantenerle la mirada unos segundos, después, salió huyendo hacia el salón, de nuevo; prefería enfrentarse a Gonzalo, que ser escudriñada por su amigo.

—Todo marcha de maravilla —comentó, sonriendo.

Él la miró, entregándole media sonrisa. No podía despegar su mirada, de esos ojos que tanto le gustaban; debía admitir, al menos para él, que Rebecca tenía unos ojos muy hermosos, que no solo se trataba del color, sino de la mirada, la expresión que había en ellos y que parecía decir mil cosas.

Otras personas entraron al local, sacándolos de esa burbuja de intimidad, donde se habían sumergido. Él esquivó la mirada, enfocándola en el menú, que ya había leído unas tres veces.

Rebecca se concentró en atender a los otros clientes, al tiempo que trataba de controlar el latido acelerado de su corazón; sonriéndoles y hablándoles como acostumbra, también para demostrarle a Gonzalo, que no tenía un trato especial con él, que era así con todo el mundo.

Eso se lo podía hacer creer a él, pero no sabía que ella misma, no podía engañarse y estaba sintiendo algo por ese hombre.

—Hola, detective Dorta, ¿cómo está? —Mary salió de la cocina, para saludar al hombre. Sentía empatía por él.

—Hola, señora Dafoe. Me encuentro bien —mencionó con una sonrisa, extendiéndole la mano. La mujer se secó la suya en el delantal, y después, la recibió—, pero por favor, llámeme Gonzalo... ahora no estoy de servicio. Y a usted, ¿cómo le va? —Se interesó, mirándola.

—He estado bien, Gonzalo... me alegra que hayas venido a probar el quiche, no es porque lo haga yo, pero dudo que consigas uno mejor en todo Nueva Orleans —expresó, sintiéndose orgullosa, como siempre que hablaba de sus recetas.

—Eso me han dicho, que para la cocina, tiene las mejores manos de todo el Estado —comentó él, mostrándose amable con la mujer. La percibía como una buena persona.

—¡Ah! Rebecca exagera, pero la verdad, sí tengo muy buena sazón. Mi difundo marido, que en paz descansa, en sus últimos días de vida, me decía, que lo que más extrañaría de este mundo, sería mi comida —dijo, mostrándose indignada—. ¿Puedes creerlo? Era un descarado —agregó, sonriendo, mientras veía cómo los ojos grises del detective, se iluminaban.

Gonzalo no pudo evitar, mostrar una sonrisa amplia, una de esas, que hacía mucho no le nacían con naturalidad, y negó con la cabeza, dándole la razón a Mary. En eso, su mirada se encontró con la de Rebecca, quien le sonreía, provocándole una sensación de calidez.

Maurice, había llevado a Deborah, hasta una de las plantas de producción de las empresas Wallis, pues ella quiso supervisar, cómo iba todo lo relacionado con su línea de productos.

Había pasado allí casi dos horas, mientras conversaba con el personal; a él, le sorprendió gratamente, ver, cómo ella, manejaba la situación a la perfección.

La vio muy contenta, por todos los comentarios que le hacían, e incluso, se mostró cordial, brindándoles también algo de complicidad.

Le pareció maravilloso, pues les dejaba ver, un poco de esa grandiosa mujer que él conocía, pero que pocas veces, se mostraba ante los demás.

—¿Qué te parece si almorzamos juntos? —Le preguntó ella, volviéndose a mirarlo con una sonrisa.

Maurice se quedó en silencio, sin saber cómo responder; la verdad era, que no esperaba una propuesta como esa. Sonrió, al ver que Deborah esperaba una respuesta, y cuando se detuvieron en el semáforo, habló.

—Solo si dejas que yo te invite. —Puso su condición.

—¿Y a dónde me llevarás? —inquirió, curiosa.

—A donde quieras.

—Maurice, por favor, ya hemos hablado de eso. Cuando seas un ingeniero y ganes el salario que te mereces, podrás invitarme —dijo, de manera categórica.

Él frunció los labios y también el ceño, mostrando su descontento; era consciente, que Deborah no hacía eso para humillarlo, sino porque sabía, cuánto se esforzaba por pagar sus estudios, pero él, en verdad quería invitarla de vez en cuando.

De pronto, una idea le cruzó por la cabeza. Era viernes, y recordó, que en el restaurante que frecuentaba, Mary preparaba una de sus especialidades; y sonrió, sintiendo que tenía la solución.

—Está bien, admito que no puedo llevarte a comer a uno de esos restaurantes que tanto te gustan, pero eso no quiere decir, que no pueda compartir contigo una buena comida.

—¿A dónde vamos? —preguntó, intrigada por sus palabras y por verlo tomar otra dirección.

—Ya lo verás —respondió, sonriente.

Después de dos manzanas, Maurice detenía el hermoso deportivo, a pocos metros de la fachada de Meeting Point, se desabrochó el cinturón de seguridad y se volvió, para mirar a Deborah a los ojos, quien lo veía desconcertada.

—¿Allí es donde piensas llevarme? —No lo podía creer.

—Sí, y por favor, no te dejes llevar por lo sencillo del lugar; la comida es exquisita, incluso, puedo asegurarte, que es muchísimo mejor, que la que ofrecen en tu consentido Commander's Palace —indicó, disponiéndose a bajar del auto, cuando ella lo tomó por el brazo, para detenerlo.

—Maurice, no entraré allí; si quieres, compra la comida para llevar y almorzamos en mi oficina... pero yo allí no entro.

—¿Qué sucede, Debbie? —cuestionó, desconcertado.

—La dueña de ese lugar y yo, no nos llevamos bien... creo que lo mejor es, que compres solo para ti, yo comeré algo de la cafetería de la empresa.

—Debbie, no te comportes como una niña malcriada... —decía, y al ver que ella ponía mala cara, dejó escapar un suspiro, para no reír—. Está bien, espérame aquí, mientras voy a comprar algo, regreso enseguida —afirmó, antes de que ella pudiera protestar, y bajó del auto.

Deborah se quedó con la negación en la boca y eso hizo que su molestia aumentara, cruzó los brazos sobre su pecho y frunció los labios, cual niña malcriada.

Desvió la mirada de Maurice, para dejarle claro, que no aceptaría nada que él trajese de ese lugar; no querría nada que viniera de manos de Rebecca Freeman, ni en mil años.

Maurice entró, quitándose las gafas oscuras y caminó hasta la barra, no había mucha gente, así que seguramente, no tardaría más de diez minutos.

Le entregó una sonrisa amable, a la hermosa morena que atendía y una más efusiva a Mary, a quien ya reconocía; le sorprendió ver a la mujer fuera de la cocina.

—Hola, Becca, ¿cómo estás? —La saludó, apoyándose en la madera con los antebrazos.

—Hola, Maurice. Muy bien, gracias, ¿cómo te va? —Intercambió el saludo con el chico, mirando los bellos ojos grises azulados, que tenía y le daban mayor atractivo.

—Bien, ¿qué me tienes para hoy? —preguntó, sonriendo.

—Una de las especialidades de Mary, el quiche de gambas.

—Y está delicioso, joven —mencionó la aludida, mirándolo.

—Perfecto, quiero dos porciones, para llevar y dos botellas de agua, por favor —pidió, sacando su billetera del bolsillo.

Gonzalo veía en silencio, toda la escena; y una desconcertante molestia, se alojó en su pecho, al ver las sonrisas que se dedicaban Rebecca y ese hombre.

Deborah, no pudo controlar su curiosidad y miró a través de la fachada de cristal del restaurante, reconociendo dentro del mismo, a Rebecca, atendiendo a Maurice.

Arqueó una ceja, con gesto desconfiado, al ver a la muy estúpida, coqueteándole, con esas sonrisas descaradas y esa mirada de santurrón, que siempre usaba, para conquistar a todos los chicos del colegio.

Nunca le creyó la falsa modestia ni que fuera la santa que pretendía venderle a todo el mundo.

Y a él, lo veía muy animado, compartiendo con ella, como si se conocieran de toda la vida; de pronto, sintió, que debía dejarles claro, que no era ninguna estúpida, y que si ellos se estaban entendiendo a sus espaldas, haría que el jueguito se les acabara en ese preciso momento.

Bajó del auto y caminó hacia el local, desbordando prepotencia a cada paso que daba, abrió la puerta, clavó su mirada en ellos y se acercó, ignorando las miradas de algunos trabajadores de la empresa Wallis, quienes se encontraban allí, almorzando, pues quedaba cerca del edificio.

—¿Vas a tardar toda una vida en este lugar? —preguntó de manera directa, a Maurice; quitándose las elegantes gafas y mirando con desprecio a Rebecca—. Porque si es así, me das las llaves del auto, que yo me voy y tú te vas en un taxi —dijo, extendiéndole la mano.

Maurice se volvió a mirarla, realmente sorprendido por esa reacción, frunció el ceño, al ver la actitud tan déspota que mostraba, y se contuvo, para no responderle en ese instante.

Miró de nuevo a Rebecca, quien le entregaba las dos bandejas y las botellas de agua, ignorando a Deborah.

—Maurice... te estoy hablando —pronunció, arrastrando las palabras, sintiéndose indignada por el comportamiento de él.

—Dame cinco minutos —masculló, y el tono de voz que usó, dejaba claro, que se había molestado.

—No esperaré ni cinco ni uno —indicó ella, de manera determinante, buscando la mirada de él.

Rebecca se estaba controlando, para no provocar un escándalo dentro de su local, pero la paciencia no era una de sus virtudes.

Clavó su mirada en Deborah, desbordando odio, para impedir que la siguiera ignorando, y cuando obtuvo su atención, habló.

—Si estás tan deseosa de marcharte, allí tienes la puerta, sabes que aquí, no eres bien recibida y nos reservamos el derecho de admisión, así que no hagas que te mande a sacar. —La amenaza fue concisa y directa, Rebecca Freeman, no se andaba por las ramas.

—Atrévete a ponerme una mano encima y hago que te quedes en la calle, pidiendo limosna —contraatacó Deborah.

Maurice no estaba al tanto de esa rivalidad tan marcada; sabía que Deborah y ella estudiaron juntas en una escuela privada; él lo hizo en una pública, por lo tanto, se perdió de conocer a fondo esa relación.

Sin embargo, le parecía absurdo y hasta exagerado, que, siendo dos mujeres adultas, se estuvieran comportando como chiquillas.

—Toma, Rebecca, cobra el pedido, por favor —pidió, entregándole un billete de cincuenta dólares y mirándola algo apenado, para terminar con esa situación—; y tú,

deja de comportarte de esta manera. —Le susurró a Deborah.

—¿De qué manera? ¿Acaso temes que le dé una mala impresión a esa estúpida? —preguntó, mirándolo con rabia.

—Deborah, basta. —Le advirtió, tornándose serio, mientras le sujetó la mano, que intentaba sacar las llaves de su bolsillo.

—Quiero largarme de aquí, ahora —dijo, sintiéndose furiosa.

Rebecca estuvo a punto de enviar a la cajera, a que llevara el cambio para Maurice, pero desistió, pues ella no era una cobarde y no dejaría que Deborah Wallis, la humillara; mucho menos en su negocio.

Así que caminó, irguiéndose todo lo que su estatura le permitía y la miró con desprecio.

—Muchas gracias por venir, Maurice; disfruta de tu almuerzo... y espero, que, a tu compañera, no vaya a caerle mal —expresó Rebecca, con una sonrisa burlona.

—Estás loca, si crees que yo voy a comer algo de este asqueroso lugar...

—Maurice, sácala de aquí, antes de que lo haga yo —exigió Rebecca, con el rostro sonrojado, por la ira.

—Lamento mucho todo esto, nos vemos después... Vamos, Deborah. Esta vez cruzaste los límites —dijo, tomándola del brazo, mientras la halaba, para que caminara con él.

—¡No! ¡Espera! —Se soltó con brusquedad—. Estás tentando demasiado a tu suerte, Rebecca Freeman y vas a terminar arrepintiéndote, no me provoques, porque te destruyo, y bien sabes, que tengo el poder para aplastarte.

—No le tengo miedo a tus amenazas, Deborah; así que, lárgate de aquí... ¡Ahora! —gritó, saliéndose de sus cabales.

—Claro que me voy a ir, porque yo, a diferencia de ti, ocupo mi tiempo, manejando y construyendo un imperio, mientras que tú... bueno, estás aquí, en este maloliente agujero —mencionó, con sorna y una sonrisa malévola.

Rebecca se le iba a ir encima en ese momento y le importaba una mierda las consecuencias que eso pudiera tener, ya estaba harta de ella y todas sus humillaciones.

—Becca... —La llamó Mary, negando con la cabeza, pidiéndole que no cayera en las provocaciones de esa mujer.

Rebecca se contuvo, temblando de rabia, impotencia y dolor, por no poder drenar la rabia que sentía en ese instante; deseaba volcarla toda, sobre la maldita Deborah Wallis.

—Vámonos, ya —demandó Maurice, poniéndole una mano en la espalda a su amante, para hacerla caminar, sin esperar respuesta.

Rebecca intentó mantenerse allí, pero en cuanto le dieron la espalda, salió hacia la cocina, con prisa; necesitaba desahogarse de alguna manera, antes de ponerse a llorar como una estúpida y darle el gusto a Deborah, de verla derrotada.

Gonzalo, quien había presenciado toda la escena, estuvo a punto de ponerse de pie, en más de una ocasión; y hacer, que esa mujer soberbia y desagradable, se callara la boca.

Aunque, cuando la vio entrar, se sintió realmente deslumbrado, pues poseía una belleza, que atrapaba en segundos, apenas le bastó que comenzara a hablar, para que se disipara de él cualquier tipo de atracción, y lo cambiara por un marcado rechazo.

—Esa mujer, es una desgraciada, siempre busca la manera de hacer sentir mal a mi niña... —expresó Mary, en voz alta, mientras veía a la pareja caminar hacia la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Gonzalo, realmente intrigado.

—Deborah Wallis, es la hija del hombre más poderoso de Nueva Orleans —respondió, con resentimiento.

Gonzalo, sintió, como si le hubieran lanzado un balde a agua fría encima, que lo despertó en segundos. Giró medio cuerpo, para ver a la mujer, que en ese instante, caminaba hasta un lujoso auto deportivo, de un reluciente rojo metalizado, y quien se quedó esperando, a que el hombre a su lado, le abriese la puerta; pero este solo caminó, dejándola allí.

—Así que eres tú, sí existes —murmuró, viéndola.

Unió de inmediato esa imagen, a las palabras que le había mencionado el abogado Stevenson, y tuvo que reconocer, que ella tenía el porte de una mujer, por la que cualquiera perdería la cabeza.

Era muy atractiva y tenía un andar sensual e imponente, pero también había frialdad en ella; además, le había dejado claro, que podía ser bastante desagradable.

También fijó su mirada en el hombre que la acompañaba, y enseguida, le asignó el papel de ese amante, que le había hablado Stevenson, ciertamente, la relación que tenían, parecía bastante cercana, por la manera en la cual se mostraron.

Podía hasta jurar, que la mujer, estaba celosa de Rebecca, por la forma en la cual entró.

De inmediato, su cabeza comenzó a trabajar, formando una teoría. Sus años de experiencia, le daban la capacidad, para formular hipótesis con rapidez, y por lo que Mary le acababa de mencionar, parecía haber una historia real, detrás de las palabras de George Stevenson, y una a una, las piezas empezaban a encajar.

Deborah salió del auto, lanzando la puerta, se encaminó hasta el ascensor, tan rápido como le permitían los delgados tacones y la ajustada falda negra que llevaba puesta.

Pulsó con insistencia el botón, creyendo que eso haría que el aparato llegara antes, mientras ignoraba por completo a Maurice, para no dar un espectáculo, estando rodeada por los guardias de seguridad, que custodiaban el estacionamiento.

Él se detuvo a su lado, sin decir una sola palabra, se sentía demasiado molesto y también estaba esperando un poco de privacidad, para reclamarle la manera en la cual había tratado a Rebecca.

No le dijo nada durante el camino, porque estaba intentando calmarse; sabía, que actuar con la cabeza caliente, solo multiplicaba los problemas.

—Subiré yo sola, tú quédate aquí y disfruta de tu almuerzo, en el salón que usan los guardias de seguridad. —Le ordenó, al ver que el elevador estaba a punto de llegar.

Él no respondió y tampoco se movió de allí, ni siquiera la miró. Su molestia fue evidente, en el músculo que se tensó en su mandíbula y el color de sus ojos, que se tornó más oscuro.

Cuando las puertas se abrieron, ella entró, de inmediato, pretendiendo escapar de él, pero Maurice fue más rápido y evitó que las puertas se cerraran; ignoró la mirada asesina que ella le dedicó y se metió al aparato.

—Te di una orden, Maurice —mencionó, furiosa.

—¿Desde cuándo yo sigo tus órdenes? —preguntó, elevando una ceja, mientras se mostraba indiferente.

—Estas son las cosas que ocurren, cuando no sabes poner a las personas en su lugar —mencionó, mirándolo con rabia.

—No te preocupes, yo haré que cada uno de nosotros, ocupe el lugar que le corresponde —dijo, con seriedad, clavando su mirada en los números digitales, que marcaban los pisos.

Ella se quedó en silencio, porque no le daría el gusto de seguir discutiendo y que la tratara de esa manera tan fría. Tenía una coraza lo suficientemente fuerte, como para evitar que las personas, le hicieran daño; así que Maurice y toda su maldita dignidad, podían irse a la mierda, no se disculparía por lo que hizo.

Las puertas se abrieron y ella caminó, dejándolo atrás, su secretaria no estaba allí, seguramente se había ido a almorzar; a ella hasta el apetito se le había quitado.

Deslizó la hoja de madera y estaba por cerrarla en las narices de Maurice, cuando él la sostuvo, y aunque ella forcejeó, no pudo hacer nada. Dejó escapar un jadeo, cargado de frustración, y caminó hasta su escritorio, dispuesta a ignorarlo por completo.

No pudo llevar a cabo sus planes, al verlo de reojo, caminar tan tranquilo hacia ella y halar una silla, para ponerla cerca del escritorio, dejando en una esquina, las bandejas.

—Vete de aquí, Maurice, quiero estar sola y tengo muchas cosas que atender —exigió, encendiendo el computador.

—Deborah... —La llamó, pero ella siguió ignorándolo; él dejó escapar un suspiro, armándose de paciencia, y lo intentó de nuevo: Deborah, mírame. Te estoy hablando.

Ella se volvió a mirarlo y sus ojos tenían esa veta de frialdad, que mostraban, cuando intentaba disfrazar el odio de indiferencia. No dijo nada, solo se limitó a observarlo.

Él se quedó mirándola, en silencio, cerca de un minuto; y al ver que ella no daría su brazo a torcer, decidió dar el primer paso.

—¿Se puede saber, qué demonios te ocurre? —lanzó la pregunta, sin rodeos; y ella le esquivó la mirada, lo que hizo que la molestia aumentara en él—. Bien, no me digas nada... ya estoy harto de tus malcriadeces y de que creas, que tienes el derecho de tratar a todo el mundo como te da la gana. —Se puso de pie y tomó las cosas, para caminar hasta la salida.

—¿Qué fue lo que te dolió, Maurice? ¿Que pusiera en su lugar a tu “amiguita”? ¿O que arruinara tus planes de conquista con ella? —preguntó, poniéndose de pie, llevada por la rabia.

Maurice se volvió, para mirarla, casi perplejo, ante esas acusaciones. Era lo más absurdo que había escuchado en su vida.

—¿Me estás diciendo esto en serio o es otra de tus estúpidas bromas, Deborah? —inquirió, con su mirada puesta en ella.

—Solo responde la pregunta que te hice, ¿qué te molestó tanto, Maurice? —Caminó, para acercarse a él.

—Sabes perfectamente el motivo de mi molestia. No tenías ningún derecho a tratar de esa manera a Rebecca. Ella no te hizo nada, estaba en su negocio, atendiéndolo y esforzándose por salir adelante, con los medios que tiene. No todo el mundo nace en una maldita cuna de oro, como tú, Deborah Wallis. Pero eso no te da el derecho de humillarnos, y lo peor de todo es, que nunca asumirás, que lo que hiciste, estuvo mal. No, Deborah, nunca lo harías, porque eres egoísta, déspota, además, ridícula. —Le dio la espalda, corriendo la puerta de madera, para salir de allí, sin decir una palabra más.

Maurice sentía una espantosa presión en el pecho y un nudo que le cerraba la garganta, impidiéndole respirar. Cerró los párpados, para que las lágrimas que habían colmado sus ojos, no se desbordaran.

No quería seguir mostrándose como un imbécil, como lo hacía todo el tiempo, ni que cada discusión con Deborah, lo afectara de esa manera.

—¡Maurice!... ¡Espera! —pidió ella, saliendo de su oficina, pero se quedó parada frente a su puerta.

Él se reprochó en pensamientos el no poder seguir avanzando, se quedó allí, parado, a la espera de lo que ella tuviera que decirle. Bien decían, que el corazón, era más fuerte que la razón; y que el amor, los volvía a todos unos estúpidos.

—Lo siento... ¿Es eso lo que querías escuchar? Bien, pues allí lo tienes. Siento haber entrado de esa manera a ese lugar y haberme portado así... —Se detuvo, para tomar aire, porque no era fácil para ella doblegarse. Lo vio volverse, para mirarla, y se animó a dar un par de pasos más, hacia él—. Me cegué, me dejé llevar por los celos... no supe manejar la situación, al ver cómo ella te sonreía, cómo te miraba; no sé, de pronto, vi todo rojo.

Deborah calló sus palabras, cuando vio que Maurice se aproximaba a ella con rapidez, y nada la preparó, para la manera en la cual la abordó.

Le rodeó la cintura con un brazo, pegándola a su cuerpo y estampó los labios a los suyos, haciéndola sentir, como si una descarga eléctrica, la golpeara.

Ella gimió, cerrando los ojos y separó sus labios, dándole a él, la libertad de apoderarse de su boca por completo.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó, cuándo pudo hacerlo, aunque seguía compartiendo con él, esos excitantes roces de labios. Vio las intenciones de Maurice de volver a besarla, y aunque lo deseaba, tuvo que detenerlo—. Estamos en medio del pasillo...

—¿Y cuál es el problema? Aquí no hay nadie —mencionó, para persuadirla. Se sentía en las nubes y no le importaba que el mundo se cayera a su alrededor.

—Maurice... hay cámaras. —Le recordó, susurrando.

Él sonrió, dándole un beso en la punta de la nariz y la hizo dar la vuelta, para caminar de regreso hasta la oficina.

Entraron, sintiendo cómo el deseo, vibraba dentro de sus cuerpos y los atraía con una poderosa fuerza, a la cual cedieron con gusto.

Deborah comenzó a besarlo, sintiéndose libre de tensión, al saber que allí, nadie los vería. Sus dedos retiraron con agilidad la corbata y después siguieron con los botones de la camisa. Ni siquiera supo, en qué momento, él liberó sus manos de las bandejas con comida, pero ya tenía ambas, despojándola del blazer y estrujándole los senos; de esa manera posesiva que a ella tanto le gustaba, porque no llegaba a ser rudo.

—No podemos... Maurice... no podemos hacerlo aquí, esta es mi oficina, y alguien podría entrar y encontrarnos. —Deborah intentó recuperar la cordura, aunque la sangre en sus venas, parecía lava, y su corazón, latía desesperado.

—Debbie, me niego a irme de aquí sin hacerte el amor —esbozó, mirándola a los ojos con intensidad.

—Yo... yo no... —Ella no podía coordinar y no lo haría mientras él siguiera con las manos bajo su falda. Finalmente, se rindió, dejando escapar un suspiro—. Vámonos al baño, allí no nos verá nadie, si llegan a entrar y tampoco podrán escucharnos.

Maurice la tomó en sus brazos y caminó con premura, hacia la elegante puerta negra, al otro extremo del lugar. Ella le regaló una sonrisa, mientras seguía dándole suaves succiones a sus labios y bajaba hasta el cuello, donde dejaba que su lengua, también lo acariciara, haciéndolo sentir mucho más excitado.

El deseo guió todos sus movimientos, de allí en adelante, y la pasión, hizo derroche en sus cuerpos. Ella le mordía los hombros y los labios, cuando sentía que los jadeos venían acompañados de explosiones de sonidos, y él hacía lo propio en su cuello; ambos, procurando, que el silencio dominara ese instante.

Minutos después, sus cuerpos se recuperaban, en medio de caricias tiernas y suaves besos, que eran el remanso de la tempestad que los azotaba, cada vez que tenían sexo.

El baño también contaba con una pequeña ducha, por lo que la aprovecharon, para retirar el sudor de sus cuerpos.

Deborah se cuidó de que el agua, no le cayera en el rostro y le arruinara el maquillaje; si llegaba a pasar, los demás lo notarían, pues siempre lucía impecable.

Se ayudaron a vestirse, para hacerlo rápido, pues llevaban casi cuarenta minutos allí, encerrados; y Kelly no debía tardar en regresar.

—Parece que alguien tiene hambre —indicó Maurice, con una sonrisa, cuando escuchó que el estómago de ella, hacía ruidos; y al verla hacer un puchero, se acercó, para besarla.

—Enviaré a Kelly por algo, a la cafetería...

—Nada de eso, yo compré comida para los dos.

—Maurice... no voy a comer eso, no me sentiría bien haciéndolo, por favor, no me obligues —dijo, con seriedad.

—Está bien, si es lo que deseas, pero te advierto, que era mi condición, para poder perdonarte —acotó, elevando una ceja.

—Acabamos de tener sexo, eso significa que me has perdonado ya —señaló, emulando el mismo gesto de él.

—No necesariamente —dijo, encogiéndose de hombros.

—¡Maurice Favre! —Lo golpeó en el pecho—. A eso se le llama chantaje, ¿lo sabías? Y está penalizado por la ley.

—Bueno, es mi última palabra —mencionó, de manera despreocupada, y abrió la puerta del baño, para salir.

—Eso está frío, y tu amiga Rebecca, deseó que me cayera mal; así que, si lo como, terminaré enfermándome y será tu culpa. —Le advirtió, siguiéndolo.

—Nada de eso pasará, iré a la cafetería para calentarlos y regresaré enseguida, van a quedar deliciosos. —Tomó las bandejas y antes de marcharse, quiso jugarle una broma más, y se volvió para mirarla—. Y si llega a caerte mal, creo que podré con el cargo de consciencia; además, libraré mis culpas, haciendo de enfermero, si lo deseas.

—¡Tonto! —exclamó, asombrada ante su desfachatez. Se cruzó de brazos, evidenciando su molestia y lo vio acercarse de nuevo, pero su semblante no se relajó.

—Mi reina... —susurró Maurice, mirándola y dándole un suave toque de labios, para contentarla; después de eso, salió.

Deborah se quedó parada, en medio de su oficina, sonriendo como una tonta y con una agradable sensación, llenándole el pecho. Hacía mucho que no experimentaba esas sensaciones, las que solo Maurice le había inspirado, con su manera de ser.

Era como si de repente, tuviera frente a ella al mismo chico de años atrás, al relajado y divertido; no a ese aburrido, rutinario, en quien se había convertido en los últimos años.

Debes admitir, que te encantó que te besara de esa manera en el pasillo, que volviera a arriesgarse por ti. ¡Por Dios! Hubiera sido una verdadera locura, si Dominic los hubiese atrapado.

Pensó, mordiéndose el labio inferior, para controlar esa sonrisa efusiva, que se apoderó de sus labios; cerró los ojos, sintiendo, que el corazón le latía igual de fuerte, que en aquellas ocasiones, cuando él se escabullía por la ventana de su habitación o cuando ella se escapaba a medianoche, para ir a verlo.

Ni siquiera notó el instante en el que Maurice regresó. Ella se había sumergido en esos recuerdos, que la hacían tan feliz, porque en verdad, solo dos veces en su vida, había sido feliz.

Lo sintió rodearle la cintura con un brazo y darle un beso en la mejilla, ella sonrió ante ese gesto cariñoso, que aceleraba sus latidos, de nuevo; y se volvió, para mirarlo a los ojos.

—Tengo todo listo, ven... vamos a disfrutar de este manjar —dijo, disponiendo sobre la mesa las bandejas, las dos botellas de agua, unos vasos de plástico, servilletas y los cubiertos.

—Maurice... en serio, no deseo...

—Por favor, Debbie, no me hagas sentir mal... mira, esto es de lo único que puedo darme el lujo de brindarte, por ahora; pero cuando tenga un trabajo mejor, cuando me paguen por ser un ingeniero, te prometo llevarte a donde desees... y ya falta poco, mi reina, muy poco —pidió, mirándola a los ojos.

Ella asintió, para no hacerlo sentir rechazado, y le acarició la mejilla, dedicándole una sonrisa; luego, miró la bandeja, conteniendo lo que parecía ser un quiche, y la verdad, lucía muy bien; además, el aroma despertó mucho más su apetito.

Casi terminó comiendo de manos de Maurice, y tuvo que admitir, que el alimento, estaba delicioso. Nunca lo había probado con gambas y salmón; y verlo a él complacido por su acierto, la hizo sentir feliz.

Diego, se encontraba en el invernadero, seleccionando las mejores rosas, de las que allí se cultivaban, puesto que el rosal, ya se encontraba desprovisto de ellas, por el invierno.

Aunque en Nueva Orleans, no era tan fuerte como en otras regiones del país, la naturaleza, invariablemente cumplía su ciclo; claro está, siempre y cuando no se le manipulara, y ese no era el caso de las plantas que crecían dentro del invernadero, allí el tiempo no parecía transcurrir nunca.

Sin embargo, para él sí lo hacía. Ya habían pasado cuatro días desde que discutiera con Deborah y ella no había vuelto a visitarlo ni una sola noche. Tampoco había ido a la cocina, como acostumbraba todas las mañanas, suponía que era para no tener que verlo, pero si ella no hacía algo para solucionar el problema, entonces le tocaría hacerlo a él.

—Le harás creer que ganó esta vez, Diego, pero en cuanto tengas la situación en tus manos, de nuevo, le dejarás claro, que contigo, no puede hacer lo que se le venga en gana. Ella está muy equivocada si cree que puede jugar contigo, recuerda que sabes muchas cosas y que la tienes en tus manos, aprovecha eso hombre y ponla mansa, como a una paloma. —Se dijo en voz alta, mientras tomaba la última rosa.

Caminó hasta el depósito, para limpiarlas y llevárselas. Su auto se encontraba en la entrada, así que no había salido, sabía que estaba en su estudio, era sábado, y por lo general, se quedaba trabajando en ese lugar.

Después de dejarlas listas, las puso en el jarrón que había sacado de la casa y luego se encaminó hasta la mansión, mientras pensaba en la excusa que daría.

—Martha, vengo a traerles estas rosas a la señorita. —Se alegró de encontrar a la mujer sola, ya que siempre había otras empleadas junto a ella.

—Que lindas están, has heredado la buena mano de tu padre, Diego... Ponlas aquí y le diré a Katherine que se las lleve, en cuanto termine de arreglar las habitaciones —mencionó, dedicándole una sonrisa al joven.

—Si no es problema, yo podría llevárselas, no tiene porqué molestar a Katherine por esto. La verdad es, que no tengo muchas cosas que hacer hoy y estoy algo aburrido —comentó, intentando convencerla.

—Bueno, supongo que no pondrá problema, porque hagas eso, después de todo, Deborah ya no es tan estricta como antes. Puedes ir, Diego. —Le concedió el permiso, mostrándole una sonrisa, al tiempo que le hacía un ademán con la mano.

—Gracias, Martha, no tardo.

Diego se sintió satisfecho al conseguir con tanta facilidad lo que deseaba y caminó directo al estudio de Deborah, rogando que ella estuviera allí, como suponía. Llamó a la puerta, antes de entrar, y cuando ella habló, dándole la orden de seguir, su sonrisa se hizo más amplia.

—Hola —pronunció, para captar su atención, estaba concentrada en unos papeles.

Deborah elevó el rostro con un movimiento rápido, al escuchar su voz. Sus latidos se desbocaron, cuando su mirada se posó en la figura de Diego, y cuando al fin sus emociones se sosegaron un poco, el desconcierto se apoderó de ella.

Se puso de pie, caminando hasta él, sintiendo que habían pasado semanas en lugar de cuatro días, desde la última vez que lo viera.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, directamente.

—Vine a traerte esto —contestó, mostrándole las rosas.

—No mientas, Diego. —Le exigió, mirándolo a los ojos.

—Está bien, las rosas son una excusa; la única que hallé, para poder entrar aquí. ¿Se puede saber por qué no has ido a verme? —Se dijo mil veces que debía ser inteligente y no dejarse llevar por la rabia, pero no podía.

—Necesitaba tiempo. —Deborah se dio la vuelta, para no mirarlo a los ojos.

—¿Tiempo para qué? —demandó, siguiéndola, no dejaría que siguiera ignorándolo y se le plantó en frente, de nuevo.

—Tiempo para pensar, para asimilar todo lo que está pasando y tratar de no volverme loca con tanta presión. Para eso —respondió, obligándose a mantenerle la mirada; y suspiró, al ver que eso a él no lo convencía—. Diego, siento que las cosas se me están saliendo de las manos y no me gusta, odio perder el control, lo sabes; y justo ahora, dependo del maldito George Stevenson. Si le da por hablar, cuando salga del coma, estaremos acabados. ¿Puedes comprender eso? ¿Puedes comprender, que es ridículo, que tú le sumes más presiones a las que ya debo soportar? —cuestionó, con tono de reproche.

—Yo estoy tan metido en esto como tú, la verdad es, que estoy en esto por tu culpa y no parece valorar nada de eso. Solo piensas en ti... eres una egoísta, Deborah —expresó, con resentimiento, y caminó, para dejar el jarrón en una mesa.

Ella lo vio alejarse y supo de inmediato, que si lo dejaba marchar, perdería a su mejor peón. Respiró profundamente, armándose de paciencia y adoptando ese papel de sumisa, que tanto odiaba, para poder convencerlo de seguir a su lado.

—Temo por los dos... no es solo por mí. —Lo vio detenerse, antes de abrir la puerta, así que caminó de prisa hasta él y lo abrazó por la espalda, dándole un par de besos en el cuello, para relajarlo—. Diego, por favor, entiendo que no podemos levantar sospechas delante de los demás, ahora menos que nunca; y si yo, de la noche a la mañana, termino mi relación con Maurice, él será el primero en cuestionar todo —mencionó, acariciándolo.

Diego dejó escapar un suspiro pesado, sinónimo de derrota y se volvió a mirarla, su corazón no fue inmune a esos hermosos ojos azules, que lo veían con desesperación, angustia y dolor.

Tomó el rostro de Deborah entre sus manos, acariciándole las mejillas y pegó su frente a la de ella, antes de besarla con intensidad.

Ella sintió esa poderosa fuerza que le imprimía Diego a todos sus besos, que la avasallaba siempre, y se dejó llevar, pues mentiría si decía, que no lo había extrañado; pero después de unos segundos, se tensó, al ser consciente, que se encontraban en el estudio y se suponía que él no podía entrar a la casa.

—Necesito que confíes en mí... por favor —rogó, sobre los gruesos y rojos labios de él, mientras lo miraba a los ojos.

—No quiero que te alejes, necesito tenerte, Deborah, necesito que seas mía. —La acariciaba, dejándole ver esa urgencia que lo embargaba, en cada toque de sus manos.

—Esta noche iré a verte, pero ahora debes irte —mencionó, dándole un toque de labios, para despedirlo.

Diego no se iría obteniendo solo eso, así que volvió a atrapar esa boca que lo volvía loco, gimiendo de placer, junto a ella, pero el gusto le duró poco, porque tuvo que marcharse y confiar en que esa noche, la tendría de nuevo en su habitación.

Gonzalo despertó, y como tenía por costumbre, siempre se quedaba unos minutos mirando el techo; lo hacía, sobre todo, para esperar, que el estado de somnolencia, le pasara por completo; también para aclarar sus ideas y organizar en su cabeza, las obligaciones que le deparaba el día.

Suspiró, sintiéndose exasperado y cerrando los ojos, al ver el rumbo que tomaban sus pensamientos, una vez más.

Desde que viera a Deborah Wallis, en el restaurante de Rebecca, no había logrado sacarse a esa mujer de la cabeza, sentía que algo a lo que no le hallaba explicación, la mantenía aferrada a su mente.

En un principio, pensó que era curiosidad, por la conversación con George Stevenson; después, lo creyó atracción, pues debía admitir, que era muy hermosa, pero al final, ninguno de esos sentimientos terminaba convenciéndolo.

Lo que lo tenía así, era algo más, y para averiguarlo, debía volver a verla, aunque no sabía cómo conseguiría hacerlo.

Se levantó, para comenzar su jornada de ese día, miró el reloj, marcaba las cuatro y quince de la mañana, era la hora precisa para iniciar su rutina de ejercicios.

—Eso seguro te ayudará a sacártela de la cabeza, Gonzalo. —Se dijo, en voz alta, mientras se quitaba el pantalón de algodón de su pijama.

Sin perder tiempo, se metió a la ducha, recibiendo un chorro de agua helada, que lo hizo maldecir. El calentador seguía tardando para encender; mientras esperaba, su piel se erizó, por el frío; y sus tetillas, se tensaron hasta dolerle, incluso, los dientes le castañearon dos veces.

Media hora después, tomaba su chaqueta, para salir a correr y despejar sus pensamientos, mientras se deslizaba por una bruma, igual de densa que la que colmaba su cabeza.

¿Qué excusa puedes usar, Gonzalo? No puedes solo ir por allí, preguntándole a las personas que qué saben sobre Deborah Wallis; seguramente, no te dirán nada y harás el papel de estúpido; además, tampoco tienes información sobre el hombre con quien la viste, solo alcanzaste a escuchar que se llamaba Maurice, y necesitas más que eso.

Se decía, en pensamientos, y terminó por exigirse, en voz alta.

—¡Vamos, hombre! Piensa... piensa, debes hallar la manera o terminarás volviéndote loco.

Decidió que debía arriesgarse y regresó sobre sus pasos, no continuó el trayecto, como todos los días, porque lo que debía hacer, le resultaba mucho más urgente.

Tomaría la situación en sus manos e iría a verla, directamente, sin perder el tiempo en terceros, una vez que estuviera frente a ella, seguro se le ocurriría algo; lo importante, era calmar la ansiedad, que le provocaba pensar en ella.

Dos horas después, se encontraba al otro lado de la calle, frente al imponente edificio, donde funcionaban las oficinas administrativas de las empresas Wallis. Miró cerca de cinco minutos la estructura, de unos veinte pisos, de hormigón, acero y vidrio.

Todavía no tenía muy claro lo que haría, una vez estuviera dentro de ese lugar, pero su instinto, le exigía investigar más, sobre lo que le había contado aquel hombre, que se le presentó como el abogado George Stevenson.

Antes de llegar allí, pasó por el restaurante de Rebecca, para desayunar e intentar investigar un poco más. Su astucia como detective, lo llevó a conseguir algo de información, sin levantar muchas sospechas; o al menos, eso creía.

No pudo preguntarle a ella directamente, porque no se encontraba, pero conversó con Mary, algunos minutos, aprovechando que ya había pasado la hora del desayuno y no había mucha gente.

Primero, se mostró interesado en saber cómo se encontraba Rebecca, la verdad es que lo estaba, después de aquella escena entre ella y Deborah Wallis; la morena había quedado afectada.

La sonrisa que le entregó cuando se despidieron, no era la misma de siempre; pero regresando a Mary, a cada palabra que la mujer soltaba, su cabeza iba hilvanando una posible teoría.

Hasta el momento, la idea de que Deborah Wallis, estuviera ideando un supuesto plan, para asesinar a su padre, no resultaba tan descabellada. No sería la primera vez, que él se encontraba con un caso así, ya había tenido dos con anterioridad.

Al final, se decidió a bajar del auto, dejándolo estacionado en la zona que estaba permitido y cruzó la calle; lo primero que atrajo su atención, fue el monolito, donde resaltaba el apellido más importante de la ciudad. Entró a la elegante recepción y caminó directo al cubículo de información, para solicitar una reunión con la famosa heredera.

—Buenos días, señorita. —Se dirigió a la mujer de lentes, detrás el mostrador, quien elevó la mirada, al escuchar su voz.

—Buenos días, caballero. Bienvenido a empresas Wallis, ¿en qué puedo servirle? —Loren dio su habitual discurso, mirando al hombre frente a ella, quien le resultó desconocido.

—He venido a ver a la señorita Deborah Wallis.

—¿Tiene usted cita? —preguntó, siguiendo la normativa.

—No —contestó, y a se esperaba eso y también que tendría que usar su profesión, para obtener lo que quería.

—Lo lamento mucho señor, pero temo que la señorita Wallis, no podrá atenderlo, solo lo hace con previas citas. —Loren solo seguía el protocolo, cuando vio al hombre llevarse una mano al interior de la chaqueta.

—Tal vez haga una excepción conmigo, dígame que soy el detective Gonzalo Dorta y que necesito hacerle algunas preguntas, que no me tomará mucho tiempo. —Su voz denotó autoridad, mientras su mirada estaba fija en los ojos de la mujer.

—Déjeme ver qué puedo hacer por usted, detective —mencionó Loren, tomando el auricular de la central.

Gonzalo asintió, en silencio y miró hacia otro lado, para dejar que la mujer hiciera su trabajo. Hablaba tan bajo, que él apenas podía escuchar lo que decía, así que se concentró en conseguir una manera de abordar el tema que lo había llevado allí.

Claro, siempre y cuando, Deborah Wallis, accediera a verlo; de lo contrario, habría perdido su tiempo, pues no tenía otra manera de acercarse a ella.

Deborah se encontraba revisando las últimas encuestas, hechas a su línea de productos, sentía el pecho lleno de felicidad y orgullo, ya que los resultados eran mejores de lo que esperaba.

“Lígera”, tenía poco más de un mes en el mercado, pero había calado rápidamente en el gusto de los consumidores; de pronto, el timbre de su teléfono la sacó de concentración.

—Dime, Kelly —respondió, sabía que era su asistente.

—Señorita Wallis, en recepción hay un hombre, que desea hablar con usted... no tiene cita, pero pidió ser anunciado.

—No atiendo a nadie sin cita, ya Loren y tú saben eso. —Le recordó a la mujer, con tono adusto.

—Lo sé señorita, pero el hombre dijo ser el detective Gonzalo Dorta y mencionó que solo desea hacerle algunas preguntas, que no le llevará mucho tiempo.

Desde el instante en que Deborah escuchó la palabra “detective”, se le hizo un agujero en el estómago y todo el aire en su pecho, escapó; su voz también desapareció, mientras un intenso temblor la recorría y cientos de imágenes de lo que Diego y ella le habían hecho a George Stevenson, colmaron su cabeza, sintió incluso que comenzaba a marearse.

—Señorita Wallis... ¿Está allí?

La voz de Kelly al otro lado de la línea, la regresó a la realidad, pero no alejó de ella esa sensación, que empeoraba a cada segundo; tragó, para pasar el nudo que le obstruía la garganta y respiró profundamente.

—Ese... ¿Ese hombre ha dicho a lo que viene expresamente? —preguntó, intentando recabar información.

—No señorita, Loren solo mencionó lo que acabo de decirle... ¿Quiere que lo envíe al departamento legal? Tal vez está equivocado.

—No, no hagas nada de eso —indicó y se obligó a pensar con rapidez, se mordía el labio, para drenar la angustia; y suspiró, consciente de que no tenía escapatoria—.

Hazlo subir, voy a atenderlo y no le digas una sola palabra de esto a nadie.

Colgó, sin siquiera esperar la respuesta de su secretaria, se puso de pie, sintiendo unos deseos enormes de escapar, quería correr y esconderse, aunque aún no sabía de qué.

Lo único que llegaba a su cabeza, era que ese hombre, venía a verla por el accidente de Stevenson.

El abogado seguía en coma, se había cerciorado de ello, porque esa misma mañana, llamó a Dinora, para saber de su estado, pero a lo mejor, estaba haciendo investigaciones de rutina; y alguien le dijo, que los vieron juntos el día del accidente.

—¡Maldito abogado! Ni siquiera estando inconsciente, dejas de fastidiarme la vida. —Se quejó en voz alta, al tiempo que cerraba los ojos y respiraba profundamente

—. Contrólate, Deborah... contrólate, debes mostrarte calmada, aplica aquello del refrán, que dice: “Quien no la debe, no la teme”. Ese debe ser tu mantra, delante del policía.

Caminó hasta el baño, para mirarse en el espejo y comprobar, que tenía el aspecto que deseaba, el de una mujer segura, relajada y hermosa, aunque eso último, le daba igual, porque no quería agradecerle al fulano detective, del que no recordaba el nombre; los nervios no le habían dejado grabárselo.

Suspiró, alisando su elegante chaqueta, sin preocuparse siquiera por el escote que mostraba sus senos, de manera seductora.

Salió y ocupó su puesto detrás del escritorio, eso le ayudaría a poner distancia; y además, le daría la imagen al hombre, de que su visita, no alteraba para nada su rutina.

Escuchó el sonido del teléfono y se sobresaltó; de inmediato, se reprochó, pues no era la señal que debía enviar, inhaló despacio, antes de agarrarlo.

—Dime, Kelly. —Le respondió a su secretaria.

—Señorita Wallis, el detective Gonzalo Dorta está aquí.

—Bien, hazlo pasar. —Su voz no titubeó y eso la hizo sentir confiada; sin embargo, no fijó la mirada en la puerta.

Ese acto no evitó, que el corazón se le desbocara, al sentir, que la hoja de madera, se deslizaba y escuchaba las pisadas fuertes, que la alfombra apenas amortiguaban; y finalmente, se armó de valor, para posar la mirada en el detective.

Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo y fue una sensación que no había percibido antes, o al menos, no que recordara. Era como si no fuera la primera vez que sus ojos veían a ese hombre, y no consiguió apartar la mirada de él, mientras se ponía de pie, para recibirlo.

—Buenos días, señorita Wallis. Muchas gracias por recibirme. —Se acercó hasta quedar frente a la mujer y tuvo que reconocer, que desde esa distancia, le resultó mucho más hermosa—. Encantado, Gonzalo Dorta.

Deborah salió del trance, al ver la mano extendida del hombre, su voz sonó amable, pero su semblante no lo era.

—Es un placer, detective Dorta, Deborah Wallis... Por favor, tome asiento. ¿Desea algo de tomar? ¿Un café, agua...? Tenemos de todo para ofrecerle, incluso whisky, aunque por la hora, dudo que lo acepte —bromeó, mostrando una sonrisa forzaba.

El tacto de la mano del policía, la había desconcertado mucho más. Era firme y cálido a la vez, y a pesar de tener esa apariencia de hombre rudo, algo en él, no hizo que lo rechazara de entrada, como pensó que le sucedería en cuanto lo viera.

La verdad, que tampoco se esperaba a un hombre así, lo imaginó mayor, con canas e inclusive, gordo; y por el contrario, tenía ante ella, a un hombre realmente apuesto.

—Así estoy bien, muchas gracias —contestó, esperando que ella tomara asiento, para luego hacerlo él.

—Bien —mencionó, sonriéndole; y después, miró a su secretaria—. Puedes retirarte, Kelly; y por favor, si alguien viene a verme, le dices que pase luego, no atenderé a nadie, por ahora.

—Como usted diga, señorita; con su permiso. —Kelly salió, lamentando tener que hacerlo y perder la oportunidad de seguir deleitándose con ese portento de hombre.

El silencio se apoderó del lugar por más de un minuto, en los cual, el espacio se cargó de tensión y expectativas, aunque los dos intentaban que sus rostros no expresaran nada, sus miradas claramente, se estaban estudiando, como dos rivales antes de hacer algún movimiento estratégico, que los posicionara por encima del otro.

Al final, ella supo que debía dar el primer paso e iniciar esa conversación, aun cuando hubiera sido él, quien apareció allí y pidió verla.

—Bueno, detective... usted dirá, ¿en qué puedo ayudarlo? —pensó, que ser directa, le demostraría al hombre, que no tenía nada que ocultar y que no era culpable de nada.

—La verdad... me apena un poco decirlo, pero no he venido por un asunto en concreto, lo que me ha traído hasta aquí, ha sido la curiosidad —comentó, queriendo mostrarse casual, pero estaba analizando cada reacción de ella.

—¿Curiosidad? —inquirió Deborah, completamente desconcertada, y no pudo evitar mirarlo, arqueando una ceja. No le agradaba esa situación ni recibir información a cuenta gotas.

—Sí, digamos que conocí hace poco a alguien que me habló de usted y despertó mi curiosidad. —Gonzalo estaba jugando con ella, a consciencia.

En sus años como detective, había aprendido a acechar, como un astuto felino, sin revelar a su presa, nada que él no quisiera que supiera; así, poco a poco, iba aumentando la ansiedad y los nervios, para que el otro terminara delatándose por sí solo.

—Ya veo. —Deborah esbozó una sonrisa seductora, de esas que hacía de manera estudiada; pero, aunque sus labios mostraban ese gesto, por dentro, estaba maldiciendo al hombre que pretendía destrozarse sus nervios, pero no le daría el gusto—, y supongo, que ese “alguien”, tiene un nombre, ¿no es así, detective Dorta? —preguntó, relajándose contra el espaldar, para demostrarle al hombre, que no la intimidaba.

—Por supuesto, ¿le suena por casualidad, el nombre de George Stevenson? —preguntó, elevando una ceja, sin despegar su mirada de ella un solo instante.

Deborah no supo qué hizo que su rostro se mantuviera pétreo, si el pánico que la invadió o su autocontrol, pero solo se quedó mirando al detective unos segundos, hasta que logró que su cerebro se activara, nuevamente; y de inmediato, buscó una respuesta adecuada para darle.

—Efectivamente, lo conozco... era nuestro abogado y renunció hace algunos días. —Se interrumpió justo allí, no le daría más información, ahora le tocaba a él, mostrar sus cartas.

—Ya veo, ¿conoce usted el motivo de su renuncia? —inquirió Gonzalo, manteniéndole la mirada.

—La verdad, no estoy al tanto del motivo específico, todos los asuntos los trataba directamente con mi padre; y supongo, que fue a él, a quien le presentó su renuncia.

—Entiendo, entonces me tocará hablar con su padre; tal vez, él tenga las respuestas que necesito —indicó Gonzalo, haciendo amago de ponerse de pie.

El miedo golpeó a Deborah, con la fuerza de una poderosa ola, que le provocó un dolor agudo en el pecho; podía jurar, que el comentario del maldito policía, la había hecho hasta palidecer. Luchó contra el nudo que cerró su garganta, secuestrándole la voz y se obligó a actuar con rapidez.

—Espere, detective... aún no me ha dicho qué fue lo que George Stevenson le dijo sobre mí, se supone que eso fue lo que lo trajo hasta aquí, ¿o no? —cuestionó, sin mostrar mucho interés.

—Tiene razón, pero siendo sincero, en este punto, no lo considero tan importante, fueron solo tonterías.

—Me permite que le haga una sugerencia —dijo ella, poniéndose de pie, para estar a la altura de él.

—Por supuesto —respondió, a la espera de que ella le diera más información, aunque ya tenía algunos puntos que evaluar.

—Mi padre es un hombre muy ocupado, y la verdad, no creo que le agrade mucho ser molestado por cuestiones sin importancia... menos si están relacionadas con el hombre que lo dejó en el aire, de la noche a la mañana —explicó, intentando mostrarse amable.

—Pensé, que había dicho, que no sabía nada de la salida del abogado Stevenson —indicó él, jugando con ella, de nuevo.

Deborah sintió cómo la sonrisa se le congelaba en los labios, contuvo los deseos de gritarse, por ser tan estúpida y caer en el maldito juego de ese hombre; pero suspiró, retomando su postura, debía concentrarse, debía tener el control de la situación.

—En realidad, lo que dije fue, que no sabía el motivo, no que no supiera la manera en la cual abandonó la empresa. La última vez que se le vio aquí, fue un miércoles, y el lunes siguiente, fuimos informados de que él no continuaría al frente del departamento legal, que había renunciado... solo eso.

—Es algo extraño, ¿no le parece? —preguntó, con el ceño fruncido, sin dejar de mirarla.

—Supongo, pero la verdad es, que no me interesa mucho, ya se encontró un reemplazo para él y se está poniendo al día con todo. Nadie es indispensable en esta vida, detective. —Se felicitó, por mantenerse impasible, estaba en su eje.

—Pues él, sí parecía muy interesado en usted; incluso, podría decir, que se mostraba como un hombre enamorado.

Deborah soltó una carcajada, para ocultar los nervios que la embargaron en ese instante, ya no le quedaban dudas, ese hombre, en verdad, había hablado con George; y además, estaba al tanto de muchas cosas.

—George Stevenson, se cuelga por sí mismo el título de casanova; tal vez, se hizo ilusiones conmigo, pero le puedo asegurar, que en ningún momento, mantuvimos una relación. Soy una mujer muy profesional, detective Dorta; y jamás, mezclaría el placer con el trabajo. Eso es una gran estupidez y siempre termina acarreado problemas. —Deborah se estaba esforzando al máximo por no delatarse.

Gonzalo se la quedó mirando en silencio, y las hipótesis en su cabeza, comenzaron a confundirse. Ahora tenía más información y eso ampliaba el panorama, volviéndolo más complejo.

Pensó, que de todo lo que le habían dicho, tanto el abogado, como Deborah Wallis, no tenía la certeza de nada, solo premisas, que podían conducirlo a cualquier lado.

—¿Por qué no me dice de una vez, qué fue eso que le dijo George Stevenson de mí? Y así dejamos de perder el tiempo los dos, detective. —Ella ya no soportaba tanta tensión, necesitaba salir de dudas de una vez.

—Usted tiene razón, le estoy haciendo perder su valioso tiempo, será mejor que me marche. —Gonzalo le extendió la mano, para despedirse, y ella la sujetó, manteniéndola así.

—¿Le puedo hacer una pregunta? En vista de que usted me ha sometido a un interrogatorio, creo que tengo el derecho de preguntar algo, yo también —dijo, con su mirada clavada en los ojos grises, que le resultaban muy atractivos.

—Por supuesto, señorita Wallis —concedió, sin soltarse.

—¿Acaso sospecha, que el accidente del abogado Stevenson, fue provocado? Porque caso contrario, no entiendo por qué está usted investigando sobre ello —acotó, negándose a dejarlo ir, sin obtener al menos, algunas respuestas.

—¿Accidente? —Gonzalo reaccionó de manera espontánea a ese comentario, no estaba preparado para algo así.

Deborah tuvo que contener su sonrisa, al adivinar, que había movido bien su pieza. Eso era algo que evidentemente, el hombre no sabía, y que ella aprovecharía, para usarlo a su favor.

—Sí, ¿no estaba usted al tanto de eso? George Stevenson tuvo un accidente, su auto se salió del camino y ahora se encuentra en un hospital de Jackson. Está en un coma inducido, por una grave lesión que sufrió en el cráneo y afectó su cerebro. Su diagnóstico es reservado y la familia está destrozada —mencionó, soltándole la mano, con una expresión de pesar, que le merecía un Oscar.

Gonzalo se quedó en silencio, analizando ese giro que había dado todo. Si antes pensaba dar las cosas por terminadas y no hacer caso a las fantasías quijotescas del abogado, todo cambió en ese instante, sentía que era vital, que él continuara investigando más.

Aunque sabía, que esa no era su jurisdicción y que podía meterse en problemas, si abusaba de su cargo, su instinto no lo dejaría en paz, si se quedaba de brazos cruzados.

—Después de cómo lo vi salir ese día, del lugar donde nos topamos, no me extraña en lo absoluto —acotó, con semblante imperturbable; y después, volvió el rostro,

para mirarla—. Lamento mucho lo sucedido, y respondiendo a su pregunta, no me encuentro en ninguna investigación; mi jurisdicción está en Filadelfia. Estoy aquí de paso y solo vine por curiosidad, para conocer a la mujer, que puede hacer, que un hombre como George Stevenson, pierda la cabeza —dijo, mostrando media sonrisa.

—Espero que se haya llevado una buena impresión, entonces —mencionó, sonriéndole, de manera seductora.

—La mejor de todas. Ha sido un placer, señorita Wallis; y una vez más, gracias por brindarme parte de su tiempo. —Le volvió a extender la mano, para despedirse.

—El placer ha sido todo mío, detective Dorta; permítame acompañarlo —mencionó, sin recibir la mano; bordeó el escritorio y caminó junto a él, hasta la puerta.

—Tal vez nos volvamos a ver, estaré durante algunas semanas en Nueva Orleans. —Gonzalo la puso sobre aviso.

—Estaría encantada, espero que disfrute de su estadía —respondió, entregándole una de sus mejores sonrisas.

Lo vio salir y le indicó a su secretaria, que lo acompañara hasta el ascensor; necesitaba cerciorarse, que se marchara del edificio y no insistiera en ver a Dominic. Se quedó mirando las puertas del elevador, durante varios minutos; incluso, una vez que se cerraron, llevándose al policía.

Los pensamientos en su cabeza, eran como un torbellino, sentía que estaban a punto de volverla loca; el temblor en su cuerpo, al fin se hizo visible y el bajón que tuvo de adrenalina, hizo que se mareara.

Se sostuvo del pequeño cubículo, donde trabajaba su secretaria, para no terminar tendida sobre la alfombra y cerró los ojos, que se le habían colmado de lágrimas; sintiendo, también, que le estaba costando respirar.

Kelly se sintió alarmada, al ver a su jefa en ese estado; de inmediato, buscó socorrerla, apoyándole las manos en la espalda; y elevó la mirada, en busca de alguien que pudiera ayudarla, pero el pasillo estaba desierto.

—Señorita Deborah... ¿Se encuentra bien? —preguntó, con voz trémula, temiendo que fuera a desmayarse.

Deborah no respondió, porque no podía dar con su voz; para hacerlo, mantuvo los ojos cerrados, mientras luchaba por llenar sus pulmones de oxígeno.

Tal vez, si algún doctor la veía en ese momento, tendría un nombre para lo que le estaba sucediendo, pero para ella, no era otra cosa que miedo, estaba aterrada.

—Tiene que sentarse, señorita... yo iré por un vaso de agua —dijo una vez más Kelly, quien a cada segundo, estaba más nerviosa.

—Estoy bien... estoy bien, no te preocupes, solo tuve una baja de presión. No desayuné esta mañana.

Deborah sintió que debía explicarse, para no levantar sospechas y evitar que Kelly, relacionara su malestar, con la visita del policía.

Sabía, que su secretaria, tenía vocación de comunicadora social. Su padre le había asignado como asistente, a la mujer más chismosa de toda la empresa.

—Déjeme ayudarla, para que se recueste dentro de su oficina. Le traeré algo de la cafetería, un Gatorade le vendría bien.

—Gracias —mencionó Deborah, permitiendo la ayuda.

En cuanto su cuerpo quedó tendido en el sofá, sintió que un enorme peso, se posaba sobre ella; intentó levantarse, en un acto reflejo, para liberarse de esa sensación, pero el mareo regresó, obligándola a dejarse caer, de nuevo.

Cerró los ojos y asintió, en silencio, cuando su secretaria le dijo que se quedara allí, hasta que ella volviera con la bebida.

Como si pudiera desaparecer, con este malestar que tengo, y levantarme de aquí. A veces resultas tan tonta, Kelly. Esfumarme es lo que más deseo en este momento.

Pensó, dejando escapar un suspiro, la sensación de sentirse atrapada, la envolvió, otra vez; torturándola sin piedad, y las lágrimas, se hicieron presentes.

—¡Cálmate, Deborah! Debes pensar con la cabeza fría, analizar todo y concentrarte en lo que te dijo ese hombre. Si pierdes los estribos, acabarás mal y no solo tú; también, harás que Diego termine en prisión, nuevamente y no puedes hacerle eso.

Se llevó la mano a la frente, descubriendo que estaba cubierta por una ligera capa de sudor; y además, se sentía helada. Podía jurar, que el miedo, fue lo que le provocó esa reacción.

No era una mujer que se enfermara con facilidad, cuidaba su alimentación y hacía ejercicios, así que no le conseguía otra explicación al malestar que sentía.

—Veamos, ¿qué puede tener ese hombre, que los perjudique a Diego y a ti? —Se preguntó, abriendo lentamente los párpados, intentando respirar, despacio—. No quedan dudas de que habló con George, el día del accidente, y que hablaron de ti, pues lo mencionó expresamente; ahora, lo que necesitas saber es, qué tanto hablaron. Tuvo que ser algo importante; de lo contrario, ese hombre no se hubiera tomado la molestia de venir hasta aquí —mencionó, incorporándose, y se sintió aliviada, al comprobar, que los mareos, ya se les habían pasado.

Escuchó la puerta deslizarse, y se volvió, esperando ver a Kelly, pero en lugar de ella, vio que era Silvy a quien entraba; y aunque no pudo esconder la sorpresa de su rostro, logró disimular su molestia, al imaginar, que la chismosa de su secretaria, seguramente, le había ido a contar de su malestar.

—Debbie, hermosa, me ha dicho Kelly, que tuviste un desmayo, ¿cómo te sientes? —preguntó, mostrándose preocupada y se sentó junto a ella. Aunque quiso tocarla, no lo hizo, sabía que los Wallis odiaban la lástima.

—Estoy bien, Silvy a, no ha sido nada... solo fue una baja de presión, porque olvidé desayunar esta mañana —comentó, con indiferencia, y le apartó la mirada, odiaba que esa mujer, intentara mostrarse con ella, como una madre abnegada.

Desde hacía muchos años, había logrado prescindir del cariño o la comprensión de una madre, aprendió a ser fuerte y a no necesitar de alguien, que estuviera allí, velando sus sueños, dándole consejos o el consuelo, que solo una madre podría darle.

La suya, dejó de hacerlo, incluso antes de morir; y de eso, ya había pasado mucho tiempo.

—No deberías hacer esas cosas, el desayuno jamás debe pasarse por alto, Deborah... —decía Silvy a, y se interrumpió, al verla ponerse de pie, para alejarse de ella.

—No es necesario que te preocupes por mí, sé cómo cuidarme. Aprendí eso hace mucho y por mis propios medios, así que puedes ahorrarte tus consejos, no me hacen falta —pronunció, con un tono de voz hosco.

Silvy a sintió, que las palabras de Deborah, la golpeaban en el pecho. No sabía, que la joven, tenía el poder de afectarla tanto; sus ojos se llenaron de lágrimas y se puso de pie, para salir de la oficina, sin decir nada más.

No tenía caso que intentara un acercamiento, cuando ella no deseaba nada de eso, cuando todos sus esfuerzos por ser parte de la vida de los Wallis, parecían en vano. El rencor tenía tan cegados a padre e hija, que era como si todo el mundo fuera su enemigo.

Deborah se volvió, al ver de reojo, que ella se marchaba; de pronto, se reprochó por ser tan dura con la mujer; sabía, que ella no tenía la culpa de lo desastrosa que había sido su niñez, pero tampoco, podía dejarla entrar a curar heridas, que ya no tenían remedio.

Suspiró, caminando hasta ella, y cuando la vio tomar la barra de acero, para abrir la puerta, la detuvo.

—Silvy a, espera... siento haberte hablado así, es solo que... no sé, no me siento bien y nunca he gozado de tanta atención, por parte de las demás personas, así que... no estoy acostumbrada —esbozó, con algo de timidez.

—Está bien. —Silvy a se acercó a Deborah, mostrando una sonrisa—. Todos tenemos días malos, solo te di un consejo, porque me preocupé... Tengo complejo de mamá gallina, queriendo protegerlos a todos —agregó, mirándola a los ojos.

—¿Por qué lo haces? —preguntó Deborah, de repente.

—¿A qué te refieres? —contestó, con una interrogante, sin dejar de mirarla; y de pronto, se sintió nerviosa.

—Todo esto... desde que llegué aquí, has estado pendiente de mis cosas, me has ayudado, intentas ser mi amiga... ¿Por qué lo haces, Silvy a? —inquirió, de nuevo; negándose a dejarla escapar.

La mujer se quedó en silencio, cerca de un minuto, mientras se debatía internamente entre esquivar la pregunta con un comentario casual o decirle la verdad.

Esa que la abrumó en cuestión de segundos y removió muchas emociones dentro de ella, emociones que creía olvidadas.

—Porque... el día que tu madre te dio a luz, yo también estuve en trabajo de parto... solo que el mío, fue mucho más complicado que el de Christie. Ella dominó la situación con una tranquilidad asombrosa, ni siquiera parecía que fuera una primeriza... o al menos, eso decían las enfermeras —pronunció, dejando que los recuerdos se materializaran en palabras—. Después de mucho sufrir, conseguí traer a mi bebé al mundo, era una hermosa niña, así como lo eras tú...

—¿También era hija de Dominic? —preguntó Deborah, con la voz estrangulada y el corazón latiéndole muy de prisa.

—¡No! ¡Claro que no! —Negó Silvy a, en medio de una carcajada—. ¿Quieres escuchar toda la historia? —inquirió, mirándola con complicidad.

Deborah asintió, moviendo su cabeza, porque la voz le había desaparecido, imaginar que tuviera una hermana, era algo que jamás creyó posible, y que por extraño que pudiera parecer, la idea no le causó rechazo, al menos, no de entrada.

Kelly llegó con una infusión, un gatorade y un vaso de agua, todo en una bandeja, disculpándose por la tardanza. Deborah no tardó en deducir, que seguramente, se había entretenido, comentándole a media empresa, que su jefa, había tenido un mareo; no quería ni imaginar lo que estarían diciendo por los pasillos.

La despidió rápidamente, para concentrarse en lo que Silvy a le contaría, la actitud de la amante de su padre, la había intrigado.

Ingrid estaba en el cuarto de lavado, organizando las últimas prendas, había iniciado muy temprano, para aprovechar la luz del sol, pues en invierno, apenas sí salía, y a ella no le gustaba usar mucho la secadora, seguía la tradición de lavar como lo hacían sus antepasados.

Y con las prendas de la señorita Deborah, tenía más cuidado, pues eran muy costosas, y si llegaba a dañar una, le podía costar hasta el trabajo.

—Hasta que al fin llegas. —Le reprochó a Katherine, en cuanto la vio entrar.

—Estaba atendiendo otras tareas —contestó la aludida.

—Sí, imagino —expresó Ingrid, con ironía, entregándole un paquete de sábanas ya planchadas—. Ocupada con Diego, como si no les bastara estar cogiendo por las noches en el invernadero, también lo hacen durante el día.

—¡Deja de estar inventando cosas, Ingrid! Diego y yo, no andamos haciendo nada de eso, solo somos amigos —pronunció, sintiéndose ofendida.

—Sí, claro... amigos —masculló, poniéndole más sábanas en la cesta—. Ese tipo de amistad, yo me las conozco muy bien. Como tu madre se llegue a enterar, te arranca la cabeza y a él también. —Le advirtió, mirándola a los ojos.

—Eso solo pasará si tú andas por allí, diciendo cosas que no son. Yo respeto esta casa y Diego también.

Ingrid se volvió a mirarla, realmente sorprendida de la desfachatez de Katherine. Ya no la reconocía, no era ni la sombra de aquella niña tímida que llegó a la mansión. Ese hombre, la había convertido en una rebelde, en una mentirosa, porque estaba segura de lo que decía, tuvo las pruebas en sus manos.

—Si en serio respetaras esta casa o al menos a tu madre, no estarías haciendo lo que no debes; y deja ya de mentirme, si no quieres admitirlo es tu problema. Yo no diré nada, porque no soy ninguna chismosa... pero una cosa te digo, ve con mucho cuidado, Katherine, porque si Marcus o la señorita Wallis, llegan a darse cuenta, tú y tu adorado Diego, acabarán perdiendo el trabajo —mencionó, volviéndose, para continuar con su tarea.

Katherine se sintió desconcertada ante la certeza que parecía tener Ingrid, la conocía bien; y sabía, que nunca hablaba por hablar, así que, no se quedaría con esa duda y se puso en el papel de chivo expiatorio, para conseguir más información.

—¿Cómo te diste cuenta? —preguntó, agachando la cabeza.

La mujer chasqueó los labios, en un gesto de desaprobación y dejó escapar un suspiro pesado. En el fondo, no quería creer que eso estuviera sucediendo en verdad; y pensó, que Diego, era de esos hombres manos alegres, que se la pasaban masturbándose.

Giró medio cuerpo, para ver a Katherine, quien se mostraba apenada, y suspiró, de nuevo, armándose de paciencia; recordó, que ella también fue joven y cometió muchas locuras, que no tenía la moral para juzgar a nadie.

—Tengo que cambiarle las sábanas a Diego casi todos los días —indicó, como si esa explicación bastara, pero al ver que la chica solo elevaba el rostro, para mirarla, exigiendo saber más, continuó—: cuando él llegó, lo hacía tres veces a la semana y casi siempre las conseguía limpias, ordenadas, pero desde hace un tiempo, son un desastre, se notan llenas de sudor, arrugadas y... ¡Bueno, muchacha! No tengo que explicarte cómo las dejan ustedes dos, lo sabes muy bien —expresó, sintiéndose apenada.

Katherine se quedó sin palabras, pero no fue por vergüenza, porque ella no había hecho nada, lo que la dejó muda, fue la rabia que la colmó en ese instante.

No tenía que darle muchas vueltas a las cosas, para llegar a la única conclusión posible. Intentó disimular su reacción, delante de Ingrid, porque necesitaba ajustar cuentas primero, con el miserable de Diego.

—¿Y solo por eso sacaste esa conclusión? —preguntó, mirando a Ingrid a los ojos, necesitaba tener la certeza.

—¡Pues claro! Y no me vengas a decir, que me estoy equivocando, porque yo sé muy bien de lo que hablo, no soy ninguna mojjigata, niña, yo también he tenido hombres en mi cama y sé de esas cosas —dijo, con tono de reproche—. Debes tener mucho cuidado, Katherine, estos no son juegos, ya sé que él es muy atractivo y que te gusta, pero debes pensar con la cabeza, no con la entrepierna, no le des un disgusto a tu madre. Martha no está para esas cosas. —Le aconsejó, mirándola con ternura, después de todo, la seguía viendo como a una niña.

Katherine afirmó en silencio, para asumir esa culpa que no era suya, pero definitivamente, sí de Diego, y sospechaba, quién era la otra involucrada.

Tomó la cesta, para seguir con sus labores, aunque no lograba sacarse de la cabeza lo sucedido.

Cuando la tarde estaba ya casi cayendo, no aguantó más y antes de que todos se reunieran para cenar, en la cocina; fue a buscarlo al invernadero, sabía que a esa hora, ya estaría allí, limpiando los materiales de trabajo.

Mientras caminaba, se repetía, que debía mantenerse calmada y en sus cabales, para poder sacarle toda la información que deseaba, y quería confrontarlo con pruebas, para que no pudiera mentirle.

Sin embargo, en cuanto él se percató de su presencia allí y se volvió, para mirarla con esa sonrisa coqueta, que siempre le entregaba, todos los demonios se desataron dentro de ella y se le fue encima, dándole una fuerte bofetada y un par de golpes en el pecho, descargando la rabia que la había embargado, desde que se enteró de su engaño.

—¡Katherine, para! ¿Qué mierda te pasa? ¡Para ya! ¡Maldita sea! —Diego se defendía de ese ataque, intentando sujetarle las muñecas.

—¡Eres un maldito mentiroso! ¡Un falso! Me haces creer que te gusto y te andas revolcando con otra... ¿Cómo pudiste hacerme esto, Diego? ¿Cómo pueden ser tan descarados? Vernos a todos a la cara en las mañanas, como si no pasara nada, como si no estuvieran haciendo nada malo. —Le hacía un reproche tras otro, mientras intentaba liberarse.

—¿Engaño? ¿De qué mierda estás hablando, Katherine? —cuestionó, esforzándose por mostrarse sorprendido, aunque las pelotas se le habían instalado en la garganta, porque sabía de qué le hablaba. Había sido muy clara.

—¡No sigas mintiéndome! Eres un desgraciado, Diego Cáceres, pero ella lo es más... Le voy a decir todo a Maurice, se lo diré y espero que él le grite en su cara, la clase de mujer que es, que la humille como la puta que es —decía, intentando zafarse del fuerte agarre de Diego.

—¿Puedes calmarte un momento y explicarme por qué estás así? ¿De qué demonios hablas? ¿Qué tiene que ver el estúpido chofer conmigo? —Lanzó todas las preguntas, mientras la miraba a los ojos, fingiéndose preocupado y desconcertado.

—Sabes muy bien de qué te hablo, no te hagas el pendejo.

Diego la soltó, con brusquedad, haciéndola tambalear; y se alejó, para evitar que la rabia tomara control sobre él. Nunca le había pegado a una mujer, pero tampoco permitiría más insultos.

—Si vas a seguir en ese plan, te largas de aquí, ahora.

La amenazó, señalándola con un dedo; y después, le dio la espalda, liberando bocanadas de aire. El pecho se le movía, por lo agitado de su respiración, y tenía el rostro enrojecido, por la rabia.

Sabía que todo eso tenía que ver con Deborah, que de alguna manera, Katherine se había enterado de lo que ellos tenían; y ahora venía como la jodida novia ofendida, a reclamarle.

—Ella es una mala mujer, Diego —mencionó, en un tono más sumiso, acercándose despacio a él—; es mala, juega con los hombres a su antojo y va a terminar haciéndote daño, es mezquina y mentirosa... ¡No puedes creer en lo que te dice!

—A ver, Katherine, ¿de quién demonios hablas? —preguntó, volviéndose, para mirarla, con resentimiento.

Y esa vez, el sentimiento no era fingido, le enfureció lo que dijo de Deborah, ella no la conocía a fondo, para juzgarla de esa manera.

Eso era lo que siempre hacían los demás con él, por haber estado en la puta cárcel, por tener su cuerpo grabado de tatuajes, siempre sería un maldito delincuente; por no tener un estúpido título universitario, era un bruto, sin educación ni modales; pero nadie se detenía a ver, lo que había detrás de todas esas miserables etiquetas, que

la sociedad le ponía. No les importaba.

—Sabes bien de quién hablo —indicó ella, manteniéndole la mirada—. Estás al tanto, como todos en esta casa, que ella, tiene una relación con Maurice; no es un secreto para nadie, ni siquiera para el mismo viejo Wallis... y la verdad, no entiendo cómo puedes humillarte de esa manera, cómo puedes compartir la cama con ella, después de saber, que estuvo con él —dijo, mostrándose dolida y decepcionada.

Katherine le causaba una herida más a Diego, lo estaba lastimando, donde más le dolía, y él tenía que controlarse, para no sacarla de allí a empujones.

Era como si agarrara todo eso que él se negaba a ver, de su relación con Deborah y se lo estuviera restregando en la cara, haciéndole ver lo bajo que había caído.

—Espera un momento... espera —mencionó, poniéndose una máscara de sarcasmo y mostrando una sonrisa torcida, mientras se acercaba a ella—. ¿Todo este espectáculo es porque tú crees, que yo me estoy cogiendo a la hija del viejo Wallis? ¿A esa mujer tan insoportable? —inquirió, mirándola a los ojos.

—Ya no lo sigas negando, no me vas a engañar —respondió Katherine, manteniendo su postura.

—Pues, perdona que te diga esto, pero creo que te has vuelto loca, Katherine. Esa mujer no me llama la atención, es hermosa... sí, es verdad, no voy a negarlo, pero así como es de bella, es de fría, de desagradable; y además, está tan flaca, que si llego a ponerle una mano encima, seguro le fracturo algún hueso —comentó con sorna, disfrazando la rabia que sentía.

Ella arqueó una ceja, evidenciando su desconfianza; se cruzó de brazos, sin dejar de mirarlo y se mantuvo en silencio, para que viera que aún no la convencía.

—Morena... si existe alguien en esta casa que me trae loco, esa eres tú y lo sabes, ya te lo he demostrado muchas veces. —Se acercó, rodeándole la cintura con los brazos, para pegarla a él, mientras la miraba a los ojos.

—No te creo, Diego, no te creo... mira, yo veo cómo se te van los ojos tras ella, todas las mañanas; también, cómo te molesta, que Maurice no disimule y ande tocándola todo el tiempo; además, está lo que descubrió Ingrid...

—¿Y qué fue lo que descubrió? —formuló directamente la pregunta, pues sabía que algo tenía que haber sucedido, para que Katherine se pusiera así.

—Me dijo, que... que tú estabas teniendo sexo aquí, con alguien, que tus sábanas eran muestra de eso; y pensó, que lo hacías conmigo. Pero los dos sabemos, que eso no es cierto, yo sigo respetando esta casa y a mi madre —intentó alejarse de él, con la rabia renovada.

—Pues creo que Ingrid no tiene hijos hombres. —Se bufó de la mujer y no dejó que Katherine se alejara—. Puede que nosotros no estemos cogiendo en este lugar, pero eso no quiere decir, que no estés en mi mente y me hagas desearte todo el tiempo —pronunció, acercándose a los gruesos labios de la morena. Mentiría si decía que ella no le gustaba, que no era consciente, que tenía una boca de esas, que aseguraban dar mamadas de locura.

—¿Qué... qué quieres decir? —La cercanía de Diego la puso nerviosa, pero no intentó alejarse, le gustaba tenerlo así.

—Katherine, me traes loco, en verdad; casi todas las mañanas y las noches, me masturbo pensando en ti, rogando para que llegue el día, en que me dejes cogerte como deseo. —Le tomó el rostro entre las manos y comenzó a besarla.

Primero fue lento, para ir convenciéndola de que olvidara lo de Deborah, necesitaba que ella se creyera el cuento, que le había inventado.

En cuanto sintió que esos suaves labios se separaban, cediendo ante su demanda, metió su lengua y se sintió vencedor, cuando ella comenzó a responderle y a gemir.

—Diego... no, no me vas a convencer tan fácil, esto no explica del todo, lo que me dijo Ingrid. Una cosa es que ensucies las sábanas masturbándote y otra es que tengan huellas de sexo... no soy una niña tonta, sé de esas cosas. —Le apoyó las manos en los hombros, para alejarlo.

—¿Sí? ¿Sabes de esas cosas, Katherine? —cuestionó, mirándola con picardía—. Entonces, ¿por qué no vamos a mi habitación, para que me las enseñes? Y así yo te demuestro, que todo lo que te digo, es verdad. —Él no se daría por vencido tan fácil, así que volvió a besarla, siendo más intenso esta vez.

No era la primera vez que se besaban, cuando él estuvo molesto con Deborah, estuvo a punto de cogérsela, pero no insistió más.

Esta vez, no podía fallar, tenía que convencerla de que en verdad, ella le gustaba y que no tenía nada que ver con otra mujer. Era eso o contarle todo a Deborah, y arriesgarse a que despidiera a la morena; o peor aún, a que su relación terminara, y que todos sus planes se fueran a la mierda, y eso no podía permitirlo.

—Diego... Diego, espera. —Intentó detenerlo, aunque se moría por ser su mujer, sus besos la excitaban demasiado, pero debía ser sensata—. No podemos, mi madre puede empezar a preguntar por mí y si tardo, me reclamará.

—Bueno... no perdamos tiempo, entonces. Te prometo que lo haremos rápido y que vas a quedar con ganas de volver —esbozó con malicia, mientras le estrujaba las nalgas.

La tomó de la mano y casi la arrastró hacia su habitación. Al ver que iba a protestar nuevamente, cuando entraron, no le dio ni siquiera tiempo de pensar y la lanzó en la cama; para después, desnudarse.

Vio el deseo en la mirada de la morena, cuando le recorrió el cuerpo desnudo, y para echarle más leña al fuego se acarició con lentitud el miembro para ganar tensión y provocarla. Cuando la vio suspirar y después sonreír recostándose sobre la cama, al tiempo que se subía la falda del uniforme, supo que la tenía en sus manos.

La mirada de Deborah, se perdía en la hermosa y compleja estructura del *Crescent City Connection*, sobre las oscuras aguas del río Mississippi, pero su mente estaba en otro lugar, vagaba sin descanso, entre todo lo que le había sucedido ese día.

Desde que Silvy salió de allí, se quedó observando el paisaje, a través del ventanal, en silencio, para poder escuchar sus pensamientos, que en ese instante, estaban más enredados que nunca.

Dejó escapar un suspiro, que empañó el cristal de la ventana. Afuera debía estar frío, para que se diera ese efecto; cerró los ojos e intentó dejar su mente en blanco, pero le resultaba imposible, no tenía sentido seguir luchando.

Sus párpados se abrieron lentamente, fijándose de nuevo en el paisaje, aún era temprano, pero el sol ya comenzaba a caer, brindándole un hermoso espectáculo. Se dijo, que no le vendría mal salir a caminar un rato, para despejar su mente y liberar tensión.

—Kelly, cancela cualquier compromiso que tenga pendiente, no atenderé a nadie más. —Le ordenó a su secretaria, a través del teléfono, y colgó, sin esperar una respuesta.

Entró al baño, para retocarse un poco. Si su apariencia reflejaba, cómo se sentía en ese momento, debía verse espantosa, pues por dentro, estaba hecha un caos.

Después de que salió, tomó su cartera y caminó hasta el perchero, para buscar su abrigo. Se lo estaba poniendo, cuando sintió la puerta abrirse, y no le sorprendió ver de quién se trataba.

Frunció el ceño, sin saludarlo siquiera, porque odiaba que irrumpiera en su espacio de esa manera, creyéndose el dueño del mundo, como siempre.

—¿Ya te vas? —preguntó Dominic, quien tampoco saludó.

—Sí, no me siento bien —contestó, sin mucho énfasis.

Dominic se cruzó de brazos, frunciendo el ceño, y la miró, como si fuera un inquisidor. Había ido hasta allí, porque necesitaba hablar con ella, y no pidió que fuera a su oficina, para no ponerla sobre aviso; quería quitarle cualquier posibilidad de inventarse una sarta de mentiras, pues había heredado ese talento de su madre. Caminó hasta el sofá y se dejó caer en este.

—Siéntate, he venido porque necesito hablar contigo. —Le ordenó, haciendo un ademán, al espacio vacío junto a él.

Deborah suspiró, armándose de paciencia, se sentía demasiado aturdida, como para discutir; y sabía, que no lograría marcharse en paz, si no hacía lo que él le pedía, por lo que dejó el abrigo y tomó asiento.

—Por favor, sea breve. —Fue todo lo que pidió, mirándolo a los ojos, para que comprendiera que deseaba irse.

—No te preocupes, no soy un hombre de rodeos y lo sabes —mencionó y estaba por ir al grano, cuando otra idea ocupó sus pensamientos; la miró un instante, descubriendo, que sí se veía bastante desenchajada—. ¿Qué es lo que tienes? ¿Por qué te desmayaste hoy? —inquirió, con la mirada clavada en ella.

—¿Vino hasta aquí, solo para preguntarme, ¿cómo me siento? —cuestionó, entre asombrada y divertida. Él no respondió, así que ella prosiguió—: solo fue un leve mareo, no fue un desmayo, como le contó a todo el mundo, la chismosa de Kelly. No desayuné esta mañana y me dio una baja de presión, fue solo eso. Ahora, si eso era todo, me voy a la casa, a descansar.

Quiso ponerse de pie, pero Dominic la tomó por el brazo, reteniéndola, y su mirada la hacía sentir incómoda; era como si intentara leerle los pensamientos y eso la ponía nerviosa.

—¿Qué sucede? —preguntó, halando el brazo, para liberarse y se apoyó en el espaldar, para estar lo más lejos de él.

—Ten mucho cuidado, Deborah, no eres una niña y sabes que todo lo que hacemos, tiene consecuencias. —Le advirtió, mirándola a los ojos; y esperó, para ver qué reacción mostraba.

—¿A qué se refiere? —preguntó, sintiendo que el corazón, se le había instalado en la garganta y un vacío se apoderó de su estómago, al tiempo que las manos comenzaron a sudarles.

—Por favor, no me hagas darte clases de sexualidad a estas alturas de la vida, y menos en un tema, que tienes tanta o más experiencia que yo —dijo, con sorna; pero después, se tornó serio.

—¿Solo vino a eso? ¿A seguir juzgándome? —inquirió, molesta, y esta vez, nada evitó que se pusiera de pie y caminara hasta el perchero, para tomar su abrigo, una vez más—. No seguiré prestándome para ser el objeto de sus burlas; si usted quiere un payaso que lo entretenga, entonces búsquese a otra persona.

Los nervios que sentía, segundos atrás, fueron reemplazados por la rabia, que le provocaba Dominic, cada vez que se metía en sus asuntos.

Lo que ella hacía, no era de su incumbencia, así que no tenía el derecho de estar allí, juzgándola, como si él tuviera la moral para hacerlo.

Caminó hacia la puerta, dándole la espalda, dispuesta a dejarlo sin darle una explicación más, sobre sus acciones, y a no era una niña a la que pudiera dominar.

—¿Qué deseaba el detective que vino a verte esta mañana? —Dominic expuso el motivo que verdaderamente lo había llevado a ese lugar, antes de que ella saliera.

La mano de Deborah se quedó estática, sobre la barra de acero, no le dio tiempo ni siquiera de deslizar la hoja de madera y salir de allí.

Apretó los párpados con fuerza, al sentir, que esa horrible sensación de vértigo, regresaba a ella; se estremeció de pies a cabeza, sintiéndose, además, sofocada.

—Deborah, estoy esperando una respuesta —habló, de nuevo, viendo cómo ella se tensaba; y supo, que algo escondía.

Deborah se armó de valor, para volverse y mirarlo a la cara, mientras lo hacía, pensaba en una respuesta rápida, pero no encontró nada concreto que decirle, así que prefirió mantenerlo a raya, al menos, hasta que pudiera organizar sus ideas.

—No tiene nada que ver con usted o con la empresa —contestó, sin mantenerle la mirada.

—Ese hombre vino hasta aquí, eso ya lo relaciona conmigo, así que no me hagas perder el tiempo y habla de una vez —demandó, mirándola con seriedad.

—¿Acaso tiene cuentas pendientes con la ley? —Hizo esa pregunta, para ganar tiempo, necesitaba encontrar una explicación convincente, porque de lo contrario, Dominic no la dejaría en paz.

—¡No seas ridícula! —pronunció y se puso de pie, para evitar que ella le siguiera rehuyendo—. No me gusta estar ignorante de las cosas que pasan a mi alrededor, Deborah, así que deja de dar vueltas y respóndeme. La visita de ese policía, ¿tiene algo que ver con el hijo de Roberto? —preguntó, de manera directa.

—¿Por qué... por qué lo pregunta? —Los nervios invadieron, una vez más, el cuerpo de Deborah.

—Porque ese hombre, estuvo en la cárcel, tiene un prontuario delictivo y es posible, que esté metido en problemas o que haya incumplido algunos de los acuerdos que debía, para obtener la libertad condicional, y porque, no quiero meterme en un problema, solo por hacerle un favor a Roberto —contestó, procurando que con eso, ella terminara por contarle todo.

—Bueno, no fue mi idea darle el trabajo, sino de usted. Debió haberse informado primero, de los antecedentes que tenía y no solo confiar en la palabra del jardinero —mencionó, intentando sonar fría y despectiva.

Si Dominic llegaba a ver un mínimo de interés por parte de ella hacia Diego, o sospechaba la relación que los dos tenían, acabaría deshaciéndose de él; y no podía permitir, que algo como eso pasara, no podía perder su pase a la libertad.

—Pues esa era tu responsabilidad y si estuvieras más pendiente de la casa, en lugar de andar de fiesta en fiesta; tal vez, hubiéramos conseguido a alguien mejor para el puesto, pero resulta, que debo ser yo, quien se encargue de todo. —Le reprochó, mirándola con rabia por haberlo acusado, ya bastante molestia le causaba a él, tener que asumir su error.

—Usted nunca me deja opinar con respecto al personal, así que ahora, no se queje... es suya la manía de reemplazar a sus trabajadores con los hijos de los mismos.

—Es una tradición que viene desde mis bisabuelos.

Deborah sonrió con sorna, al ver que el estúpido, se había ofendido; siempre buscando resaltar el abolengo de la ilustre familia Wallis; pues ella le echaría más sal a

esa herida, por el simple gusto de hacerle ver, que él no era un Dios, que no podía decidir sobre la vida de los demás; y que incluso, la suya, pronto estaría en sus manos y ella no dudaría en acabarla.

—Es un método esclavista, les hace sentir, como si les pertenecieran, como si no tuvieran más opción, que quedarse a su servicio, para toda la vida; es retrógrado y humillante, pero claro, viniendo de un hombre, que trata a su propia hija como si fuera una sirvienta más, no me extraña en lo absoluto. —Lo miró, con resentimiento.

Dominic se quedó en silencio, analizando la actitud y las palabras de Deborah, no porque lo hicieron reflexionar; sino, porque era la primera vez, que ella mostraba algún interés por la servidumbre.

De niña, lo hacía siempre, pero de adulta, no hacía más que despreciarlos; y ese cambio tan repentino, le comenzaba a parecer sospechoso.

—¿A que vienen todos estos reproches? ¿Desde cuándo eres la defensora de los sirvientes? —inquirió, mirándola a los ojos.

—No me interesan en lo más mínimo. —Se retractó de inmediato, al ver que el tiro le había salido por la culata—. Si me deja, la próxima semana los reemplazo a todos, por un personal mucho más eficiente y educado; simplemente, le recuerdo, que ya no estamos en mil ochocientos, y que ni sus empleados ni los hijos de estos, le pertenecen... La verdad es, que usted tiene un serio problema para superar el pasado, debería hacer que lo viese un psicoanalista. —Se burló, hundiéndose de nuevo el puñal, en otra herida que sabía, nunca sanaría.

—Ya basta de decir estupideces, si quieres comenzar a actuar, empieza por deshacerte de Diego Cáceres, habla con Roberto y cuéntale lo de la visita del detective, eso nos servirá como excusa, para despedir al hijo y cuidarnos las espaldas.

—No voy a hacer tal cosa —pronunció Deborah, sin analizar siquiera cuánto se exponía.

—¿Por qué no? —Dominic la miró, algo sorprendido, ante el rechazo tan contundente.

Deborah se vio acorralada y no supo cómo consiguió mantenerse en pie; sus emociones estaban recibiendo un golpe tras otro, y podía jurar, que, si sobrevivía a ese día, podría soportar cualquier cosa.

Intentó relajarse, para poder concentrarse, debía buscar la manera de mantener a Diego en la mansión, pero también libre de sospechas.

Pensó entonces, que lo mejor era, desviar la conversación del jardinero y enfocarla en otro punto; decidió arriesgarse e inventó una mentira, que distrajera a su padre, solo esperaba, que, por su bien, el estúpido policía, no regresara nunca más a la empresa y arruinara sus planes.

—Porque el detective Dorta, no vino hasta aquí por ningún motivo relacionado con su trabajo; simplemente, llegó hace unos días de Filadelfia y quiso pasar a saludarme. Nos conocimos mientras yo estudiaba en la universidad —comentó, esforzándose por mostrarse casual y no desviar su mirada de los ojos azules de su padre, los que la veían con recelo.

—¿Amigos? ¿Desde cuándo tú tienes amigos policías? —inquirió, con notable desconfianza.

—En ningún momento dije que fuéramos amigos, sencillamente, somos conocidos; además, usted nunca se ha interesado por las personas con las que me relaciono, y ya soy lo bastante mayor, como para escoger con quién lo hago y con quién no. No tengo por qué darle explicaciones —dijo, de manera categórica, para acabar con el tema de una vez.

—Definitivamente, cada día me decepciono más de ti... involucrarte con este tipo de hombres, con un don nadie, que se la pasa persiguiendo delincuentes en las calles de Filadelfia; dishonras el apellido Wallis, no mereces llevarlo...

Se detuvo, al ver la mirada cargada de furia que Deborah le dedicó y no se anticipó a lo que haría, solo sintió el fuerte golpe de una bofetada en su mejilla, el sonido que estalló en el lugar y después de eso, su vista se hizo borrosa.

—Ni una palabra más. —Le advirtió Deborah, cortante, señalándolo con el índice, mientras lo miraba con odio.

—¿Cómo demonios te atreves? —Dominic logró reaccionar, después de varios segundos y se acercó peligrosamente a ella.

La mejilla le ardía, a consecuencia del golpe, y las sienes le pulsaban. Jamás imaginó, que Deborah tuviera el valor de levantarle la mano, pero eso no se quedaría así.

—Que sea la última vez, que se le ocurra volver a humillarme, o le juro por Dios, que va a lamentarlo. Tendrá que aprender a respetarme, por las buenas o por las malas —pronunció, con los dientes apretados y temblando de ira, mientras lo miraba a los ojos.

Le dio la espalda, dispuesta a abandonar ese lugar y librarse de la desagradable presencia de Dominic, pero una vez más, él la detenía; caminó hasta ella, sosteniéndola del brazo, en un agarre violento y la zarandeó.

—No hemos terminado esta conversación, ¿quién te crees, para que puedas dejarme con la palabra en la boca o para agredirme? —preguntó, furioso, pues odiaba que lo retara de esa manera.

—¿Y quién se cree usted, para venir a joderme la vida todo el tiempo? A ver si dejamos las cosas claras, Dominic Wallis. —Se soltó bruscamente del agarre, antes de continuar—: el tiempo donde su palabra era ley para mí, se acabó; ya no le tengo miedo y tampoco seguiré permitiéndole una humillación más. La próxima vez que quiera hablar conmigo, lo hace con respeto; o de lo contrario, no se moleste siquiera en hacerlo. Y ahora, déjeme en paz, no pienso seguir perdiendo mi tiempo.

Aprovechó que Dominic estaba atónito ante sus palabras y su actitud, ella misma se sentía sorprendida, con una mezcla de miedo, euforia, nervios y adrenalina, que aceleraba el flujo de sangre en sus venas, su corazón parecía una locomotora.

Terminó por salir de la oficina, encontrándose con la mirada asombrada de su secretaria, quien seguramente, había escuchado la discusión.

Solo le dedicó una mirada, cargada de rabia, pues estaba segura, que Kelly, era la maldita espía de su padre. En ese momento, no le diría nada, pero ya después ajustarían cuentas, le iba a pesar, ponerse de parte de Dominic.

Hilos de sudor bajaban por su pecho y espalda, perlando su piel caliente y sonrojada, mientras intentaba que su respiración afanosa, estuviera sincronizada con cada golpe de sus puños, que se estrellaban en el saco de arena, que había improvisado y colgado de una de las vigas más resistentes del pórtico.

Se había ejercitado desde siempre, puesto que su trabajo le exigía tener una excelente condición física, gozar de una buena resistencia y la capacidad para defenderse de cualquier ataque, por eso no dejaba sus rutinas, ni aun estando fuera de servicio.

Terminó la secuencia de golpes y detuvo el balanceo del objetivo, en el que había descargado la adrenalina acumulada durante el día, dejó escapar un suspiro y caminó hasta la silla, donde había dejado una botella de agua; antes de tomarla, se quitó uno de los guantes de boxeo y lo lanzó encima de esta.

Miró a su alrededor, mientras bebía casi todo el contenido, y se fijó en que la noche, abarcaba cada espacio en torno a la cabaña, creando un espectáculo, digno de una película de terror.

Por suerte, Gonzalo no era un hombre de los que se dejaba intimidar por espíritus, ni ninguna de esas tonterías que se inventaban, para atraer a los turistas más osados a esa región.

Para él, no había una maldad más poderosa ni aborrecible, que la que era capaz de provocar el propio ser humano, era a los vivos a los que había que temerles y no a los muertos.

Se dejó caer pesadamente en el viejo sillón, que había sido uno de los favoritos de su padre y tomó la toalla que estaba en el reposabrazos, para secarse el sudor. Inhaló profundamente, llenando sus pulmones del aire nocturno, impregnado de los aromas del pantano, dejó ir la cabeza hacia atrás, apoyándola en el espaldar, al tiempo que cerraba los ojos.

—Deborah Wallis... —esbozó el nombre, que le había rondado la cabeza, durante toda la tarde—. Eres una hermosa mentira, posees el arte del engaño y la manipulación, tienes armas poderosas para seducir y sabes muy bien cómo utilizarlas... solo me bastaron unos minutos, para darme cuenta.

Abrió los ojos, fijándolos en la tenue luz amarillenta, de la lámpara, que colgaba del techo y apenas iluminaba el lugar. Algunas polillas revoloteaban, chocándose contra el cristal; él sonrió, ante esa metáfora.

Esa mujer era como la lámpara, que deslumbraba y atraía a los hombres, pero terminaba siendo su perdición; o al menos, eso fue lo que le pasó a George Stevenson.

—Tengo que seguir averiguando, presiento que hay mucho detrás de lo que me mostraste hoy. Cada palabra que salía de tus labios, era estudiada, tu postura, tus miradas... todo.

Agarró la cajetilla de cigarrillos, que estaba en el dintel de la ventana, sacó uno, se lo llevó a los labios y acercó la llama del encendedor.

Le dio una profunda calada, conteniendo el humo cargado de nicotina en su interior; y después, lo liberó lentamente, mientras se relajaba, nuevamente; dejándose envolver por las notas de la canción *Radioactive*, de *Imagine Dragons*, que en ese instante, salía por los altavoces y rompía el abrumador silencio de ese lugar.

I'm waking up, I feel it in my bones

Enough to make my systems blow

Welcome to the new age, to the new age

Welcome to the new age, to the new age

Whoa, oh, oh, oh, oh, whoa, oh, oh, oh, I'm radioactive, radioactive

Se puso de pie, tomando sus cosas y entró a la casa, para intentar dormir, aunque eran pasadas las diez de la noche, no tenía sueño; tampoco era mucho lo que tenía, para distraerse, estando en ese lugar.

La señal de televisión, era pésima; y él tampoco era muy aficionado a esta, así que no le quedaba más remedio, que darse un baño, tenderse en su cama y esperar.

Después de una hora, el sueño seguía rehuyéndole, pero ese par de ojos azules, de mirada intensa y enigmática, no lo dejaban en paz. Nunca se había sentido de esa manera, era como si algo lo empujara hacia ella, y al mismo tiempo, le decía, que era peligroso, que debía mantenerse alejado; pero, lo que más lo desconcertaba era, que apenas había visto a la mujer, no sabía mucho de ella y no había un motivo aparente, para que él se sintiera tan intrigado o deseoso de conocer más de Deborah Wallis.

—Ya estás viejo para estas cosas, Gonzalo. No me vengas ahora, con que vas a tener una estúpida obsesión de adolescente con esa mujer; ni siquiera tiene parecido con las mujeres que te gustan... —Detuvo sus pensamientos, pues en ese instante, la imagen de Rebecca, llegó hasta él y sus latidos se aceleraron—. Ahora sí que estás jodido, suspirando como un pendejo por dos mujeres que apenas conoces, a estas alturas de tu vida.

Se reprochó, queriendo retomar su postura de hombre adulto, pero no pudo evitar sonreír, ante las sensaciones que lo recorrían, hacía mucho que no se sentía de esa manera; aunque le resultaba algo extraño y lo exasperaba a momentos, no podía decir, que fuera desagradable, a fin de cuentas, él seguía vivo.

Deborah estuvo dos días sumida en sus propios pensamientos, sin prestarle atención a nada más, mantuvo su rutina, asistiendo a la empresa, para no levantar sospechas, pero una vez allí, le exigía a la inútil de Kelly, que nadie la molestara.

Ya había ajustado cuentas con ella y le dejó bien claro, para quién trabajaba; advirtiéndole, que una falla más y la despedía.

Después, se encerraba en su oficina y pasaba todo el día, buscando la manera de llevar a cabo sus planes, hacer que fuera el crimen perfecto.

Las horas parecían ir en cámara lenta y aunque no había vuelto a sentirse mal, tampoco podía decir, que estaba del todo bien; los dolores de cabezas eran constantes y no tenía mucho apetito, aunque se obligaba a comer a las horas correctas.

Incluso, se mantuvo alejada de Diego, no tenía ánimos de verlo o estar con él, había cosas mucho más importantes rondando en su cabeza; además, temía, no poder controlarse y terminar contándole lo de la visita del detective Dorta.

Sospechaba, que su amante reaccionaría muy mal, si llegaba a enterarse; e incluso, podía suceder, que todo lo que había planeado, se fuera por un barranco, pues ella misma, ya no estaba segura de llegar hasta las últimas instancias.

Diego estaba desesperado por ver a Deborah, ya habían pasado tres días desde su última visita y no había tenido una sola palabra por parte de ella.

Sabía que no andaba con el imbécil de Maurice, porque la veía salir sola en las mañanas y regresar igual por las tardes, pero esa extraña distancia, que había puesto entre los dos, le preocupaba.

—Deja la maldita paranoia, Diego; si ella se hubiera enterado de lo que pasó con Katherine, habría llegado hasta aquí, haciendo un escándalo, como la otra vez... —Se decía, para llenarse de confianza, mientras golpeaba con los puños una de las almohadas, tratando de amoldarla.

Pero algo está sucediendo, tampoco puedes cegarte ante eso.

Pensó, dejando escapar un suspiro, que iba cargado de frustración; y cerró los ojos, intentando dormir, una vez más.

Le costaba mucho hacerlo, cuando tenía una idea atormentándolo, y lo peor de todo era, que ni siquiera contaba con el cansancio, que le dejaba coger con Deborah, eso también lo ayudaba a conciliar el sueño.

—Tampoco seas tan desgraciado y malagradecido, la morena se portó bien, es menos fogosa que Deborah y siempre está tensa, por el miedo a que los descubran; pero no puedes decir, que las veces que te la has cogido, la has pasado mal —mencionó en voz alta, mientras sonreía con picardía, recordando esos episodios.

Se llevó una mano a la entrepierna, para acariciarla; la condenada, siempre estaba activa y solo bastó con que esas imágenes, se apoderaran de su cabeza, para que pulsara y comenzara a tensarse; metió la mano debajo de la sábana, dispuesto a hacerse una paja, eso le ayudaría a relajarse.

—Sí... Katherine también tiene lo suyo. —Recordó, deslizando la mano que lo sostenía, de arriba abajo, presionando cada vez más, y jadeó, al sentir el primer estremecimiento; dejó escapar un suspiro y continuó—: por ejemplo, buenas tetas y un culo enloquecedor... la próxima vez, recuerda insistir más, para que te deje tenerlo; ya es bastante tortura, tener que contenerte con Deborah, como para que también lo hagas con Katherine, solo pídeselo, que esa morena aguanta y te da lo que quieras —murmuró.

Dejó caer la cabeza en la almohada y elevó la pelvis hacia arriba, para masturbarse mejor, siendo él quien empujaba y su respiración se hacía más pesada a cada segundo.

Deborah entró de manera sigilosa a la habitación, sabía que ya era tarde y que Diego, tal vez, estaría durmiendo, pues no le dijo que iría a verlo; además, estuvo varios días sin ir a visitarlo, así que no había razón para que él estuviera esperándola; pero no podía negar, que la ilusionaba pensar, que estaba loco por verla y compartir con ella, aunque fuese un rato.

Su mirada se posó en él y al ver lo que hacía, sintió lenguas de fuego, barrerle todo el cuerpo, su respiración se cortó, y el deseo se instaló en su interior, con rapidez.

No se había propuesto ni siquiera tener sexo esa noche, o tal vez, solo un encuentro breve y satisfactorio; después, se iría, alegando que tenía mucho trabajo y que no podía quedarse esa noche, pero la imagen de Diego masturbándose, sin duda lo cambiaba todo.

—¿Qué haces? —preguntó, en tono de reproche, queriendo jugarle una broma.

—¿Qué...? ¡Demonios! ¡Deborah! —exclamó, con la voz ronca, pues estaba muy cerca de correrse.

Apartó la mano con rapidez de su erección y la miró de manera acusadora; lo hizo sentir, como cuando era adolescente y su madre le tocaba la puerta, para que fuera a cenar, sacándolo de sus fantasías con las chicas de Playboy.

Se incorporó, quedando sentado en la cama, necesitaba respirar mejor, para poder hablar, sentía que ese corte tan violento, lo había sofocado.

—Estabas de perverso —pronunció ella, fingiéndose escandalizada, mientras se llevaba las manos a la boca.

—Y tú de fisgona, ¿qué hacías allí, observándome? ¿Qué haces aquí a estas horas? —Lanzó una lluvia de preguntas, al tiempo que rogaba que no lo hubiera escuchado hablar de Katherine, aunque por la reacción que tenía, no lo parecía.

—Pareces el adolescente, que es atrapado por la mamá —dijo Deborah, riendo, y lo hizo mucho más fuerte, cuando lo vio sonrojarse; se acercó a él, corriendo y subió a la cama, para besarle las mejillas—. Diego, estás sonrojado, que lindo te ves así... Debería hacerte sonrojar más seguido —comentó, con la mirada brillante y su voz impregnada de burla.

—Muy graciosa, a ver si te gusta que te castigue por irrumpir de esta manera en mi intimidad. —Le dio un fuerte azote en la nalga, haciéndola brincar y sonreír, con malicia.

—¡Hey! Eres un bruto. —Recibió otra reprimenda—. ¡Diego!

—¿Vas a seguir burlándote de mí? —preguntó, elevando la mano, para darle una tercera nalgada.

—No me estoy burlando... Tienes muy poco sentido del humor, Diego Cáceres, mejor me voy —dijo, intentando bajar de la cama.

—De ninguna manera, ahora te toca quedarte y ayudarme con esto... será tu penitencia por interrumpirme —indicó, tomándole la mano, para llevarla hasta su pene.

—Espera... no tan rápido, Diego Cáceres, ¿en quién pensabas, mientras te masturbabas? —preguntó, arqueando una ceja.

Diego sintió que las pelotas se le subían a la garganta, pero supo manejar la situación con rapidez y buscó jugarle una broma a Deborah, al menos eso la distraería.

—En Jennifer López —contestó, sin mucho énfasis; y al ver que ella abría la boca, sorprendida, soltó una carcajada.

—¡Miserable! —exclamó, golpeándolo en el pecho—. Ahora ve y llámala, para que venga a encargarse de eso. Conmigo no cuentas. —Se quejó, y una vez más, intentó alejarse.

—No seas tonta, Deborah, ven aquí. —Diego la envolvió entre sus brazos con fuerza, para evitar que se marchara, y la tumbó en la cama, poniéndose encima de ella —. ¿Quién es la mujer que me ha tenido varios días en abstinencia y deseándola como un desquiciado? —inquirió, mirándola a los ojos.

—No lo sé —respondió ella, de mala gana.

—¿No lo sabes? Por favor, Deborah, busca una mentira más convincente. Sabes perfectamente que eres tú. Tú eres quien me tiene aquí, masturbándome, como un estúpido adolescente, imaginándote... Déjame sentir si estás como en mis fantasías —dijo, llevando una mano hasta la intimidad de Deborah y sus dedos rozaron la vulva, que tembló al primer contacto—. ¡Sí! Justo así te imaginaba, mojada y caliente... lista para mí.

Deborah gimió, separando sus piernas, para que él pudiera tocarla mejor. Su mirada se ancló en la de Diego y separó los labios, para poder respirar, cuando él deslizó un dedo en su interior, llegando muy profundo. Sus manos se aferraron a la fuerte espalda de él, mientras movía sus caderas, para acompañar el ritmo acompasado de su dedo.

—Más... más rápido, Diego, hazlo más rápido —suplicó, al tiempo que se estremecía y jadeaba.

—¿Quieres más? —Le preguntó, con la voz ronca, y la vio asentir.

Ese gesto de ella, le dio permiso para llevar su erección a ese rincón cálido, que se moría por llenar, pero antes de reemplazar su dedo por la longitud de su miembro, se brindó el placer de rozarlo contra los pliegues suaves y húmedos, que intentaban succionarlo, cada vez que se acercaba a ese centro palpitante.

—Diego... por favor. —Deborah le suplicó, en medio de besos y temblores, para que entrara en ella.

Él no la hizo esperar más, porque tampoco podía seguir prologando ese preámbulo, separó un poco más las piernas de ella, con sus rodillas y fue entrando despacio, pero con certeza, no vaciló hasta llegar al fondo y sentir, que ella lo tomaba por completo.

Después de eso, le dio riendas sueltas a sus caderas, como acostumbraba, con embistes contundentes, con besos abrasadores y esas caricias, que intentaban dejar sus huellas grabadas en la piel de Deborah, marcarla como suya.

Los dos se sumieron en el placer, dejando de lado todo lo demás, no mencionaron lo que había acontecido en esos días separados, porque hacerlo, significaba arruinar el momento y lo que tal vez, sería peor, crear una brecha en la confianza que se había formado entre ambos.

Así que, dejaron todo de lado y solo se dedicaron al placer, que les provocaba el choque de sus cuerpos, y nada más; porque el mundo se detenía, cada vez que ellos se unían de esa manera, y era lo único que les importaba en ese instante.

Rebecca se miraba al espejo, mientras se aplicaba generosamente labial rojo, su favorito; era oscuro y mate, por lo que no resultaba escandaloso, pero les daba un toque sensual a sus labios.

Terminó lanzando un beso a su imagen, se llevó las manos al cabello, para desordenarlo un poco y darle volumen, casi siempre lo usaba recogido, por el trabajo, así que cuando lo soltaba, le gustaba verlo abundante y salvaje.

Dio media vuelta, para mirarse por detrás, a través del espejo; el vestido le quedaba perfecto, era corto, aunque no al grado de parecer vulgar, y a ella le gustaba enseñar sus piernas, las tenía bonitas.

Sin embargo, las botas de tacón alto, que le quedaban por encima de las rodillas, le ayudaban a disimularlas, porque tampoco quería a una cuerda de buitres rodeándola, esa noche; solo quería divertirse un rato, no iba en plan de conquista.

Se puso el abrigo y su reloj de pulsera, cuando vio la hora, bajó las escaleras corriendo, ya debían estar esperándola en el bar de Dora.

El lugar quedaba a pocas calles, y aunque con los tacones altos, se le hacía difícil caminar más rápido, no quiso tomar un taxi, porque era pérdida de dinero e incluso, de tiempo; porque los sábados, a esa hora, las vías siempre estaban congestionadas.

—Pensé que no llegarías nunca... y a nos hemos bebido dos cervezas, mientras te esperábamos —mencionó Louis, en cuanto la vio llegar a la barra; y frunció el ceño, al ver lo corto del vestido.

—No me pongas como excusa, para haberte tomado dos cervezas, si fuera por ti, bebes hasta por el cambio del viento —dijo, riendo, mientras se quitaba el grueso abrigo negro y lo colgaba del espaldar de su silla—. Te ves hermosa, Lucy.

Se acercó, para primero darle un beso en la mejilla, a la novia de su amigo; y después, lo hizo con él, para castigarlo por haberla regañado, y sonrió, al ver que miraba su vestido con mala cara.

—¿Acaso tienes planes con alguien más, esta noche? —preguntó, elevando una ceja y taladrándola con la mirada.

—No, solo quiero compartir con ustedes. ¿Por qué la pregunta? —inquirió con inocencia, aunque ya sabía la respuesta.

—Por nada, solo que te parece, que te vestiste para lucirle a alguien —comentó él, queriendo mostrarse casual, también.

—Louis, por favor, déjala tranquila... Becca se ve bellísima esta noche, y no siempre las mujeres nos vestimos para agradecerle a ustedes; también lo hacemos por darnos gusto a nosotras mismas —indicó Lucy, quien ya sabía a dónde iba dirigido el comentario de su novio.

—Pues, yo no espero a nadie especial esta noche —dijo, encogiéndose de hombros.

Tomó asiento, sonriendo, muy animada y apoyó un codo en la barra, volviéndose hacia la pareja, para darle la espalda a un grupo de cuatro hombres, que la miraban con insistencia, desde que la vieron llegar.

Dos chicas se sumaron a ellos, eran trabajadoras del restaurante de Rebecca, y al igual que ella, lucían muy hermosas; así que, atrajeron mucho más, la atención de sus vecinos de barra.

—¿Qué les sirvo, bellezas? —preguntó Dora, acercándose al grupo y sonriéndoles, mientras organizaba unos vasos.

—Vamos a tomar algo distinto esta noche, ¿les parece, chicas? —opinó Darla, sonriendo, llena de expectativas.

—Por mí está bien —contestó Rebecca.

—Bien, puedo ofrecerles unos cocteles, que estuve ensayando esta semana y me quedaron riquísimos...

—¿Cocteles? Eso es para chicas. —Se quejó Louis, frunciendo el ceño, y su mirada se enfocó en los hombres cerca de él, quienes se reían por lo bajo; obviamente, burlándose.

—Pues esta es una noche de chicas, tú eres un intruso —mencionó Rebecca, mirándolo y sonriendo, al ver que juntaba más las cejas y fruncía los labios.

—No hay problema, tengo para todos los gustos, también hay tragos para caballeros... para ti, Louis, tengo un *Gin Tonic* y para las chicas, empezaremos por unos *Black Swan*.

Dora no esperó recibir la aprobación de sus clientes; con rapidez, se fue al fondo, donde tenía todo lo necesario, para prepararles los tragos.

Ser mujer, no la limitaba, a la hora de preparar buenos cocteles y sacar toda su creatividad. Movía sus manos con agilidad, y en menos de diez minutos, tuvo listos los cuatro *Black Swan* y el *Gin Tonic* de Louis.

—Aquí los tienen, que los disfruten —dijo, dejándolos frente a cada uno, y los miraba, sintiéndose a la expectativa.

—Bueno, brindemos por una noche especial y libre de tensiones, vinimos aquí a relajarnos —pronunció Rebecca, elevando su copa, encantada con la presentación.

Todos los demás, asintieron, mientras sonreían y chocaban sus copas, incluso Dora, se permitió compartir un trago con ellos; después de todo, eran sus amigos y ella era la dueña del local.

Brindaron, pactando, que esa noche, sería para disfrutarla en grande; y después de beber un primer trago, todos felicitaron a la creadora de las bebidas.

El Dj encargado de la música, allí, hacía verdadera magia, al combinar canciones actuales con los sonidos del saxofón, las trompetas y todos los demás instrumentos del jazz, para crear ritmos que no dejaban a ninguno de los presentes en sus asientos.

Tal fue el caso del grupo de Rebecca, quienes ocuparon sus puestos en la pista de baile y comenzaron a moverse, al ritmo de la *Something's Got A Hold On Me*.

Desde una esquina de la barra, donde la poca luz lo mantenía oculto, Gonzalo se deleitaba con todos los movimientos que hacía Rebecca, al bailar; sus ojos recorrían la curvilínea figura de la morena, mientras bebía de su cerveza.

Si antes le había parecido atractiva, en ese instante, debía admitir, que era del tipo de mujeres que le gustaban, con curvas reales y muy bien puestas.

Se encontraba en ese lugar, porque la había seguido; pero todo se dio de manera casual, no la estaba esperando ni espiándola, afuera de su casa, no era un infeliz psicópata; simplemente, la vio cruzar una calle, mientras él esperaba en el semáforo y decidió seguirla, para asegurarse de que llegara a salvo, a donde fuera.

No le parecía prudente, que anduviera vestida así, caminando sola, por las calles y a esas horas de la noche; definitivamente, era muy confiada o él había visto tantos crímenes, que ya no podía fiarse de que todavía existían sitios seguros en el mundo, pues siempre estaba alerta a los peligros.

La vio entrar a ese bar; y pensó, que seguramente, alguien la esperaba, que estaría bien allí.

Sin embargo, imaginarla junto a otro hombre, no le agradó y aun contra toda lógica, buscó un lugar donde estacionarse, bajó del auto y se encaminó hasta el bar; después de todo, él también estaba buscando un lugar donde distraerse, esa noche.

Entró, ajustando su visión a su entorno, con rapidez; las luces de colores, que colgaban del techo, iluminaban las figuras de las personas en la pista de baile, el aire estaba cargado del fuerte olor a nicotina, y las risas, llenaban todo el ambiente, acompañando la música que sonaba en ese momento.

Primero, buscó por las mesas, para ver si daba con Rebecca, pero no consiguió verla, caminó, dirigiéndose a la barra, y cuando estaba a punto de tomar asiento, en la esquina, su mirada dio con ella.

Estaba junto a un grupo de chicas y al hombre llamado Louis. Cerca de ellas, había otros hombres, quienes miraban a las mujeres con insistencia, pero no parecían estar en la misma reunión, así que se relajó y pidió una cerveza a la bartender.

Después de varias canciones, las chicas regresaron a sus sillas, las que estaban a unos siete puestos de donde él se encontraba; se sentó, apoyando los codos en la barra, para ocultarse un poco; no deseaba que ella lo descubriera allí e intentara integrarlo a su grupo.

Nunca le había gustado compartir con muchas personas, y cuando tomaba, prefería hacerlo solo.

—¿Quieres otra, guapo? —preguntó Dora, acercándose a él.

Ella había notado el interés que el hombre demostraba, por las chicas que acompañaban a su amigo Louis. Debía ser un turista, pues nunca antes lo había visto por allí; además, que no era solo por la insistencia con que miraba a Rebecca, Darla, Lucy y Marie, él también había captado su atención de la misma manera, puesto que era realmente apuesto.

—Sí, por favor —respondió Gonzalo, extendiéndole la jarra.

—Enseguida —mencionó ella, con una gran sonrisa.

Tomó la jarra y la recargó en el dispensador, simulando que estaba atenta a otras cosas, pero lo miraba de reojo, y ya no le quedaban dudas, una de las cuatro mujeres había despertado el deseo de ese hombre.

—Aquí tienes, si deseas algo más, me avisas... Mi nombre es Dora y todos aquí me llaman así —indicó, extendiéndole la mano, al tiempo que lo miraba a los ojos.

—Encantado, Dora. —Recibió la mano de la mujer, que era robusta, como el resto de su contextura—. Gonzalo, muchas gracias por la atención, cualquier cosa que necesite, te lo haré saber —agregó, dedicándole media sonrisa.

Cinco minutos después, Dora estaba sirviéndole una segunda ronda, al grupo de Rebecca, y no se pudo contener, las miró a todas, con una de esas sonrisas, que despiertan la curiosidad de cualquiera, y se acercó, con gesto cómplice.

—Chicas, esta noche, vinieron dispuestas a conquistar a todos los hombres solteros de este lugar —comentó, sonriendo con picardía, e ignoró la mala cara que puso Louis.

—¿Por qué lo dices, Dora? —preguntó Marie, entusiasmada con la idea, pues llevaba ya cinco meses sin una pareja.

—¿Quién te envió para invitarnos copas? —inquirió Darla, quien era la más interesada del grupo y a quien no deslumbrarían con palabras bonitas y trilladas, nada más.

—Bueno, los tipos de aquí al lado, no dejan de mirarlas, desde que entraron; pero hay otro, más allá, en la esquina, que se las iba a comer con la mirada, cuando estaban bailando, y después que se sentaron aquí, continuó —dijo, en voz baja, para que solo ellas escucharan—; y ese sí que está como quiere, tiene un porte de esos misteriosos y eróticos, que a las mujeres nos encanta.

Las chicas, disimulando, buscaron al hombre en la esquina, mientras que Rebecca, solo sonrió, bebiendo de su trago, pero no pudo con la curiosidad, y elevó la mirada hacia ese rincón.

Se quedó congelada, en cuanto su mirada descubrió el perfil de Gonzalo, quien le daba un trago a su cerveza, y después, la apoyaba en la barra.

Su corazón se desbocó en latidos y sus piernas comenzaron a temblar, movió su cabeza al frente, para intentar librarse del poder que ese hombre ejercía sobre ella y alejar la vista de él, para evitar que la viera en ese estado, si se volvía y la encontraba mirándolo.

Le dio un gran trago a su bebida, mientras intentaba controlar sus emociones y el deseo que tenía de ir hasta allá, para preguntarle qué estaba haciendo allí, o solo para verlo y hablar con él.

Pero se mantuvo en su lugar, tratando de ignorar todas las sensaciones que le recorrían el cuerpo y la desestabilizaban.

—¿Ese no es el policía? —inquirió Darla, volviéndose, para mirar a Rebecca, quien parecía un avestruz.

Louis se volvió, de inmediato, para buscar al hombre; y frunció el ceño, al comprobar que Darla tenía razón; después, buscó a Rebecca y la miró con desconfianza.

—¿No y que no tenías previsto encontrarte con alguien en particular esta noche? —cuestionó directamente a su amiga.

—¡Ay, Louis, déjala ya! Parece, que en lugar de mi novio, fueras el de Becca. Siempre andas celándola. —Le reprochó Lucy, mirándolo con resentimiento.

—No se trata de eso... es solo... que me preocupo por ella, y ese hombre no me inspira confianza. —Se defendió Louis.

—Se trata de que ningún hombre que se acerca a mí, te inspira confianza. Dios no me dio un hermano mayor o celoso, pero la vida sí —indicó Rebecca, al tiempo que se levantaba de su asiento y se acomodaba el vestido—. Yo no tenía planes de verme con él; si los hubiera tenido, no tengo ningún problema en decirlo, porque soy una mujer adulta, Louis... pero ya que está aquí, me acercaré a saludarlo; y espero, por tu bien, que no hagas un berrinche.

Caminó, sin esperar una respuesta por parte de su amigo. Le molestaba en verdad, cuando él se ponía en ese plan. Ella siempre se había mostrado como una amiga cómplice y lo apoyaba en su relación con Lucy, pero él nunca le brindaba lo mismo.

Llegó hasta donde se encontraba Gonzalo y lo miró a los ojos.

—¿Acaso no pensabas ir a saludarme? —preguntó, con algo del enojo que había ganado, gracias a Louis.

Gonzalo la vio, sintiéndose sorprendido por esa actitud, y deslizó su mirada por el hermoso rostro de Rebecca, quien tenía un gesto endurecido, además del hipnótico brillo de esos ojos; que siempre creaban en él, esa sensación que lo desconcertaba.

—Hola, Rebecca. No quise molestar, por eso no me acerqué a tu grupo. ¿Cómo has estado? —Se movió, para invitarla a sentarse, en el puesto vacío junto a él.

—Pues no hubiera sido ninguna molestia, ya conoces a las personas con las que ando, son las chicas del restaurante, Louis y su novia, Lucy —mencionó, sentándose, mientras lo miraba a los ojos y se quedaba en silencio, sin saber qué más decir.

—Igual, es una reunión a la que no estaba invitado —dijo, llevándose la jarra de cerveza a los labios.

—¡Ay, por Dios, Gonzalo! Hablas como si fuéramos tan formales, aquí basta con que conozcas a uno, para que los demás te reciban como parte del grupo. No seas aguafiestas y ven, que seguro la pasarás mejor estando con nosotros, que aquí, solo —indicó, con una gran sonrisa, mientras se ponía de pie.

—Espera, Rebecca... no he venido aquí en plan de fiesta, solo entré para tomarme un par de cervezas, pero ya estaba por irme —comentó, sosteniéndola por el brazo, y luego la soltó.

—Bien, si ese es tu plan, entonces te dejo solo, con tu cerveza. Que la disfrutes —dijo, algo molesta por el rechazo y dio media vuelta, para alejarse, sintiéndose estúpida.

—No... espera. —Gonzalo la detuvo una vez más, tomándola del brazo y la hizo girar, para mirarla a la cara.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, con impaciencia.

—No me dejaste ni siquiera decirte, que te ves muy hermosa esta noche —respondió, mostrando una sonrisa, que se hizo más amplia, cuando vio que ella se sonrojaba.

Rebecca perdió la voz y en su estómago se hizo un vacío, parecido al que le producía subirse a una montaña rusa. Bajó el rostro, cuando sintió sus mejillas arder y a su corazón desbocarse, de nuevo.

Esa reacción le pareció exagerada, pues no era la primera vez que un hombre le decía algo como eso, aunque viniendo de uno tan retraído como Gonzalo, era algo prodigioso.

—Gracias —murmuró al fin, sonriéndole, con timidez.

Gonzalo escuchó la canción que comenzó a sonar en ese momento y algo lo llevó a tomarla de la mano y fijar su mirada en ese par de ojos, que lo tenían fascinado, y habló, nuevamente.

—¿Quieres bailar? —Le preguntó, sonriendo.

—Yo... no sé muy bien cómo llevar el ritmo de esa música —respondió, sintiéndose nerviosa, por esa petición que no esperaba, y parpadeó, dejándose en evidencia.

—No importa, y o te llevaré —dijo, poniéndole una mano en la cintura y encaminándola hacia la pista.

Se ubicaron en un espacio, que les permitiera moverse y a la vez, que le brindara algo de intimidad. Él ni siquiera sabía, qué lo había llevado a actuar así, simplemente, necesitaba sentir entre sus manos, el cuerpo de Rebecca; poder oler su perfume, verla más de cerca, necesitaba estar junto a ella.

Le dedicó una sonrisa, para animarla, antes de comenzar a moverse despacio, para que fuera agarrando el ritmo.

—Me siento tiesa, como una tabla. —Se excusó, mirándolo.

—Me consta que no lo eres, te vi bailar hace unos minutos y lo haces muy bien —acotó él, pegándola más a su cuerpo.

La música y la sensual letra de *Si tú me besas*, en la voz de *Victor Manuelle*, llenaban el espacio, mientras sus cuerpos se amoldaban perfectamente.

A pesar de eso, Rebecca no terminaba de relajarse, así que Gonzalo quiso hacer algo para conseguirlo y le acarició la cadera, dejándose llevar por el deseo de tocarla.

La sintió estremecerse, y le gustó saber, que tenía ese poder sobre ella; le sonrió, girándola, con rapidez.

El movimiento le arrancó a Rebecca una risa nerviosa, que a él le encantó.

*Bésame espectacular
Bésame hazlo ahora
Bésame sensacional
Hasta que se vayan las horas
Haré que el mundo se te olvide
Que entorno a nosotros gire
Tu boca a la mía elige
Después no digas que no te lo dije.*

Rebecca gimió, al sentir el toque sensual y a la vez sutil de él, se aventuró a ir más allá, también, y deslizó su mano por la espalda de Gonzalo, sintiendo la dureza de los músculos; y entonces, la imagen de su espalda desnuda y húmeda, regresó a su mente.

Sentía la calidez de su piel, a través de la delgada tela de la camisa negra, que llevaba puesta y no pudo contener el suspiro que escapó de sus labios.

El aire en torno a los dos, pareció calentarse en segundos y hacerse más denso, cargándose de una electricidad, que hacía vibrar sus cuerpos.

La respiración pesada de Gonzalo, se estrellaba en la suave mejilla de Rebecca; y la acelerada de ella, en el cuello de él, haciéndolos conscientes de la cercanía y del grado de intimidad, que había entre los dos.

La canción terminó, sacándolos del estado idílico donde se encontraban; él quiso quedarse allí, para seguir disfrutando de tener a Rebecca de esa manera, pero la música cambió a un set de hip hop, quitándole la posibilidad de cumplir sus deseos.

Una vez más, la tomó de la mano, para sacarla de la pista, sintiendo la agradable sensación, que le brinda sujetarla así. Intentó llevarla de nuevo al sitio que ocupaba, pero ella lo detuvo.

—Ven conmigo, las chicas son agradables y así acompañas a Louis, que es el único hombre en el grupo. —Le pidió, en un tono sumiso. No quería separarse de él, pero tampoco podía dejar a las personas con las que había ido; lo vio dudar y apostó por más—. Vamos, Gonzalo, te prometo que la pasarás bien; además, me salvarás de tener que bailar con esos tipos que están junto a nosotras, que no me agradan, pero son los únicos candidatos que tenemos a la vista, porque la única con pareja, es Lucy —indicó, para convencerlo, mientras lo miraba fijamente a los ojos.

Gonzalo enfocó su vista en los hombres y frunció el entrecejo, eran de esos típicos fanfarrones, que iban a los bares para encontrar a una mujer a la que llevarse a la cama fácilmente; no es que él fuera un santo y que nunca hubiera hecho algo así, pero intentaba ser más discreto, a la hora de buscar una relación de sexo casual, y no alardeaba de ello.

—Bien, compartiré con ustedes... pero será solo un rato, porque debo regresar a mi casa, Rebecca. —Le avisó, para que no la tomara por sorpresa, si decidía irse; en caso, claro está, de que no se sintiera a gusto, compartiendo con esas personas.

—Por supuesto, no hay problema... Gracias —dijo y aprovechó la cercanía, para darle un beso en la mejilla.

Lo hizo de manera, que pareciera un gesto casual, pero lo cierto era, que se moría por sentir el roce de esa barba tan atractiva, que la tentaba, desde la misma noche en que lo conoció.

Le encantó la sensación suave y áspera a la vez, pero se controló, para no prologarlo. No quería quedar tan expuesta delante de él y que se diera cuenta de cuánto le gustaba.

Lo miró a los ojos y sin soltar su mano, caminó con él hasta donde la esperaban los demás, sentía que se tensaba con cada paso que daban y los acercaba al grupo; y ella pensó, con algo de diversión, que él debía tener alguna fobia hacia las personas.

—Buenas noches. —Gonzalo los saludó e intentó mostrar una sonrisa, aunque fuera forzada.

—Buenas noches, detective. —Darla se acercó, para recibirlo con un beso en la mejilla, mientras le sonreía.

—Hola —masculló Louis, elevando su jarra de cerveza. Hacía rato que había dejado de lado los Gin Tonic, pues no iban con él.

—¿Cómo ha estado detective? —Le preguntó Marie, saludándolo con menos efusividad que Darla.

—Bien, muchas gracias... pero por favor, llámenme Gonzalo —pidió, mirando nada más a las chicas, sabía que no le caía bien al tal Louis y el sentimiento comenzaba a ser mutuo.

—Perfecto, eres muy joven, para que tengamos que tratarte con tanta distancia. ¿Qué estás tomando? —inquirió Darla, quien lo miraba con los ojos brillantes de emoción.

—Cerveza —contestó y buscó con la mirada a la mujer que lo atendía, intentó captar su atención, pero estaba ocupada.

—Tranquilo, yo te la pido —comentó Louis, tratando de ser amable, después de todo, no le venía mal la compañía masculina.

—Ven, aquí hay una silla vacía.

Rebecca lo llevó hasta el lugar junto a ella, al tiempo que le sonreía, para hacerlo sentir a gusto. Se le notaba tenso, y lo último que ella deseaba era, que se fuera por sentirse incómodo.

Se sentó y cruzó sus piernas, con un movimiento natural, pero no le pasó desapercibida, la mirada que Gonzalo le dio; fue tan carnal, que hizo que su piel se calentara enseguida y que los músculos de su intimidad, también se contrajeron, expectantes.

—Me sirves... —Su voz sonó rasposa, cuando pidió otro coctel, por lo que se aclaró la garganta, con disimulo—. Dame uno más, por favor, Dora —pidió, sonriéndole a la mujer.

—¡Hey, guapo! ¿Te mudaste de lugar o tienes un hermano gemelo? —preguntó al turista, para jugarle una broma.

—En realidad, me trajeron a arrastras hasta aquí —respondió, mirando de reojo a Rebecca; y sonrió, cuando la vio sonrojarse.

—Pues para ser un detective, no pusiste mucha resistencia. La verdad, estoy algo decepcionada, esperaba tener una lucha más aguerida, un combate más intenso... A lo mejor, la próxima vez, corra con mejor suerte —dijo Rebecca, encogiéndose de hombros y dándole un sorbo a su Black Swan, disimulando su sonrisa.

—La próxima vez... —Gonzalo dejó la frase en el aire, bebió un gran trago de su cerveza, mientras la miraba con intensidad.

Los minutos pasaban, en medio de una charla amena, que era liderada por las chicas y sus risas, quienes, en más de una ocasión, lograron sacarle algunas a Gonzalo.

Él tenía la mano apoyada en el espaldar de la silla de Rebecca; y de vez en cuando, se daba el gusto de moverla, en un gesto que aparentaba ser casual, pero lo hacía con toda la intención de rozarla, aunque lamentaba que el vestido no tuviera escote, para poder tocar su piel.

Ella también aprovechaba esos movimientos comunes, que hacen las personas, cuando están en un espacio reducido, y apoyaba su mano en la pierna de Gonzalo, pero la retiraba con rapidez y le sonreía, disculpándose.

Lo veía sonreírle de vuelta, así que no desistía de hacerlo o de apoyarse ligeramente, en el costado fuerte y cálido de él.

Comenzó a sonar una canción, que a las chicas les encantaba. Darla y Marie, quienes habían hecho amistad con dos de los hombres del grupo de al lado, fueron las primeras en brincar, emocionadas.

Tomaron de las manos a Rebecca y a Lucy, para que las acompañaran a la pista, que a cada segundo, se llenaba de mujeres que deseaban bailar, al ritmo de *Lean on de Major Lazer*.

—No, no, no... ni loca bailo eso como ustedes lo hacen —dijo Rebecca, intentando soltarse.

—¡Vamos, Becca! ¡No seas así! ¡Es súper fácil! —insistió Darla.

—No tiene que ser tan difícil, Becca... ven con nosotras, será divertido —mencionó Lucy, quien ya estaba de pie.

Gonzalo veía la escena, un tanto divertido, y aunque le agradaba que Rebecca lo usara como refugio, en verdad deseaba verla bailar, de nuevo; así que se unió a las peticiones de las chicas.

—Me gustaría verte hacerlo. —La animó, mirándola a los ojos y dedicándole una sonrisa, de esas que pocas veces mostraba.

Rebecca sintió, que el corazón le brincaba, ante esa petición y la sonrisa, que hizo que sus piernas le temblaran y que el corazón, acelerara sus latidos.

Ese gesto, esa sonrisa hermosa y sensual, la emocionó por completo; verla, era como ganarse un premio, pues él, pocas veces la mostraba, y ya ella la había visto en tres ocasiones.

Todas las miradas se paseaban, expectantes, de Rebecca a Gonzalo, mientras la música avanzaba, pero para ellos dos, parecía que el tiempo se había detenido; aunque, a ninguno de los presentes, le pasaba desapercibida la atracción que existía entre los dos.

Las amigas de Rebecca, estaban emocionadas, porque hacía mucho, que no la veían mirar a un hombre de esa manera; incluso, Louis, pudo comprobarlo. Aunque hacerlo, no le causó emoción, sino preocupación.

—Está bien, pero lo haré a mi manera, nada de mover...

—¡Vamos, que la canción ya va por la mitad! —Darla no la dejó hablar más, la llevó de la mano, casi a arrastras.

Cuando llegaron a la pista, Marie le hizo una señal al Dj, que era su amigo, para que hiciera la mezcla de la canción, más larga.

El hombre, por supuesto, la iba a complacer, porque no era tonto, como para perderse el espectáculo de ver, a decenas de mujeres en la pista, moviendo el culo, al ritmo del *Twerking*.

Rebecca bailaba muy bien ese ritmo, pero no podía moverse como acostumbraba, porque el vestido no se lo permitía. Si se bajaba mucho, iba a terminar enseñándole el trasero a todo el mundo, así que trataba de hacerlo más lento y eso les daba mayor sensualidad a sus movimientos.

Le dio la espalda a Gonzalo, porque la intensa mirada de él, la ponía nerviosa, se sentía como una estúpida adolescente, como si en su vida, se hubiera mostrado sensual para un hombre; y eso, de un modo u otro, la molestaba.

—¿Qué te pasa, Becca? Estás lenta —dijo Marie, mirándola.

—No puedo moverme tanto con este vestido —contestó, bajándolo, pues cada balanceo de sus nalgas, lo subía.

—¿No será que el detective te pone nerviosa? —preguntó Lucy, mostrando una sonrisa pícaro.

—¡Ay, por favor! Hace años que los hombres dejaron de intimidarme. —Se defendió, alzando la barbilla.

—Sí, claro... aunque no todos los hombres son como él —indicó Darla, sonriendo y haciéndole un guiño.

Rebecca puso los ojos en blanco y se dio la vuelta, para darles la espalda. Prefería enfrentarse a la mirada de Gonzalo, que seguir escuchando las estupideces de sus amigas; además, de esa manera, les demostraría a ellas, que no tenía nada por lo cual cohibirse, pero cuando su mirada se topó con la oscura de él; sintió, que la sangre comenzaba a bullir dentro de su cuerpo y corría hacia lugares que no debía, desencadenando sensaciones placenteras.

Gonzalo, por su parte, no se limitó un solo segundo y seguía cada movimiento de ella, deleitándose con el sensual balanceo de sus caderas, viendo, cómo agitaba las nalgas, con destreza y empujaba el culo hacia atrás.

Eso iba provocando reacciones en él, y la más evidente, comenzaba a tomar forma, debajo de su pantalón. Bebió casi la mitad de la cerveza, para aplacar el calor que se le había instalado en el pecho y respiró profundamente, buscando en ese gesto, algo de sosiego.

Cálmate, cálmate Gonzalo, que si no lo haces, vas a terminar saltándole encima a esa mujer. Te salió bonita, la gracia de pedirle que bailara.

Pensó, aun así, se negó a no disfrutar del espectáculo que le brindaba Rebecca. Segundos después, la vio regresar, se notaba sonrojada y algo agitada, así que él le acercó su coctel.

—Lo haces muy bien —mencionó, mirándola a los ojos.

—Gracias —dijo Rebecca, con la voz ahogada, mientras bebía.

La velada continuó por un par de horas más, y cuando ya era más de medianoche; Louis y Lucy, les anunciaron que se iban; evidentemente, ninguno iría a dormir a sus casas, esa noche.

Apenas sí podían mantener sus manos quietas o sus bocas separadas, parecían un par de adolescentes, ansiosos por sexo.

—A ti también se te hace tarde, Gonzalo —dijo Rebecca.

—Me quedaré contigo, hasta que desees. —Le respondió él, quien estaba claro en algo; y era, que ni loco dejaría a Rebecca sola en ese lugar.

—Bueno, creo que Marie y Darla están muy entretenidas, pero yo ya estoy cansada; además, tengo hambre. No pruebo nada desde el almuerzo —afirmó, poniéndose de pie.

—Bien, te llevo a tu casa. —Gonzalo se encargó de pagar la cuenta, mientras ella se despedía de sus amigas.

Rebecca se acercó a Marie, primero y se despidió de ella con un rápido abrazo, la hermosa morena, estaba muy a gusto entre los brazos de un texano, que estaba de paso en la ciudad.

Mientras, Darla, hablaba animadamente con el compañero de este. Ambos participaban en espectáculos de rodeo, y tenían a sus amigas deslumbradas; sin embargo, no se escapó de sus comentarios.

—¿Traes preservativos o quieres que te dé? —inquirió Marie, mirándola a los ojos.

—No va a pasar nada, solo me llevará a mi casa, deja tus ideas locas. —Le reprochó Rebecca, asombrada ante su sugerencia.

Darla se acercó a ella, pasándole un brazo por los hombros, estaba bastante tomada, pero se mantenía en pie.

—Becca, tú no te coges a ese hombre esta noche y ve buscándote el hábito de monja. No puedes perder una oportunidad como esa; y si no lo vas a hacer por ti, al menos hazlo por nosotras y por todas las mujeres en este lugar, que no dejan de mirarlo. Hasta la pobre Dora, se ve que quiere saltarle encima —pronunció, con la lengua algo enredada.

—Él es muy serio, no sé... —decía, pero no la dejaron seguir.

—¡Pues lo violas y punto! —exclamó Marie, tapándose la boca, asombrada por su reacción, pero para su suerte, nadie alcanzó a oírla.

—Mejor me voy ya, antes que me expongan más. Se cuidan mucho, por favor y recuerden usar esos preservativos, que no se queden en sus carteras —dijo, señalándolas con el dedo.

—Como usted ordene, jefa. —Darla hizo un saludo marcial.

Todas rieron y se despidieron con besos y abrazos, deseándose la mejor de las suertes.

Gonzalo también se despidió de las chicas, mostrándose menos acartonado que al principio. Se encaminó hacia la salida, llevando a Rebecca a su lado, con una mano apoyada en la cintura de la morena, para dejarles claro, a todos los desgraciados que la veían, que no estaba a su alcance.

—¿Puedes llevarme al restaurante? En casa no tengo mucha comida, no he tenido tiempo de hacer compras —esbozó Rebecca, de manera casual, cuando subieron a la camioneta.

—Claro, te llevo a donde quieras, y te espero, para llevarte a tu casa. No tengo prisa —dijo, dedicándole una sonrisa.

Encendió el auto y después de abrocharse el cinturón, se puso en marcha.

Después de diez minutos, estacionaba delante del local. Rebecca buscó las llaves en su bolso; y él bajó primero, para asegurarse de que no hubiera nadie, que pudiera ponerla en peligro.

—No es necesario que me esperes, voy a preparar algo aquí y después me iré a la casa, ya sabes que está cerca.

—Me quedaré —sentenció, mirándola a los ojos.

—Gonzalo... yo nací aquí, todo el mundo me conoce en esta ciudad. No me pasará nada, debes dejar de lado la paranoia, esto no es una gran ciudad, como Filadelfia —explicó, sonriendo, mientras se quitaba la chaqueta y la dejaba sobre la barra—. Voy a poner algo de música, para que te relajés.

Le hizo un guiño de ojos y caminó hasta la caja registradora, para encender el reproductor. Buscó a su cantante favorito, entre los discos, y lo puso.

En solo segundos, la melodía de *Treasure*, de Bruno Mars, se apoderó del lugar y Rebecca salió hacia la cocina, moviendo su cuerpo, al ritmo de la misma.

Minutos después, se encontraban degustando un delicioso pollo con papas fritas, refresco y todo lo que debía acompañar a una buena comida chatarra.

Ella reía, cuando le robaba algo a Gonzalo y se sentía feliz, al conseguir que él también lo hiciera.

—Estás jugando con la ley, Rebecca. —Le advirtió.

—¡Es cierto! Olvidaba que usted es el detective Dorta —dijo, abriendo los ojos con asombro, mientras le robaba otra papa.

—Te vas a ganar un castigo —dijo, acercándose a ella.

—¿Ah sí? ¿Qué tipo de castigo? —preguntó, con la voz cargada de deseo, aproximándose a él, también.

Rebecca se sentía animada, y quería, que esa noche, terminara con los dos teniendo sexo; ya no podía seguir negándolo, lo miraba a los ojos, casi pidiéndole que él también cediera, que le pidiera ir hasta su casa, que la besara o hiciera algo.

Sin embargo, sus deseos no se vieron cumplidos; él se hizo hacia atrás, poniendo distancia entre los dos y eso la hizo sentir frustrada, por lo que la diversión desapareció de su actitud.

—¿No quieres nada más? —Le preguntó, para terminar con eso y que cada uno tomara su camino. Ya se consolaría con sus vibradores, como siempre.

Gonzalo tenía una lucha interna, entre lo que deseaba y lo que debía hacer; sabía, que si llegaba a ceder esa noche, lo haría más de una vez. Rebecca le atraía mucho, y una sola cogida, no saciaría en él, las ganas que le tenía. Iba a regresar por más y no estaba seguro, del tipo de relación que ella esperaba, no podía comprometerse.

—¿Más? —inquirió, algo desconcertado.

—Sí, más... algo más, no sé —respondió, con algo de rabia.

No pudo soportar la mirada insondable, que Gonzalo le dedicaba, y apartó la de ella, que se había inundado en lágrimas, era una estúpida por actuar así.

Se puso de pie, dispuesta a alejarse y conservar al menos, un poco de su orgullo; cuando sintió la mano de él, aferrarse a su brazo, y aunque intentó zafarse, Gonzalo fue más rápido, y la aprisionó contra la barra y su cuerpo.

—Quiero algo más —pronunció, con la voz ronca, llevando una mano hasta el cuello de Rebecca; aproximándose, para besarla.

—Yo... yo me refería... a... al postre —dijo, de manera nerviosa, al tiempo que sentía, que todo el cuerpo le temblaba.

—Yo también —murmuró él, dejando ver una sonrisa felina.

Rebecca sintió, todos los músculos de su intimidad contraerse y sus pezones ponerse duros, ante ese simple gesto. Nunca, ningún otro hombre, le había provocado esas reacciones, solo con una sonrisa o una caricia.

De pronto, sintió miedo de lo que estaba viviendo con Gonzalo, sabía que era peligroso, pues ya lo había sentido antes; ese deseo contundente, que le robaba toda la capacidad de razonar, que la hacía una esclava de sus sensaciones.

Gonzalo vio el anhelo en la mirada de Rebecca, en esos ojos que tanto le gustaban; no pudo seguir resistiéndose, mandó a la mierda esa voz que le advertía, que se alejara y dejó de pensar, le dio libertad a su lado primitivo y sus acciones las guió el deseo que ella despertaba en él.

Cerró sus manos en el delgado y suave cuello de ella, para atrapar esos labios trémulos, en un beso absoluto.

Ella jadeó, cuando él estampó los labios sobre los suyos, el beso no tuvo preámbulos ni roces, para persuadirla; al contrario, llegó derribando cualquier barrera, y la pesada lengua entró a su boca, haciéndola probar el húmedo sabor de la saliva, que a su vez, era cálido.

El roce que le brindaba, era tan perfecto, que le arrancaba gemidos, estimulando mucho más que su boca, estaba enviando descargas directamente a sus pezones y más abajo de su cintura.

Gonzalo siguió devorándole la boca en ese beso y sus manos se movían con destreza por la cintura, queriendo ir a donde el deseo le exigía. Con cada gemido que ella le entregaba, su miembro iba ganando más tensión, ya no podía esperar más, quería tenerla desnuda y poder ahogarse en ella.

—Rebecca... te deseo, te deseo ahora —mencionó, con la respiración agitada, pegando su frente a la de ella, para mirarla a los ojos—; por favor, dime que estás en tus cinco sentidos y que mañana no me dirás que soy un desgraciado, por haberme aprovechado de que estabas tomada... dímelo —pidió, con urgencia y la abrazó más fuerte, para que no hubiera espacio entre sus cuerpos.

—Hacia mucho tiempo, que no deseaba tanto algo, como deseo esto, Gonzalo... —expresó, mientras le besaba la mandíbula, sintiendo esa excitante barba y la dureza debajo de ella; quiso incluso, morderla, pero se contuvo, para no mostrarse tan desesperada. Le sonrió, tirándole del cuello de su camisa—. Ven aquí, sigue besándome... sigue tocándome —pidió, mientras le abría los botones de la camisa, para acariciarle el pecho.

Él la tomó por la cintura y la subió, de nuevo, al banco de madera. El movimiento, le permitió ver parte de la delicada braga negra, con detalles en encaje fucsia, que llevaba puesta, y eso lo excitó aún más.

Comenzó a besarla, al tiempo que le daba rienda suelta a sus manos, para que se deleitaran con las hermosas piernas, que lo traían loco; sus manos se metieron debajo del vestido y no se detuvieron, hasta llegar debajo de la prenda íntima, para conquistar ese espacio, donde moría por hundirse.

Gimió, al sentirla húmeda, suave y cálida.

—Gonzalo... —Rebecca se estremeció íntegra, al sentir cómo un dedo de él, invadía su interior; en respuesta, le mordió el cuello y apretó su intimidad, para sentir mejor el roce.

—¿Quieres que te haga venir así? —preguntó, al verla al borde del orgasmo, quería que ella durara más, cuando lo tuviera dentro.

Rebecca no encontraba su voz, para darle una respuesta, estaba rozando el éxtasis con la punta de sus dedos y ya nada podía contenerla; sin embargo, se esforzó por asentir con la cabeza, mientras lo miraba a los ojos, perdiéndose en el gris que casi había desaparecido, para dar paso a una sombra brillante.

Gonzalo deslizó otro dedo dentro de ella y aumentó la rapidez de sus movimientos, presionado con el pulgar, el duro nudo de nervios, que estaba empapado y resbaladizo.

Con la mano libre, le sujetó la nuca, para besarla mejor, sintiendo cómo ella, lo apretaba cada vez más, y eso estaba a punto de hacer que él mismo terminara corriéndose.

Segundos después, ella estalló, liberando un alarido de sus labios temblorosos, apretando los párpados con fuerza y elevando el rostro al cielo, brindándole a él, un espectáculo mucho más que extraordinario.

Cedió a sus deseos de besarla, y lo hizo, intentando ser más suave esta vez, para traerla de regreso. En cuanto la vio recuperada, movió sus manos con agilidad; con una, buscó su billetera, donde guardaba un condón; y con la otra, se desabrochó el cinturón.

—Déjame hacerlo a mí —mencionó Rebecca, con la voz ronca, por los estragos del orgasmo, y le apartó la mano.

Deslizó la cremallera, metiendo después la mano bajo el calzoncillo, y cuando sus dedos rozaron la tensa erección, la envolvió, sintiéndola caliente, y la liberó de la

prisión que la guardaba.

En ningún momento, se cohibió de mirarla; por el contrario, la trataba como si la conociera desde hacía mucho tiempo, le gustaba sentir esa piel aterciopelada; que si bien no era exageradamente larga, era lo bastante gruesa, como para hacerla sentir intimidada.

Entretuvo a Gonzalo con húmedos y excitantes besos, mientras lo cubría con el látex. Podía sentir que él estaba desesperado, pero no quería que ese encuentro, terminara tan pronto; así que, intentó calmarlo, con caricias lentas. Relajarlo, para que los dos disfrutaran por igual.

Controlar las ganas de un hombre, no era sencillo; ella lo supo, cuando sintió, que él le separaba las piernas con su cuerpo y la sujetó de las caderas, para hacerla rodar, atrayéndola para poder penetrarla.

—Espera... espera, Gonzalo; quitámelo —dijo, al ver que él pretendía hacer su ropa interior a un lado y entrar en ella sin despojarla de la misma—. Será más cómodo así.

Él no quería entretenerse en más palabras, pero accedió a lo que le pedía. Llevó sus manos hasta la prenda, sacándola con facilidad, cuando ella se apoyó con los codos en la barra y elevó las caderas.

Gonzalo dejó caer la tanga en el suelo, para después, separarle las piernas y disfrutar de la vista, apreciando, aquello que ya sus dedos habían explorado; un pubis depilado, labios suaves, gruesos y húmedos, de un tono rosa oscuro y brillante, que hicieron que una oleada de saliva le inundara la boca.

Le acarició las piernas, separándolas un poco más, dándole gusto a su fetiche, eso era lo que primero lo enloquecía en una mujer.

Había algo a lo que Gonzalo le temía más que a un arma, y era a las piernas de una mujer, a una como esas, que tenía entre sus manos en ese instante y que se abrían para él.

Rebecca tomó el rígido falo con su mano, para irlo metiendo despacio dentro de ella.

Había pasado mucho desde la última vez que había estado con un hombre, y aunque mantenía una actividad constante con sus vibradores, ninguno tenía el grueso del pene de Gonzalo. Así que, debía controlarlo, para que no le hiciera daño.

Poco a poco, él se fue alojando en su interior, haciéndola temblar, sudar y gemir cada vez que empujaba, deseando llegar de una embestida hasta el fondo, pero ella lo evitaba, pidiéndole calma, entre besos.

—Hace mucho que no tengo sexo... necesito que vayas lento —pidió, mirándolo a los ojos, y suspiró, cuando se sintió colmada.

—Te voy a tratar bien —pronunció Gonzalo, con la voz ronca. Esa declaración, había disparado la excitación en él.

Meció sus caderas lentamente, entrando y saliendo con suavidad, ahogando gemidos en cada beso que compartía con Rebecca.

La sintió moverse, intentando llevar su mismo ritmo, y la tomó de las caderas, para indicarle cómo hacerlo; la miraba a los ojos, dándole toques de labios, succionándolos, mordiéndolos, para terminar acariciándolos con la lengua.

Por los altavoces, se dejaba escuchar la sensual melodía de *Gorilla*, la que amenizaba a la perfección el momento, haciendo que la emoción dentro de ambos, fuera mucho más poderosa.

Ella supo, en ese instante, que ya no escucharía esa canción de la misma manera, que no lo haría sin recordar ese momento.

*I bet you never ever felt so good, so good
I got your body trembling like it should, it should
You'll never be the same baby once I'm done with you.*

Rebecca echó la cabeza hacia atrás, para permitir que Gonzalo siguiera besándole el cuello, sintió la pesada lengua de él humedecer su piel; y todos sus músculos, se contrajeron, anticipando que se acercaba a un nuevo orgasmo.

Gimió, con fuerza y tomó el rostro de Gonzalo entre sus manos, para besarlo; mientras lo hacía, le daba libertad a sus caderas, para moverse más rápido, y lo sintió temblar dentro de ella, algo que le encantó.

—Me fascina cómo te mueves... lo haces muy bien —esbozó él, apretándole las nalgas y empujando más fuerte dentro de ella.

Sus movimientos se acoplaron, y después de eso, todo fue perfecto; sus manos se dedicaron a brindarse caricias; las de ella estaban en el pecho caliente y musculoso de Gonzalo; y las de él, viajando a esa espalda que tanto deseaba tocar. Él sentía la humedad, producto del calor que transpiraba, y en ese momento, notó que ella también estaba cubierta de sudor.

—Me estoy cocinando dentro de este vestido. —Llevó sus manos hasta la suave tela y la subió, pero se quedó atascada, porque la cremallera estaba detrás.

—Yo te lo quito. —Gonzalo se separó de ella y la hizo girar, poniéndola de espaldas a él. Le bajó el cierre del vestido y en segundos, lo lanzaba sobre la barra, junto al abrigo; también la liberó del brasier, dejándole nada más las botas puestas—. Te ves muy sensual, llevando solo eso... me pones tan caliente... tienes un cuerpo maravilloso —susurró, deslizándole sus fuertes manos por la espalda, la cintura; y finalmente, las posó sobre las nalgas.

—Toca lo que desees... en este instante, todo es tuyo —dijo, dejándose llevar por la letra de la canción, que seguía sonando.

Deseaba excitarlo, volverlo loco, que él no pudiera olvidar esa noche, porque estaba segura, que ella no lo haría; nunca había tenido un encuentro así.

Había perdido la cabeza, pero le encantaba todo lo que estaba sintiendo, así que no se arrepentía; si era solo una noche, quería que valiera por muchas.

—Será un placer hacerlo, Rebecca; y te prometo, que lo vas a disfrutar mucho, muñeca —susurró Gonzalo, besándole el cuello, al tiempo que deslizaba sus dedos por los inflamados labios vaginales, para comprobar que seguía igual de húmeda—. Tienes un culo perfecto, suave... me gusta mucho.

Ella lo miró por encima del hombro, y sintió, que el rostro se le prendía en llamas, al ver cuán expuesta estaba.

Tenía los antebrazos apoyados en la barra, el culo en pompa hacia él y sus pies apenas se sostenían de los estribos del banco.

—Espera... —No sabía cómo explicarle, que el sexo anal, nunca había sido muy agradable para ella.

—No te lo voy a pedir hoy... sé que tengo que ganármelo —mencionó, para llenarla de confianza. Pudo ver en su mirada, que en eso, no cedería esa noche.

Él comenzó a besarle la espalda, al tiempo que sus fuertes manos, se apoderaron de sus senos; procuró alejar la tensión que la había embargado, y cuando la sintió completamente relajada, la tomó por sorpresa, entrando en ella con un certero empuje, que la hizo jadear y saber, que no la lastimaría.

Gonzalo también se había quitado la camisa, y su pecho desnudo, resbalaba en la espalda de Rebecca, mientras la penetraba una y otra vez.

Llegaba profundo, pero procuraba ir despacio, como le había prometido. Las miradas que ella le dedicaba, por encima del hombro, le suplicaban que la besara, desatando la locura dentro de él; esa, que intentaba drenar con besos demandantes; pero lo que más deseaba, era desbocarse dentro de ella.

—¡Muévete... así... justo así, Gonzalo! —rogó, pidiéndole más.

—¿Quieres que vaya más rápido? —preguntó, esperando que ella dijera que sí, pues estaba loco por hacerlo.

—Por favor... por favor, hazme correr otra vez... hazlo así, así —respondió, al tiempo que ella misma empujaba, para llevarlo a su interior. Estaba ansiosa y más excitada que nunca.

Las palabras de Rebecca, hicieron que la poca cordura que le quedaba a Gonzalo, se esfumase. Él se permitió liberar su instinto más salvaje, dándole a ese encuentro, el carácter que merecía; eso era sexo duro y lujurioso, allí no había cabida para la mesura, mucho menos para la ternura.

Tendría el sexo al cual estaba acostumbrado, uno donde lo principal, era gozar.

Plantó sus pies en el piso y cerró sus manos en la cintura de Rebecca, para mantenerla allí. Entró en ella una vez y salió; después, lo hizo tres veces seguidas y se calmó.

Los jadeos ahogados que ella liberaba, lo excitaban mucho más, y verla así, sudada, desnuda, húmeda y ansiosa, lo tenía completamente loco.

Rebecca apretaba los párpados y se aferraba a la madera de la barra, para soportar las descargas de placer que él le provocaba, ningún otro hombre la había tratado de esa manera, dando al sexo un sentido tan brutal y carnal, uno que la asustaba, pero la excitaba en la misma medida, haciéndola desear más.

Lo sintió empujar, sin detenerse un solo segundo y todo dentro de ella estalló, creando un caos absoluto, maravilloso y sublime.

Gonzalo inhaló, respirando el aire, impregnado del aroma del sexo que los envolvía y le besó la nuca, al sentir que estaba teniendo un orgasmo; pero no se detuvo,

hasta que sintió cómo liberaba una primera descarga de su semen, acompañado de un gruñido, después otro y así, hasta que se sintió vacío, dentro de ella.

Acabó temblando, sudando y apoyándole la frente en su suave espalda, mientras le acariciaba los senos.

La envolvió entre sus brazos, para sostenerla y evitar que cayera, cuando vio que las piernas le fallaron. Se enderezó, llevándola consigo, y le dio un par de besos en el cuello, mientras mantuvo los ojos cerrados, para calmar el torbellino que aún lo azotaba.

—¿Estás bien? —preguntó, en un susurro, al oído de ella.

Rebecca asintió y giró el rostro, para besarlo. Lo hizo con suavidad, un gesto que él no se esperaba y al que no supo cómo responder, solo se dejó besar por ella.

—Estoy de maravilla —respondió, sonriendo.

Gonzalo no pudo evitar sonreír, sintiéndose satisfecho y orgulloso ante esa declaración; la miró a los ojos, antes de besarla con fervor, pegándola más a su cuerpo, al tiempo que sentía esa emoción especial, que creía olvidada.

Se separaron y él se tomó un minuto, para mirarla bien; descubriendo, en ese instante, que Rebecca Freeman, era una mujer realmente hermosa, más allá de lo físico.

—¿Quieres quedarte conmigo esta noche? —inquirió ella, parpadeando de manera nerviosa, quizás por temer a su rechazo.

—Estaba a punto de pedirte, que me dejaras hacerlo —contestó, rozándole los labios.

—Perfecto, hoy tendrás la suite principal, además de atención de primera y personalizada —comentó, sonriendo, con picardía, y le acercó los labios, pidiéndole otro beso.

Gonzalo soltó una carcajada, después de cuatro años, volvía a reír de esa manera; y hacerlo, se sentía de maravilla, atrapó la boca de Rebecca, en un beso ardoroso y completo, uno donde sus lenguas, fueron las protagonistas, dejándoles claro, que el deseo, haría de las suyas más de una vez, esa noche.

La lluvia helada, la golpeaba sin contemplación, mientras ella corría, desesperada. Sus pisadas se hundían en el fango frío, que le llegaba hasta las pantorrillas y apenas le permitía avanzar; escuchaba las voces de varios hombres, que gritaban su nombre y le advertían, que no tenía escapatoria, que debía detenerse.

Miraba hacia atrás, divisando a lo lejos, las luces amarillentas de varias linternas, que se movían de un lado a otro, colándose entre el denso bosque de retorcidos y aterradores cipreses.

Comenzaba a sentir cómo sus músculos se entumescían y cómo, cada vez más, a sus pulmones les costaba conseguir oxígeno; se sentía cansada, pero no podía detenerse, debía escapar de ellos.

Los latidos de su corazón, estaban desbocados; y una molesta pulsación, le martillaba las sienas; su vista estaba empañada por la fuerte lluvia que se estrellaba en su rostro y el miedo iba dando paso a un sentimiento mucho peor, empezaba a estar aterrada.

No podía ver hacia dónde iba, ni tampoco si en verdad estaba avanzando, porque lo único que sentía, era que sus pies descalzos, cada vez se enterraban más, entre el barro y el agua, creando profundos charcos.

De pronto, sintió, que había algo más en el fondo, que se enredaba entre sus dedos y supo dónde estaba; se había adentrado en los pantanos.

Quiso retroceder de inmediato, pero antes de volverse, vio a pocos metros frente a ella, una figura que reconoció enseguida.

—Diego... Diego... —pronunció, con la voz ahogada, por el esfuerzo físico, estirando su mano, para alcanzarlo—. Ven conmigo, tenemos que salir de aquí... tenemos que escapar.

Le rogó, sujetándolo por el brazo, pero él se soltó, con un movimiento brusco y la alejó, empujándola. Tuvo suerte de poder mantenerse en pie y no terminar tirada en el fango.

—¡Suéltame! Todo esto es tu culpa... ¡Tú me metiste en esto, Deborah! ¡Tú eres la culpable! —gritó, volviéndose, para verla.

Ella pudo ver el odio y el desprecio en su mirada; en realidad, estaban reflejados en toda su expresión facial; la actitud de Diego, la hizo temblar, mucho más de lo que podían hacerlo las gotas de lluvia fría, que la bañaban.

—No grites... no grites o sabrán dónde estamos y vendrán por nosotros, tenemos que salir de aquí... ven conmigo, por favor, y te sacaré de todo esto... te lo prometo —pidió, estirando su mano, para convencerlo.

—Tú no puedes hacer nada, no puedes salvarme, Deborah... esto se acabó, estamos acabados... ¡Entiéndelo de una maldita vez! ¡Terminó! ¡Terminó! ¡Terminó!

Sus gritos resonaron en todo el pantano, alertando a los hombres que los perseguían. Deborah, escuchó, aun en medio del fuerte sonido de un trueno, las voces que indicaban dónde se encontraban los que los perseguían, y en cada una, estaba impregnado el deseo de darles cacería.

Se volvió a mirar, y la desesperación se apoderó de ella; reforzó su decisión de salir de allí y avanzó hacia Diego, para sacarlo a empujones de ser necesario, pero no se rendiría.

—Tenemos que salir de aquí, no seas estúpido y corre... Diego, necesito que lo hagas, por favor... ¡Maldita sea, reacciona! —Lo zarandé, tomándolo de los hombros, pero él tenía la mirada perdida, en las luces de las linternas tras ella.

—¡Déjame en paz! —La empujó, alejándola, y llevó una mano a su espalda—. Ellos no me atraparán, no volveré a ese maldito infierno, no regresaré a la cárcel.

Deborah abrió los ojos de par en par, cuando vio el arma en la mano de Diego y se tapó la boca, para ahogar el grito, que subió por su garganta y aceleró el ritmo de su corazón.

—No lo hagas... Diego, por favor, por favor... mírame, no lo hagas... salgamos de aquí, por Dios... ven conmigo, podemos escapar —rogó, mirándolo a los ojos, mientras lloraba.

—¡¿Escapar a dónde?! ¡Al pantano! ¡Para ser devorados por los caimanes! Prefiero morir de esta manera, Deborah —declaró, llevando la pistola a su cabeza.

—No lo hagas... por favor, Diego, no lo hagas... no me dejes sola, no podré salir de aquí, si no vienes conmigo. —Le suplicó, mirándolo a los ojos, intentando dar un par de pasos hacia él, para detenerlo.

Él negó con la cabeza, dejando correr un par de lágrimas por sus mejillas, apoyó el cañón contra su sien derecha, mientras la miraba y contenía el aire, antes de cerrar los ojos.

—Lo siento, Deborah.

Fue todo lo que Diego alcanzó a decir, antes de detonar el arma. El sonido del disparo, retumbó en todo el lugar, seguido del grito que dejó escapar Deborah; el que pareció desgarrarle la garganta.

Ella se dejó caer de rodillas, viendo cómo el cuerpo inerte de su amante, se desplomaba en medio del sucio charco de agua, que rápidamente se fue manchando con la sangre.

—¡Diego! ¡Diego! —esbozó, en medio de sollozos.

Tanteó con sus manos temblorosas el cuerpo, con la esperanza de que aún estuviera con vida, y cuando se acercó, para mirarlo a la cara, la espantosa imagen del cráneo hecho pedazos, con restos de masa encefálica y coágulos de sangre, le revolvió el estómago.

Del atractivo rostro del jardinero, no quedaba absolutamente nada, y ella sintió, que el alma se le partía, ante esa imagen.

Deborah hundió su cara en el musculoso abdomen y se le aferró a los antebrazos, para no terminar hecha pedazos, pues sentía, que ella también comenzaba a desmoronarse, poco a poco.

Escuchó los gritos de los hombres que la perseguían, cada vez más cerca. Intentó ponerse de pie, pero resbaló en el helado y pegajoso fango.

Miró el arma tirada junto a la mano de Diego y apretó los párpados, mientras se estiraba, para tomarla; pero cuando rozó el frío metal, se alejó, de inmediato.

No tenía la valentía de él, para hacer algo como eso. Se había jurado mil veces, que no terminaría como su madre, que ella jamás se quitaría la vida; prefería pelear y que su muerte fuera causada por otras manos, pero nunca por las suyas.

Gateó, tomando el arma y apuntó hacia las luces que se acercaban, intentando cegarla, tiró del gatillo hasta dejar el arma sin balas, solo fueron tres disparos.

—¡Allí están! ¡Que nadie dispare!

Ella oyó esa orden y fue peor que una sentencia de muerte, no quería ser capturada viva, no deseaba pasar por la vergüenza de terminar en una cárcel, ni quería sufrir los horrores, que le depararían, al llegar a ese lugar; prefería que la mataran.

—¡No! ¡Mátenme! ¡Dispárenme! ¡Dispáren! —Comenzó a gritar, accionando el gatillo, sin obtener resultados.

Al ver que no conseguiría nada, se puso de pie, dispuesta a correr, a internarse en el mismo pantano, si era preciso, para no terminar en manos de esos malditos; sin embargo, antes de que pudiera avanzar, unas manos la sujetaron con fuerza de la cintura, impidiéndoselo; y aunque forcejeó, ya era demasiado tarde.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —Se defendió, volviéndose, para golpear a quien la agarraba.

Su rostro quedó muy cerca, de las facciones duras de Gonzalo Dorta; no pudo apreciar el gris natural de su mirada gris, puesto que sus ojos tenían una veta oscura, peligrosa, y brillaban, cargados de odio.

Ella se quedó sin voz, al descubrir, que era él quien la seguía; lo miró, pidiéndole un poco de clemencia, pero el hombre solo se le mostraba como un verdugo.

—Te dije que no dejaría que se salieran con la tuya.

Escuchó una voz que reconoció de inmediato, y su mirada voló al lugar de donde provenía, sus ojos se abrieron de manera desorbitada, cuando se toparon con la figura de George Stevenson.

El miserable sonreía y su mirada mostraba lo satisfecho que se sentía por su logro, los había vencido, Diego estaba muerto y ella iría a la cárcel.

—¡Maldito infeliz! ¡Voy a matarte! ¡Juro que voy a matarte! —Forcejeó, para liberarse de las manos del detective.

En un movimiento rápido y desesperado, consiguió hacerse con el arma que estaba en la cintura del hombre, la apuntó en dirección al abogado, y antes de que alguien pudiera detenerla, la accionó dos veces.

Las balas impactaron en el pecho de Stevenson y lo vio caer ante sus ojos, quejándose de dolor, mientras la miraba con asombro.

Deborah despertó, en medio de un sobresalto, con el cuerpo cubierto de una delgada capa de sudor; tenía la piel helada y los músculos, tan tensos, que le dolían; el pecho iba en un agitado vaivén, mostrando el desespero de sus pulmones, por conseguir un poco de oxígeno.

Se llevó las manos al rostro, sintiendo el rastro de humedad, que bañaba sus mejillas; y supo, que había estado llorando. Todo fue una pesadilla, pero aun consciente de eso, no podía alejar de ella, el miedo que la embargaba.

—Está bien... todo está bien, Deborah... ya pasó, ya pasó... cálmate, cálmate, por favor —esbozó, de manera entrecortada, con la voz trémula, intentando levantarse.

Pero no pudo hacerlo, sentía el cuerpo pesado y débil; cerró los ojos y lo primero que llegó a su cabeza, fue la imagen del rostro de Diego, destrozado; eso la llevó a levantarse, hasta quedar sentada; cuando sintió una arcada subir por su garganta.

—¡Mierda! —Lanzó las cobijas fuera de su cuerpo y se tapó la boca con la mano, para evitar vomitarse encima.

Consiguió salir de la cama sin caer, y con pasos inestables, se dirigió al baño; pudo contener el líquido ácido que subía por su garganta, hasta que llegó al bidé, donde devolvió lo poco que había comido la noche anterior.

Lo hizo, en medio de horribles espasmos y arcadas, que parecían querer llevarse su alma; expulsando, de manera violenta, por la boca, todo lo que había en su estómago, mientras se estremecía.

—Dios mío... —Alcanzó a decir, antes de ser atacada por una nueva oleada de náuseas. Terminó quedando de rodillas.

El desagradable olor del líquido amarillento, ácido y amargo, que salía de su boca, no le daba tregua; cuando creía que todo había acabado, la sensación regresaba y ella sufría los espasmos, de nuevo.

Al final, después de un par de minutos, las cosas parecieron mejorar; bajó la cuerda, por segunda vez y cerró los ojos, para no ver cómo el agua, se llevaba todo lo que había expulsado.

Se puso de pie, sujetándose del mármol de la pieza, donde estaba incrustado el lavamanos y no quiso ni siquiera mirarse al espejo; abrió el grifo, para lavarse la boca, con la intención de liberarse del horrible sabor.

Después, tomó su cepillo de dientes, lavándose dos veces, también usó el enjuague bucal, pues quería liberarse de esa desagradable sensación agria.

—¡Maldición! —exclamó, al ver que su cabello y su camión, habían sido salpicados—. No podré dormir así.

Se quitó la ropa, lanzándola al cesto y se encaminó hasta la regadera. El agua caliente, seguro la ayudaría a relajarse y a olvidar la sensación de zozobra, que le había dejado la pesadilla.

Mientras estaba bajo la lluvia tibia, luchaba por bloquear todas las imágenes que la habían llevado al estado de minutos atrás. Se descubrió llorando, de nuevo, por Diego; pensó en ir a verlo, pero al salir de la ducha, vio que ya casi amanecía y no sería prudente.

Caminaba de un lado a otro, pero el miedo parecía seguirla a cada rincón de la habitación, no quería volver a dormir, por temor a revivir la pesadilla, y tampoco tenía a nadie en quien refugiarse, o con quien compartir la carga que llevaba encima.

Se sentó en el sillón, junto a la ventana y encendió un cigarrillo, se lo llevó a los labios, dándole una larga calada, soltando el humo lentamente, mientras su mirada se perdía en el hermoso espectáculo, que le ofrecía el amanecer.

Sin embargo, para ella, no tenía mayor atractivo; su mente no podía desligarse de los eventos trágicos que la rodeaban, para disfrutar de algo tan sublime, como el inicio de un nuevo día.

Acabó el cigarrillo y en segundos, encendió otro, había comenzado a fumar con mayor frecuencia y por cuenta propia, desde que recibiera la visita del detective Dorta en su oficina. Antes, solo lo hacía en compañía de Diego; siempre compartían un cigarrillo, después de tener sexo.

No soportaba seguir allí, encerrada, mientras se torturaba con todas las posibles consecuencias, que sus actos le traerían; se puso de pie y caminó hasta el armario, para cambiarse de ropa.

Bajaría, para trabajar en el estudio; era domingo y no podía ni siquiera contar con ir a la oficina, para ocupar su mente en el trabajo.

Apenas se esmeró en su arreglo de esa mañana, no se sentía con ánimos, para ponerse a escoger prendas, solo se puso un ajustado jeans azul, un suéter tejido en tonos tierra, que le quedaba holgado y unas botas marrones, estilo de equitación.

Se recogió el cabello en una cola alta, dejando su rostro despejado, y apenas se aplicó algo de maquillaje. Ya no la sorprendía tener ojeras ni verse tan demacrada; por el contrario, debería agradecer, que no se encontrase internada en un hospital.

—Buenos días, señorita Deborah.

La saludó el mayordomo, cuando la vio bajar las escaleras; el hombre, no pudo esconder el desconcierto que le provocó, verla despierta tan temprano, un domingo.

—Buenos días, Marcus —contestó ella, por mera cortesía.

—¿Desea que le sirvan el desayuno en la terraza o en el comedor? —preguntó, siguiéndola.

—No tomaré nada, no tengo apetito... Estaré trabajando en mi estudio, y por favor, que nadie me moleste —ordenó, sin siquiera mirarlo, y continuó con su camino.

Después de dos horas, había conseguido concentrarse en los balances que estudiaba y avanzado un poco en ellos, pero una punzada en su estómago, le recordó que no había probado alimento y que debía hacerlo.

Su vista, a momentos, se nublaba y una debilidad se apoderaba de su cuerpo, provocándole leves mareos; pensó, que seguramente, se debía a eso y al estrés.

Se puso de pie, caminó hasta el ventanal, para observar a Diego; sabía, que debía estar en el jardín a esa hora. Se asomó, quedando detrás de las cortinas, como siempre, y sus ojos se llenaron de lágrimas, al recordar lo que le había sucedido en su pesadilla; suspiró, intentando controlar sus emociones.

—Deja ya de actuar como una estúpida, solo fue un maldito sueño, eso nunca se hará realidad —sentenció, con firmeza.

Debía retomar su postura y no dejarse amilanar por nada, pero en ese momento, una voz dentro de su cabeza, le recordó, que no era ella quien tenía el control.

Mientras George Stevenson siga respirando, la amenaza estará sobre ustedes, y puede aplastarlos. Debes hacer algo, Deborah, debes encontrar la manera de deshacerte del abogado; y tiene que ser pronto, porque si llega a hablar, Diego y tú, estarán perdidos... lo sabes.

Cerró los ojos y negó, moviendo su cabeza, para alejar esos pensamientos, que iban a terminar volviéndola loca.

Sabía que debía hallar una salida, pero no tenía la más mínima idea de cuál sería o cómo conseguirla; lo quisiera o no, estaba atada de manos, y ese infeliz policía, había llegado para empeorarlo todo.

Y como si su cabeza no fuera un verdadero caos, la imagen que se presentó ante sus ojos a continuación, le asentó un golpe en medio del pecho, que la dejó sin aire.

Katherine había llegado, tomando por sorpresa a Diego, lo abrazó por la espalda, y cuando él giró, para mirarla, la morena lo besó en los labios, un beso que él no rechazó; por el contrario, lo compartió, mostrándose muy cómodo con eso y aunque solo duró unos segundos, ya la imagen se había quedado grabada en la cabeza de Deborah.

La furia se desató en su interior y su mano apretó con fuerza, la gruesa tela de la cortina, sus latidos se aceleraron y una vez más, sus ojos se colmaron de lágrimas, pero el sentimiento que provocaba esa reacción, no era la tristeza ni el dolor, sino la rabia de sentirse traicionada, burlada por esos dos malditos.

—Así que ese es tu juego, Diego... bueno, jugaremos entonces, y te juro, que los únicos perdedores aquí, serán ustedes. No te vas a burlar de mí, no lo harás, malnacido.

Se alejó de la ventana, arrancando la mirada de ellos; y caminó, deseando descargar la rabia, en lo primero que tuviera a mano, pero antes de hacer una locura, lo pensó mejor.

No podía exponerse de esa manera, nadie podía enterarse de la relación que tenía con Diego, tampoco podía desquitarse con la zorra de Katherine, no sin un motivo concreto, para echarla de allí.

—Si la botas sin justificativos, tendrás encima de ti a Martha, a Maurice y al mismo Diego, todos dispuestos a defenderla... y no puedes poner a los empleados en tu contra, porque los necesitarás más adelante... ¡Maldita sea! Odio estar atada de manos, odio no poder hacer lo que me plazca —exclamó, caminado de un lugar a otro, sintiéndose acorralada.

Se detuvo, cerrando los ojos, mientras inhalaba y exhalaba lentamente, para calmar la ira que corría por sus venas; sentía tanta rabia, que estaba a punto de ponerse a llorar. Se reprochó por sentirse así, por comportarse como una estúpida.

No se trataba de sentirse herida, porque estuviera enamorada del miserable de Diego, lo que la tenía de esa manera, era el sentir su orgullo de mujer, pisoteado; que él la estuviera engañando, que no le dijera la verdad, cuando le preguntó si se acostaba con Katherine.

—¡Pareces idiota! Nunca te lo iba a decir; sabe, que de hacerlo, te perdería —mencionó, en voz alta y respiró profundamente, de nuevo, soltando el aire, después en un suspiro pesado—. Tal vez no te mintió, Deborah... después de todo, solo fue un beso, un insípido roce de labios; y sabes, que Diego no es así, que eso que viste, no es lo que él te entrega a ti. —Se dijo, para llenarse de confianza, para pensar que no había significado nada.

¡Por Dios, no seas ilusa, Deborah! Ese hombre no es de besos nada más, puede que lo que acabas de ver, haya sido solo un intercambio rápido, porque cualquiera podía verlos, pero sabes que algo más está pasando, no te hagas la ciega... ellos están cogiendo, y lo hacen bajo tu techo, quizás en el mismo invernadero, en la misma cama que tiene sexo contigo.

Sus pensamientos no la dejaban en paz, le gritaban eso que en voz alta no se atrevía a decir, se dejó caer en el diván de terciopelo y cerró los ojos, para darle la pelea a las lágrimas.

Diego no se esperaba, que Katherine lo abordara de esa manera, mucho menos en ese espacio, abierto; igual, su instinto de hombre, lo llevó a reaccionar como era natural y correspondió al beso de la morena.

Ella le dedicó una sonrisa tímida, después de eso, y él le devolvió el gesto; lo hizo más, al sentirse divertido, por esa aparente inocencia, que mostraba fuera de la cama; pues, dentro de esta, las cosas eran distintas.

—Te tengo una maravillosa noticia —mencionó ella, con la mirada brillante, mientras simulaba ayudarlo con unas masetas.

—¿Qué será? —preguntó, fingiéndose interesado.

—Cambié mis días libres con Ingrid, saldré en Navidad, al igual que tú... así que podremos pasar todos esos días juntos —explicó, con una sonrisa que casi le dividía el rostro.

—¿Hablas en serio? —Volvió a preguntar él, obligándose a mostrar una sonrisa efusiva, pues la idea no le gustaba nada.

No es que no quisiera pasar más tiempo con ella, pues siendo sincero, le gustaba coger con Katherine, tenía un buen cuerpo y era más permisiva que Deborah; o mejor dicho, estaba tan enamorada de él, que dejaba que le hiciera, lo que se le antojase.

Sin embargo, dedicarle todo un fin de semana, no estaba entre sus planes; sobre todo, porque tenía pensado invitar a Deborah, de nuevo, al apartamento.

Últimamente, la había notado muy distante y deseaba recuperar lo que había ganado, hasta antes de que discutieran por el imbécil de Maurice.

—¡Por supuesto! Tuve que rogarle y hasta prometerle que le daría un regalo, para que me lo cediera. Ella se quedará junto a Angie, ya hablamos con Marcus y él aceptó; además, tenemos otra ventaja, mis tías invitaron a mi madre a Georgia y se irá por un par de días, lo que significa que...

—Que nada se interpondrá esta vez, para que podamos disfrutar a nuestras anchas —acotó, resignándose a su situación.

Ella afirmó con la cabeza, sonriendo, de manera efusiva; y Diego le respondió de igual manera, no tenía más opción que seguirle el juego; ya buscaría la manera de mantener a Deborah ignorante de lo que sucedía.

La madre de Katherine, la llamó y solo se despidieron con un guiño, pues besarse otra vez, sería arriesgado y ambos lo sabían.

Rebecca fue saliendo lentamente, del estado de letargo donde se encontraba, su mente iba tomando consciencia, pero su cuerpo no parecía querer hacerlo, de momento; sin embargo, después de unos cinco minutos, consiguió abrir los párpados y deslizar su mirada por la habitación.

Las cortinas estaban corridas a la mitad, dejando entrar los rayos del sol, que ya parecía estar en lo alto.

Giró sobre su costado, sintiendo la suave sensación de la sábana, deslizarse sobre su cuerpo desnudo; eso, junto a la imagen de Gonzalo, acostado boca abajo, profundamente dormido, le trajo a la cabeza, los recuerdos de la noche anterior.

Se llevó las manos al rostro, para esconder el sonrojo, que en segundos, lo calentó; y por qué no decirlo, también, para ocultar la sonrisa de satisfacción que adornó sus labios.

—Perdiste la cabeza, Rebecca Freeman —susurró, para no despertar al hombre a su lado.

Dejó que sus ojos se deleitaran con la amplia espalda, salpicada por algunas pecas en los hombros, que le daban un toque muy sexy y atractivo, acentuándole aún más, los músculos; que si bien no eran los de un fisiculturista, ella se había deleitado la noche anterior, mordéndolos, cada vez que se acercaba a un orgasmo; y si no recordaba mal, lo hizo en varias ocasiones.

Sonrió, al ver que ciertamente, la piel mostraba unas marcas rojas; no eran muy evidentes, pero allí estaban y le recordaban todo.

Gonzalo era un hombre sumamente atractivo, con rasgos muy masculinos y misteriosos; desbordaba una poderosa sensualidad. No era el típico chico lindo, que estaba de moda, que solo estaba pendiente de su físico y de alardear de ello.

Él sabía que era apuesto, pero no usaba eso para conquistar, sino que actuaba, y justo eso había hecho la noche anterior, mostrarse en acción.

—¡Y qué acción! ¡Madre de Dios! Este hombre... este hombre es increíble —murmuró, tentada de acariciarle la espalda, acercarse y besarlo—. No, mejor no, Rebecca; debes controlarte.

Debía mantener la situación en sus manos, actuar como había hecho antes, con otros hombres. Ese encuentro, solo fue sexo casual, delicioso y maravilloso; y debía dejárselo claro a él, en cuanto despertara, para que entendiera, que lo sucedido entre los dos, no implicaba nada más; que no habría un compromiso de por medio.

Se movió, con cuidado, para salir de la cama sin despertarlo, necesitaba ir al baño. Una ducha de agua fría, no le vendría mal, pues la imagen del cuerpo desnudo de Gonzalo, cubierto apenas por una delgada sábana blanca de algodón, que dejaba ver la perfecta forma de su trasero, la había excitado de nuevo.

Cuando entró al baño y se miró en el espejo, le dio gracias a Dios por ser la primera en despertar; se hubiese muerto de la vergüenza, si él llegaba a verla así.

Tenía el cabello desordenado y todo el maquillaje corrido, parecía que hubiera estado en medio de un huracán; no pudo evitar que la comparación la hiciera sonreír.

Abrió la regadera, graduando el agua, para que tuviera la temperatura que le agradaba.

Los músculos laxos y algo adoloridos de su cuerpo, le agradecieron esa lluvia de agua tibia, que la bañó en cuanto entró a la ducha; se lavó el cabello, para librarlo del intenso olor a cigarrillo del bar, también pasó dos veces por su piel, la esponja, con su gel de baño favorito, con aroma a durazno.

Se sintió renovada, cuando terminó de cepillarse los dientes y se cubrió con un suave albornoz color lila, que le quedaba por los muslos.

—Buenos días.

La voz de Gonzalo, la hizo sobresaltarse, en cuanto abrió la puerta del baño; creía que aún estaba durmiendo, pues la noche anterior, acabaron rendidos.

Le dedicó una sonrisa, intentando contener el suspiro, que revoloteó dentro de su pecho, al verlo así, cubierto apenas por la sábana, acostado de medio lado, con la cabeza apoyada en la palma de su mano, y esa mirada sensual, que le entregaba y le hacía brillar mucho más los ojos grises.

—Buenos días, ¿cómo amaneces? —preguntó, sintiéndose extrañamente tímida, sin dejar de sonreírle.

Se quedó parada, de camino al closet, sin poder despegar su mirada de él. Su cuerpo vibró, al descubrir que estaba excitado.

—De maravilla —respondió, con la misma frase que le dijera ella, la noche anterior—. Ven aquí Rebecca, quiero darte un beso de buenos días —pidió, extendiéndole la mano.

Ella supo, que había mucho más, detrás de esa solicitud. Tendría que ser una chica inexperta, para no saber, lo que deseaba un hombre, cuando la miraba a una de esa manera; no era solo un beso de buenos días lo que Gonzalo quería darle, toda su actitud lo gritaba, y como si fuera poco, también estaba esa potente erección que tenía y que se podía apreciar perfectamente, bajo la sábana.

—Pensaba bajar a preparar desayuno —dijo, acercándose con andar lento y sensual, dejándole ver en su lenguaje corporal, que ella sabía a lo que estaba jugando—. ¿Te apetece algo en especial? Después de lo de anoche, Gonzalo Dorta, te lo has ganado.

Se detuvo junto a la cama, mientras lo miraba; y se bajó, para darle su beso, aunque estaba segura, que él le solicitaría algo más; y ella también obtendría algo a cambio. Esa sola certeza, ya la tenía excitada.

—En realidad... sí, deseo algo en especial y eso solo tú puedes dármelo —contestó, mirándola a los ojos.

Esperó a que estuviera a punto de besarle, para tomarla de la cintura, aprovechando su fuerza y meterla en la cama, de nuevo.

Rebecca soltó un grito, por su acción; y lo miró, asombrada. Él se la había montado sobre el pecho, dejando las hermosas piernas de la morena, a cada lado de su torso; y mientras reía, la animó, tomándola por las caderas, a que avanzara un poco más. Tenía en frente exactamente lo que deseaba.

—Gonzalo... espera, espera... ¡Por Dios! ¡Qué haces? —preguntó, buscando los ojos grises—. ¡Qué haces!

—Me dispongo a disfrutar de un desayuno especial —contestó, mostrándose completamente relajado.

Antes de que ella tuviera oportunidad de reaccionar, le metió la cabeza entre los torneados muslos, agradeciendo que Rebecca no hubiese logrado llegar al armario, para ponerse ropa interior; pues así, tenía libertad, para darse un verdadero festín.

Esa declaración, hizo que la piel de Rebecca, se prendiera en llamas; los latidos de su corazón, se desbocaron; la sangre en sus venas, se volvió lava espesa y ardiente, que comenzó a derretirla por dentro e hizo, que una tibia humedad, brotara de ella.

—Gonzalo... ¡Oh, cielo santo! —exclamó, temblando.

Se aferró a la estructura de hierro forjado de la cama, cuando sintió los labios de Gonzalo apoderarse de su intimidad, para después, succionarla con fuerza y deslizar su lengua en su interior.

Cerró los ojos, sintiendo, que su mundo se ponía de cabeza; y los jadeos, comenzaron a brotar de ella, acompañados también por una secuencia de gemidos, que parecían animar más a Gonzalo; pues, por cada uno que ella liberaba, él les imprimía más fuerza a sus besos, combinándolos también con suaves mordiscos.

—Eres deliciosa... —susurró Gonzalo, con la voz algo sofocada, por la postura en que se encontraba—. Eres tan suave, Rebecca; me gusta mucho cómo te mojas, quítate la bata, quiero verte desnuda. —Le pidió, acariciándole la cadera.

Ella lo obedeció de inmediato, pues sentía, que estaba sudando, igual que la noche anterior. Gonzalo tenía el poder de encender una hoguera dentro de ella, y era casi imposible, estar vestida junto a él.

Lanzó la prenda a algún rincón de la habitación y sus manos volvieron a aferrarse a la cabecera de la cama; sus nudillos estaban blancos, por la fuerza que imprimía en el agarre, para soportar lo que vivía.

—Me estás enloqueciendo —expresó, sin siquiera darse cuenta, que lo hizo en voz alta, pero era justo lo que sentía.

Él sonrió, contra los sonrojados e inflamados pliegues; le acarició las piernas y dejó que su lengua hiciera fiesta sobre su tenso clitoris, el brote palpitaba cada vez que él lo rozaba, y de los labios de Rebecca, brotaban gemidos, que lo ponían más caliente.

Esa mujer era fuego puro y lo estaba quemando, lo excitaba tanto, que no pudo mantenerse haciendo solo eso, así que llevó la mano derecha hasta su erección y comenzó a masturbarse, mientras seguía dándole sexo oral a ella.

—¡Esto es una locura! ¡Oh, por Dios! ¡Gonzalo, Gonzalo!

Rebecca sentía que estaba más allá de lo que pudiera aguantar, y los jadeos ahogados, se habían convertido en gritos, gritos que expresaban en palabras, sus emociones; pues cada vez, temblaba más.

—¿Quieres que me detenga? —preguntó él, con picardía, era consciente de que ella no le pediría eso, porque estaba a punto de correrse y lo haría en grande.

—¡No, no, no, no! Sigue... por favor, sigue... sí, justo allí. Gonzalo, tómallo y no lo sueltes, no lo sueltes. —Le rogó, al sentir que una vez más, él atrapaba entre sus labios, el punto más sensible de todo su cuerpo.

Él la complació, haciendo lo que le pedía; atrapó y succionó con fuerza el brote, lo mantuvo hasta que sintió cómo Rebecca comenzaba a temblar y mecía sus caderas, buscando fundirse contra sus labios.

Dándole una de las experiencias más alucinantes de las que hubiera disfrutado, mientras se bebía el orgasmo de una mujer; y algo en su pecho, estalló; algo mucho más poderoso, que la satisfacción de escucharla gritar su nombre.

Cerró con fuerza su mano, entorno a su erección, para evitar correrse, al sentirla y verla de esa manera. Esa mujer, era sencillamente increíble, sensual, hermosa.

Admitió, aunque fuese solo en pensamientos, que lo tenía maravillado y que eso apenas empezaba, pues planeaba disfrutar de ella mucho más, por lo que restaba de la mañana o quizás, por lo que le quedaba de estadía en ese lugar.

Cuando Rebecca volvió a ser consciente de ella misma, tenía la frente apoyada sobre sus manos, las que aún temblaban, aferradas a las figuras de hierro.

Parpadeó, intentando aclarar su vista nublada y suspiró, sintiendo, cómo, las poderosas succiones de Gonzalo, habían pasado a ser suaves caricias, de esa pesada lengua, que le había arrebatado la cordura.

—Muchas gracias por el desayuno, Rebecca... estuvo delicioso; tanto, que me provoca repetir. —Gonzalo buscó la mirada de ella, y suspiró, sobre la suave vulva, que seguía temblando a momentos—. ¿Te gustó? —inquirió, sonriendo.

—Me lo preguntas en serio? —contestó ella, con otra interrogante, mientras lo miraba con asombro—. Creo que eso quedó bastante claro, con mis reacciones — mencionó, al ver que él, no estaba bromeando y esperaba su respuesta.

—Me gusta escucharlo —confesó, mordiéndole la sensible piel interior del muslo, y sonrió, al escucharla gemir.

—No me gustó, me fascinó, Gonzalo Dorta... tanto, que yo también estoy deseosa de repetir; pero digamos, que con algo más fuerte —mencionó, mirando por encima del hombro, la altiva erección; después, se movió, para acercar su rostro al de él—. La quiero dentro de mí, ahora —exigió, casi tocando los enrojecidos labios de él, los que aún mostraban las huellas de su humedad.

Gonzalo, una vez más, hizo alarde de su fuerza y movió con rapidez a Rebecca, para tumbarla sobre la cama. Esa mujer sabía exactamente qué decir, para despertar su lado salvaje.

Rodó sobre su costado, para tomar la cartera que había dejado sobre la mesa de noche y buscar un condón, pero sus dedos no encontraron el paquete, que necesitaba con urgencia.

—¡Mierda! No puede ser —expresó, sintiéndose frustrado.

—¿Qué sucede? —preguntó Rebecca, poniéndose de lado, para mirarlo mejor, aunque ya intuía lo que pasaba.

—Me quedé sin condones. —Le hizo saber, no tenía caso que la engañara; además, él tampoco se arriesgaría.

Ella sintió la desilusión aplastarla contra el colchón, pero de inmediato, recordó que debía tener algunos guardados, solo esperaba, que no estuvieran vencidos, porque ya llevaban un buen tiempo, allí.

Se movió, para salir de la cama, mientras mostraba una sonrisa; y al ver el desconcierto en la mirada de Gonzalo; creyó, que debía darle la buena noticia.

—Yo tengo, están en el armario del baño, enseguida regreso.

Gonzalo mostró una sonrisa radiante, al escuchar esas palabras y quiso ponerse de pie, para comerse a besos a esa mujer, era sencillamente perfecta.

Sin embargo, pensó, que un acto tan efusivo como ese, podía ser malinterpretado por ella y si deseaban mantener esa relación, como algo meramente sexual, lo mejor era ahorrarse cualquier acto, que pudiera terminar confundiendo a Rebecca.

Rebecca aún sentía las piernas temblar cuando casi corrió hasta el baño para buscar los preservativos, no podía perder la oportunidad de disfrutar del increíble sexo que le daba Gonzalo. Además, él se merecía una recompensa por todo ese placer que le entregó a manos llenas, cuando le dio sexo oral, fue sencillamente increíble y no podía solo dejarlo allí con esa erección como la tenía.

Ella se estaba cuidando con anticonceptivos, pero tampoco se arriesgaría a tener sexo con un hombre al que apenas conocía, por muy excitada que se encontrase, nunca perdía la cabeza de ese modo. Después de buscar en el gabinete tras el espejo por varios segundos, logró dar con lo que buscaba, miró la fecha de vencimiento y casi gritó de felicidad comprobar que no habían caducado; salió de allí sin perder tiempo.

—Aquí están, y lo mejor de todo, siguen vigentes.

Anunció Rebecca, regresando a la habitación, con una gran sonrisa, mientras mostraba una tira de tres sobres metalizados, color rojo, donde resaltaba la palabra *Durex*.

Subió a la cama gateando y se los extendió a Gonzalo, para que él comprobara si eran de su gusto o tamaño.

—Eres una mujer increíble, Rebecca —esbozó, llevando una mano a la nuca de ella, para acercarla y poder besarla.

—Y eso, que todavía no has visto todos mis trucos, Gonzalo.

El beso fue intenso desde el principio, sin roces suaves ni preámbulos; la lengua de Gonzalo llenó la boca de Rebecca; y ella separó sus labios, dejándose hacer. Le encantaba esa manera tan posesiva que tenía él de besarla, era un hombre rudo.

Sin embargo, no llegaba a ser patán, como lo eran otros, que confundían una nalgada excitante y palabras subidas de tonos, con golpes bruscos y vulgaridades, que no la excitaban para nada, sino que; por el contrario, la hacían sentir ofendida y maltratada.

El beso terminó entre húmedas succiones de labios, ella suspiró, sintiéndose extasiada, y cuando abrió los ojos, él se disponía a cubrirse con el preservativo; pero ella deseaba algo más, así que los planes de Gonzalo tendrían que esperar.

—No tan rápido, detective Dorta... y aún no he desayunado; y a decir verdad, estoy realmente hambrienta —dijo, quitándole el condón y lanzándolo junto a la almohada.

Se movió, quedando en medio de las poderosas piernas de Gonzalo, deslizó sus manos por la cálida piel cubierta de delgados, suaves y ondulados vellos, que las hacían ver muy masculinas.

Dejó que la derecha, se apoderara de la dura erección, mientras la otra, se deslizaba por ese pecho, que tanto le gustaba.

—Rebecca... te advierto, estuve a punto de correrme, solo mirándote; así que no respondo de lo que me provoques. —Gonzalo buscó captar la atención de ella; lo hizo, porque sabía que a algunas mujeres, no les gustaba que le acabaran en la boca.

—No te preocupes, te voy a tratar muy bien, y me hago responsable de todo —sentenció, viéndolo a los ojos; después, enfocó su mirada en la erección y mostró una sonrisa ladina.

Despacio, se acercó, deleitándose primero con la vista, acariciando con suavidad la longitud, que su mano apenas podía abarcar, era el pene más grueso que hubiera tenido en su vida, estaba en armonía con toda la anatomía de Gonzalo y no necesitaba tener un centímetro más, justo así era perfecto.

Suspiró, antes de deslizarse sus labios, sintiéndolo temblar ante ese simple roce, pudiendo comprobar con eso, lo que él le decía; estaba muy sensible.

Él la miraba, intentando controlar su impaciencia, estaba acostumbrado a que las mujeres fueran más directas y no tardaran tanto en llevarlo dentro de sus bocas, aunque debía confesar, que esa actitud de Rebecca, le gustaba mucho; y seguramente, la disfrutaría más, si no estuviera tan urgido de estar dentro de ella.

—¿Me vas a tener toda la mañana sufriendo, así? —preguntó, sin poder contenerse más y le acarició una mejilla, animándola a tomarlo de una vez por todas.

—Qué impaciente, detective —mencionó, con una sonrisa sensual, y con la lengua, le acarició la cima rosada y suave, gimiendo ante ese primer contacto—. Déjame disfrutar de esto.

Le pidió, mirándolo a los ojos, antes de que sus labios cubrieran por completo el glande y su lengua hiciera de las suyas, una vez que lo tuvo dentro.

Cerró los ojos, para darle a sus demás sentidos, el poder de percibir todo lo que hacía, lo escuchaba gemir y lo sentía temblar, respirando el aire caliente que brotaba de él, cargado de humedad y de ese olor que exudaba masculinidad; ese, que una vez más, iba aumentando el calor dentro de ella, haciendo, que delgados hilos de sudor, bajaran por su espalda y entre sus senos.

Sus labios se iban dilatando, a medida que lo llevaba más adentro, sintiendo, que no solo su boca se humedecía, sino que también, lo hacía su intimidad.

La piel de Gonzalo, ardía; y la de ella, también; el fuego en su interior, era deliciosamente intenso, y cuando aumentó sus movimientos, él también lo hizo, intentando ir más rápido dentro de su boca.

Lo sintió llevar una mano a sus cabellos, para despejar su rostro, mientras empujaba su cadera hacia arriba, pero sin ser brusco, solo se deslizaba despacio.

—Rebecca... ¡Me estás matando, mujer! —exclamó, sin apartar la mirada de ella, con la respiración agitada y el pecho bañado en sudor—. Qué labios tienes... qué boca tienes, sigue... sigue así, muñeca. —Gonzalo hizo muy clara su petición, quería que lo dejara acabarle en la boca, estaba a punto de hacerlo.

En medio de la neblina, que se había creado en torno a ella, Rebecca pudo escuchar las palabras de él; nunca había dejado que un hombre hiciera eso, y aunque estaba disfrutando mucho del momento, la poca cordura que le quedaba, la hizo reaccionar y detenerse, antes de que él se corriera en su boca.

—Eso también tienes que ganártelo, Gonzalo Dorta —susurró. Una vez que lo sacó de su boca, lo miró a los ojos y sonrió, al ver que él dejaba escapar un suspiro brusco.

—Dime cómo. Hago lo que sea —mencionó, acariciándole el rostro, quería estar en esa boca, de nuevo.

—Cuando el momento llegue, lo sabrás —dijo, deslizándose sus labios por la tensa y ahora húmeda longitud; él tembló, nuevamente.

Rebecca sabía, que estaba realmente desesperado, así que se movió con rapidez, cubriendo el poderoso cuerpo de Gonzalo con el suyo, mientras lo miraba a los ojos; y despacio, deslizó sus piernas a cada lado, dejándolo a él en medio, moviéndose con suavidad.

Gonzalo hizo lo que la mirada de Rebecca le pedía a gritos, ni siquiera supo a qué velocidad se puso el condón, lo único de lo que fue consciente, segundos después, fue de ese exquisito roce, que lo hundía dentro de ella, mientras la miraba a los ojos.

Le tomó la cabeza entre las manos, para apartarle el cabello y poder besarla con libertad, al tiempo que sus caderas, marcaban un ritmo desesperado y profundo, dentro de Rebecca.

Se tragó todos los gemidos de la morena, y aunque la noche anterior, había notado, que a ella, por momentos, le costaba tomarlo entero, en ese instante, la sentía abocada a tener en su interior cada centímetro de él. Era, como si el sexo oral que compartieron, hubiera despertando un deseo mucho más intenso en ambos.

Rebecca consiguió liberarse del beso, para tomar aire y a la vez, dejar salir todos esos jadeos que la estaban ahogando. Sus párpados cerrados, temblaban, y los senos, iban en un vaivén, rozando el pecho de Gonzalo.

Una vez más, él la volvía loca de placer, comenzó a morderle los labios, y al sentir que su cuerpo le exigía más de todo eso que vivía, se alejó un poco; y quedando sentada, comenzó a moverse, al mismo ritmo de él.

—¡Maldición! —exclamó Gonzalo, al sentir que estaba a punto de correrse, y cerró los ojos, hundiendo la cabeza en la almohada.

Apoyó sus talones en el colchón y empujó, más rápido y más fuerte, dentro de ella, apretándole las nalgas, consciente de que le dejaría la piel marcada.

Sintió, que Rebecca se iba, en medio de temblores, y dejó de luchar para mantenerse, también se dejó ir, disfrutando de las fuertes contracciones, que envolvían su miembro.

Ella se dejó caer sobre él, mientras seguía intentando respirar, sollozando en medio de los estremecimientos, que no le daban tregua.

No recordaba haber tenido un orgasmo así, tan intenso y placentero. Creyó, que moría en medio de tanto placer; los sollozos pasaron a ser risas entrecortadas; y después, se dejó caer sobre la cama. Sentía, que no tenía una pizca de fuerza.

—Estoy... realmente, hambrienta —dijo, un par de minutos después, cuando sintió un tirón en el estómago.

—¡Por Dios, mujer! ¡Dame tiempo para recuperarme! —Se quejó Gonzalo, mirándola, con asombro.

—¡Hablaba de comida! ¡Hambrienta de comida! —aclaró, riendo, y le acarició el rostro, cuando él se acercó a besarla.

—Eres muy hermosa, Rebecca —expresó, mirándola con detenimiento.

Descubrió algunas pecas, que salpicaban ese bello rostro moreno, y la luz de la mañana, que se reflejaba en el iris de sus fascinantes ojos, los hacía lucir más claros; y de pronto, sintió, que el corazón le latía más de prisa.

Se dejó llevar por esa emoción, que hacía mucho tiempo no lo llenaba y que lo hacía sentir realmente vivo, y sin esperar una respuesta, la besó; lo hizo con intensidad, para no ser consciente del poder que ella comenzaba a tener en su vida.

Después de compartir la ducha, bajaron, para preparar algo de desayuno; en realidad, Rebecca quiso preparar un almuerzo, pues iban a ser las doce.

Él le demostró, que no era tan inútil en la cocina; le ayudó con los vegetales y también se encargó de freír las gambas, mientras ella preparaba todo lo demás; pues de nuevo, Rebecca le haría degustar una receta típica de Nueva Orleans.

Los famosos *Po boys*, algo parecido a un sándwich submarino, cuyo relleno eran gambas fritas y una mayonesa especial, que según le dijo, era el secreto de que fueran tan deliciosos; y solo los que vivían allí, sabían bien cómo prepararlo.

Se sentaron a la mesa, mirando solo unos segundos los deliciosos panes, antes de llevárselos a la boca. Gonzalo, prácticamente, devoró la mitad, de tres mordiscos; y eran panes de quince centímetros, mientras ella lo miraba, divertida.

—Esto está delicioso, tienes unas manos mágicas, Rebecca.

—Muchas gracias, he aprendido de la mejor; mi madrina —dijo, sonriendo—. Varios restaurantes, de alto nivel, le han ofrecido trabajo, con salarios mayores al que yo le pago, pero ella nunca ha querido abandonar la cocina de Meeting Point.

—A veces, es mejor quedarse en donde se está cómodo, que ir tras más, por ambición; y terminar odiando lo que antes se amaba —comentó Gonzalo, bebiendo de su jugo de ciruela.

—Hablas con mucha propiedad, ¿es ese tu caso? ¿Estás cansado de perseguir delincuentes? —preguntó, mirándolo.

—No, no es mi caso —dijo, sonriendo. Ella era muy directa y eso le gustaba—. Me siento bien con mi trabajo, fue lo que siempre quise hacer, aunque como todo, tiene sus altibajos y en ocasiones, quiero dejarlo, pero no sé hacer nada más, no me sentiría bien en otra cosa —explicó, manteniéndole la mirada.

—Te entiendo, yo siempre quise estudiar arte, me encanta la escultura... soñaba con eso.

—¿Y por qué no lo haces? —inquirió, al ver que se quedaba callada, y que la alegría, se esfumó de ella.

—Porque tuve que poner prioridades en mi vida, el restaurante está por encima de todo, y también esta casa —contestó, sin mirarlo. Se concentró en comer, no le gustaba hablar del tema con nadie, y menos con él, a quien apenas conocía.

—Podrías hacer las dos cosas, estudiar y dejar a alguien encargado del restaurante; podrías volver a supervisarlo, cada vez que puedas... —decía, pero ella no lo dejó seguir.

—Las cosas son más complicadas que eso, Gonzalo —dijo, con algo de rudeza.

Esperaba que con eso, él dejara el tema de lado, no quería arruinar el momento, hablando de sus tragedias, ni de todo lo que había perdido.

Se había prometido continuar con su vida, construir una, con lo poco que tenía, y ser feliz con ello.

Gonzalo, supo, que había tocado la tecla equivocada y quiso repararlo, pero no era muy bueno consolando; sin embargo, hizo un esfuerzo y buscó la mirada de Rebecca.

—¿Sabes algo? A medida que te voy conociendo, me doy cuenta de que no eres una mujer, que se deje avasallar por la situación ni por nadie, eres fuerte Rebecca; y sé, que tarde o temprano, vas a conseguir lo que desees —pronunció, totalmente convencido de sus palabras.

Rebecca no supo qué responder, la emoción que le produjeron sus palabras, le había robado la voz; lo vio a los ojos, intentando que su mirada le diera las gracias, y lo reforzó, acariciándole la mano.

Él le entregó una sonrisa, tan hermosa, que arrancó un suspiro de su pecho.

Se acercó, para besarlo; y lo hizo con roces tiernos, pues era el primer hombre, aparte de Louis, que en mucho tiempo, le demostraba verdadera admiración. En ese instante, Gonzalo, tal vez, sin saberlo, la hizo sumamente feliz.

Silvia, se mordía el labio, mientras miraba a Dominic, concentrado en los papeles que estudiaba. Había pasado días, dándole vueltas en su cabeza, a la conversación que había tendido con Deborah, y la tentación de contarle todo a Dominic, cada vez era más grade.

Se puso de pie, caminando hasta el ventanal, para estirar sus músculos, llevaban horas allí, porque Dominic no terminaba de convencerse del porcentaje de ganancias, que arrojaba la nueva línea de productos creada por Deborah.

Ella sabía, que la verdadera razón, para que él estuviera tan renuente a aceptarlo, era porque debía reconocer, que Deborah, tenía razón, que la empresa necesitaba de un aire actual, innovador, y que su hija, se lo había dado, que su estrategia había sido un éxito y ella había ganado.

Se puso de pie y caminó hasta la pequeña nevera empotrada en el mueble, donde estaba ubicado el bar; tomó una botella de agua y bebió casi la mitad; tenía la garganta seca y sentía la lengua pesada; suponía, que esa sensación, no la dejaría, hasta que hablase con él.

De forma automática, dejó escapar un suspiro, cargado de nostalgia.

—¿Qué sucede, Silvia? —preguntó él, al escucharla, pero no apartó su mirada de los papeles que revisaba.

—Nada, ¿por qué lo preguntas? —contestó con otra interrogante, mientras lo miraba, aunque él no la veía a ella.

—Porque pareces un fantasma, rondando, dentro de la oficina; te levantas, caminas de un lugar a otro y andas suspirando. Solo haces eso, cuando algo sucede o deseas decirme alguna cosa, pero no te atreves; por eso, te pregunto, ¿qué sucede? —inquirió, de nuevo.

—El otro día, estuve hablando con Deborah...

—Siempre estás hablando con ella, pareces su asistente, en lugar de la mía. —Se quejó, sin dejarla continuar. Vio que se tensaba, así que le siguió la corriente—. ¿Y de qué hablaron?

—De la manera en la que nos conocimos, del día en que ella nació... ¿Lo recuerdas? —Silvia hizo esa pregunta, con una mezcla de nostalgia y felicidad en la voz.

—Claro —masculló Dominic, frunciendo el ceño.

—Hacia mucho tiempo, que no hablaba de eso, pero hacerlo con Deborah, fue... fue como, liberador; y ella se veía tan sorprendida. Creo que nunca imaginó, que entre las dos, existiera un lazo que nos uniera... —decía, emocionada, cuando él la detuvo.

—No te une nada a ella, Silvia —pronunció, de manera tajante y la vio tensarse, por lo que se arrepintió, de inmediato.

Se levantó del sillón y caminó, para estirar sus piernas; quiso acercarse a su mujer, pero algo en el lenguaje corporal de ella, le advirtió, que se mantuviera lejos; así que siguió de largo, hasta el ventanal y se quedó mirando el paisaje.

—Gracias por valorar tan poco lo que hice por ella —expresó, con la voz cargada de resentimiento.

—¿Y qué hiciste por ella, Silvia? Todo no fue más que una casualidad y tú te ofreciste, eso no te otorga ningún derecho sobre Deborah, lo sabes bien; además, yo te lo agradecí en su momento... incluso, hoy, lo hago. Pero el papel de madre sustituta, no te va; y menos a estas alturas —mencionó, sin poder contener la molestia, que hablar de Deborah, de su nacimiento y de todo lo demás, le causaba; ya no quería seguir recordando nada de eso.

—Por desgracia, no pude hacer nada más por ella, solo salvarle la vida, cuando tenía días de nacida —esbozó, profundamente dolida, y aunque luchó por no llorar, ya las lágrimas estaban allí.

—¿Salvarle la vida? ¡Por Dios, Silvia! Hoy tu nivel de dramatismo está en su punto máximo. Lo único que hiciste fue, amamantar a Deborah durante un mes, y ya te crees su salvadora.

Dominic la miraba, realmente asombrado; siempre fue consciente, de ese notorio interés que tenía Silvia, por ser alguien especial para Deborah, por acercarse a ella y fortalecer ese vínculo, que según ella, tenían ambas; pero, lo que nunca imagino fue, que realmente deseara ser una madre sustituta. Eso era ridículo.

—Sabes bien, que hubiese muerto, si no lo hacía. Christie no podía y ella era alérgica a las fórmulas...

—Los sueros que le administraban los médicos, la hubiesen mantenido —alegó, mirándola a los ojos.

—¡No era lo mismo! Ella estaba tan pequeña, tan frágil, cuando la vi, estaba mal... y sí, cuando nació, estaba hermosa, desde bebé lo fue, pero se fue deteriorando y eso no puedes negarlo; si yo no le hubiese dado pecho...

—No hubiera sucedido absolutamente nada, hoy en día, muchas madres no les dan seno a sus hijos, y ninguno muere, así que no seas dramática. Si accedimos a que tú lo hicieras con Deborah, fue más que todo, para que tuvieras un consuelo, por la pérdida de tu hija, nada más —dijo, para cortar con esas estúpidas esperanzas que ella se hacía, era mejor que lo hiciera él, a que en cualquier momento, Deborah la hiriese, con sus desprecios.

Silvia se quedó pasmada, ante las palabras de Dominic; sabía que podía llegar a ser cruel, aunque nunca imaginó, que lo hiciera a ese grado; sin decirle nada más, le dio la espalda y caminó hasta la puerta, necesitaba salir de ese lugar.

—Silvia, por Dios, no hagas una tormenta en un vaso de agua. Mira, si quieres que reconozca que tu ayuda fue muy útil, para mantener a Deborah sana, está bien, lo hago... igual ya lo hice antes, pero te empeñas en no recordarlo.

—¡No se trata de eso! Sino de que tu hija, se mostró muy agradecida conmigo, que por primera vez en todos estos años, Deborah y yo, tuvimos un acercamiento real; y eso me hace feliz —pronunció, sintiéndose furiosa en verdad.

—No deberías hacerlo, tú no conoces a Deborah y no sabes cómo es en realidad. —Le advirtió, mirándola a los ojos.

—¡No! Eres tú quien no la conoces, Dominic. Nunca te preocupas por ella, por escucharla, por aconsejarla... ¡Eres el peor padre que he conocido en mi vida! —Le gritó, mirándolo.

—¡Ahora resulta, que la culpa es mía! ¡Esto era lo último que me faltaba! ¡Genial! —exclamó, dándole la espalda, para ignorarla.

—Pues sí, es tu culpa, tuya y de Christie, que dejó que tú le hicieras esto a su hija, porque siempre fue una cobarde y una egoísta, que solo pensaba en ella. Si yo hubiese estado en su lugar, al primer desaire que le hubieras hecho a Deborah, me marchaba y te dejaba con tu amargura. Eso es lo que haría una madre normal, una madre que en verdad, quisiera a su hija.

—No hables de lo que no sabes, Silvia —dijo, entre dientes.

—Hablo de lo que vi y de lo que veo ahora. Cuando me divorcié de Arnold y me fui de Nueva Orleans, dejé a una niña feliz, hermosa y con unos padres que la adoraban; pero al volver, me encontré con una adolescente rebelde, obstinada y llena de rencor; cuyos padres, se la pasaban discutiendo todo el tiempo, que la lastimaban con su indiferencia y la convirtieron en la mujer que es hoy en día. Aun así, ella trata de salir adelante, sigue en su empeño de demostrarte, que puede ser mejor, y tú sigues ignorándola, sigues lastimándola.

Silvia dejó salir todo lo que llevaba años guardando en su interior, pues, aunque lo negara ante los demás, muy en el fondo de su corazón, sentía a Deborah como a su hija, ya que fue ella quien llenó el vacío que le dejó Brithany en su corazón.

Dominic se quedó callado, porque no tenía palabras, para rebatir todo lo que Silvia había dicho. Excusarse en el dolor que le provocó la traición de Christie, era algo que nunca se atrevería a admitir delante de nadie, ni siquiera de su amante.

—Dejemos el tema hasta aquí, Silvia —mencionó y caminó, para tomar su saco del perchero, necesitaba salir de allí.

—Siempre haces lo mismo, pero esta vez, vas a escucharme, lo quieras o no —indicó, tomándolo del brazo, para detenerlo; y mirándolo a los ojos, continuó—: tienes que quitarte la venda de los ojos, Dominic, tienes que corregir tus errores; o llegará el día, en que no habrá nada que reparar. Deja de actuar como un imbécil e intenta mejorar la relación con tu hija... —Le decía, pegándole con el índice en el pecho, para ver si así entendía.

—Ella no es... —Se interrumpió, rehuyéndole la mirada a Silvia—. Yo no tengo nada que hacer. Deborah es una mujer adulta y su comportamiento, es asunto suyo —sentenció, liberándose del agarre en su brazo.

—Ella es tu hija, fuiste tú quien estuvo el día en que nació, a quien llamó papá, quien la enseñó a hablar, quien la dormía en las noches, arrullándola... Dominic, tú fuiste su héroe, desde mucho antes de que ella supiera lo que eso significaba; tu hija te adoraba y tú a ella. Estoy segura, que ese sentimiento, todavía está allí, en los dos... pero el orgullo los está matando a ambos. Hazlo a un lado y busca a Deborah, habla con ella, arregla las cosas... por favor —pidió, con la voz ronca y lágrimas bajando por sus mejillas. Se acercó a él, para acariciarle la espalda.

—¿Terminaste? —Se volvió a mirarla; el dolor que le provocó cada palabra de Silvy, se había transformado en furia, y su mirada lo gritaba—. Te diré esto solo una vez, una vez y no pienso volver a repetirlo, Silvy: mis asuntos con Deborah, no te conciernen, y lo que haga o no, es mi maldito problema, así que nunca más vuelvas a meterte en esto, ¿entendido? —preguntó, mirándola a los ojos, mientras Silvy lo veía, asombrada—. Y ella ya tuvo una madre, no necesita otra.

Silvy tembló, al ver la ira que destellaba en la mirada de Dominic y en el tono de su voz; sin embargo, no era de las mujeres que se dejaba intimidar por nadie; se irguió, para demostrarle que no le tenía miedo y le mantuvo la mirada.

—Sí, ella tuvo una madre... una madre de mierda y un padre que es un cobarde, que no logra superar lo que sea que haya sucedido. —Elevó una mano, para detenerlo, al ver que él intentaba hablar, de nuevo—, y no me meteré más en tus asuntos, pero ni se te ocurra pedirme que me aleje de Deborah o que le niegue mi ayuda, porque nunca lo haré... lamento el día en que Dios le dio la oportunidad de ser padres, a las personas equivocadas.

Tras decir esas palabras, le dio la espalda y salió de la oficina; cerró las hojas de madera corredizas, descargando en estas, parte de la rabia que sentía dentro del pecho.

Ese sentimiento, también mantuvo las lágrimas a raya, mientras se desliza con andar decidido, por el pasillo; pero una vez que se encontró sola, dentro del baño, las dejó salir de manera dolorosa, en un torrente.

—Maldito estúpido... arrogante, ciego...

Escuchó el sonido que hacía la puerta al abrirse y se tensó; su mirada voló a su reflejo en el espejo, percatándose del deplorable estado en el cual se encontraba; dejó escapar un suspiro tembloroso, deseando desaparecer de ese lugar, para no causar la lástima de la persona que entraba.

—Silvy... ¿Estás bien? —preguntó Deborah, al verla tan mal. La siguió, cuando la vio entrar al baño, y aunque se le veía molesta, nunca esperó encontrarla en esas condiciones.

—Sí... sí... estoy bien —respondió, sacando con rapidez, toallas de papel, del dispensador a su derecha.

—Pues no lo parece, ¿Dominic te hizo algo? —insistió.

—Dominic... Dominic es un pedazo de mierda —murmuró, dejándose llevar por la rabia; pero después, recapacitó—. Lo siento, no debo expresarme de esa manera. Es tu padre —dijo, secándose las lágrimas y sacudiéndose con sutileza la nariz.

—No tienes que disculparte, opinamos lo mismo... yo también creo que es un pedazo de mierda. —Deborah dejó que el resentimiento hablara por ella; sin embargo, recordó que no debía mostrar su odio tan abiertamente; suspiró y habló de nuevo—; bueno, no todo el tiempo, claro está... a veces no es tan idiota, pero algo tuvo que hacerte, para que estés así.

Se acercó a ella, mirándola con fingido pesar y le puso una mano en la espalda, para consolarla; necesitaba obtener la información que deseaba. Si las cosas andaban mal entre Silvy y Dominic, quizás podría sacar algún provecho de ello.

—En serio, estoy bien, fue solo una discusión, aunque más fuerte que de costumbre, y de un tema personal, por eso me afectó, pero ya se me pasará, Debbie. —La miró con cariño.

—Me agrada que me llames de esa manera, se siente bien escucharlo, viniendo de ti —expresó, usando a su favor ese cariño, que sabía, Silvy sentía por ella.

—A mí me gusta hacerlo. —Sonrió, mirándola a los ojos, y se acercó a ella, amarrándola en un abrazo, dejándose llevar por sus emociones; y las lágrimas, de nuevo, colmaron sus ojos—. Siento mucho todo lo que has tenido que vivir. Si hubiera estado en mis manos ahorrarte tantas penas, tanto dolor... —pronunció, en medio de sollozos, dejando libre su llanto.

—Silvy... —Deborah no supo qué más decir.

La sensación que la embargó, ante el gesto de la mujer, le resultó contradictoria; por un lado, esas muestras de cariño, la incomodaban; pero por otro, sentía, que la calidez que Silvy le brindaba, era algo que había extrañado mucho; tanto, que ni siquiera recordaba cuándo fue la última vez que lo vivió.

Pues su madre, las últimas veces que lo hizo, siempre estaba borracha, llorando y culpando a la vida de sus desgracias; así que, en lugar de darle consuelo, terminaba recargándole una culpa que no era suya.

—Yo... lo siento, lo siento mucho, Debbie; me dejé llevar. —Se excusó, alejándose de ella, y no pudo evitar acariciarle el cabello.

—Tranquila, no hay problema. —Deborah le sonrió, de manera cariñosa, ni siquiera supo por qué lo hizo.

El silencio que las envolvió, se tornó un tanto incómodo; Deborah se excusó, lavándose las manos; y Silvy, intentó arreglar su maquillaje, que estaba hecho un desastre.

Ninguna de las dos, sabía qué más decir, pues sentían, que cualquier cosa que saliera de sus bocas, las dejaría muy expuestas; a pesar de lo que pudiera pensar Dominic, ese lazo, que se creó entre las dos, hacía años y que días atrás, se volvió más fuerte, sí era real.

—Silvy... —mencionó Julia, entrando al baño, pero al verlas juntas, se cohibió un poco—, disculpa que te moleste, pero el señor Wallis, te necesita en su oficina. —Su voz apenas se escuchaba e intentaba no mirar a la mujer a los ojos.

—Dile que estoy ocupada, o mejor, dile que me fui de la empresa. No pienso verlo —comentó, lanzando las servilletas que había arrugado, a la papelera.

—Él me dijo expresamente, que debías ir a su oficina, es para un asunto muy importante —insistió, pues su jefe no aceptaría una negativa, y ella no quería ganarse un regaño.

—Para Dominic, todos los asuntos son importantes —masculló, negándose a ir, esta vez no se la pondría fácil—; pero si tanto le urge, que vaya a mi oficina, yo no tengo por qué moverme, el interesado es él.

—En este momento, no puede hacerlo...

—¿Acaso es un parálítico, que no puede moverse? —inquirió, arqueando una ceja y mirando a la chica, con autoridad.

—Silvy... la pobre Julia no tiene culpa de lo que pudo hacerte Dominic, relájate un poco y no permitas que la actitud de mi padre, te afecte. No le des ese poder o sabrá cómo atormentarte —mencionó Deborah, compartiendo con ella lo que había aprendido, después de años de lidiar con él.

—Tienes razón, pero igual no pienso ir a su oficina, lo que sea que tenga que decirme, puede esperar; en este momento, lo que menos deseo, es ver a Dominic Wallis a la cara —sentenció.

Julia dejó escapar un suspiro, cargado de frustración; al parecer, inevitablemente, se ganaría el mal humor de su jefe. Miró a Silvy, pidiéndole su auxilio, pero al ver que no cedería, habló.

—Yo... bueno, no debería decirte esto, porque supongo que debe ser el señor Wallis quien te lo diga, pero en vista de que no vas a hacerlo y seré yo la que sufra su mal humor, ahí va. Te envié a buscar, porque necesita que atiendas algo importante, acaba de llamar la asistente del doctor Stevenson... —decía, cuando Silvy la interrumpió.

—Eso no tiene nada de extraño, la mujer llama casi a diario —dijo Silvy, haciendo un ademán despectivo, con la mano.

Deborah; por el contrario, se había tensado, como la cuerda de un arco, clavó su mirada en la diminuta rubia, para escuchar lo que tenía que decir, mientras el corazón le latía cada vez más rápido y sus piernas comenzaron a temblarle.

Presentía que algo malo había sucedido, pues conocía a Dominic y él no se bajaría a pedirle a Silvy, que fuera a verlo, después de haber tenido una discusión recientemente, si no fuera por algo importante.

—Si no me dejas terminar, no sabrás lo que ocurrió —suspiró, para armarse de valor, pues no era fácil dar una noticia así—. Natalia llamó, para comunicarnos, que George Stevenson, murió esta mañana; al parecer, no logró superar su estado crítico y sufrió un paro cardíaco —mencionó, con algo de pesar.

—¡Por Dios! ¿Estás segura de eso, Julia? —cuestionó Silvy, verdaderamente conmocionada.

Deborah sintió, que era golpeada por una bola de demolición, al escuchar esa noticia; cerró los ojos, para evitar que las lágrimas la desbordasen, y cuando quiso abrir

los párpados, de nuevo, todo se puso negro; y sintió, que un agujero, se abrió bajo sus pies y se la tragaba. Después de eso, no supo más de ella.

Una densa bruma, parecía envolver a Deborah, alejándola del mundo real. Escuchaba voces, que le parecían lejanas y no lograba entender lo que decían; sus pupilas se movían bajo los párpados, pero estos estaban tan pesados, que no lograba abrirlos; aunque al menos, consiguió suspirar, para liberar esa presión que sentía en el pecho, e intentó mantenerse en ese estado, que le brindaba un poco de calma, pues estaba segura, que al despertar, todo sería un caos.

Dominic se encontraba junto a Silvy, en la pequeña habitación de la enfermería, ubicada dentro de las instalaciones de la empresa.

Deborah había sido trasladada hasta allí, después que se desplomara, dentro del baño; alarmando a las dos mujeres junto a ella, pues todo pasó de repente. No había dado muestras de sentirse mal, y de un momento a otro, se desvaneció.

—Esto me preocupa —mencionó Dominic, en un susurro.

—Es normal que lo hagas, es tu hija... aunque seas un desalmado y te hagas el indiferente. —Le reprochó Silvy.

—¿Podrías dejar el tema de lado, de una buena vez? Por favor —pidió, mirándola con seriedad; suspiró, antes de continuar—: me preocupa que ella haya cometido alguna estupidez, por ejemplo, dejarse embarazar; y si mis sospechas son ciertas, Dios quiera que no sea de Stevenson.

—¡Por Dios, Dominic! ¡Qué cosas dices! Eso es absurdo. Deborah no tenía una relación con ese hombre, hasta donde sé, solo eran amigos —comentó ella, alarmada, ante las palabras cargadas de calumnias de él.

—Ella le gustaba; y sabes muy bien, que Deborah le seguía el juego; si no, de dónde logró sacar tanta información, para crear su proyecto. Ella no sabía nada de la empresa, y de la noche a la mañana, se presentó como la salvadora —expresó, con molestia.

—Ya deja de ver a tu hija de esa manera. Deborah es una chica inteligente y capaz, hizo un buen trabajo y tú deberías reconocerlo de una buena vez. Es probable que haya recibido ayuda de Stevenson, pero dudo mucho, que él haya hecho todo por ella; ese proyecto era suyo y lo sabes bien —dijo, mirándolo a los ojos, con resentimiento.

—Ya... ya, puede que sea suyo, pero eso no la libra de sospechas; algo le está sucediendo a Deborah, y eso no lo puedes negar. Lleva días mostrándose extraña, se le ve desencajada y parece que todo el tiempo viviera asustada. Le hago cualquier pregunta y se pone a la defensiva... algo oculta. —Se volvió, para mirarla, tendida en la camilla, y frunció el ceño.

—Bueno, en eso te doy la razón, últimamente, ha estado bastante tensa, y no es la primera vez que se siente mal, pero no creo que sea un embarazo; Deborah es una chica inteligente y sabe cuidarse —confirmó, dándole un voto de confianza.

—Lo mismo pensaba yo de su madre y un día me llegó con una prueba de embarazo positiva —pronunció, con amargura, sin atreverse a mirar a Silvy, aunque la sintió tensarse.

—Si ese es el caso, no veo por qué deba representar un problema. Deborah es una mujer adulta, es solvente económicamente y sabrá tomar la decisión adecuada —mencionó, mirándolo; sonrió de manera traviesa, cuando una idea cruzó su cabeza—; y tal vez, tener un nieto, te quite lo amargado —expuso, sonriendo, lo vio ponerse pálido, primero; y después, rojo, de rabia.

—Tu comentario no me causa gracia —dijo Dominic, entre dientes, y sus cejas casi se volvieron una. Caminó, sacudiendo su cabeza, para alejar esa idea—. Lo pintas todo maravilloso, como siempre, pero qué hay si el padre fuera George Stevenson; porque no me puedes negar, que esta reacción de ella, al enterarse de la muerte del abogado, es un tanto exagerada —cuestionó.

—No necesariamente tuvo que ser por él, ya lo has dicho, no es la primera vez que se siente mal; además, te repito, tu hija nunca mostró un interés hacia ese hombre, si estás en lo cierto y todo esto se debe a un embarazo, el padre tiene que ser otro.

—Con la vida que ella lleva, puede ser cualquiera; incluso, podría ser del chofer... —Se detuvo, al ver que Silvy abría los ojos, con sorpresa—. Ya te había comentado antes, que tenía mis sospechas, pero cada día lo confirmo más. Ellos creen que soy estúpido y que no me doy cuenta de que tienen una relación, pero se equivocan, estoy al tanto de todo —pronunció, con amargura y le dio la espalda, ya no soportaba seguir callando tantas cosas.

—Yo... la verdad, sí he notado algunas actitudes en los dos, pero no veo que tenga algo de malo. Maurice no es un mal muchacho y conoce a Debbie desde que eran niños; es decir, es natural que entre ellos dos, haya nacido un sentimiento; además, él está estudiando, se está esforzando por tener mejor condición de vida. Dominic, debes al menos reconocer eso —decía, cuando él se volvió a mirarla, furioso.

—¡Reconocer qué, Silvy! —espetó, casi en un grito, que intentó controlar, para no alarmar a la doctora y a la enfermera que estaban en la otra sala; inhaló profundamente, para controlarse—. Me pides reconocer y aceptar, que el apellido Wallis, esté algún día mezclado con... con... uno que no vale nada.

—Pues el de Christie no es que haya valido mucho e igual lo mezclaste, ¿o se te olvida lo que era tu mujer antes de casarse contigo? Porque si es así, yo no tengo ningún problema en recordártelo; así que, ya deja de criticar a Deborah por sus acciones, porque no tienes la moral para hacerlo. —Le reprochó, mirándolo a los ojos.

El la hizo sentir ofendida, porque si así consideraba a Maurice, seguramente también opinaría lo mismo de su apellido; después de todo, los Bolton, no eran de abolengo, eran como cualquier otra familia americana trabajadora.

—Mejor dejemos este tema de lado, estamos perdiendo el tiempo, haciendo conjeturas, sin saber a ciencia cierta, lo que tiene Deborah; con suerte y solo será una anemia o consecuencias de esas dietas locas que hacen las mujeres —mencionó, rehuyéndole a la conversación. Cada vez que le nombraban a Christie, era como si le lanzaran aceite hirviendo en el cuerpo.

—Me parece lo mejor —concluyó Silvy, desviándole la mirada y se acercó a la camilla, para ver a Deborah.

Sabía que se había puesto así, porque ella le tocó el tema de su difunda esposa. Era un estúpido cobarde, que no deseaba admitir, que seguía enamorado de aquel espejismo.

Aunque se esforzara todo el tiempo por hacerle creer lo contrario, ella no era tonta, sabía perfectamente, que Dominic, no la amaba; que solo veía en ella, un apoyo y un cuerpo donde saciar su apetito sexual de vez en cuando, pero no significaba nada más, eso lo tenía muy claro.

Deborah terminó de salir de ese estado de inconsciencia donde se encontraba, abrió y cerró los párpados en repetidas ocasiones, pues el peso que sentía en ella, no le permitía tenerlos abiertos del todo.

Movió su lengua, sintiéndola algo pegajosa, como si hubiera estado de esa manera por mucho tiempo; al final, logró captar la atención de las demás personas en la habitación.

—¿Qué me pasó? —inquirió, en un hilo de voz e intentó ponerse de pie, pero se sentía débil.

—Debbie, no te muevas... debes quedarte allí. Sufriste un desmayo y te golpeaste la cabeza, pero vas a estar bien —contestó Silvy, acariciándole el cabello.

—¿Dónde estoy? —preguntó, de nuevo, enfocando su mirada en la mujer; y se tensó, al ver a Dominic allí, también.

—En la enfermería de la empresa —habló él, fijando la mirada en ella. En verdad se veía mal y no pudo evitar preocuparse.

—Quédate así, acostada, iré a llamar a la doctora, para que venga a verte. —Silvy salió del lugar, con rapidez.

Deborah desvió el rostro hacia la pared a su derecha, no quería enfrentarse a la mirada acusadora de Dominic; debía estar pensando cientos de cosas malas, pues ni siquiera en esas circunstancias, lo veía comportarse como un padre.

—El otro día te pregunté, que qué te pasaba y me dijiste que nada; quiero, que ahora me digas la verdad, Deborah. ¿Qué es lo que tienes? —demandó, sin importarle que ella quisiera ignorarlo.

—No me pasa nada y ya déjeme en paz, no tiene nada que hacer aquí —pronunció, su voz seguía siendo aguda, y sentía que eso la hacía verse débil, así que, se aclaró la garganta, para seguir hablando—. Váyase, no es necesario que siga con el papel del padre ejemplar, que se preocupa por un simple desmayo de su hija; todo el mundo sabe que no le importo —expresó, con mayor seguridad, esta vez.

Dominic estaba por responderle, cuando escuchó la puerta abrirse, tras él; y supo, que era mejor guardar silencio. Prefirió hacerse a un lado, para que la doctora pudiera atenderla.

—¿Cómo se siente, señorita Wallis? —preguntó la mujer.

—Algo aturdida y con dolor de cabeza —respondió, dejándose examinar; en verdad, su estado empezaba a preocuparle.

—Es normal, se dio un golpe muy fuerte en la cabeza. Voy a darle la orden, para que se haga una tomografía y así descartamos cualquier lesión; ya que, muchas veces, que no veamos consecuencias de inmediato, no quiere decir, que no haya algún daño —mencionó, de manera profesional, revisando la presión arterial de la chica.

—Creo que debería enviarle a hacer un chequeo completo, doctora. Deborah lleva días sintiéndose mal —acotó Silvy.

—No es necesario... estoy bien —indicó Deborah, al tiempo que se levantaba, despacio, para no empeorar su estado.

—Nunca está de más hacerse una revisión, señorita Wallis —comentó y no le pasó desapercibida la incomodidad que mostraban padre e hija, por esa situación—. ¿Nos podrían dejar a solas un momento? Por favor —pidió, mirando al presidente de la empresa y a su asistente, por encima de sus anteojos.

—Claro, estaremos a fuera, por si necesita algo. Vamos, Dominic —dijo Silvy, tomándolo del brazo, para sacarlo.

La doctora, esperó a que salieran, y se volvió, para mirar a Deborah, quien tenía la vista puesta en sus manos; en ese instante, no parecía la mujer altiva, que caminaba a diario por los pasillos de la empresa, dando órdenes; sino, una chica normal.

—Bien, le haré algunas preguntas de rutina, para saber qué tipo de pruebas indicarle —anunció. Antes de proseguir, tomó su libreta y el bolígrafo, para tomar nota—.

¿Cómo está su período, Deborah? ¿Es normal o ha tenido algún retraso? —inquirió, mirándola a los ojos.

—Está bien, no es regular... pero no ha fallado. No estoy embarazada —dijo, de manera tajante, aunque no recordaba con exactitud, cuándo lo tuvo por última vez.

—Bien, aunque no debemos descartar nada. Si tiene una vida sexual activa, está propensa a quedar embarazada. Los métodos anticonceptivos, no son cien por ciento seguros. —Anotó en el formulario la orden, para que se hiciera un análisis de sangre.

Deborah estuvo a punto de soltar una carcajada histérica, pero se contuvo, mirando a otro lado, e intentó controlar el temblor que se apoderó de sus manos.

¿Una vida sexual activa? Si la estúpida doctora esta supiera, que tengo dos amantes, y que ninguno se cuida, solo yo.

Pensó, sintiendo unas terribles ganas de llorar, de solo imaginar, que algo como eso pudiera pasarle. Ella no podía estar embarazada, eso sería un tiro de gracia, no solo para ella, sino también para Diego y Maurice, pues no sabría cuál de los dos sería el padre; al primero, seguramente no le importaría; pero al segundo, le destruiría la vida.

—No te preocupes, los síntomas que tienes, también pueden deberse al estrés. Te ves agotada, también puede ser eso, o quizás, tengas anemia. El resultado de la prueba de sangre, nos dará la causa de tu desmayo; por lo pronto, te irás a tu casa, a descansar —ordenó, mirándola a los ojos. Vio que se disponía a protestar, por lo que habló antes—, y tendrás dos días de reposo. Debes hacerte todos estos estudios mañana, y cuando tengas los resultados, puedes traérmelos o los llevas con tu médico de confianza, pero no dejes de hacerlo, Deborah.

La miró con seriedad, para hacerle ver, que hablaba en serio, y también, le dio un trato más cercano. Ella podía ser la hija de Dominic Wallis y una de las socias de la empresa, pero en ese instante, era su paciente y era igual a todos los otros empleados.

—Haré lo que me dice, muchas gracias, doctora Gorman.

Deborah decidió no contradecir a la mujer, para poder marcharse de allí; se puso de pie, sintiendo que las piernas le flaqueaban unos segundos, pero de inmediato, se recompuso y adoptó su postura erguida.

—De nada, y no tomes ningún medicamento, hasta que no te hagas el análisis de sangre —indicó, extendiéndole la hoja, mientras le dedicaba una sonrisa amable.

—Bien, que tenga buenas tardes.

Después de decir eso, salió del lugar; su mirada se topó con las de Silvy y Dominic. La mujer la veía con una mezcla de ternura y preocupación; en cambio él, mostraba abiertamente su desconfianza.

—Estoy bien, ha dicho que solo es el estrés; me envié a hacer unos análisis y eso es todo —mencionó, antes de que ellos fueran a acribillarla a preguntas.

Caminó hasta su oficina, siendo seguida por ambos; cuando entró, quiso cerrarles la puerta en las narices, pero se contuvo y buscó su bolso, para salir de allí cuanto antes.

Sin embargo, recordó lo que le había escuchado a Julia, tenía que asegurarse de que era verdad, miró a Silvy.

—¿Es cierto lo de George Stevenson? —preguntó, con el tono más calmado que tenía.

—Sí, es una verdadera pena —confirmó Silvy, caminando hacia ella—. Los doctores hicieron todo lo posible; sin embargo, él no resistió. El sepelio será dentro de dos días; deben traerlo desde Jackson y esperar la llegada de sus hijos.

—Debemos acompañar a los Stevenson en este momento —indicó Dominic, quien no despegaba la mirada de Deborah.

Ella se obligó a salir del trance donde se encontraba, al escuchar esas palabras y enfocó su mirada en Dominic, asintiendo.

—Por supuesto, me voy a la casa, la doctora dijo que debía descansar —informó, caminando directo a la puerta.

—Tu padre le dirá a Gaël que te lleve —intervino Silvy, antes de que saliera de la oficina.

—No es necesario, ya me siento mejor y conduciré con cuidado; gracias por todo, Silvy. —Regresó, para despedirse de la mujer con un beso en la mejilla; y después, miró a Dominic. No se acercó a él, porque hacía mucho, que entre los dos, no había una muestra de cariño o mera cortesía; así que, solo se limitó a hablarle desde donde estaba—. Nos vemos después.

Salió del lugar, siendo consciente de que las miradas de Dominic y Silvy, estaban encima de ella, por lo que procuró parecer calmada, mientras caminaba por el pasillo. Esperó a que las puertas del ascensor se cerraran, para poder apoyarse contra el frío metal y darse la libertad de llorar, en silencio.

Diego se encontraba en el baño, lavándose la cara y el sudor del cuerpo, que le había dejado su breve encuentro con Katherine. No pudo convencerla, para que lo dejara cogérsela, pero al menos, había conseguido una buena mamada de la morena.

Cada vez, la tenía más entre sus manos; por lo menos, no cuestionaba muchas de las cosas que le decía; y sabía, que mientras la tuviera sometida con sexo, no le causaría problemas.

Aunque seguía probándolo, lo sabía, porque siempre le hablaba de lo que su “patrona” hacía con Maurice; e incluso, descubrió un par de mentiras, pues él también los vigilaba y sabía, que Deborah tampoco andaba con el chofer, pero eso no descartaba que algo sucedía, porque se estaba comportando de manera extraña; cuando iba a verlo, solo cogían, ya no hablaban.

Salió del baño, secándose la cara con una toalla, y se tensó, al sentir allí, la presencia de alguien más, por lo que la retiró con rapidez, para despejar su vista.

Las pelotas se le subieron a la garganta, cuando vio a Deborah apoyada en el marco de la puerta, mirándolo, sin mostrar expresión en el rostro; parecía como si lo hiciera, y al mismo tiempo, como si no se encontrara en ese lugar.

Se acercó a ella, mostrando una sonrisa radiante, rogando para que no supiera lo que había ocurrido allí, minutos antes.

Buscó la mirada azul, que parecía estar perdida, procurando no dejarle ver los nervios que lo embargaban.

—Hola belleza, ¿viniste para que te consintiera? —mencionó, dando eso por sentado, mientras le acariciaba las caderas.

Deborah, al fin, enfocó verdaderamente la mirada en él; parecía un autómatas, desde que salió de la empresa; ni siquiera sabía cómo había logrado conducir hasta la mansión.

—George Stevenson murió, esta mañana —soltó de una vez, pues no sabía cómo dar una noticia de ese tipo, con sutileza.

El rostro de Diego palideció, una vez más y se desfiguró, debido a la mueca de asombro, el mismo que fue reemplazado por el miedo, en cuestión de segundos. Se alejó de Deborah, pues necesitaba algo donde sentarse.

Lo hizo, dejándose caer en el sillón junto a la puerta y se llevó las manos la cabeza, sosteniéndola, pues creía que se estrellaría contra el piso, de un momento a otro.

—¿Quién te lo dijo? —preguntó, reaccionando, un minuto después; elevó el rostro, para mirarla.

—Llamaron a Dominic, para informarle...

—Bueno, supongo que eso es lo mejor que pudo haber pasado; a nosotros nos conviene más, que Stevenson esté muerto a... —dijo, viendo el lado positivo de la situación.

—No puedo creer que hables así... ¡Maldita sea, Diego! ¡Se trata de la muerte de un hombre! —exclamó, asombrada.

—¿Y qué con eso? ¿Acaso no mueren miles, todos los días? —inquirió, mostrándose indolente, a él no lo afectaba en nada.

—Pues resulta, que este es nuestra responsabilidad.

—¡No, no, Deborah! Nada de eso, lo que le pasó al abogado, fue su culpa; ni tú ni yo, tuvimos nada que ver en eso. —Se defendió, de inmediato, poniéndose de pie.

—Sabes muy bien que no es así, nosotros lo obligamos a ello...

—¡Ya deja de decir estupideces! —Le gritó, para hacerla reaccionar; la vio sobresaltarse, y se llevó las manos a la cabeza, para tirar de su cabello y drenar parte de su frustración en ese gesto; después, caminó hacia ella—. Deborah, nosotros no tuvimos nada que ver con el accidente del abogado, cuando lo dejamos en Kentwood, él estaba bien... —hablaba despacio, para que ella entendiera y dejara de sentirse culpable.

—Eso fue un error, no debimos hacerlo... no debimos dejar que continuara solo, hasta Jackson —pronunció, con la voz rota.

—Ya hemos discutido esto muchas veces, Deborah; por favor, deja el tema de lado de una buena vez; las cosas se hicieron de la manera en que debían hacerse. —

Diego intentó no salirse de sus cabales, pues ese reproche, ya lo tenía cansado.

—No, se hicieron como tú ordenaste. —Le pegó con el índice en el pecho—, pero yo no estaba de acuerdo y lo sabes; temía que algo sucediera, y ya ves, todo se fue a la mierda... Debí continuar con él, debí llevarlo hasta Jackson —expresó, dejando correr su llanto, que iba cargado de rabia y dolor.

—Sí y seguramente, hoy Stevenson estaría vivo, pero tú y yo estaríamos pudriéndonos en una maldita cárcel o seríamos los muertos. —Se alejó de Deborah, sintiéndose furioso.

—Todo esto es mi culpa —expresó, en medio de un sollozo, llevándose la mano al rostro, para secar sus lágrimas.

Terminaría con todo eso, no podía seguir adelante con sus planes; ella no tenía la sangre fría que se necesitaba, para cometer un crimen; y mucho menos, deseaba terminar en una prisión.

—Se acabó, Diego —mencionó, sin volverse a mirarlo.

—¿De qué hablas? —cuestionó él, de inmediato.

—Se terminó, todo se terminó... lo siento, no puedo seguir con esto, ni contigo... no voy a causarte más problemas, Diego.

Después de decir eso, Diego la vio salir de la habitación; se encontraba tan perturbado por sus palabras, que ni siquiera fue detrás de ella, para pedirle una explicación; aunque era evidente, que no hacía falta una, todo estaba muy claro.

Cada sonido en ese lugar, la estaba torturando; la voz cargada de solemnidad del sacerdote; los sollozos, que Dinora Stevenson intentaba ahogar, con su pañuelo de seda, o aquellos que escapaban de los labios del hijo de diez años de George, mostrando sin reparo, su dolor; y los besos, que le daba la madre, en el cabello, intentando calmarlo.

Mientras que el adolescente, de catorce años, solo suspiraba, de vez en cuando; tal vez, luchando contra su propio dolor, para no aumentar el que veía en su hermano.

Ella no los veía, tenía los ojos cerrados, tras las grandes gafas oscuras, que llevaba puestas, pero eso no la liberaba de la presión que sentía en el pecho o de ese insoportable dolor, que parecía estar a punto de romperla en pedazos.

En ese instante, experimentaba lo que realmente era la culpa, esa espantosa sensación, que apenas la dejaba respirar, y que nada tenía que ver con lo ajustada de su ropa o con que el clima estuviera especialmente frío, ese día.

—Ahora, George está en un mejor lugar, descansando y esperándonos, hasta que Dios decida, que se dé nuestro encuentro con él, en el paraíso que nos prometió...

En nombre del padre, del hijo y del espíritu santo... amén.

El sacerdote Antoine, elevó la mano, para hacer la señal acostumbrada, sobre el féretro, y una nueva oleada de sollozos, recorrió el lugar.

Deborah apretó los labios, para no dejar escapar un solo quejido, aunque las últimas palabras del cura, hubiesen abierto un poco más su herida; sin embargo, lo peor vino después, cuando cada golpe de tierra, que se estampaba contra el ataúd, provocaba un sonido seco, y tan aterrador, que parecía que le cayera encima, sepultándola, también.

Sentía, que estaba a punto de perder la razón.

Tragó con esfuerzo, para liberarse de ese nudo, que tenía cerrada su garganta y estaba a punto de asfixiarla; sintió la presencia de personas, caminando hacia el lugar, donde se encontraba sentada la familia de George; y supo, que su suplicio, había acabado.

Solo debía despedirse de ellos, para poder salir de ese lugar; ya había cumplido.

—Voy a despedirme de los Stevenson, no me siento bien. —Les anunció a Dominic y a Silvy, quienes se encontraban junto a ella, y sin esperar una respuesta, se encaminó.

Los delgados tacones de sus zapatos, se hundían entre el mojado césped, dándole así, la excusa perfecta, para ocultar el temblor en sus piernas.

Miró a la mujer, que parecía haber envejecido diez años, desde la última vez que la vio; y se exigió mantener el control de sus emociones; pensó en quitarse las gafas, pero después, desistió, pues no sabía lo que podía mostrar su mirada en ese momento.

—Dinora... siento mucho tu pérdida, George era un gran hombre —esbozó, sin mirarla a los ojos.

—Muchas gracias, Deborah, él te apreciaba mucho —mencionó, con la voz enronquecida, por el llanto.

Deborah sintió su barbilla temblar, al retener sus propias lágrimas, en cuanto escuchó esas palabras, consciente de que ese “aprecio”, que George le tuvo, fue lo que lo llevó a donde se encontraba en ese instante.

Se acercó a la mujer, para darle un abrazo y así acabar con todo eso; ya no podía soportarlo más.

Dinora recibió el gesto, por mero protocolo, pues no le agradaba la heredera de los Wallis; aunque su hijo estuvo fascinado con Deborah, desde que la conoció, ella nunca quiso, que esas esperanzas de George, de ser parte de la familia más poderosa de Nueva Orleans, se hicieran realidad; porque sabía, que tarde o temprano, Deborah Wallis lo haría sufrir.

No obstante, estando en esa situación, prefería haberlo visto casado con esa mujer, que en aquel féretro frío; que nunca se le hubiera ocurrido la idea de regresar a Nueva York, para intentar reparar un matrimonio, que ya estaba acabado.

—Lo siento mucho, señora Stevenson. —Deborah se acercó a la ex mujer de George, pero tampoco a ella la miró a los ojos.

—Gracias. —Se limitó a decir la mujer, sintiéndose extraña, al ser llamada así, aunque en las últimas semanas, todos lo hacían.

La mirada de Deborah, no pudo escapar de la imagen del pequeño de diez años, quien seguía llorando, aferrado a su madre.

Esa imagen, le recordó, cuando ella tuvo esa edad y lloraba igual de desconsolada, por los rincones de la casa; ella también había perdido a un padre siendo pequeña.

Se puso de cuclillas, para estar a la altura del niño, buscando su mirada; y notó, que había heredado los ojos oscuros de su padre.

—Yo... lo siento... lo siento tanto —expresó, dejando correr sus lágrimas, al fin; y le acarició con suavidad la mejilla al pequeño; después, alejó la mano.

Se irguió, escapando de la mirada cargada de desconcierto y dolor, del niño. Reprochándose por haber cedido a sus emociones, por exponerse de esa manera y darle más armas a la culpa, para que siguiera torturándola.

Le dio la espalda a la familia, sin decir nada más, y regresó hasta donde se encontraba Maurice, esperándola, junto al auto. Ni siquiera se despidió de Silvy y Dominic, ya no aguantaba estar un segundo más allí.

—¿Todo bien? —preguntó Maurice, al verla tan pálida, mientras le abría la puerta.

Deborah solo asintió y entró al auto, había ido en los sobrios vehículos oscuros de la familia; no se veía bien, que ella llegara a ese lugar, en un llamativo deportivo rojo.

Eso la salvaría de conducir hasta la casa, en el estado que se encontraba; pero también, la obligaba a seguir llevando la máscara, delante de Maurice; cuando lo único que deseaba era, poder estar sola.

Él se limitó a conducir, en silencio; de vez en cuando, la miraba a través del retrovisor y le parecía que dormía, pero la veía suspirar, dejándole saber, que estaba despierta.

La actitud de Deborah, lo inquietaba, haciendo que varias ideas, se apoderaran de su cabeza, atormentándolo. Ella podía querer engañar al mundo entero, pero él sabía, que algo grave le estaba pasando.

—Llegamos, Debbie —anunció, sin salir del auto; se volvió para mirarla, y al verla tan perdida, quiso abrazarla.

Ella vio la preocupación en la mirada de Maurice, y se tensó, de inmediato. Debía actuar de manera normal, si no quería que terminara descubriendo todo.

Estiró la mano, para abrir la puerta y salir; pero él bajó, antes de que ella pudiera hacerlo y le ofreció la mano, para ayudarla, mientras buscaba sus ojos.

—¿Me vas a decir lo que te ocurre? ¿O tendré que quedarme fuera? Como siempre —pronunció, una vez que estuvieron frente a las escaleras, dentro de la mansión; y vio, que ella subiría, dejándolo, sin decirle una sola palabra.

—No me pasa nada, solo estoy algo cansada, Maurice... ha sido un día muy difícil para todos. —Se excusó, volviéndose, para mirarlo; consciente de que las gafas, le ayudarían a ocultarse.

Maurice sabía perfectamente, que estaba mintiendo. A veces, ella era tan transparente para él, que podía saberlo, como en ese instante, que era consciente de que le mentía, aunque no supiera lo que le estaba ocultando.

Llevó sus manos hasta las elegantes gafas negras de Deborah, y antes de que pudiera adivinar su intención, logró despojarla de estas, encontrándose con la mirada acuosa, oscura y atormentada de la mujer que amaba.

—¿Vas a seguir diciéndome que estás bien? —preguntó, con la voz cargada de preocupación.

—Yo... yo... solo me siento agotada, Maurice. —Vio que él fruncía el ceño, molestándose ante su negativa de contarle; y pensó, que tenía que inventarse algo mejor, para convencerlo. Suspiró, antes de continuar—; es la verdad, si quieres creerlo, bien y si no, es asunto tuyo. Estoy cansada... he tenido días muy difíciles; incluso, tuvieron que verme en la enfermería de la empresa, porque me desmayé...

—¿Cómo que te desmayaste? ¿Por qué no me habías dicho nada, Deborah? —inquirió, realmente angustiado.

—Porque no fue nada del otro mundo, es simple estrés, y para recuperarme, necesito descansar, solo eso —respondió, siendo brusca, para que la dejara en paz.

—Deborah... si fuera algo más, me lo dirías, ¿verdad? —La miró a los ojos, para evitar que ella escapara, mientras sentía que el corazón le latía muy de prisa.

—Sí... te lo diría, Maurice —dijo, mientras asentía con la cabeza y lo miraba a los ojos, temblando por dentro, pues sabía, que acababa de comprometerse a ser sincera.

—Está bien —esbozó él, acariciándole los brazos—. Ve a descansar, pero si me necesitas, no dudes en llamarme; yo vendré de inmediato, ¿entendido? —preguntó, sonriendo, para animarla.

Deborah emuló el mismo gesto, esforzándose, por hacerle creer, que estaba bien; cuando lo que en verdad deseaba, era refugiarse en él.

—¿Me das un abrazo? —Le rogó, permitiéndose bajar la guardia un instante, y se aferró al cálido cuerpo de Maurice.

Él la recibió, envolviéndola en sus brazos con fuerza, hundiendo su rostro en la suave piel, del cuello de Deborah, mientras cerraba los ojos, deseando, poder brindarle el consuelo, que ella parecía estar necesitando desesperadamente.

—Todo va a estar bien, Debbie, te lo prometo —expresó, acunándole el rostro, al tiempo que la miraba a los ojos.

Ella asintió, pues no logró dar con su voz, para responderle, pero Maurice acababa de darle alivio a su dolor. Su hermosa mirada gris, una vez más, conseguía aligerar la pesada carga que llevaba sobre su espalda, haciendo, que la culpa, por lo que había hecho, fuera menor; aunque no terminaba de desaparecer.

—Gracias —susurró, acercando sus labios, para besarlos, sin importarle que estuvieran en medio del salón, a la vista de todos.

Él tampoco se limitó por ello y fue mucho más allá; sus labios se separaron, atrapando los de Deborah, en un beso tierno, pero que al mismo tiempo, llevaba impresa esa intensidad, que nacía de su amor y de sus deseos de verla bien, de saberla bien.

Deslizó una de sus manos, por la delicada espalda femenina; y con la otra, seguía acariciándole la mejilla, no deseaba renunciar a ese momento, ni siquiera si Dominic Wallis entraba por la puerta en ese instante y los encontraba así.

—Te amo y estaré contigo, siempre que me necesites, Debbie —murmuró, rozándole los labios, mientras la miraba a los ojos.

Ella abrió la boca, para responderle, aunque no consiguió que un solo sonido saliera de sus labios. Solo pudo ahogarse en sus ojos y dejar que los suyos, expresaran aquello que su voz, no podía. Quiso reforzar todo eso con un nuevo beso.

—Señorita Wallis...

Ingrid entró al salón, algo distraída y habló, antes de ver la imagen de la pareja, besándose. Se sintió mal, por haberlo presenciado, pues seguramente, se llevaría un regaño, por parte de su patrona; pero contrario a ello, solo los vio separarse, lentamente, como si no les hubiera importado ser sorprendidos.

—Dime, Ingrid —ordenó, con la voz bastante grave.

—Martha... me envió... para preguntarle... si desea algo especial, para la cena —mencionó, con precaución.

—Dile que prepare lo que desee, hoy no bajaré a cenar.

—Como usted diga, señorita. —Ingrid salió del lugar, para dejarlos solos, sintiéndose aliviada, por no haber sido amonestada.

Maurice se mantuvo en silencio; al igual que la mucama, él también esperaba, que Deborah se molestara o se tensara, al saberse descubierta; aunque su relación no era un secreto para nadie, ella debía mantener su posición, dentro de esa casa.

—Será mejor que subas, para que descanses —señaló, acariciándole la cintura y dándole un suave toque de labios, antes de soltarla.

—Bien, nos vemos mañana —respondió, antes de subir las escaleras.

Continuó esforzándose, por mantener a raya las lágrimas, hasta que se encontró sola, en el pasillo, y corrió a su habitación.

Entró, cerrando la puerta tras ella, dejó caer su peso contra la hoja de madera, mientras los sollozos salían, de manera descontrolada y dolorosa de sus labios, estremeciéndola de pies a cabeza.

—¡Dios! ¡Dios mío! —expresó, llevándose las manos a la cara, para cubrirla, después de dejar caer su cartera.

Caminó hasta el baño, necesitaba encerrarse en un lugar, donde nadie pudiera verla ni escucharla, donde no se dieran cuenta, del calvario que estaba atravesando; sin embargo, fue su reflejo en el espejo, lo que le hizo ver, que no lograría escapar, que no saldría tan fácil de esa situación, que ella misma había creado.

—¡Eres una mentira! ¡Eres una maldita mentira, Deborah! —Le gritó en medio del llanto, a la elegante mujer frente a ella.

Comenzó a quitarse los guantes, halándolos con fuerza, y los lanzó al piso; después, hizo lo mismo con sus joyas, y terminó por restregarse el rostro con fuerza, para borrar el maquillaje que llevaba, haciendo que el rímel y las sombras, se corrieran, dándole un aspecto completamente descuidado.

—Lo siento... lo siento tanto, lo siento tanto... —pronunciaba, dejándose caer en el frío piso bajo ella, temblando, sin poder parar de llorar; torturándose con la imagen de aquel niño, que había perdido a su padre—. ¡Oh, Dios! Lo siento tanto, por favor... perdóname, perdóname... —suplicaba, quedando tendida en el suelo, donde terminó hecha un ovillo.

Deborah no supo por cuánto tiempo estuvo allí, luchando contra los demonios que la azolaban; sentía, que se quedaba sin lágrimas; y de repente, aparecían más y más.

La habitación se fue sumiendo en penumbras, pero ella no se puso de pie, para encender la luz; simplemente, se mantuvo inmóvil.

El personal se encontraba reunido en la cocina, para disfrutar de la cena, como todos los días. Era algo que llevaban a cabo, estuvieran o no los dueños de la casa; o como en ese caso, aunque el ambiente dentro de la mansión, fuera un poco taciturno.

—La señorita no me abrió la puerta, debe estar durmiendo, pues todas las luces están apagadas —mencionó Ingrid, entrando al lugar, dejando sobre la barra, la bandeja con el té, que Martha le había enviado a Deborah.

—Tal vez, siga llorando; es la primera vez, que uno de sus amantes, fallece —comentó Katherine, con sorna.

—Deja de decir esas tonterías, como llegue a escucharte Marcus, te meterás en problemas. —La reprendió su madre; a veces, odiaba que su hija fuera tan lengua suelta.

Diego no dijo nada, pero el comentario, le cayó como una patada en el estómago. Andaba de mal humor, desde la tarde anterior, y las cizañas de Katherine, solo empeoraban su estado.

—Como si fuera mentira, aquí todo el mundo sabe, que ese hombre, se desvivía por ella; y también, que la “señorita”, lo usaba como un juguete, como hace con todos los hombres.

—Katherine, ya deja de decir estupideces. —Martha estaba a punto de salirse de sus cabales.

—Tu madre tiene razón, deberías mantener la boca cerrada, niña; ni siquiera tienes pruebas de lo que dices —acotó Ingrid, mirándola; luego, continuó, en voz baja—. Ella anda mal, pero creo que es por algo más; hoy en la tarde, la encontré besándose con Maurice; y pensé, que me amonestaría. Ya Saben que no le gusta cuando los descubren, pero mi asombro fue, que no me dijera nada y que ni se alejara de él. Siguieron abrazados, hasta que me fui.

—¿Y qué crees que signifique eso? —cuestionó Katherine.

—Pues no sé; tal vez, estén cansados de andar escondiéndose y deseen hacer pública su relación. Maurice está por graduarse y llevan muchos años juntos. Yo creo que eso es lo que la tiene tan tensa, que quizás, él le esté insistiendo, para hablar con el señor Dominic; y ella sabe, que su padre no aceptará esa relación, nunca —comentó.

—No tengo apetito hoy, buenas noches a todas.

Diego se puso de pie, después de decir esas palabras y salió del lugar, dejando a las mujeres atónitas, sobre todo a Katherine, quien sintió, que esa actitud de él, la golpeaba justo en el corazón.

Eran cerca de las ocho de la mañana, cuando la camioneta de Gonzalo, se estacionó a pocos metros del restaurante de Rebecca. Había pasado solo un día, desde que se había separado de ella, y estaba loco por verla, de nuevo.

Aunque habían intercambiado números de teléfonos, no pudieron mantener una comunicación constante, porque la señal en la cabaña, era pésima.

Así que, se decidió por ir a visitarla; pensó, que tal vez, hacerlo en la tarde, le daría la excusa perfecta, para quedarse a dormir con ella, pero si lo hacía de esa manera, también podía parecer desesperado; por lo que, uso el hecho que debía comprar unos materiales, que le hacían falta, para viajar hasta la ciudad e ir a verla.

Entró al lugar, que se encontraba, como era de esperarse, colmado de personas; caminó hasta la barra, y cuando su mirada se topó con la hermosa figura de Rebecca, quien se movía de un lado a otro, atendiendo a las personas, que esperaban por su desayuno; sintió, cómo los latidos de su corazón, se aceleraban, causándole una sensación, que lo hizo sentir incómodo, como si estuviera perdiendo el control; y él, comenzaba a temerle a esa sensación, pues no era la primera vez que la experimentaba.

Toma las cosas con calma, Gonzalo, solo puedes tener con ella, lo que te propusiste desde el principio, nada más, tenlo presente, si deseas seguir; si no, es mejor que te alejes ahora mismo.

Se dijo, en pensamientos, viéndose realmente tentado a marcharse de ese lugar, para ponerse a salvo, pero en ese instante, los hermosos ojos se Rebecca, lo miraron, atrayéndolo de inmediato, y la sonrisa que le dedicó, hizo que la extraña sensación que lo embargaba, se hiciera mucho más intensa.

—Hola. —Rebecca lo saludó, mostrando algo de timidez.

—Hola Rebecca, ¿cómo has estado? —Él fue más formal, pero su mirada era cálida y le recorría el bello rostro de ella.

—Bien... y súper ocupada, como siempre —respondió, esquivándole la mirada; pues sentía, que sus ojos, le gritaban cuánto lo había extrañado—; y tú, ¿cómo van las cosas en la cabaña? —inquirió, buscando mostrarse casual.

—Sigue dándome problemas, pero nada que no pueda solucionarse; precisamente, vine a la ciudad, porque necesitaba comprar algunos materiales —presentó el argumento que había preparado, haciéndolo sonar muy convincente. Vio que la sonrisa en los labios de Rebecca, se esfumaba; y supo, que había metido la pata. Aunque enseguida, buscó la manera de repararlo—; y por supuesto, para disfrutar de tus desayunos... que son los mejores que he probado en mi vida —agregó, mirándola a los ojos.

Rebecca, sintió, que su rostro se prendía en llamas, al recordar ese último desayuno, que habían compartido. Los músculos de su intimidad, se contrajeron, y estuvo a punto de jadear, ante esa reacción de su cuerpo.

Volvió a esquivarle la mirada, al fijarse, que la gris de él, expresaba, que estaba recordando exactamente lo mismo.

—Allí... allí tienes... el menú —tartamudeó y se dio la vuelta, sintiéndose estúpida.

Cerró los ojos, mientras intentaban volver a enfocarse en su trabajo. Las letras de los pedidos, bailaban ante sus ojos y no lograba leer ninguno con claridad.

—Dame acá o vas a terminar pidiendo cualquier cosa —mencionó Darla, quitándole las notas—. El detective, en verdad, te trae loca, Rebecca; y eso, solo me dice una cosa: ese hombre tiene que ser fenomenal, cogiendo; porque no cualquiera te pone así —susurró, con picardía, mientras ordenaba los pedidos.

—Deja de decir esas cosas. —Le reprochó, en el tono de voz más bajo que consiguió, mirándola con los ojos muy abiertos.

—Entonces, deja de actuar de esa manera o todo el mundo aquí, se va a dar cuenta de lo que se traen... y ni se te ocurra decirme que no hicieron nada, porque sabes, que sé muy bien cuándo mientes —señaló, arqueando una ceja, al tiempo que regresaba a la barra.

Rebecca se quedó boquiabierta y comenzó a sentirse peor, al pensar, que en verdad, estaba siendo muy evidente; pero enseguida, reaccionó; se irguió, adoptando una postura segura; respiró profundamente y regresó a la barra, para seguir con su trabajo.

—¿Ya te decidiste por algo? —Le preguntó a Gonzalo, obligándose a permanecer tranquila.

—Sí, claro, uno americano —contestó, sonriéndole; no le había pasado desapercibida, la reacción de ella, minutos atrás.

—Perfecto, te lo serviré en aquella mesa —indicó una que estaba junto a la ventana que daba a la calle—. Ve y ponte cómodo, enseguida te lo llevo. —Se marchó, dejándolo desconcertado, pero lo vio obedecerle.

Atendió los otros pedidos que tenía pendiente, mientras ignoraba la sonrisa burlona de Darla; cinco minutos después, Mary le hacía entrega del desayuno de Gonzalo; suspiró, tomó la bandeja y caminó hasta la mesa que él ocupaba.

—Tu desayuno, espero que lo disfrutes —dijo, poniendo el plato con tocino, huevos revueltos, jamón y pan tostado, junto a una taza de café negro y un vaso con zumo de naranja.

—¿Por qué me alejaste? —preguntó, con un tono serio, tomándola de la muñeca, para evitar que se fuera.

Rebecca, sintió, cómo ese toque, aceleraba sus latidos; lo miró a los ojos, viéndose realmente tentada de besarlo. Él era tan atractivo, tan masculino e irradiaba una fuerza, que le encantaba.

Miró hacia la barra, comprobando, que había poca gente esperando; y Darla le hizo un ademán con la mano, para que se quedara, así que accedió y tomó asiento frente a él.

—Lo hice... porque tenerte sentado en esa barra, me pone nerviosa —confesó, esquivándole la mirada.

El humor de Gonzalo, era bastante complicado y volátil; el gesto de Rebecca, lo había desconcertado, pero sobre todo, lo había molestado; porque no esperaba, que ella lo tratara de esa manera tan fría, después de lo que vivieron; y tal vez, eso fue lo que más lo enfureció, que fuese él quien esperara más de ella.

Sin embargo, esa simple declaración, hizo que una sensación, parecida a la alegría, le colmara el pecho; y sus labios, esbozaron una sonrisa, que llegó hasta su mirada, iluminándola.

—¿Por qué? —preguntó, deseoso de saber más.

Ella lo miró, arqueando una ceja, diciéndole sin palabras, que el motivo era demasiado evidente, como para que él no lo supiera.

—No sé, es incómodo... es como si las demás personas, pudieran ver lo que sucedió entre nosotros —dijo, bajando la mirada.

—Dudo mucho, que alguno pueda imaginar siquiera, lo bien que la pasamos en este lugar, Rebecca. Ninguno de ellos estaba aquí, y si tomaste la precaución, de borrar las grabaciones de las cámaras, nadie tendría porqué enterarse —mencionó, mostrándose completamente relajado y comenzó a desayunar.

—¿Las grabaciones? —inquirió ella, palideciendo.

—Sí, tienes un sistema de cámaras de seguridad... lo que hicimos, tuvo que quedar registrado en ellas —comentó y no le llevó un segundo, adivinar, que ella no había pensado en eso; entonces, él también se tensó—. ¿No lo borraste?

—No... —contestó, con la voz ahogada y el rostro pintado de carmín. Sentía que la cabeza le daba vueltas.

—¿Quién tiene acceso a las cámaras? —preguntó, realmente preocupado, esta vez; no quería exponer la intimidad de Rebecca.

—Solo... solo yo tengo la clave —respondió, con algo de alivio, al tiempo que le robó el jugo a Gonzalo, para tomárselo ella. Necesitaba algo de azúcar o terminaría desmayada—. Tendré que esperar a que todo el personal se vaya, para poder entrar y borrarlas.

—En ese caso, no tendremos de qué preocuparnos. ¿Cuándo lo harás? —mover la cabeza, para buscar los ojos de Rebecca. ella parecía un avestruz.

—Hoy... hoy mismo, en cuanto cierre, me quedo y lo hago —respondió, rápidamente.

—¿Y... me dejarías verlas, antes? —preguntó, mirándola a los ojos con intensidad. La vio temblar y estuvo a punto de gemir.

Rebecca perdió la voz en ese momento, la ola de calor que la barrió, le quitó toda capacidad, para expresarse de manera audible; pero su mirada, le gritaba a Gonzalo, que esa petición, la había puesto muy, muy caliente, aunque no lo diría en voz alta.

—Disculpen la molestia... —mencionó Freddy, llegando hasta ellos, y frunció el ceño, al ver que ambos se sobresaltaron, como si los hubiera atrapado en algo—. Becca... debes ir a comprar servilletas, no tenemos suficientes para el almuerzo.

—¿Qué pasó con el proveedor? —cuestionó, ese pedido debía haber llegado el día anterior.

—No vino, ya llamé a la empresa y me dijeron, que solo tienen tres choferes trabajando, porque los otros dos, están suspendidos —respondió—; y ya sabes, siempre atienden primero a los demás.

Rebecca arrugó la frente, dejando ver su molestia; sabía a lo que Freddy se refería, pues no era la primera vez, que eso pasaba.

Su restaurante, era pequeño y estaba en medio del distrito empresarial, donde lo rodeaban grandes y lujosos locales de comida, por lo que siempre la atendían de último.

—Bueno, revisa que no haga falta nada más, y le digo a Darla que me llame un taxi, para ir a comprarlas —indicó, resignada.

—Yo puedo llevarte, no tienes que gastar en eso.

Gonzalo había escuchado toda la conversación, y vio en esa salida, su oportunidad para estar a solas con ella, aunque fuese el tiempo que duraba el trayecto. Estaba desesperado por besarla, lucía muy hermosa esa mañana.

—No es necesario, no quiero causarte inconvenientes, Gonzalo; además, tú tienes cosas que hacer, para eso viniste a la ciudad, ¿no? —dijo, poniéndose de pie.

—No tengo prisa, Rebecca; lo que tengo que hacer, puede esperar —insistió, mirándola a los ojos; esperando que su mirada, le hiciera ver, la verdadera intención tras su propuesta.

Rebecca asintió, sin poder negarse a ese par de ojos grises, que parecían hechizarla. Le sonrió y se alejó, antes de que él o Freddy, pudieran escuchar el latido emocionado de su corazón.

No quería ni siquiera imaginar, lo que pasaría, una vez estuvieran solos en su auto, porque estaba segura, que terminaría sonrojada hasta el cabello. Es que ese hombre, la atraía como ningún otro.

Diez minutos después, salía del restaurante junto a Gonzalo, caminaban manteniendo la distancia, pues no tenían que ser genios, para saber, que todas las miradas de los amigos de Rebecca, estaban puestas en los dos.

Él le abrió la puerta y esperó a que ella entrara, para cerrarla; después, caminó con rapidez hasta el puesto del piloto, subió, sin poder esconder la media sonrisa que adornaba sus labios, al ser consciente de que Rebecca, estaba nerviosa, y era por él.

—Bueno, ¿a dónde vamos? —preguntó, mirándola a los ojos.

—Yo te iré indicando, debes salir por esta calle, derecho; y más adelante, tomar la avenida Luther King —contestó, viéndolo.

—Perfecto, aunque antes, quisiera hacer algo —dijo, tomándole el cuello con ambas manos y la besó.

Rebecca cedió de inmediato, separando sus labios, para darle a Gonzalo, acceso total a su boca; gimió, al sentir la húmeda lengua entrar, con un excitante roce, al tiempo que los labios de él, presionaban con suavidad; y a medida que los segundos pasaban, ganaban contundencia.

Ella solo apoyó sus manos en el cálido pecho de Gonzalo, mientras intentaba seguirle el ritmo a ese beso, que la estaba elevando, que era sencillamente, exquisito.

Lo sintió abandonar sus labios, para besarle el cuello, y una de sus manos, se aventuró bajo la tela de su falda. Ella se tensó, pues se encontraban en plena vía pública, pero no lo detuvo; por el contrario, deslizó sus manos por su fuerte espalda y se pegó más a él, temblando, al sentir cómo le rozaba una nalga.

—Gonzalo... —susurró, con los ojos cerrados, exponiendo más su cuello, para que él siguiera besándola. Sentía, que su piel ardía, de nuevo—. Gonzalo... estamos estacionados en la calle, nos pueden arrestar, detective Dorta —mencionó, con la voz vibrando, por la risa que burbujeaba en su pecho.

—Es tu culpa, haces que me olvide de todo —pronunció, contra la suave piel de los senos de Rebecca, y dejó escapar un suspiro, resignándose a parar—; pero tienes razón, vamos a tener que dejar esto para otro momento —dijo, mirándola a los ojos y succionándole los labios, una última vez.

Rebecca se mordió el labio, analizando lo que estaba a punto de hacer, aunque sus pensamientos tenían poco de análisis, ella deseaba dejarse llevar por lo que estaba sintiendo, miró el reloj en su muñeca y se acomodó en el asiento.

—En la próxima esquina, dobla a la derecha —indicó, sin mirarlo, para que no sospechara nada. Gonzalo siguió sus instrucciones y cuando estaban por pasar por el frente de su casa, habló de nuevo—. Detente, por favor; tengo que entrar a buscar algo y necesito que vengas conmigo —dijo, y sin esperar respuesta, se bajó del auto.

El instinto de Gonzalo, le gritó exactamente lo que irían a buscar dentro de la casa de Rebecca; apagó el motor y bajó con rapidez, la siguió, entrando tras ella y en cuanto la puerta se cerró, la tomó entre sus brazos, para alzarla en vilo y pegarla contra la pared, al tiempo que se apoderaba de esos sensuales labios, sin darle tiempo ni siquiera de hablar.

Ella jadeó y se estremeció, al ser víctima de ese asalto, que fue poderoso, violento y excitante; se aferró al cuerpo de Gonzalo con sus piernas, mientras clavaba los dedos en esos fuertes brazos, que la sostenían; dejando, que él explorara en su boca, todo cuanto quisiera; y sentía, que el calor que encendía su piel, regresaba, apoderándose de cada espacio, del aire a su alrededor y de su rincón más íntimo, que se tensaba, cargándose de expectativa.

—¡Oh, por Dios, Gonzalo! ¡Déjame al menos respirar! —Le pidió, una vez que liberó sus labios.

—Lo siento, pero tenemos un poco de prisa —mencionó, apoyándola en la pared, para darle la libertad a sus manos, de meterse bajo la falda de Rebecca.

—Se le nota realmente desesperado, detective Dorta —bromeó, sonriendo con picardía; y después, gimió, al sentir cómo los gruesos dedos de él, serpenteaban dentro de su panty.

—Realmente lo estoy —esbozó, contra los labios de ella, que temblaron, cuando le hundió un dedo entre los pliegues húmedos, mientras la miraba a los ojos; y veía, cómo sus pupilas, se dilataban, al igual que su interior—; y creo, que tú deseas esto, tanto como yo, Rebecca —dijo, haciendo alusión a lo mojada que estaba.

—Sí, lo deseo... lo deseo ahora —pronunció, en medio de toques de labios y movimientos de caderas, gimiendo, al sentir la perfección, con la cual Gonzalo movía sus dedos.

Él no podía seguir esperando un minuto más, sabía que tenían el tiempo en su contra, así que con rapidez, la puso en el suelo, para quitarle la ropa interior; la llevó hasta los tobillos de Rebecca, mientras hundía su rostro en el escote de la blusa, que le permitía disfrutar de la calidez y la suavidad de sus senos.

Llevó una mano al bolsillo trasero de su pantalón, para sacar la cartera y tomar un condón, había comprado diez cajetillas, para tener por todo el tiempo que estuviera en Nueva Orleans.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó ella, en un tono travieso, mientras le besaba la mandíbula y le soltaba el último botón de la camisa—. Puedo darte una mano con eso —susurró, tocándolo.

—Vas a darme más que una mano, muñeca —contestó, tomándola de las caderas, para encerrarla entre la pared y su cuerpo, al tiempo que le comía la boca con un beso.

Rebecca sentía, que cada gesto de él, la excitaba mucho más; nunca había tenido sexo con un hombre de esa manera, lo más osado que alguna vez hizo, fue dentro de un auto, en un paraje solitario, pero en ese instante, estaban junto a la puerta de su casa y cualquiera que llegara, en ese instante, los escucharía.

Gonzalo la embestía con fuerza, llegando muy profundo, mientras ahogaba sus gemidos en la piel sudada y caliente del cuello de Rebecca, sintiéndola temblar y escuchándola jadear, cada vez que golpeaba en su interior.

En ese momento, no estaba pensando, no había lógica en él, solo su instinto animal, que clamaba por más, por más de ella, de eso que le daba y lo hacía sentir tan vivo, como hacía mucho no le sucedía.

—Estuve un día completo, deseando estar dentro de ti... me estaba volviendo loco, Rebecca —pronunció, sosteniéndola de las caderas con sus manos, tratando de evitar, que sus movimientos bruscos, le lastimasen la espalda, cada vez que la pegaba a la pared.

—Si continúas hablándome así... vas hacer que me corra, con solo escucharte —confesó, sintiendo que su respiración, cada vez era más pesada, y el calor de su cuerpo, más intenso.

Gonzalo sonrió y llevó una de sus manos hasta la mejilla de ella, para mirarla a los ojos. Las pupilas se le habían tragado casi todo el iris, haciéndolos lucir oscuros y brillantes.

Dejó que su frente descasase en la de ella; al tiempo, que sus labios entreabiertos, dejaban salir el aliento caliente, que escapaba de él.

—Lo que me diste, solo hizo que no dejara de pensar en ti, de desearte... solo conseguí dormir, después que me masturbé, recordándote... imaginándote desnuda, hermosa y húmeda, mientras me hundía en ti, así... así —expresó, moviendo sus caderas, empujando sin darle tregua y temblando junto a ella, al sentir que el orgasmo se acercaba—. Así... así... así, Rebecca.

Cada palabra de Gonzalo, iba acompañada de un embiste certero, que lo metía dentro de ella, haciéndola jadear; y a él, gemir de manera gutural, como un animal salvaje en celo, o como si estuviera agonizando; solo que era de placer.

Todo eso, provocó, que las emociones, se desataran en el interior de Rebecca, con una fuerza tan arrolladora, que no pudo controlar; simplemente, se dejó ir, disfrutando del éxtasis que el hombre dentro de ella, le brindaba.

—¡Gonzalo! ¡Dios! ¡Dios! —exclamó, apoyando su cabeza en la pared, mientras sentía, que se elevaba, haciéndose ligera.

—Sí, córrete muñeca, vamos... hazlo otra vez —suplicó, para seguir disfrutando de sus deliciosas contracciones.

Rebecca le entregó lo que pedía, haciéndolo vibrar con fuerza, mientras intentaban seguir moviéndose; sus testículos se tensaron, y un segundo después, se descargaban con poderío, dentro de ella.

Después de que la neblina del orgasmo los abandonó, sonrieron, compartiendo besos, en una actitud cómplice; aunque no por mucho tiempo.

Ella subió al baño de su habitación y él ocupó ese que se encontraba en el pasillo, con rapidez, se acomodaron; y luego de unos minutos, retomaban su camino, al

lugar donde Rebecca debía hacer sus compras.

Regresaron al restaurante casi hora y media más tarde, intentando mostrarse casuales, ante la mirada cargada de curiosidad y picardía, por parte de Darla; o la reprobatoria de Louis, quien los veía a través de la ventanilla, con el ceño fruncido y los labios apretados, formando una línea.

—Freddy, aquí están las servilletas —anunció, mirando al hombre, quien parecía estar muy ocupado, como para prestarle atención a su ligero retraso.

—Perfecto, llamé de nuevo a la distribuidora y me dijeron que no pasaba de hoy, para que nos trajeran el pedido —indicó, recibiendo la caja, de manos del amigo de Rebecca—. Gracias, detective.

—Solo Gonzalo, no estoy en mis funciones de policía, ahora —comentó, entregándole una sonrisa; se sentía mucho más relajado, después de ese rápido encuentro sexual.

—Bien, Gonzalo. —Freddy se dio media vuelta y caminó hacia el depósito; el hombre le caía bien y eso era muy extraño en él.

—¿Cómo estás, Mary? —Gonzalo, saludó a la cocinera.

—Hola muchacho, que bueno verte de nuevo por aquí —dijo, sonriéndole—. Esta mañana no pude saludarte, porque estaba ocupada, pero ahora estoy aprovechando, para descansar un poco.

—¿Cómo va todo, madrina? —preguntó Rebecca, llegando hasta ellos; lo hacía, sobre todo, para que Mary no fuera a hablar de más, delante de Gonzalo; tenía la manía de contarle a todo el mundo, las anécdotas más vergonzosas de su niñez.

—Todo bien, hace unos minutos vino Horacio, el chofer de los Stevenson, acababa de dejar a la familia del abogado en el aeropuerto; y dijo, que el menor, seguía muy afectado; pobre niño —comentó, mostrando su pesar, por la situación.

—Es duro perder a un padre y más a esa edad. —Rebecca habló por experiencia, pues ella seguía sufriendo, a veces.

—Disculpen, ¿por casualidad se refieren a George Stevenson? —inquirió Gonzalo, mirando a ambas mujeres.

—Sí, murió días atrás, ¿lo conocías? —cuestionó Rebecca.

—Sí... —murmuró, trayendo a su cabeza, la imagen del hombre; y lo que pensó, cuando lo vio subir al auto, tan borracho. Su mirada se topó con la de Rebecca, que estaba cargada de curiosidad, y le exigía saber más—. La verdad es, que solo coincidimos una vez, en el camino a Jackson.

—Seguramente fue el día del accidente; dicen, que las pruebas que le hicieron, demostraron, que tenía mucho alcohol en la sangre y que eso fue lo que provocó que se volcara —informó Mary, quien estaba más al tanto de todo.

—Había bebido bastante, sí —mencionó, y en ese instante, sintió algo de culpa; que debió haber buscado alguna patrulla, que lo detuviera o llamar a la policía de camino.

—Era un hombre amable y divertido, vino aquí algunas veces; decía, que mi comida, era mejor que la de los demás restaurantes de la zona... Es una pena, que Dios lo tenga en su gloria. —Mary dejó libre un suspiro, cargado de tristeza, y miró la hora en el reloj, colgado en la pared—. Bueno, será mejor que empiece a preparar el arroz... ¿Te quedarás para almorzar, Gonzalo? —preguntó, mirándolo con una sonrisa.

—Me gustaría Mary, pero tengo algunas cosas que hacer. Te prometo venir otro día —respondió, sonriéndole.

—Bien, fue grato verte, que tengas una tarde agradable.

—Digo lo mismo, nos vemos pronto.

Él la despidió y se sumió de nuevo en sus pensamientos, presintiendo, que las cosas no andaban bien, y que cada vez que daba por olvidado el asunto de Deborah Wallis, algo surgía y lo llevaba de nuevo a esa mujer.

—¿Todo bien? —preguntó Rebecca, al ver su silencio.

—Sí... sí, todo bien. Me voy, debo comprar las cosas que necesito para la casa, pero regreso esta noche —mencionó, mirándola a los ojos. Ella asintió, sonrojándose; y él sonrió, viéndose tentado de besarla, pero se contuvo—. Nos vemos, muñeca —susurró, viéndole los labios, prometiéndose volver.

Después de eso, salió del local y subió a su auto; solo le llevó dos segundos, decidirse a visitar la torre Wallis, otra vez; necesitaba ver a Deborah; y saber, cómo estaba llevando lo de la muerte del abogado, y si era culpable de algo, lo descubriría.

Una vez más, Gonzalo se encontraba frente a la entrada del imponente y elegante edificio, con esa extraña sensación dentro del pecho, que lo desconcertaba, que lo ponía ansioso; e incluso, le provocaba unos inexplicables nervios y le aceleraba los latidos del corazón.

Respiró profundamente, antes de entrar a la recepción. Sintió el aire fresco, que lo recibió y el olor de algún ambientador caro; cada paso que daba, resonaba en el brillante granito, haciendo que varias miradas, se posaran en él; pero la suya, solo se fijó en el cubículo de información y se dirigió hasta este.

La mujer rubia, que lo atendió la primera vez, hablaba por teléfono, así que esperó a que terminara; miró su reloj, notando que faltaban veinte minutos para el mediodía.

Aún tenía oportunidad de conseguir a la famosa heredera, pues dudaba que hubiera ido a almorzar tan temprano; aunque siempre podía dar esa excusa, si no quería recibirlo. Chasqueó la lengua con fastidio, pues no pensó en eso.

—Buenos días señor, bienvenido a empresas Wallis, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó Loren, mostrando una radiante sonrisa, la misma que le entregaba a todos los visitantes.

—Buenos días, he venido a ver a la señorita Deborah Wallis.

—¿Tiene cita, señor? —inquirió.

—No, he venido por un asunto personal... Tal vez me recuerde, soy el detective Dorta, estuve aquí hace un par de semanas. —explicó, sacando sus credenciales del bolsillo.

—Por supuesto, permítame anunciarlo, por favor —dijo, sonriendo más, esta vez; notando lo guapo que era el hombre.

—Gracias —esbozó, dedicándole una sonrisa amable.

Se volvió, para mirar unas pinturas colgadas de la pared, de algún artista local, suponía; pues ya había visto unas parecidas, en los murales de la ciudad; y se fijó, en una gran fotografía a blanco y negro; que dedujo, debía ser del fundador de esa empresa.

—Detective Dorta, puede subir... la señorita Wallis lo está esperando. —Le anunció Loren, extendiéndole una tarjeta de visitante; y aprovechó, para rozarle los dedos.

—Muchas gracias. —No le pasó desapercibido el gesto de la mujer; era hermosa, pero de momento, no estaba interesado.

Caminó hasta el lugar donde estaban ubicados los dos ascensores y pulsó el botón de llamada; tres personas se unieron a él, para esperarlo, subieron; pero faltando algunos pisos para su destino, quedó solo.

La voz incorpórea, que le anunció la llegada; hizo, que la tensión en su cuerpo, aumentara; inhaló y después, soltó el aire, despacio, mientras las puertas se abrían.

Salió al largo pasillo, que esta vez no se encontraba solo, pues pudo ver, al final, a dos hombres y a una mujer, que se aproximaban en su dirección.

—Buenos días. —Los saludó, cuando se interceptaron.

—Buenos días —respondieron la mujer y uno de los hombres; el otro, siguió con la conversación que traían, ni siquiera le dedicó una mirada. Eso, despertó un marcado rechazo en Gonzalo, de inmediato.

Al llegar, se detuvo frente al cubículo de la secretaria de Deborah.

—Buenos días —mencionó, mirando a la mujer.

—Buenos días, detective Dorta; por favor, tome asiento, enseguida lo anuncio con la señorita Wallis —expresó Kelly, con la efusividad que la caracterizaba.

—Así estoy bien, gracias —dijo, quedándose de pie.

Dominic iba concentrado en lo que le explicaba al nuevo abogado, que había asumido el departamento legal de la empresa, pero en cuanto escuchó ese nombre, se quedó en silencio y todas sus alertas se activaron.

Se volvió, de inmediato, para mirar al hombre; encontrándose con una amplia espalda, enfundada en una chaqueta negra de cuero; y caminó de regreso, dejando a Silvy y al abogado detrás de él.

—Buenos días, escuché que es usted el detective Dorta —mencionó, y enseguida, el hombre se volvió.

—Así es, detective Gonzalo Dorta. —Lo miró con recelo.

—Mucho gusto, detective. Soy Dominic Wallis. —Se presentó, extendiéndole la mano y fijando su mirada en esos ojos, que eran de un gris verdoso, algo oscuros.

—Encantado, señor Wallis —dijo Gonzalo, por mero protocolo, recibiendo el apretón firme del hombre; reconoció, de inmediato, que tenía el porte de un gran hombre de negocios.

Kelly se encontraba concentrada en el intercambio de los dos hombres, cuando escuchó la voz de su jefa, al otro lado de la línea, que la hizo sobresaltarse.

—Señorita Wallis, el detective Dorta está aquí —anunció, concentrándose en la conversación.

—Bien, hazlo pasar.

—Claro, señorita; en estos momentos está hablando con su padre, pero en cuanto termine, le digo que usted lo espera...

—¿Qué has dicho?

Kelly casi queda sorda, por el grito que le dio su jefa, a través del teléfono; alejó el auricular y después, respondió.

—Que su padre y el detective Dorta, están... hablando... en el pasillo, señorita Wallis. —Su voz temblaba, ante los nervios que sentía.

No pasaron diez segundos, desde que ella dijera eso, cuando vio salir a la elegante mujer por la puerta y caminar con rapidez, hasta donde se hallaban los dos hombres, hablando.

Deborah sintió, que el corazón le estallaría, cuando vio esa imagen; se obligó a no perder el control ni entrar en pánico, pero debía alejar al policía de su padre, cuanto antes.

—¿Y qué lo ha traído de nuevo a esta empresa, detective? —preguntó Dominic, con una sonrisa torcida.

—He venido a ver... —decía, cuando vio a Deborah acercarse, con una súplica en esos hermosos ojos azules.

—Ha venido a verme a mí. Hola Gonzalo. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla, entregándole una sonrisa encantadora; después, miró de nuevo a Dominic, para continuar—. Iremos a almorzar, juntos; solo que, como siempre, es un hombre muy puntual y llegó antes —dijo, mirándolo a los ojos, para pedirle que le siguiera el juego; después, le inventaría cualquier cosa, lo primordial en ese momento era, alejarlo de Dominic.

—Sí, justo eso me ha traído hasta aquí, señor Wallis. —Le siguió la corriente a la mujer—. Espero no haberte interrumpido.

—Por supuesto que no, nunca lo haces. —Deborah se mostró coqueta, para convencer a Dominic y alejarlo de allí. Sabía que él odiaba, cuando ella actuaba de esa manera.

Manera miraba con desconfianza al policía y también a Deborah; sentía, que algo no iba bien allí, que ocultaban algo, pero no tenía la certeza, así que optó por dejarlo de lado y continuar con sus asuntos; que por el momento, eran más importantes.

—En ese caso, será mejor que siga mi camino y los deje a ustedes... seguir en lo suyo. Un gusto conocerlo, detective; si me necesita para cualquier cosa, no dude en buscarme —pronunció, mirando al hombre a los ojos, para que entendiera el mensaje.

—Digo lo mismo, señor Wallis; y si necesito algo de usted, tenga por seguro, que vendré a verlo —indicó Gonzalo, a quien no le pasó desapercibida, la tensión que se apoderó de Deborah Wallis.

Dominic asintió en silencio y se marchó, sin siquiera despedirse de Deborah. Le molestó esa manera tan descarada, en que abordó al hombre, casi lanzándosele encima y besándolo; sin respetar siquiera, que él se encontraba presente.

Es tan desvergonzada, como lo fue la madre.

Pensó Dominic, mientras se reunía de nuevo con el abogado y con Silvy, quienes lo esperaban, junto a los ascensores.

La mujer lo miró, llena de curiosidad, pero él no dijo nada; tal vez, cuando estuvieran solos, le contaría lo que sucedió.

—¿Puede acompañarme a la oficina, por favor? —pidió Deborah; al ver, que el policía, no alejaba la mirada de Dominic.

—Por supuesto —dijo, caminando con ella.

Gonzalo la vio adelantarse, con ese andar elegante; moviendo sus caderas, de manera sensual; como si fuera parte de un ritual, para atraer a los hombres.

Ella abrió las puertas, invitándolo a pasar, con una mirada y una sonrisa; después, se volvió hacia su secretaria, para decirle que no estaba para nadie. Cerró las puertas, de nuevo, y entró al lugar, paseándose como una reina.

—Es una sorpresa tenerlo por aquí, detective —comentó, invitándolo al sillón de dos puestos.

—La verdad, no creo que mi visita la sorprendiera; mucho menos, después de ver la manera en la cual me recibió. —Fue directo al grano, para evitar que ella tuviera tiempo de inventarse algo.

Deborah sonrió, mirándolo fijamente, mientras por dentro, intentaba controlar su rabia. Odiaba sentirse presionada, que la pusieran contra la pared, y eso era precisamente lo que ese condenado hombre estaba buscando, acorralarla, aunque no sabía con qué motivo, pero iba a averiguarlo.

—Digamos que fue una estrategia —comentó, de manera casual, manteniéndole la mirada.

—Una estrategia... ¿Y con qué objetivo, si se puede saber? —preguntó él, intentando que no se le escapara una sola reacción.

—Por supuesto que se puede saber, el objetivo fue usted... —Se detuvo, sopesando la reacción del policía. Él quiso ocultarla, pero ella vio que lo había sorprendido.

—Verá, Gonzalo, quise comprometerlo, para que ciertamente, se vea en la obligación de invitarme a almorzar —dijo, usando un tono seductor; debía empezar a hacer gala de sus tácticas, con él.

—Siento que estamos jugando a algo, Deborah, pero no conozco las reglas, y eso me deja en desventaja, ¿no le parece? —cuestionó, mirándola a los ojos.

—Puede ser, aunque si lo supiera, el juego no sería tan divertido, le restaría emoción; además, yo estoy en la misma posición que usted; sigo sin conocer, el verdadero motivo que lo trae hasta aquí, detective —mencionó, sin esquivarle la mirada.

—El motivo es usted, ya se lo dije antes...

—Sí, sí... aquella conversación con el abogado Stevenson. —Ella lo interrumpió, pues odiaba estar dando vueltas.

—Así es. Él me la describió... como una verdadera Femme Fatale. Me dijo, que usted era hermosa y sensual, como bien he podido confirmar; pero también dijo, que era... peligrosa —respondió, estudiando cada gesto de ella.

Deslizó su mirada, de manera descarada, por el escote del fino abrigo que llevaba, apreciando el par de senos blancos, donde resaltaban algunas pecas; eran pequeños, pero muy atractivos.

Después, siguió por los labios, pintados de un tenue rosa, que los hacía lucir apetecibles; y finalizó, en esos impresionantes ojos azules, que lo miraban con una mezcla de recelo y curiosidad.

Sonrió, sintiendo, que ahora sí estaban los dos en el mismo juego.

—¿Eso le dijo? —inquirió, mostrando una sonrisa, pero con el corazón latiéndole desesperado y con las manos, comenzando a temblarle.

—Sí, y como comprenderá, eso es algo que atraería a cualquier hombre, mucho más a uno como...

—Como usted, un detective, deseoso de resolver un gran caso; o tal vez, solo quiera un poco de adrenalina. —Deborah se estaba esforzando, por hacerle creer, que nada de eso la afectaba.

—Quizás estoy buscando algo más que solo adrenalina o un caso, Deborah. —Gonzalo sentía que había algo excitante en jugar de esa manera con ella.

—Entonces, está buscando sexo —soltó, sin más, para obligarlo a darle una respuesta, pero el muy infeliz, solo sonrió. Una sonrisa muy atractiva, debía reconocer; y la miró, con una intensidad, que la hizo estremecer por dentro—. ¿Es eso lo que busca, detective? ¿Es ese el motivo que lo trae hasta aquí? —inquirió, de manera directa.

Gonzalo se vio tentado a decirle que sí, y esperar, a ver qué podía sacar de todo eso, pero había ganado mucho, hasta ese momento, para perderlo por decir una estupidez; además, existía algo en Deborah Wallis, que lo mantenía alejado.

Era una mujer muy atractiva, con una belleza capaz de enloquecer a cualquier hombre, aunque no lo suficiente, para hacer que él perdiera la cabeza; y eso, lo hacía sentir extraño, desorientado.

—Me gustaría creer, que no le estoy dando esa impresión, Deborah... es decir, quisiera creer, que no soy tan básico —dijo, con lentitud y algo de burla en la voz, sin dejar de mirarla—. Busque su cartera y vayamos a almorzar; tal vez, pueda hacerla cambiar de parecer o a lo mejor, descubramos entre los dos, cuál es el verdadero motivo que nos une.

Se puso de pie y le ofreció su mano, para ayudarla; la vio dudar unos segundos, pero finalmente, terminó por recibirla; haciéndolo vivir de nuevo, esa sensación extraña, que le recorría el pecho y que no lograba definir; porque no la había sentido antes.

Ella quedó muy cerca de él, cuando se levantó; tanto, que su olfato, se impregnó del delicioso aroma del perfume que usaba.

Deborah se quedó mirando esos ojos grises con vetas verdosas, que ya antes le habían parecido muy atractivos; no le gustaba obedecer, pero debía reconocer, que había algo en él, que la animaba a hacerlo, sin cuestionarse tanto.

Soltó su mano del agarre cálido y algo áspero del policía, sintiéndose extraña, pues era la primera vez, que el tacto de un hombre, le causaba esa sensación. No era deseo ni rechazo, tampoco miedo, solo era algo nuevo e intenso; tanto, que la aturdió.

—Seguiremos jugando, entonces —dijo, mientras caminaba a su escritorio; guardó el celular en su bolso estilo sobre y lo miró.

—Supongo que sí, hasta que alguno de los dos, decida mostrar sus cartas, y le quitemos la diversión —contestó, sonriéndole.

—O hasta que haya un ganador —mencionó ella, haciendo gala de su tono sensual y ronco, mientras se acercaba a él.

—O hasta que haya un ganador —confirmó, viéndola a los ojos; tratando de descubrir, lo que había detrás de esa mirada.

Deborah lo esquivó, al no poder soportar la intensidad con la cual la veía; caminó hacia la puerta, y cuando fue a abrir, su mano se topó de nuevo con la de Gonzalo; causándole la misma reacción de minutos atrás; buscó su mirada gris y vio algo de desconcierto también, en esta.

—Permitame hacerlo —pidió él, quien se notaba más dueño del momento; o al menos, se obligó a ello.

Salieron de la oficina y realizaron todo el trayecto hasta el estacionamiento, en silencio; ignorando las miradas cargadas de curiosidad, de las personas que se encontraron en el camino.

Ella se dirigió hasta su auto, pero un ademán de Gonzalo, la hizo detenerse, antes de desactivar la alarma.

—Se supone que fui yo quien la invité, así que iremos en mi auto —indicó, poniéndole la mano en la cintura, para guiarla.

Deborah se quedó callada, sin saber qué responder, ese hombre se estaba tomando atribuciones, que ella no le había dado; y debía dejarle claro, que ella no era del tipo de mujeres, que dejaban que otros se le impusieran; y si él estaba acostumbrado a eso, con ella debía cambiar su actitud, o no lo dejaría acercarse más.

—¿A dónde iremos? —preguntó, antes de subir a la camioneta negra, sintiéndose nerviosa, de repente.

—Eso tendrá que decírmelo usted, conozco muy poco de la ciudad —respondió, abriéndole la puerta.

Deborah buscó la mirada del detective, pero no pudo encontrar nada peligroso, que la hiciera desistir; se armó de valor, recordándose, que debía acabar con todo eso de una buena vez; subió y dejó escapar un suspiro, cuando lo vio caminar hacia el puesto del piloto; notando, que en verdad, era muy guapo, pero también, del tipo de hombres, con los cuales, era muy peligroso jugar.

Minutos después, estacionaba frente a *Nola*, un restaurante que Deborah suponía, estaría acorde con el bolsillo de un detective honesto. Mostró media sonrisa, cuando esa idea cruzó su cabeza, pensando, en la posibilidad de ser ella, quien lo corrompiera.

—Quizás este no sea un buen tema para iniciar una comida... —Gonzalo habló, tanteando la situación, cuando quedaron solos en la mesa, después de ordenar y de verla beber de su copa de agua; la miró, comprobando que tenía su atención—; sin embargo, fue una de las cosas que me llevó a verla hoy. Me gustaría saber, cómo está llevando la muerte de George Stevenson.

Deborah sintió, que una vez más, esa horrible sensación de terror, que la invadió días atrás, regresaba a ella; la copa en su mano, tembló, así que la puso en la mesa, bajó la mirada y cerró los ojos un instante; negó con la cabeza, para alejar la culpa, que pretendía apoderarse de ella, una vez más.

—Fue algo realmente lamentable... —Elevó el rostro, para mirar a Gonzalo Dorta a la cara—, todos teníamos la esperanza de que George saliera de esto y pudiera recuperarse, pero no fue así y... no sé qué más decirle, solo que es lamentable —expresó, volviendo la mirada al ventanal.

Deborah buscó algo de distracción en los transeúntes, en la calle o más allá, en los barcos que cruzaban lentamente las aguas barrosas del Mississippi, mientras intentaba controlar los latidos de su corazón y las lágrimas que amenazaban con desbordarse.

—Me enteré que el abogado tenía hijos —mencionó Gonzalo, en un tono más suave, sabía que ella estaba tratando de huir.

—Sí, dos chicos, uno adolescente y uno pequeño, no tendrá más de diez años —respondió, volviéndose. Él la veía fijamente, haciéndola sentir culpable, y eso la puso furiosa—. ¿Sabes algo, Gonzalo? Lo que en verdad lamento, es la pérdida que sufrió ese niño, nadie a esa edad debería pasar por eso; o lo que es peor, sufrir el desprecio de un padre... porque a esa edad, no se es culpable de las decisiones que toman los adultos —pronunció, dejándole ver la rabia que la embargaba en ese instante.

—Hablas como si hubieras pasado por algo así —cuestionó, mirándola a los ojos. Ella al fin empezaba a brindarle información.

—¿Podemos dejar el tema de lado? —pidió, sin mirarlo, y cuando un mesonero pasó por su lado, lo llamó—. ¿Me trae una copa de Chardonnay? Por favor.

El hombre la miró, un tanto desconcertado, pero atendió su pedido, y sacó su libreta antes de retirarse.

—Enseguida, señorita, ¿alguno en especial? —preguntó.

—Uno chileno, y que sean dos copas —indicó Gonzalo, antes de que ella hablara.

—Por supuesto, señor. —Lo anotó y se retiró, escapando de ese ambiente de tensión, que rodeaba a la pareja.

Gonzalo se quedó en silencio, mirando a Deborah. La había presionado y había obtenido lo que deseaba, pero sentía que aún había mucho más, esa actitud de ella, se lo gritaba; y recordó la manera en la cual Dominic Wallis, prácticamente la ignoró al despedirse.

—Lamento haberte incomodado. Lo que le pasó al abogado, no era un tema apropiado para la ocasión... veo que te afecta.

Ella soltó una carcajada, al tiempo que negaba con la cabeza, rehusándose a mirarlo, pero no pudo controlar la furia en su interior, así que se volvió, para verlo directo a los ojos.

—¿Por qué no vas directo al grano? Y me preguntas lo que quieres saber. Creo que eso es más sencillo, que estar aquí, jugando a ver quién cae primero —cuestionó, impaciente.

—¿Tuviste algo que ver con el accidente de George Stevenson? —inquirió, haciendo lo que ella le había pedido.

Deborah se sintió golpeada por esa pregunta tan directa, aunque no podía decir que no la esperaba, por lo que respiró profundo, y aprovechó que el mesonero se acercó en ese momento, con sus copas, para ganar tiempo. Esperó hasta que se fuera, para responder.

—No, no tuve nada que ver —dijo, de manera categórica.

Se llevó la copa a los labios y le dio un gran sorbo al vino, el líquido suave y dulce, con ligeras notas afrutadas, le inundó el paladar, al tiempo que le ayudaba a relajarse.

Gonzalo la imitó, bebiendo casi la mitad de la copa, sin apartar la mirada de ella; por primera vez en su vida, dudaba de la culpabilidad de alguien, casi siempre, cuando alguien estaba implicado en un crimen, él lo intuía, con solo interactuar durante unos minutos con esa persona; sin embargo, con Deborah, no podía conseguirlo, lo único que la inculpaba, eran las palabras de un hombre, que había bebido demasiado, nada más.

—¿Cómo es tu relación con tu padre? —preguntó, de repente.

—¿Vas a hacer de psicólogo conmigo, detective? —contestó, con algo de burla y le dio otro trago a su copa.

—Lo estudié durante dos años, como parte de mi formación como detective, y antes de eso, hice dos de leyes. Mi padre quería que fuese abogado —comentó, abriéndose un poco con ella.

—Y me quieres a mí de conejillo de indias —dijo, riendo.

—Solo quiero conocerte, algo en ti me intriga, Deborah.

—Gonzalo... no tienes que conocerme, para meterme en tu cama. Solo tiene que bastar que yo así lo desee —esbozó, mirándolo a los ojos, con una sonrisa maliciosa.

—Sigues pensando que ese es mi objetivo —indicó, bebiendo más vino, observándola.

—Es lo que tú sigues dándome a entender... Ah, y una cosa más, todos los hombres son básicos, cuando se trata de sexo. —Sonrió, al ver que le había hecho jaque al audaz detective.

—Me gustaría pensar, que tengo la voluntad para poder resistirme —expresó, mirándola a los ojos.

Deborah hizo su sonrisa más amplia, y sus ojos se iluminaron, con un brillo, que hizo lucir el azul más intenso. Sentía que ese juego de palabras le gustaba; pero al mismo tiempo, era como si en el fondo, supiera que no iría más allá de eso con el policía, no sabía explicar por qué.

Tal vez, porque sentía, que entrar a un juego sexual con él, sería muy peligroso; o porque su vida, ya estaba lo bastante complicada con Diego y Maurice, como para agregar a alguien más.

La comida llegó, al fin; y ellos se concentraron en disfrutar de la misma. El ambiente tenso de minutos atrás, había pasado; y ambos se sorprendieron, al descubrir, que podían pasarla bien, en compañía del otro.

Quizás fue el vino que contribuyó a que eso fuera una realidad, pues cuando salieron de allí, ya habían bebido tres copas, y su humor había mejorado considerablemente.

—Puedes dejarme en la entrada, así no tendrás que bajar hasta el estacionamiento —comentó Deborah, una cuadra antes de llegar a la torre Wallis. Él hizo lo que le pidió, y cuando se detuvo, se volvió, para mirarla—. Gracias por el almuerzo, Gonzalo, la próxima vez lo planeamos con tiempo, para llevar a mi abogado.

—Te prometo hacerlo. —Él sonrió, recordando, que ella había mencionado, que la había interrogado sin tener una orden—. Gracias por la compañía, Deborah... espero se repita.

Ella asintió, en silencio, regalándole una sonrisa, una de las sinceras que pocas veces le entregaba a los demás, pero que sintió que él merecía.

Gonzalo bajó y caminó con rapidez para abrirle la puerta, después de todo era un caballero. Le sujetó la mano con firmeza al ver que, a ella le costaba bajar de la altura que tenía la todoterreno, con esa falda tan ajustada y los tacones altos.

Se miraron, en silencio, y terminaron despidiéndose con un simple y distante toque de manos. Se apoyó en la camioneta mientras la veía caminar hacia la entrada del edificio, espero a que el hombre de seguridad le abriera la puerta y ella se volvió a mirarlo una vez más, después de eso retomó su camino y él hizo lo mismo.

Las hermosas luces del atardecer, iban cubriendo la extensa propiedad de la mansión Wallis, pintándolo todo de naranja y dorado, entregándole la última pizca de calidez de ese día.

Ella, estaba recostada en el diván, junto a la ventana; y una vez más, su mirada se perdía en el jardín, apreciando ese espectáculo en todo su esplendor.

Esa tarde, había decidido quedarse en casa, no fue al gimnasio y se excusó con Janeth, pues habían quedado en ir a cenar juntas, pero la visita de Gonzalo Dorta a la empresa, lo cambió todo.

Deborah dejó escapar un suspiro, al tiempo que cerraba los ojos y descansaba su cabeza; no había logrado sacar de su mente, la imagen del detective, en toda la tarde; y lo que la tenía más desconcertada era, que las emociones que acompañaban esa imagen, eran completamente desconocidas para ella.

Ningún otro hombre, se las había causado ante; y sentía, que estaba en medio de una situación absurda; se suponía, que debía temerle, que él, aunque se mostrase amable, estaba esperando el más mínimo error, que ella cometiera, para encerrarla en una cárcel; no era un hombre en el que pudiera confiar.

—Entonces, ¿por qué sientes que sí puedes hacerlo, Deborah? —Se cuestionó, en voz alta—. No puedes, no puedes confiar en él ni en nadie más, no puedes decirles a otros, lo que sucedió con Stevenson, ni siquiera a Maurice o a Janeth; eso debe quedar entre Diego y tú... solo entre ustedes dos —sentenció, abriendo los ojos y mostrando una mirada, cargada de determinación.

Escuchó un suave golpe en la puerta, y giró el cuello, para mirar, sintiéndose algo extrañada, pues no había pedido nada.

—Adelante —ordenó, para que la persona que llamaba, entrara, mientras ella se acomodaba, quedando sentada.

—Debbie, te traje este té, que acabo de hacer —mencionó Martha, entrando al lugar con una sonrisa.

—Muchas gracias —dijo ella, recibiendo la taza.

El calor de la infusión, le calentó las manos, de inmediato; y su olfato, se impregnó de los aromas de los frutos rojos, que Martha siempre usaba para sus tés; junto a especias, que decía, eran su secreto, para que fueran tan deliciosos.

Sonrió con la mirada, después de que el dulce sabor, colmara su boca; reconociendo, uno de los sabores que más disfrutaba en la vida.

—¿Te gustó? —preguntó la mujer, con una sonrisa.

—Sí, está delicioso... hacía mucho que no lo bebía. —Le dio otro sorbo al líquido cálido y rojizo.

—Siempre lo hago, pero tú estás obsesionada con estar flaca, y sé, que ya no consumes tanta azúcar; por eso no te traigo —comentó, riendo y mirándola a los ojos—. Deberías comer más, Deborah; vas a terminar desapareciendo, como sigas así... y un día de estos, me van a mandar a mi casa, pues ya no habrá nadie quien me necesite, a quien cocinarle. Tu padre casi nunca viene a cenar; y ahora, tú tampoco quieres hacerlo —agregó, con algo de pesar en la voz, mientras se miraba las manos.

—El día que te vayas, Marcus se muere. —Deborah sonrió con picardía, al ver el asombro en la mirada de Martha—. ¿Crees que no lo he notado? —preguntó, riendo.

—No pasa nada, solo somos amigos... lleva... llevamos muchos años trabajando juntos —indicó, mirándola con algo de nerviosismo, al tiempo que se sobaba las manos.

—Está bien, Martha... no le veo nada de malo. Ustedes dos siempre han sabido comportarse y han dado el ejemplo a los demás trabajadores; lo cual debe seguir así... —Deborah se interrumpió, al recordar la escena que había presenciado entre Diego y Katherine, el otro día—. Debes recordárselo a tu hija.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Martha, alarmada.

—Martha... no soy tonta. Sé todo lo que pasa en esta casa.

—Katherine es una chica rebelde, debí ponerle más carácter, cuando aún era una niña; pero al ser la menor... le consentí muchas cosas, y allí está el resultado —expresó, dejando ver su molestia, y al mismo tiempo, su tristeza, por el comportamiento de su hija.

Deborah bebía de su té, mientras la escuchaba; lo hacía, sobre todo, para esconder su sonrisa de satisfacción, al saber, que había logrado lo que buscaba con ese comentario; estaba segura, que Martha, haría que Katherine se alejara de Diego.

Suspiró, al verla quedarse callada y elevó una mano, para acariciar las arrugadas y ásperas de la mujer; intentando darle consuelo.

—No te pongas así, Martha; has sido una madre excelente, tus demás hijos, se han convertido en buenas personas; tienen sus familias, trabajos y están pendientes de ti... además, nadie en esta vida es perfecto; existimos personas, que comentemos los mismos errores una y otra vez —dijo, mirándola a los ojos.

—Gracias, mi niña; igual, tomaré en cuenta tu consejo y hablaré seriamente con Katherine; te prometo, que no te causaremos más disgustos —mencionó, mirándola a los ojos.

Deborah sonrió, llena de felicidad, al escuchar esas palabras; era justo lo que deseaba oír. Pero debía tener cuidado y no exponer sus verdaderas intenciones, de manera tan abierta.

—Solo te pido un favor, que no vayas a juzgarla duramente... es joven, y a esa edad, se escuchan más los consejos que los reproches; te lo digo por experiencia. No quiero que entre tu hija y tú, existan rencores, que después, no sepan cómo manejar. No te conviertas en alguien como mi padre, Martha —pidió, sin apartarle la mirada de los ojos.

En ese momento, hablaba en serio, porque por mucho que quisiera que Katherine estuviera lejos de Diego, no deseaba que recibiera un trato como el que le había tocado vivir a ella, durante años.

Le esquivó la mirada a Martha, para ocultar su dolor. No le gustaba mostrarse vulnerable delante de los demás, y se apoyó en el espaldar, para terminar su té.

—Es tan triste... —esbozó Martha, suspirando.

—¿Qué? —preguntó Deborah, con curiosidad.

—Lo que le sucedió a tu familia... Tu madre intentó salvarla, muchas veces, pero las dudas son poderosas; y una sola, puede acabar con un millón de certezas —mencionó, sin mirarla.

Ella, al igual que los empleados con más años en ese lugar, sabía, que su patrón, la trataba así, porque no creía que fuera su hija, porque pensaba, que la niña, era hija de aquel hombre, que consiguió una noche en la casa, junto a madame Christie.

La rabia y el dolor, lo tenían cegado, pues ella, no necesitaba de pruebas médicas, que dijeran que eran padre e hija. Solo bastaba con mirarlos.

—Una duda... —murmuró Deborah, sintiendo cómo los ojos, se le colmaban de lágrimas; por lo que apretó con fuerza los dientes, para darles la pelea—. Creo, que fue más que eso, creo que fueron las acciones de ambos, el orgullo y el egoísmo, creo que solo pensaron en ellos —expresó, dejando salir su resentimiento, mirando hacia el jardín.

—El dolor... fue el dolor el que hizo más estragos en la vida de los Wallis, mi niña Debbie... y lo sigue haciendo —expresó Martha, con tristeza, al ver en ella tanto rencor.

—Yo intenté cambiar eso; incluso, a veces, todavía sigo intentándolo —mencionó Deborah, y una lágrima la traicionó, rodando por su mejilla—, pero hay cosas, que jamás cambiarán, Martha... y si te soy sincera, me siento cansada, ya no quiero seguir luchando —agregó, retirando la lágrima con sus dedos.

—¿A dónde van a parar, mi niña? —preguntó, buscando la mirada de esos bonitos ojos azules.

—No lo sé, pero te aseguro, que no seguiré el camino de mi madre, no seré tan cobarde como lo fue ella —contestó Deborah, poniéndose de pie, para acercarse más a la ventana.

—No deberías juzgarla de esa manera... tu madre sufrió mucho, Deborah. —Martha no pudo evitar defender a su difunta patrona, pues madame Christie, a pesar de todo, fue una mujer generosa y nunca se portó mal con el personal.

Deborah, pudo sentir el reproche, en la voz de Martha, aunque no le prestó atención; sabía, que la mujer adoraba a su madre y que todo lo que ella dijera en contra de Christie, lo vería mal.

Por un momento, se preguntó el motivo de que eso fuera así; tal vez, necesitaba de algo, para no sentir tanto odio dentro de su pecho.

—Cuéntame de ese día, Martha... ¿Qué sucedió? —inquirió, volviéndose a mirar a la mujer.

—Tú sabes lo que ocurrió, Debbie —respondió, mostrándose nerviosa, rehuéndole la mirada—. Fue un suceso muy triste, no me gusta hablar de ello, y tú tampoco deberías querer hacerlo.

—La explicación que me dieron, fue muy vaga, quiero saber lo que sucedió en verdad, lo que pasó antes de que la encontraran... —A pesar de los años, todavía le dolía hablar de la muerte de su madre, pero en ese momento, lo necesitaba. Tragó, para pasar las lágrimas, que inundaron su garganta—; por favor, Martha, necesito saber más; comprender... porqué, ella hizo lo que hizo —dijo, mirando a la mujer a los ojos y mostrando una súplica en los suyos.

—Está bien, te lo contaré; pero ven, toma asiento, mi niña.

Martha accedió, liberando un suspiro pesado; cerró los ojos un instante, y cuando sintió que Deborah estaba cerca de ella, los abrió de nuevo, preparándose para lo que vendría

—Gracias —murmuró Deborah, mirándola con atención.

La mujer solo asintió, en silencio, y sus pensamientos, viajaron a ese día; tratando, que su memoria, no le fallara; y así, poder contarle a Deborah lo sucedido.

—Una semana antes de la muerte de... madame Christie, vino una mujer mayor a visitarla, era extrajera, por su acento. Pensamos, que debía ser alguien de su niñez; estuvieron conversando en el despacho por largo rato, pero ninguno de nosotros, se enteró de qué hablaron...

—¿Cómo se llamaba esa mujer? —preguntó Deborah, intuyendo que pudiera ser alguien relacionada con Leonard.

—No lo sé, Marcus fue quien la recibió, y ella solo vino esa vez, nunca más volvimos a verla —respondió, sintiéndose desconcertada.

—Está bien... sigue, por favor —pidió Deborah, de nuevo.

—Después de esa visita, tu madre comenzó a beber más seguido, lo hacía hasta quedar inconsciente. Intentamos ocultárselo a tu padre, para que no la atormentara, pero sabíamos, que madame Christie, estaba mal y que él debía saberlo... cuando finalmente lo hicimos, él optó por encerrarla en su habitación.

—¿Que hizo qué? —inquirió Deborah, asombrada.

No se esperaba una revelación como esa, a pesar de saber, que Dominic lo tenía por costumbre, al menos con ella; pero nunca pensó, que se lo hubiese hecho también a su madre.

—Madame Christie, estaba fuera de control... él la encerró, porque le preocupaba su bienestar —alegó Martha, enseguida.

—¿Preocupado? ¡Por Dios, Martha! Él es un monstruo... eso es lo que es; siempre acostumbraba a hacer lo mismo conmigo, tú lo sabes —expresó Deborah, poniéndose de pie. La ira que corría por sus venas, no le permitía que estuviera sentada.

—Aunque parezca ilógico, eran casos similares. El señor Dominic, buscaba protegerte, porque eras joven, rebelde e ingenua; y te ponías en peligro, cada vez que escapabas de casa, Debbie —indicó, mirándola a los ojos—; y tu madre, también se ponía en peligro; pero, dentro de su habitación, estaba segura; o eso pensábamos todos.

—Pero no sucedió así, y él no tenía por qué encerrarla. Ella no era un animal salvaje, que mereciera ese trato... Dime, por favor, exactamente, qué sucedió ese día; quiero saberlo —exigió, con su mirada clavada en la oscura de Martha. La vio dudar, por lo que insistió, para conseguir que hablara—. No te dejaré salir de este lugar, hasta que lo hayas hecho, Martha; y hablo en serio.

—Escuchar todo eso, solo te hará más daño —esbozó, negándose a contarle, pero vio la resolución en la mirada azul; y sabía, que los Wallis, eran tercos.

—No importa, solo quiero oír la verdad. —Se sentó, de nuevo.

—El día en que sucedió todo, tu madre se despertó temprano y comenzó a prepararse; le pidió a Ingrid, que buscara un vestido bonito, de flores, algo alegre... La notábamos tranquila y con buen semblante. La noche antes, no había tomado; e imaginamos, que se debía a eso —mencionó y suspiró, antes de revelar lo que seguía—. Tu padre también vio ese cambio, durante el desayuno y le sorprendió, pero algo sucedió en su habitación; tal vez, discutieron, porque antes de irse, él la volvió a encerrar.

—¿Cuántos días llevaban en esa situación? —inquirió Deborah, tratando de controlar su molestia.

—Solo dos días. Él siempre le dejaba las llaves a Marcus, para que le sirviéramos el almuerzo y le hiciéramos compañía en las tardes, por un rato; sin embargo, ese día, no lo hizo; se marchó, sin dejar ninguna orden... mientras, madame Christie, se quedó dando gritos en su habitación, llorando desesperada y golpeando la puerta, para que la dejaran salir. —Su voz estaba impregnada del dolor, que le causaban los recuerdos.

Deborah cerró los párpados, dejando escapar un suspiro, imaginándose la escena, y el corazón se le encogió de dolor, dentro del pecho; ciertamente, las cosas se pusieron peor, después de que ella se marchara a la universidad.

—Continúa, por favor —pidió Deborah, con la voz trémula.

—Tu madre siguió gritando, durante varias horas; a veces, se callaba, pero a los minutos, volvía a retomar su actitud, decía... “Tengo que ir a verlo, tengo que verlo... necesito pedirle perdón y decirle, que siempre pensé en él”. —Martha esbozó aquellas palabras, que se le habían quedado grabadas en la mente.

—¿Ver? ¿Ver a quién? —preguntó Deborah, desconcertada.

—Nunca lo supimos, mi niña; ella nunca dijo un nombre.

Deborah se sintió perdida por unos segundos, pero de pronto, una idea llegó a ella, con tanta nitidez, que la estremeció. Cerró los ojos, para contener la oleada de lágrimas que le subió, inundándolos.

Ella sabía exactamente, cuál fue ese nombre, que su madre nunca pronuncio, era Leonard. Seguramente, ella tenía planeado escaparse con él, ese día.

Esa mujer que la visitó, debió ser quien los puso en contacto, y Dominic los descubrió, por eso la encerró, para evitar que ella se fugara con su amante.

—Si ustedes escucharon todo eso... ¿Por qué no actuaron? ¿Por qué no la ayudaron? —preguntó, pero su voz carecía de emoción; solo quería saber, si lo que acababa de imaginar, era cierto, y ellos llegaron a pensar lo mismo.

—Lo hicimos, llamamos al señor Dominic tres veces, cuando la escuchamos estrellar cosas en su habitación, cuando se quedó callada por largo rato, pero él no accedió a que le abrieran; decía, que solo era un berrinche de madame Christie, que estaba desesperada por emborracharse de nuevo... y todos, todos, pensamos, que ella estaría segura dentro de la habitación; jamás llegamos a imaginar, que... que haría algo así, que atentaría contra su propia vida —mencionó, mientras lloraba.

—Debieron sospecharlo, alguno debió notar, que las cosas andaban mal, en cuanto oyeron que pasaba rato y que ella no hacía nada... debieron llamar a la policía, que la sacaran de allí y encerraran al miserable de Dominic —pronunció, sin poder controlar un segundo más, su rabia.

—Deborah... tu padre solo quiso ayudarla.

—¡No! ¡Él la mató! ¡Él fue el culpable de que ella terminara así! ¡La arrinconó! ¡Él la mató! —gritó, temblando, a causa de la ira y los sollozos que salían de sus labios.

Martha intentó contenerla, acercándose a ella; necesitaba calmarla, porque la veía muy mal. Deborah nunca se había puesto así; y a ella le preocupaba, que todo lo que le había dicho, aumentara el rencor que le tenía a su padre.

—Debbie, no sabes cómo había empeorado la enfermedad de tu mamá, en los últimos meses. Ya ella no tenía dominio sobre las cosas que hacía o decía.

—¿Y por qué no la llevó con un doctor? ¿Por qué no la internó? —cuestionó, con la mirada cargada de odio y húmeda, por las lágrimas. Martha solo bajó la mirada y se quedó en silencio. Deborah dejó escapar un jadeo, producto de su indignación—. ¡Por supuesto! Él no podía permitir, que las personas se enteraran, del estado en el cual se encontraba su esposa; no podía, soportar la vergüenza, de ser el marido de una alcohólica... por no decir, que debía asumir, que mientras ella se destruía día tras día, él se pavoneaba por todo Nueva Orleans, con cuanta mujerzuela se le atravesara. ¡Y viene a querer darme lecciones de moral a mí! —exclamaba, sintiendo, que a cada segundo, odiaba más y más a Dominic.

—Mi niña, por favor... no hables así, las cosas no eran de esa manera. Tu padre hizo, que varios doctores la visitaran, pero fue tu madre quien se negó a asistir a las terapias de grupo, fue ella quien no quiso ser tratada. Decía, que estaba bien, que podía controlarlo —expuso Martha, dejando sus propias lágrimas correr; suspiró,

antes de continuar—: lo más triste de todo esto es, que tu padre no insistió; de eso sí es culpable, de no presionarla más, para que ella aceptara. Se rindió muy fácil.

—Y la dejó a su suerte, igual como hizo conmigo.

—Tu padre nunca se desentendió de ti o de tu madre, Deborah; a su manera, siempre estuvo pendiente de las dos. —Se acercó, despacio—. El señor Dominic, sufrió mucho por la muerte de madame Christie; si lo hubieras visto, cuando llegó y la consiguió en la bañera... estaba tan perdido, tan mal, completamente desconsolado... Se necesitaron dos oficiales de policía, para quitarle el cuerpo de tu madre de entre los brazos. —Dejó escapar un sollozo, al recordar esa imagen.

—Pues no le valió de mucho aferrarse ella, después de todo, mi madre nunca fue suya. —Caminó hasta la puerta, pero antes de abrir, le dijo—: gracias por serme sincera, Martha.

Después de eso, abandonó su despacho; subió las escaleras con rapidez y se encerró en su habitación, a llorar, una vez más; mucho más en ese momento, al comprender, que si Christie no hubiera muerto ese día, igual tenía planeado abandonarla; que de todos modos, no le importaba lo que sucediera con ella.

Gonzalo regresó a la ciudad, cerca de las nueve de la tarde; y a las luces se habían extinguido, y a pesar de ser lunes, las noches en Nueva Orleans, siempre vibraban; más en vísperas de Nochebuena.

Ser una ciudad pequeña, no la libraba de los compradores, que dejaban todo para última hora y recorrían desesperados, todas las tiendas, en busca del regalo perfecto, para sus familiares.

Él, casi se había olvidado de la época, no tenía nadie a quien regalarle o con quien compartir, y desde un tiempo hasta la fecha, ese tipo de cosas, no le preocupaban. Lo pasaría solo en la cabaña.

Detuvo el auto dos manzanas antes del local de Rebecca, no quería comprometerla delante de sus trabajadores, ni darles a estos, motivos para que estuvieran hablando de ella; que no tenían el derecho para hacerlo, pero eso daba lo mismo, siempre lo hacían.

Sacó su móvil del bolsillo y lo desbloqueó, se lo llevó a los labios, golpeándolos con el aparato un par de veces, hasta que al fin, se decidió y marcó el número de la morena.

—Hola Rebecca. —La saludó, cuando ella lo tomó, al segundo repique—. Estoy en la ciudad, a dos manzanas de tu local.

—Hola... de acuerdo, de acuerdo... dame diez minutos, por favor.

—Claro, cuando estés lista, me envías un mensaje, estaré pendiente, y... Rebecca. —La llamó, antes de cerrarle—. Gracias —señaló, notando que ella estaba nerviosa, pues la voz le temblaba.

—¿Gracias? ¿Y eso por qué?

—Por dejarme cumplir una fantasía —respondió y sus labios le entregaron una hermosa sonrisa, aunque no la viera. Ella liberó un suspiro, que él pudo escuchar perfectamente; y después, también escuchó que la llamaban—. Ve, termina y nos vemos en unos minutos —dijo, y colgó, para que ella continuara con lo suyo.

Rebecca sentía, una maravillosa sensación, creciendo dentro de su cuerpo; era algo, que hacía mucho tiempo no le sucedía, aunque debía admitir, que le asustaba, en la misma medida en la cual la atraía.

Era como tener, cientos de mariposas, revoloteando en su interior; un hormigueo tan delicioso, que no podía borrar la sonrisa que tenía en los labios.

Caminó, revisando todo, para esconderse de la mirada escrutinadora de Louis.

—Bueno, todo aquí está listo, ya pueden irse... yo me quedaré, voy a organizar las facturas que llegaron esta tarde —mencionó, sin mirarlos directamente; sentía, que podían leer sus pensamientos.

—Becca, puedes hacer eso mañana, mi niña; es mejor que vayas a tu casa a descansar; ha sido un día largo. —Mary la miró, con la misma ternura de siempre.

—Estoy bien, madrina; descansé esta tarde, cuando me fui a la casa; además, no tengo mucho que hacer allá; y ya sabe, no me gusta dejar nada para después...

Váyanse ustedes, que si deben estar cansados, porque estuvieron aquí todo el día —indicó, mirándolos a todos y caminó con ellos hasta la puerta.

—Si quieres, puedo quedarme a acompañarte —dijo Louis, solo para probarla; la conocía y sabía cuándo ocultaba algo.

—¡Ay, por favor! Como si fuera la primera vez que me quedo sola aquí, no me va a pasar nada, y en cuanto termine, me voy a la casa... —Miró su reloj, para rehuirle la mirada a Louis, y de paso, comprobar si ya habían pasado los diez minutos—. Esto me llevará, como mucho, una hora —acotó, sonriéndoles.

Se esforzó en mantener el gesto, a pesar de la mala cara que tenía Louis; de verdad, en ocasiones, llegaba a odiar esa actitud tan celosa que mostraba; ejerciendo su papel de hermano, que Dios y la vida le habían dado.

Juraba, que si no fuera porque sabía que él estaba profundamente enamorado de Lucy, y porque lo conocía tan bien; diría, que alejaba a todos los hombres, que se le acercaban, porque su amor iba más allá del fraternal; pero sabía que no era así.

—Bueno, mi niña, que descanses. —Se despidió Mary, abrazándola y dándole dos besos, como siempre.

—Gracias, madrina, usted también —respondió, sonriéndole.

Los demás, también se despidieron de ella, como solían hacerlo, y cuando al fin los vio alejarse, dejó libre un suspiro y se apoyó contra la puerta, después de cerrarla.

Sacó su teléfono, para escribirle a Gonzalo; y en el mensaje, le indicó que fuera por la calle de atrás del restaurante, que allí podía dejar la camioneta estacionada y entrar, sin que nadie lo viera.

Debía tomar en cuenta, que tal vez, el ingenioso de Louis o la entrometida de su amiga Marie, estuvieran esperando, para ver si alguien entraba al local.

Sabía, que ellos se habían marchado, con la clara sospecha, de que lo de las facturas, era solo una treta de ella; tal vez, Freddy y su madrina, también lo intuían, pero fueron más sutiles.

Cinco minutos después, sintió el suave golpe en la puerta de fondo, y los latidos de su corazón se desbocaron. Caminó con rapidez hasta el lugar; pero antes de abrir, se acomodó el cabello, la blusa y respiró profundamente, para calmarse.

—Con que una fantasía, ¿no? —Fue lo primero que preguntó, al dejarlo pasar, mientras le sonreía con picardía.

Gonzalo le respondió con el mismo gesto, pero mucho más hermoso y amplio; uno, que mostraba su perfecta dentadura e iluminaba sus ojos grises.

Se acercó a ella, envolviéndola en sus brazos y la besó con la misma intensidad de siempre, llenando su boca por completo, con esa lengua cálida, pesada y tan diestra, que la hacía gemir y aferrarse a esos fuertes brazos, para no terminar derretida en el piso.

—Gracias por acceder —murmuró, contra los labios sonrojados y húmedos de ella, mirándola a los ojos.

—Vamos —dijo, tomándolo de la mano, para llevarlo hasta la pequeña oficina, al fondo del local.

Entraron y lo primero que descubrió Gonzalo fue, que Rebecca era una mujer muy ordenada, el escritorio lucía impecable, no vio un solo papel fuera de lugar o un bolígrafo tirado con descuido en algún rincón; los libros informativos y contables, los tenía ordenados por tamaño; en resumen, esa oficina, comparada con la suya, era un paraíso.

La vio acercarse al computador y abrir una ventana; marcó con rapidez una clave, para después volverse a mirarlo, sus pupilas bailaban con nerviosismo, así que le sonrió, para hacerla sentir confiada.

Se aproximó, tomando una silla, y descubrió, que conocía el sistema de seguridad; le dedicó una mirada, pidiéndole permiso, para manipular el equipo; y ella asintió, con un movimiento tenso.

—Fue el sábado por la noche... —susurró ella.

—Domingo, ya pasaba de medianoche —acotó él, sonriendo.

Rebecca asintió, nuevamente, mientras lo veía teclear la fecha; era evidente, que él manejaba muy bien ese sistema; seguramente, estaba acostumbrado a ver cintas de seguridad, por su trabajo.

Lo vio concentrarse en las imágenes, con el ceño ligeramente fruncido; con la fuerte y sensual mandíbula un poco tensa; la respiración controlada y sus ojos, destellaban un hermoso resplandor, gracias al brillo de la pantalla del computador.

Gonzalo le subió el volumen a la grabación, en cuanto vio sus figuras aparecer en la pantalla; anotó la hora exacta, en la cual empezó la grabación y su mirada se ancló en la escena.

Tuvo que ordenarle a sus labios no sonreír, cuando sintió que Rebecca, comenzaba a mover la pierna, en un claro gesto de nerviosismo.

—¿Todo bien? —Se volvió, para mirarla.

—Sí... por supuesto —respondió, forzándose a sonreírle—. Tal vez, deberías adelantar un poco la cinta —sugirió, sin mirarlo; entre más rápido salieran de eso, mejor.

—Claro, vayamos a la parte más interesante —dijo, pulsando la flecha, para adelantar la cinta; y la detuvo, justo cuando en el vídeo, la vio ponerse de pie.

También lo hizo a su lado, en ese momento y caminó hacia la puerta.

—Voy a buscar algo de beber. ¿deseas algún trago especial? —preguntó, con la voz ahogada; sentía, que se iba a desarmar, en cualquier momento.

—¿Qué ocurre, Rebecca? ¿No quieres ver la grabación? —contestó, con otras interrogantes, mientras la miraba.

—No... no es eso, Gonzalo; es solo que... es algo tan íntimo —respondió, bajando el rostro, que sentía arder ante el sonrojo.

Él se puso de pie y caminó hasta ella, le apoyó el dedo índice en la barbilla, para hacer que subiera el rostro y así poder mirarla a los ojos.

Cuando Rebecca lo hizo, pudo ver, que incluso, ese par de bellas gemas, se habían cristalizado. Suspiró, sintiéndose sorprendido y cautivado por ella; puesto que pensaba, que el tipo de mujeres como Rebecca, se habían extinguido.

—Es nuestra intimidad, no es la de nadie más; en ese vídeo, solo estamos tú y yo. Tal vez, pienses que he hecho esto antes, pero la verdad, nunca me había pasado, y me gustaría tener esta experiencia; sin embargo, si tú no te sientes cómoda con ello, puedo dejarlo de lado, Rebecca —mencionó, mirándola a los ojos, para que ella comprendiera, que hablaba en serio.

Ella se ahogó en esos ojos grises tan hermosos, se dejó llevar por lo que sentía y asintió, mordiendo el labio.

—Está bien, me quedaré a verlas, contigo —aceptó y recibió con una sonrisa, el beso que él le entregó en agradecimiento, mientras le acariciaba las caderas.

Caminaron de regreso hasta el escritorio; ella pretendía ocupar la silla donde estaba antes, pero Gonzalo se sentó y la tomó de la cintura, para ponerla sobre sus piernas.

La silla era resistente, así que eso no la preocupaba, aunque lo miró, desconcertada por ese gesto; pero después, suspiró y se relajó, cuando él le envolvió la cintura con los brazos y apoyó el mentón sobre su hombro, haciéndole sentir su respiración.

—De esta manera, no te me escaparás —mencionó, a modo de explicación, pues sabía, que ella no se esperaba algo así.

—¿Su instinto policial, detective? —preguntó, divertida.

—No, mi instinto de hombre —respondió él, dándole un beso en el cuello; y sonrió, contra la delicada piel, cuando ella se estremeció; finalmente, empezó a reproducir las grabaciones.

Rebecca, debía admitir, que tenía un maravilloso instinto de hombre, pues si la trataba de esa manera, jamás desearía alejarse de él.

Le encantaba ese calor, que brotaba del cuerpo de Gonzalo, la dureza de sus piernas, sus brazos, su respiración, que se iba haciendo más pesada, a medida que la cinta avanzaba.

Ella se iba llenando de expectativas a cada segundo, su cuerpo temblaba ligeramente, al sentir los dedos de Gonzalo, rozarle las piernas.

—Me encanta escucharte gemir —murmuró, al oído de ella; llevando su mano más allá, internándose bajo la tela del vestido.

Rebecca cerró lentamente los párpados, al tiempo que separaba sus piernas, dándole la libertad de tocarla mejor.

Su respiración era superficial, y a cada segundo que pasaba, su piel comenzaba a transpirar, liberando el calor.

Gimió, al sentir sus dedos rozándole el pubis; primero por encima del panty; y después, haciéndolo a un lado, hundiéndose en medio de sus pliegues húmedos, que se estremecían ante cada toque.

—Gonzalo... —Lo llamó, con un hilo de voz, y sus senos, moviéndose, al compás de su respiración, en un vaivén, que también empezaba a apoderarse de sus caderas—. Gonzalo... —repitió.

—Sí... mírate, Rebecca; te ves tan caliente... tan hermosa. Me excita mucho mirarte —pronunció, besándole el cuello, sin apartar sus ojos de la pantalla ni dejar de lado lo que hacía.

Rebecca quiso comprobar si era cierto y abrió los ojos. La imagen en el monitor, la golpeó con fuerza, arrancándole un jadeo. Sus pupilas se dilataron, siguiendo la secuencia, y su intimidad, se humedeció aún más.

Miró de soslayo a Gonzalo, descubriendo, que él, también estaba hipnotizado por las imágenes; pero Rebecca, quería descubrir, si estas habían surtido el mismo efecto en el cuerpo de él; así que, llevó una mano hasta la entrepierna de Gonzalo y la rozó, encontrándose con la protuberancia, que delataba una potente erección.

Eso lo hizo morderse el labio inferior y tensarse, en torno a los dedos de él, que la masturbaban. Moviéndolo el rostro, para hundirlo en la cálida piel del cuello de Gonzalo y poder respirar su olor; ese tan masculino y que tanto le gustaba, porque sentía, que solo podía pertenecer a él.

—Tócame, Rebecca... tócame tú también, muñeca —pidió, dándole suaves succiones, en esos labios, que lo traían loco; mirándola a los ojos, para que viera su urgencia. Maniobró, para abrir su pantalón, sin tener que alejarse de ella.

Ella lo ayudó con la cremallera, liberando la dura y caliente erección de Gonzalo; le gustaba la sensación aterciopelada de su piel, cada vez que sus dedos se deslizaban por ella, de arriba abajo.

Los gemidos que él ahogaba en su cuello, la excitaban cada vez más; así como sentir, que aumentaba de tamaño y de temperatura.

—Gonzalo... estoy a punto de correrme —esbozó ella, en medio de gemidos, cada vez más fuertes.

—Si sigues tocándome así... yo también lo haré —confesó, mordiendo suavemente el hombro.

Rebecca se estremeció ante esa declaración, su mirada se topó con la imagen en la pantalla y fue como si le lanzaran gasolina, al incendio en su interior. Esa imagen, también le dio una idea.

Se movió, haciéndole ver a Gonzalo, que deseaba ponerse de pie un instante, y él la dejó. Con agilidad, se quitó la ropa interior, lo miró por encima del hombro, para comunicarle, solo con la mirada, lo que deseaba; y él lo comprendió enseguida.

Gonzalo se apoyó en un codo, para elevar sus caderas; y con rapidez, extrajo la billetera del bolsillo trasero de su pantalón, la abrió, sacó un condón y se lo puso.

—Eres tan... perfecta —susurró, subiéndole el vestido, para besarle las turgentes nalgas—. Me encantas, Rebecca.

—Cualquiera diría, que lo que en verdad te encanta, es mi trasero —comentó, al ver cómo lo miraba; y él la recompensó, dándole un par de sonoros y húmedos besos.

—Tienes un culo de espectáculo; sí, me gusta mucho. También me gustan tus tetas, son muy suaves y quedan perfectas en mis manos, y tus piernas... ¡Dios! Me fascinan tus piernas... todo lo tuyo me gusta —expresó, acariciándola.

—Estamos a mano, Gonzalo; porque a mí también, me gusta todo de ti —susurró, girando medio cuerpo, para besarle en los labios; un toque suave, que él intentó prolongar, pero que ella no permitió, porque deseaba continuar con lo que habían interrumpido—. Espero que la silla nos soporte —dijo, riendo.

—Si se rompe, yo te la pago; pero ya, ven aquí —mencionó, halándola por el brazo, para acercarla a él.

La hizo sentarse, cuidando de que no fuera a lastimar su miembro, pues estaba completamente erecto; buscó sus labios, para besarla, dejando que sus lenguas, se encontraran en suaves roces, mientras sus sexos se unían de manera perfecta; cuando estuvo completamente dentro de ella, le dieron riendas sueltas a su pasión.

Los sonidos del vídeo, fueron opacados por aquellos que empezaron a liberar ellos y llenaban todo el espacio. El aire se cargó de humedad, del calor que brotaban sus cuerpos y del aroma que desprendían sus pieles.

Rebecca se quedó sobre él, dejándose envolver por los fuertes brazos y el calor que brotaba de Gonzalo, deseaba quedarse allí. De pronto reaccionó, no podía permitirse ese tipo de sentimientos, era muy pronto, apenas lo conocía y debía estar clara en que él se marcharía en cualquier momento, no podía hacerse ilusiones, eso era solamente sexo.

Se puso de pie, le dio un suave beso en los labios y caminó hasta el baño, necesitaba estar sola unos minutos para poder centrarse. Se negó a mirarse al espejo mientras se quitaba el sudor del cuello con una toalla húmeda, tenía miedo de lo que su mirada podía expresar en ese momento.

Cuarenta minutos más tarde, abandonaban el restaurante y se dirigían a la casa de Rebecca, quien le sugirió a Gonzalo, pasar la noche con ella; y él, no lo pensó dos veces para aceptar.

No lo animaba tomar carretera a esa hora, mucho menos para ir a internarse a su solitaria cabaña y dormir entre sábanas frías.

—¿Tendré derecho esta noche a la suite principal? —preguntó él, en un susurro, besándole el cuello, una vez dentro de la casa; mirando fijamente las escaleras, pues quería llevarse a la habitación, en ese preciso instante.

—Tendrás derecho; siempre y cuando, me lleves en brazos, porque me has dejado muerta —contestó, dejando descansar su cabeza, sobre el hombro de Gonzalo.

Él no dijo nada, solo la cargó, haciéndola soltar una carcajada, que él acompañó.

Subieron cada peldaño entre besos, y la llevó directo a la habitación, donde una vez más, tuvieron sexo.

Parecían un par de adolescentes, que apenas descubrían los placeres del cuerpo, que solo les bastaba un simple roce, para que sus ansias se avivaran.

Rebecca despertó cerca de las dos de la mañana, necesitaba ir al baño; cuando regresó, la imagen de Gonzalo, durmiendo, en su cama, hizo que sus latidos se aceleraran.

Se metió de nuevo bajo las sábanas, siendo recibida por el calor del cuerpo desnudo de él, que mantenía la cama caliente.

A Rebecca le agradó mucho esa sensación y se acurrucó contra su fuerte cuerpo, suspirando, para quedar dormida de nuevo.

Cuando la alarma del celular de Rebecca sonó, llenando la habitación de la vibrante música de *Happy* de *Pharrell Williams*; ella quiso lanzarlo contra la pared; tenía demasiado sueño y estaba en un estado muy placentero, como para abandonarlo.

Hundió su rostro en el pecho de Gonzalo, negando con la cabeza y lamentándose, porque sabía que debía levantarse.

Él le hizo saber, que también había despertado; cuando le acarició la espalda.

—¿Cinco minutos más? —Le preguntó, al verla así.

—Por favor —murmuró en respuesta, sin abrir los ojos.

Gonzalo sonrió, buscando el aparato sobre la mesa de noche y lo programó, para que sonara dentro de diez; sabía que cinco eran muy pocos, y todavía era temprano.

Él también tenía sueño, pero estaba en ventaja sobre ella, pues podía ir hasta la cabaña y dormir todo el día; en cambio, Rebecca, debía cumplir con sus ocupaciones en el restaurante; no podía faltar, y estaba seguro, que no lo haría.

Cuando la alarma sonó por segunda vez, no pudieron seguir postergando sus deberes; se pusieron de pie, ambos estaban desnudos, y caminaron así, hasta el baño, para ducharse juntos.

El deseo estuvo latente, pero su sentido común, los llevó a controlarse, así que guardaron sus ansias para otro día; después de todo, la relación parecía afianzarse cada vez más, y ninguno de los dos tenía previsto finalizarla, de momento; aunque, tampoco habían formalizado nada, solo estaban disfrutando de la experiencia y nada más.

Katherine se encontraba sentada en la cama de Diego, mientras lo miraba ceñuda, al ver que su supuesto novio, no le prestaba atención; ya llevaba diez minutos allí, y él sabía lo difícil que le resultaba a ella poder escaparse, para verlo; pero ese día, parecía no importarle, pues apenas la había mirado.

Lo veía fumar un cigarrillo tras otro, con el ceño fruncido y la mirada oscura, dejando ver, que se encontraba molesto. Liberó un suspiro y se puso de pie, para marcharse.

—¿A dónde vas? —preguntó él, al caer en cuenta, nuevamente, que Katherine se encontraba allí. No sabía ni siquiera, cuánto llevaba en ese lugar o si le había dicho algo—. ¡Hey, morena! Te estoy hablando... ven aquí, ¿no viniste a verme? —inquirió, terminando su cigarrillo y poniéndose de pie.

—Sí, vine a verte, pero parece que a ti no te importa; llevo varios minutos aquí, Diego y no me has dirigido la palabra siquiera. —Se cruzó de brazos, mirándolo con resentimiento.

—Bueno... es que he estado preocupado por algunas cosas.

—¿Qué cosas? Si tú no sales de esta casa, y que yo sepa, no has tenido problemas en el jardín, así que, ¿qué es eso que te preocupa tanto, que no puedes dedicarme tiempo? —cuestionó, mostrándose realmente furiosa con él.

—A ver, Katherine... mi mundo no gira solo en torno a este maldito lugar; tengo una vida fuera de aquí, asuntos que atender y problemas que resolver. Si lo que te molesta es, que no esté a cada segundo pendiente de ti, pues lo siento, pero tampoco eres lo único en lo que debo pensar día y noche —mencionó, sintiéndose harto de ella y de toda la mierda que estaba viviendo.

—Perfecto, eso es todo lo que necesitaba escuchar hoy, no te molesto más, Diego; mejor concéntrate en tus asuntos, que por lo que veo, son mucho más importantes que tu novia —dijo, estando a punto del llanto, y le dio la espalda.

Diego resopló, meciéndose el cabello con la mano, para drenar la rabia que sentía en ese momento; cerró los ojos y pensó, que lo mejor era, dejarla marcharse. Igual, el estúpido papelito de hombre enamorado, ya lo estaba cansando; fingir, que solo tenía ojos para ella, cuando lo que en verdad quería era, mandar todo a la mierda de una buena vez.

Ella tardó en abrir la puerta, esperando a que él la detuviera y le pidiera perdón; pero al ver que no tenía intenciones de hacerlo, se giró, para mirarlo y echarle en cara, todos los reproches que tenía días guardándose.

—¿Sabes qué? No me voy a ir de aquí, sin antes decirte lo que llevo dentro. Sé por qué estás así... sé perfectamente, que lo que te tiene de esa manera es, que Deborah, seguramente, ya te dejó, que te usó y te lanzó a la basura, como algo que no sirve... —Cada palabra que decía, era con la intención de lastimarlo; quería que sufriera, como estaba haciéndolo ella en ese momento; que abriera los ojos a su realidad.

—Deja ya de estar diciendo tantas estupideces, Katherine... estoy harto de tener que decirte, que no tengo nada con esa mujer y que apenas sí la veo. ¿Sabes qué es lo que me tiene así? Precisamente esto, tus ridículos celos y la maldita desconfianza que me tienes, eso es lo que más me molesta, y si quieres irte, hazlo, no te voy a detener; la verdad, ya me cansé. —Se puso de pie, dispuesto a encerrarse en el baño.

—Mis celos y mi desconfianza, están muy bien justificados, Diego; no quieras hacerme parecer como una loca —dijo, tomándolo del brazo, para detenerlo. Lo obligaría a escucharla, aunque fuera la última vez—. Vi cómo te pusiste el día que Ingrid dijo, que había visto a esa manipuladora, besándose con Maurice; vi cómo te molestó, que dijéramos, que tal vez, estaban pensando en hacer pública su relación... por eso te saliste de la cocina, porque estabas furioso con ella —pronunció, mirándolo a los ojos.

Diego sintió ganas de gritarle, que se largara de allí y que no volviera nunca más; sin embargo, respiró profundamente, para armarse de paciencia y no darle el gusto de verlo derrotado; no se lo daría a ella ni a nadie.

—Definitivamente, si te has vuelto loca —espetó, soltándose.

—¡No! No te vas a ir, sin que admitas, que lo que digo, es verdad; no soy una estúpida, Diego y sé lo que está pasando... pero no es tu culpa, ella es así... ella manipula a los hombres, los usa y después los desecha; ese es su juego —mencionó, queriendo demostrarle, que a ella no le importaba, si él, en verdad, había estado con Deborah; ella estaba dispuesta a olvidar todo y consolarlo, porque lo amaba—. Si quieres, podemos hacer una lección, podemos hacer pública nuestra relación, para que vea que no te importa, que no la quieras; sino, que me amas a mí; podemos hacer eso —explicó, sintiéndose entusiasmada.

Diego se vio tentado de aceptar el juego que le proponía Katherine, solo para comprobar, si en verdad le importaba a Deborah, si le afectaba saber, que se estaba acostando con otra mujer; pero recordó, que ella nunca mostró ningún sentimiento de posesión sobre él, que tampoco era una mujer romántica; y que tal vez, ese juego, solo lo llevaría a descubrir, que lo que la morena decía, era verdad, que ella solo jugó con él.

—Katherine... —Mostró una sonrisa ladeada, para esconder su rabia, mientras la miraba a los ojos, a ver si así, le creía, de una buena vez—. A Deborah Wallis, le va a importar una mierda, que tú y yo, estemos cogiendo o que tengamos la relación que tengamos. Decirle a todo el mundo que estamos juntos, solo causará dos cosas...

—Diego, mira. —Ella quiso interrumpirlo, necesitaba convencerlo, de que aceptara decirle a todos, la relación que tenían; saber, que en verdad, era suyo; porque estaba enamorada.

—No, espera, porque ya yo te escuché... Una de las cosas que vas a conseguir con todo esto es, que despidan a alguno de los dos, si corremos con suerte; porque pueden echarnos a los dos; y lo otro es, que tu madre te obligue a dejarme, siempre nos mira con desconfianza, cuando estamos hablando, y aunque me trate bien, es evidente, que no le agrado para ser el novio de su hija.

—Mi madre no puede influenciar en mis decisiones, ya soy una mujer adulta, Diego —indicó, mirándolo a los ojos, sintiéndose ofendida por las suposiciones de él.

—Pues entonces, comportate como tal y deja de estar diciendo estupideces o de estar haciendo berrinches.

—No son estupideces, yo merezco un poco más de atención, Diego, y no tener que estar haciendo las cosas a escondidas, como si estuviéramos cometiendo algún pecado... y estoy cansada y merezco que me des el lugar que me corresponde, como tu novia; no solo que me hagas poner de rodillas, para darte una mamada, cada vez que se te antoje. —Le reprochó, sin titubear un solo segundo; sentía miedo de que él la dejara, pero debía poner las cosas en claro o no funcionarían.

—Pensé que te gustaba y por eso venías todos los días, solo para ponerte de rodillas —dijo, con toda la intención de ofenderla y que se largara de allí, porque ya lo tenía fastidiado.

—¡Eres un idiota! —Katherine le lanzó una cachetada, pero Diego supo esquivarla con rapidez, sujetándola del brazo, con fuerza.

—¡No! Ni se te ocurra volver a pegarme, Katherine; porque será la última vez que vengas a este lugar —espetó, y después, le soltó el brazo, con brusquedad—; y ahora, déjame solo y regresa a la casa, antes de que tu madre se dé cuenta de dónde andas. —Le señaló la puerta, para que saliera.

—Eres un estúpido, Diego... —dijo, con la voz trémula, por el llanto agolpado en su garganta.

—Nunca me pinté como el jodido príncipe azul, Katherine; no es mi problema, si tú te lo inventaste. —Se volvió, alejándose.

Katherine rompió en sollozos y salió casi corriendo de allí, sintiendo, que el pecho se le abría en dos, ante tanto dolor. Llegó a creer, que en verdad, Diego sentía algo por ella, que lo que tenían, era algo más que físico.

Le dolía mucho saber, que había estado equivocada todo ese tiempo; que él, no buscaba a una novia, para tener una relación bonita; que solo buscaba a una puta, y ella se le había puesto en bandeja, se le había regalado.

Se fue a los dormitorios y se encerró en el baño; no quería que nadie la viera así, porque se enterarían, de lo estúpida que había sido.

Cuando Angie la llamó, le dijo que se sentía mal del estómago, que se encargara ella de lo que hacía falta; que ya después, la compensaría, cuando lo necesitara.

Esa noche, no fue a la cocina a cenar, se excusó con su madre, alegando que seguía con malestar. No quería ver a Diego, porque sabía, que se pondría a llorar como una tonta, y que él, no merecía una sola lágrima más de su parte; pero guardó la esperanza, de que quizás, se sintiera culpable, al no verla en la cocina.

Su desilusión fue mayor al día siguiente, cuando él no la buscó, para pedirle perdón y reconciliarse, ya que se suponía, pasarían la Navidad juntos.

Ella nunca pensó, que la discusión, afectaría los planes que tenían, pero una vez más, se equivocaba con Diego; ya que él, le dejó claro, que eso no sería posible.

Igual, arregló sus cosas y se preparó, para dejar la mansión esa tarde, al ver que él, también planeaba tomarse los dos días libres, que le daba el viejo Wallis, por las fiestas.

Conservaría la ilusión, de que tal vez, estando fuera, él la buscara, para llevarla a su apartamento y disfrutar en este, su reconciliación a plenitud.

Los planes de Diego, eran totalmente opuestos a lo que pensaba Katherine; se sentía feliz de haberse librado de ella, porque fuera de lo que hacían en una cama, no le interesaba nada más de la morena, y menos andar por media Nueva Orleans, en el papel de novicito, que era el objetivo de Katherine.

Tampoco iría a ver a sus padres, porque sabía, que su hermano Germán, estaría allí; y no deseaba pasar horas y horas, escuchando los maravillosos logros del doctor Cáceres.

Tal vez, visitaría a su madre la mañana de Navidad; el resto, lo pasaría en su apartamento o en algún prostíbulo, disfrutando de la buena compañía de un par de hermosas y complacientes putas.

Cuando caminaba hacia la casa, para pasar por la oficina de Marcus, a retirar el bono de Navidad, que les dio el viejo Wallis; vio el auto de Deborah, estacionado junto a los otros de la mansión; por lo visto, ella no tenía planes para esa noche.

—A la mierda con ella también, no voy a rogarle, para que me dé un poco de su atención; ese papel, que lo haga el pendejo de Maurice. Yo tengo mejores cosas que hacer. —Se dijo, en voz alta.

Entró a la pequeña oficina del mayordomo y administrador de la mansión Wallis; el hombre ya tenía listo su sobre y lo miró con el mismo semblante insondable de siempre.

—Que pase una feliz Navidad, Diego. —Le deseó, por mero protocolo. No tenía nada en contra del hijo de Roberto, era un buen trabajador, pero no terminaba de ganarse su confianza—. Recuerde estar aquí el sábado a primera hora.

—Igual para usted, Marcus; nos vemos. —Solo dijo eso.

Caminó hasta su moto, que era lo único bueno que tenía en ese momento; y salió de allí, como alma que se lleva el diablo.

Deborah se encontraba sentada en el suelo de su vestidor, mientras fumaba el tercer cigarrillo; se suponía, que debía estar buscando alguno de esos vestidos de gala, que no se había estrenado; aquellos que compraba, cuando viajaba a Europa o a la semana de la moda en Nueva York; en lugar de eso, estaba allí, en ropa interior, apoyada contra el espejo.

La habían invitado a tres fiestas, para celebrar la Navidad, pero ella no tenía ánimos para ir a ningún lado ni ver a nadie esa noche; se sentía agotada, tanto física como emocionalmente.

Por suerte, su período había llegado, liberándola del peso y la zozobra, que le producían las sospechas, de un posible embarazo; aunque en realidad, nunca creyó que eso fuera posible, pues se cuidada bastante bien.

Sin embargo, el miedo fue tal, que hasta se negó a hacerse una prueba; se aferró a que fueran síntomas, ocasionados por el estrés que estaba viviendo, e hizo a un lado las indicaciones de la doctora de la empresa.

—Todo esto va a terminar matándome... tengo que hacer algo, tengo que hacerlo. —Se dijo, en voz alta; apoyando su cabeza contra el espejo. Le dio una profunda calada a su cigarrillo; y después, expulsó el humo por los labios; la nube blanquecina, llenó del olor a nicotina, todo el aire a su alrededor—. Si no busco la manera de acabar con el miserable de Dominic, mi vida jamás dejará de ser un infierno, tengo que quitármelo de encima.

Cerró los ojos, al recordar las palabras que le había dicho Martha, sobre su madre; pensaba en que ella, tampoco merecía ni un solo sentimiento afectivo de su parte, ni que siguiera victimizándola, como había hecho desde que murió. Fue tan desgraciada, como lo era el infeliz de Dominic.

Ninguno pensó en ella, nunca; les daba igual lo que le sucediera, así que, tampoco tenía porqué seguir aguantando ese maldito calvario.

—Tengo que seguir adelante con lo que había planeado, buscar a Diego y ponerlo de mi parte, nuevamente... espero que eso no sea tan complicado, pero tendré que darle algo a cambio, porque estoy segura, que esta vez, aprovecharé la situación y no cederá tan fácilmente; de ser así, ya hubiera intentando acercarse, buscando una oportunidad, y no lo ha hecho.

Deborah frunció el ceño, al analizar esa situación; le extrañó, realmente, que él hubiese dejado pasar tantos días sin verla; la vez pasada, solo tardó dos; y a la fecha, ya llevaba casi una semana.

—¿Qué estará pasando contigo, Diego? ¿Te habrás asustado, también, por lo de Stevenson? —preguntó y se llevó el cigarrillo a los labios—. ¿O quizás tienes un juguete barato, con el cual entretenerte? —inquirió, al recordar la escena que había visto entre él y Katherine.

Soltó el humo, con la maestría que le daba, haber hecho de eso, una práctica diaria.

Intentó que no le afectara, aunque los latidos de su corazón, se desbocaron, y un fuego intenso, se apoderó de su pecho. Apretó los dientes con fuerza, para soportar esa sensación; y cerró los ojos, al tiempo que negaba con la cabeza.

—Diego... Diego, más te vale que no estés haciendo lo que creo, porque te va a pesar... el juego entre los dos, estaba claro; nadie le pertenecía a nadie, pero entre los dos, no debía haber engaños; y así como tú sabes lo de Maurice, yo tengo derecho a saber, si andas con la estúpida de Katherine. —Abrió los ojos y su mirada oscura, delataba la furia que llevaba dentro—. Si me llevo a enterar, que no cumpliste con lo acordado, te lo cobraré caro, muy caro, pendejo —expresó, tomando otro cigarrillo de la cajetilla y lo encendió, de inmediato.

Estuvo varios minutos, analizando la situación y poniendo en una balanza las cosas, tomando prioridades; debía hacerlo, si de verdad, quería continuar adelante con lo que planeó.

No podía dejarse llevar por los celos, ni actuar de manera estúpida, dejaría que Katherine siguiera recogiendo sus sobras; pero no perdería a su mejor peón, por culpa de esa maldita zorra.

—Antes de retomar todo, debes asegurarte de una cosa, Deborah; debes ver, qué hacer con el detective —indicó, suspirando, al saber, que ese hombre, lo complicaba todo. Bajó la cabeza, entrelazando los dedos en su cabello—. Necesito deshacerme de ti, Gonzalo Dorta... tienes que desaparecer o no podré seguir con mis planes —pronunció, sintiendo, que esa sentencia, podía ser muy peligrosa, pero también, vital.

Decidió, definitivamente, que esa noche, no iría a ningún lado; se quedaría encerrada en su habitación, tomando vino, fumando y escuchando música; no le molestaba la soledad, porque después de todo, siempre había sido su compañera más fiel.

Gonzalo se encontraba estacionado, frente a la grande pero humilde casa, de Mary Dafoe, quien sería la anfitriona de la velada de esa noche; aún no asimilaba cómo llegó hasta ese lugar y ese momento, lo único que recordaba con claridad era, la mirada suplicante de Rebecca, mientras le pedía que la acompañase; y después, la maravillosa sonrisa que le entregó, seguida de un montón de besos en su rostro, cuando él aceptó.

Ella había jugado sus mejores cartas, para convencerlo.

Se había resignado a pasar la Navidad en su cabaña, disfrutando de la soledad, a la cual se había acostumbrado y que no le era para nada molesta.

Ese giro de planes, no le desagradaba, aunque tampoco podía asegurar, que iba a sentirse cómodo, compartiendo con personas a las que apenas conocía; solo esperaba no ser sometido a la tortura, de tener que reír forzosamente, durante toda la noche.

—Bueno, aquí vamos. —Se dijo, en voz alta; antes de bajar del auto, miró a su lado y tomó el paquete que traía en el asiento.

Caminó hacia la casa, que mostraba el mismo estilo colonial de las viviendas del Sur; una estructura de dos plantas, con grandes ventanales blancos, de madera y las paredes pintadas de un suave tono verde agua.

Llevaba en su mano la caja, con dos botellas de vino, que por suerte, había conseguido en una tienda; aunque Rebecca le había dicho, que no era necesario que llevara nada, él no se podía aparecer con las manos vacías, y nadie en su sano juicio, rechazaría un buen Merlot chileno, como ese.

—Buenas noches, Louis —saludó al joven, con cortesía.

—Buenas noches, Gonzalo, pase —mencionó, mirándolo.

Gonzalo podía sentir en el aire, la antipatía que sentía el moreno hacia él, y siendo sincero, no le importaba en lo más mínimo. Ya había superado esa etapa, en la que los hermanos de sus novias; o en este caso, los amigos que se adjudicaban ese papel, lo intimidaban; para un hombre de treinta y tres años, con su experiencia, nada de eso le afectaba.

—¡Gonzalo, llegaste! —exclamó Rebecca, emocionada, al verlo en el salón, junto a Louis. No estaba segura de que iría.

—Te dije que vendría.

Le regaló una sonrisa, conteniendo las ganas que tenía de besarla; se veía especialmente hermosa esa noche, pero era mejor evitar que el pitbull a su lado, fuera a lanzársele a la yugular.

Igual no se limitó del todo, dio un par de pasos y la abrazó; después, se separó de ella, para entregarle las dos botellas de vino.

—Traje esto —indicó.

—Sabes que no era necesario...

—Me siento mejor haciéndolo —acotó y caminó con ella, hasta donde se encontraban los demás invitados.

—Buenas noches, Gonzalo; me alegra tenerte esta noche en mi casa. Como verás, es humilde, pero muy acogedora —mencionó Mary, dedicándole una gran sonrisa —; además, la cena te va a encantar, es otra de mis especialidades.

—Gracias por la invitación, estoy seguro, que esa cena, me va a dejar pidiendo más.

—No tienes que agradecer, los amigos de Becca, son bienvenidos, siempre —comentó, acariciándole el brazo con cariño; era una mujer que le gustaba mostrar sus sentimientos.

—Lo mismo le dije, madrina; mire, también trajo estas botellas de vino —mencionó ella, entregándoselas.

—No te hubieses molestado. Estas las voy a disfrutar yo, me gusta el licor más suave... bueno, tengo que regresar a la cocina. Rebecca, encárgate, por favor, de presentar a Gonzalo con los demás; y bienvenido, de nuevo —dijo, haciéndole un guiño al detective; y después, se marchó, tarareando una vieja canción.

Mary quería hacer sentir bien y en confianza al joven, porque sabía, que era importante para Rebecca; además, le caía bien. Le parecía una buena persona, y solo esperaba, que esta vez, su querida ahijada, corriera con mejor suerte, porque la veía muy ilusionada con Gonzalo Dorta.

La velada era un verdadero festival de risas, música y baile; los cinco hijos de Mary, estaban presentes, junto a sus esposas y sus niños, quienes corrían en el inmenso jardín de la propiedad, llevando varitas de estrellas luminosas en las manos.

De pronto, una algarabía se apoderó del lugar, cuando hizo acto de presencia, un grupo de músicos, de esos que, a pesar de tener un inmenso talento, tocaban todos los días en las calles de Nueva Orleans, por algunos centavos.

Algunos se habían hecho reconocidos, gracias a un proyecto, donde participaban con otros músicos, en sus giras alrededor del mundo; como era el caso de Grandpa Elliott o Clarence; pero nunca olvidaron sus raíces, ni a las personas que les brindaron una mano, cuando la necesitaron.

Además, que ese tipo de reuniones, eran parte de su esencia, por eso estaban allí, dispuestos a animar la velada, de una de las mujeres más queridas de toda Luisiana.

Mary salió a recibirlos, con una gran sonrisa, pues eran amigos de años; les ofreció bebidas y sillas, para que se ubicaran junto a sus instrumentos. Ella se sentía feliz, porque al fin, estaría en su onda, como toda mujer de su edad.

No gustaba mucho de los ritmos actuales, que escuchaban sus hijos; le animaba más lo tradicional; y los hombres que acababan de llegar, eran los indicados para amenizar una verdadera velada del Sur.

—Ahora sí, ¡vamos a ponerle ritmo a esta fiesta! —indicó, después de que sus amigos estuvieran organizados, chocando las palmas de sus manos un par de veces.

Gonzalo se encontraba sentado junto a Rebecca, en uno de los sillones del salón, viendo a la señora, mientras sonreía. Mary desbordaba energía, a pesar de sus años, se mostraba como toda una directora musical.

La poderosa introducción de *Unchain My Heart*, dio inicio al repertorio, que estaría compuesto por las canciones más famosas de *Ray Charles*.

—¡Vamos! ¡Todos arriba! ¡A bailar! ¡Que esto es una fiesta! —decía Mary, animándolos, haciendo ademanes con las manos.

Movía su cuerpo, algo pasado de peso, al ritmo de la música; pues esos kilos de más, no la limitaban, a la hora de sentir la melodía recorriéndola. Ella, en medio del salón, era, junto a la agrupación, el alma de ese lugar, que vibraba gracias a las perfectas notas que daban los instrumentos.

—De pie, detective, a mover ese cuerpo. —Rebecca lo haló de la mano, para llevarlo a la improvisada pista, en medio del salón.

—No sé bailar este tipo de ritmos, Rebecca —mencionó, sin saber qué hacer, en medio de todas esas personas.

—Solo mueve tu cuerpo, no tienes que seguir ningún ritmo en particular; además, me debes este baile, porque me hiciste compartir una salsa contigo, y eso es mucho más difícil.

—Pero... me siento como una tabla —confesó, mirándola a los ojos, sintiéndose en verdad cohibido.

—Pues me consta que no lo eres —pronunció lo mismo, que él le dijera en aquella ocasión; y también, le entregó un guiño, para que supiera, que se refería a su destreza como amante.

Gonzalo la sorprendió, al dejarse llevar por sus deseos, y le rodeó la cintura con un brazo, para moverse junto a ella, al ritmo de la música.

La risa chispeante, que esa hermosa mujer le entregó, lo hizo relajarse y olvidar todo lo demás; demostrándole, que ella tenía el poder de cambiar su mundo y alejar sus penas; aunque fuera solo por una noche.

Rebecca sentía, que tenía ante ella, a un hombre maravilloso; a ese, que sabía, habitaba en Gonzalo, pero que a veces, él se empeñaba en esconder. Era poco lo que llevaba conociéndolo; sin embargo, sentía, que lo que lentamente iba naciendo entre los dos, podría llegar a ser hermoso e importante; después de muchos años cerrándose al amor, ese sentimiento volvía a tocar las puertas de su corazón; y nuevamente, ella estaba dispuesta a dejarlo entrar.

Sin importarle estar rodeada por personas, le acariciaba los hombros y lo miraba complementemente embelesada; se acercaba a él, apoyando su mejilla, para rozarla contra

esa excitante barba, que tanto le gustaba; y suspiraba, sintiéndose muy feliz.

—Me encanta estar entre tus brazos —confesó, mirándolo a los ojos; aunque después, los esquivó, sintiéndose un poco apenada.

—Y a mí tenerte entre ellos, Rebecca... me gusta mucho estar así, contigo —expresó, al ver que ella se cohibía, por mostrar sus sentimientos de esa manera.

No quería que lo hiciera, porque en verdad, disfruta de ello, de su jovialidad, de esas miradas brillantes que le dedicaba y despertaban una sensación de calidez dentro de él, que tenía años sin percibir; y justo en ese momento, se daba cuenta, que había extrañado mucho todo eso.

Tal vez estaba pisando un terreno inestable, uno que le podía complicar la vida, pero decidió no darle importancia; nada se comparaba con la emoción de sentirse vivo, de nuevo; vivo de verdad.

—¿Quieres ir a tomar un poco de aire? —inquirió ella, camuflando sus verdaderos deseos en esa pregunta.

—Claro, hace mucho calor aquí —contestó él, sonriendo, consciente de la propuesta detrás de esas palabras.

Se escaparon al jardín, comprobando, que nadie los seguía; y en medio del aire fresco, que transportaba los aromas de las flores, los cipreses y madreselvas, teniendo a la oscuridad como cómplice, les dieron riendas sueltas a sus deseos de besarse.

Él la apoyó en la pared, cubierta por paneles de madera, deslizándose sus manos por la suave silueta de Rebecca; mientras que ella, hacía lo mismo por su espalda, dejando que sus labios y sus lenguas, se movieran en una danza cadenciosa, húmeda y muy excitante, que los llevó a olvidarse de todo lo demás, por un buen rato.

Dentro del salón, la fiesta seguía y nadie se había percatado de la ausencia de ellos dos. Louis, quien se había propuesto ser el guardián de su mejor amiga, esa noche, estaba jugando cartas con sus hermanos; y ellos, entre bromas, le hicieron olvidar todo.

Las amigas de Rebecca, quienes también pretendían averiguar esa noche, qué tan cercana era la relación de los dos, fueron reclutadas por Mary, para que la ayudaran con la cena. Ellas aceptaron, solo para aprovechar robarle a la mujer, unas copas del vino que Gonzalo había llevado, y que estaba delicioso.

Sin embargo, la anfitriona no era tonta y se dio cuenta de lo que las dos chicas pretendían; en realidad, estaba al tanto de todo lo que pasaba en su casa, y por ende, de la ausencia de su ahijada y el detective, pero no mencionó nada, para no pecar de imprudente; además, estaba consciente de que Rebecca, era una chica sensata y sabía lo que hacía.

La mujer estaba en lo cierto, porque cuando Rebecca sintió, que las cosas se le estaban saliendo de las manos, reaccionó; justo en el momento en el cual, Gonzalo bajaba el escote de su blusa, para besarle los senos, lo detuvo, acunándole el rostro entre sus manos, para mirarlo a los ojos.

—Creo que lo mejor será regresar —comentó, sonriendo.

—No creo que nos echen de menos, podemos quedarnos aquí unos minutos más —pidió, intentando volver a besarla.

—Un minuto más y no podré seguir resistiéndome, detective Dorta. —Le hizo saber, riendo y manteniéndolo alejado.

Él apoyó su frente en los suaves senos de Rebecca, resignándose con ese gesto, a dejar de lado eso que hacían y que tanto estaba disfrutando.

Ella tenía razón, no podían seguir, porque ese no era el lugar ni el momento indicado; debían respetar la casa de Mary. Suspiró, contra la cálida y morena piel, que vio erizarse.

—Está bien... regresemos, pero tengo un pequeño problema aquí —dijo, mirándola a los ojos y tomándole una mano, para que lo tocara; sonrió, al ver que ella lo miraba, asombrada.

—Ese es un gran problema... Usted siempre está tan dispuesto, detective. —Le reprochó, pero sonreía con picardía, acariciándole las mejillas—. ¿Qué podremos hacer? —preguntó, apretando los labios y frunciendo el ceño.

—A mí se me ocurre un par de cosas —indicó él, sonriendo con entusiasmo.

—Sí, me imagino... lástima que ninguna sea viable, en este momento. —Rebecca se mordió el labio, al imaginar una de esas opciones, pero lo soltó, de inmediato; al ver, cómo, la mirada de Gonzalo se oscurecía, cargándose de deseo.

Él resopló, siendo consciente de que ella tenía razón; respiró profundamente y cerró los ojos, enviándole señales a su miembro, para que comenzara a relajarse, pensando en cosas que no tuvieran nada que ver con sexo; así que, se enfocó en su trabajo, eso siempre lo distraía de todo lo que fuera excitante en el plano sexual.

Abrió los párpados lentamente, enfocando la vista en ella y le sonrió, al ver esa mirada expectante, de pupilas que parecían danzar, siguiendo las suyas, a la espera de una respuesta.

—Creo que podré esperar hasta que estemos en tu casa —susurró, dándole suaves toques de labios.

—Perfecto, prometo ser generosa —respondió, disfrutando de esos húmedos roces, que él le daba.

Se entregaron miradas cómplices, y después, regresaron al salón, donde al parecer, nadie había notado su ausencia; no obstante, buscaron pasar desapercibidos, integrándose a la reunión con disimulo.

Ella lo dejó junto a los hombres y caminó hasta la cocina, para ayudar a las demás mujeres con los preparativos.

—¿Cómo va todo, madrina? —preguntó, acercándose a las bandejas con las verduras horneadas, que lucían deliciosas.

—Ya casi estamos listas, creo que es hora de ir organizando a los niños en la mesa, porque los hombres saltarán corriendo ellos mismos, en cuanto se les diga que ya está dispuesta —contestó Mary, sacando del horno el inmenso pavo, que compró para la ocasión.

La expresión de asombro y deleite, por parte de las mujeres, fue generalizada; como siempre, había hecho de esa receta, una obra de arte.

La ayudaron a ponerlo en la bandeja más grande y lo adornaron con patatas, brócolis, zanahorias, maíz y algunas ramitas de perejil, para darles el toque final; dejándolo perfecto, para ser llevado a la mesa.

Después de diez minutos, todos se encontraban sentados, en la larga mesa que improvisaron, uniéndose otras; ya que Mary, no contaba con una, que pudiera albergar, a las más de treinta personas que la visitaban esa noche.

Ella fue la encargada de dar las gracias y bendecir los alimentos; después de eso, dieron inicio a la cena de Navidad; siendo su hijo mayor, Justice, el encargado de cortar el pavo y servir a cada uno de los presentes.

Gonzalo, tuvo el plato con esos exquisitos manjares ante sus ojos, por varios segundos, antes de tomar los cubiertos; el nudo que le apretaba con fuerza la garganta, apenas lo dejaba respirar; y sospechaba, que no le permitiría pasar bocado; tragó, luchando contra esa sensación y contra las lágrimas, que inundaron sus ojos, ante la oleada de recuerdos que lo golpeó.

No había tenido una cena como esa, desde que su madre muriese; puesto que, su difunta esposa, Clarisse, no era muy dada a las labores del hogar.

Era una mujer dedicada más a su trabajo, y aunque intentó siempre complacerlo en todo, no contaba con el tiempo ni la destreza, para preparar una comida así; y él, nunca le reprochó nada de eso, porque se enamoró de ella, tal y como era.

Así que, en ese momento, no era a Clarisse a quien extrañaba, sino a su hermosa madre, Adela; quien seguramente, de estar viva, sería el alma de la reunión, junto con Mary.

—¿Todo bien? —preguntó Rebecca, en un susurro, al ver la actitud de él, que había cambiado en un instante.

—Sí... —dijo, con la voz rasposa, y se aclaró la garganta, para confirmar que era así—, todo está bien. —Esperaba, que esas palabras, no solo convencieran a Rebecca, sino también a él.

—Va a estar bien... —expresó ella, mirándolo a los ojos.

Rebecca podía reconocer muy bien, el sentimiento que embargaba a Gonzalo. A pesar de tener ya, muchos años sola, la ausencia de sus padres, seguía siendo dolosa y más en ocasiones como esa.

Quiso darle el consuelo que necesitaba, así que, se acercó a él y con suavidad, lo besó en los labios, sin importarle, la presencia del resto de los invitados, en la mesa.

—Gracias —murmuró él, con su mirada anclada en la verdosa de Rebecca, siendo consciente, del motivo de ese gesto.

Ella le dedicó una hermosa sonrisa, de esas efusivas, que logran, en un instante, lanzar lejos todo eso que parecía querer lastimarlo siempre; también se animó a besarla, solo un toque de labios, para agradecerle.

Después de eso y de creer que su gesto había pasado desapercibido para los demás, pues todos seguían muy entretenidos en sus platos, se dispusieron a disfrutar ellos también de la cena, que estaba realmente deliciosa.

Una hora después, todos se encontraban reunidos en el salón, rodeando al grupo de músicos, que en ese momento, tocaban, justo esa canción, que había hecho tan famosos a algunos de ellos; siendo coreadas por cada uno de los presentes; incluso por Gonzalo, a quien llegaron a hacer sentir como parte de esa hermosa y gran familia; unida por mucho más que lazos de sangre.

Él descubrió, que tanto Rebecca como Mary y dos de sus hijos, tenían una excelente voz. En un principio, se sintió un tanto cohibido, pero ellos lo animaron a cantar, también; diciéndole, que lo único que importaba, era el sentimiento que se le imprimía a la canción.

Así que, rodeando a Rebecca con sus brazos, se movía junto a ella, al ritmo de la música, mientras cantaba, completamente relajado y a gusto, siendo parte de todo eso.

—*Oh darlin', darlin', stand by me, oh stand by me...* —cantaba él, sonriéndole a Rebecca.

—*Oh stand by me, stand by me.* —Ella también lo miraba a los ojos, siguiendo la canción, dejándose llevar por la emoción, que bullía dentro de su pecho.

La canción fue repetida un par de veces, por petición de todos los presentes, para quienes era muy importante; casi un himno de su amistad.

Las voces llenaban el salón y salían por las ventanas, liberando ese sentimiento, que recorrería toda Nueva Orleans.

En otro punto de la ciudad, Diego iba por su segunda botella de champagne, se había dado el lujo de pedir esa bebida, para deslumbrar a las dos hermosas rubias que lo acompañaban.

Reía, sintiéndose un rey, en medio de ese ambiente festivo, lleno de excitantes besos y osadas caricias, por parte de las dos prostitutas, que había escogido, para pasar la noche de Navidad.

Esa era, según él, la mejor manera de disfrutar de las fiestas; por eso, lo estaba pasando en grande, dejando detrás todas las preocupaciones.

La familia Favre, celebraba la Nochebuena, un poco más allá, en un rincón de Breaux Bridge, participaban de una reunión, bastante parecida, a la que disfrutaba Rebecca, junto a Gonzalo y sus amigos.

Solo que en esta, la cantidad de personas, era, relativamente más pequeña; en la modesta construcción de una planta, se encontraban Gaël, su esposa Dominique, sus dos hijas Judith y Margarite, los abuelos de estas y Maurice, quien no pudo negarse a compartir la velada con ellos; aunque su mente, a momentos, viajaba, pensando en Deborah, preguntándose, cómo estaría pasando la noche.

En la hermosa mansión del siglo XIX, ubicada en la lujosa zona de White Castle. Deborah, se encontraba tendida en el diván púrpura de su habitación, mirando la oscuridad, que rodeaba a la inmensa, y esa noche, solitaria propiedad; que años atrás, había sido el centro de las fiestas más importantes de Luisiana, pero de eso ya no quedaba absolutamente nada.

Dejó escapar un suspiro, al tiempo que cerraba los ojos y se preguntaba, si a eso se reduciría su vida siempre, si después de llevar a cabo lo que había planeado, de convertirse en la ama y dueña de esa casa, las cosas seguirían igual.

La respuesta le fue esquiva, no consiguió dar con ella, y la sorprendió saber, que en su vida, nada estaba realmente definido, ni el amor ni un hogar ni un futuro.

Deborah despertó, sintiéndose en medio de un estado brumoso; se quedó tendida en la cama, con la mirada perdida en las suaves luces del alba, que entraban por el ventanal; había dejado las cortinas abiertas, la noche anterior.

Una densa neblina, le impedía saber con exactitud, qué hora era, aunque suponía, que debía ser tarde ya, pues se quedó dormida cerca de las tres de la mañana, después de beberse dos botellas de vino y fumarse cerca de dos cajetillas de cigarrillos.

Tenía en el paladar, una sensación pegajosa y un sabor amargo, producto de ello.

Intentó ponerse de pie, para ir al baño, pero sentía la cabeza muy pesada, así que cerró los ojos, para tratar de seguir durmiendo; pero, lamentablemente, las sienes comenzaron a palparle, anunciándole un dolor de cabeza.

Puso todo su esfuerzo en levantarse, para buscar un calmante; caminó hasta el baño, tenía el aspecto de haber estado de fiesta, y eso le pareció un tanto irónico.

—Hace mucho que no sabes lo que es eso, Deborah —esbozó, y su voz mostraba las consecuencias de fumar y beber tanto.

Se llevó las manos a las tiras de su camisón de seda, negro y las deslizó, dejando caer la prenda al suelo; el reflejo de su cuerpo desnudo en el espejo, la hizo ver, que en verdad, estaba más delgada, como le comentó Martha. No le extrañaba.

La casa se sentía particularmente desolada esa mañana, sin la presencia de la mayoría de la servidumbre. El personal siempre se turnaba, para esas fechas; un grupo se iba por Nochebuena; y los otros, por fin de año.

Su madre, antes de morir, lo había designado de esa manera, ya que en la mansión, nunca se celebraban esas fiestas, y no existían motivos, para que el personal se quedara, esos días.

Ella la mantuvo de esa manera, porque desde hacía mucho, tampoco se quedaba en Nueva Orleans; siempre viajaba a Nueva York, el Caribe o a Europa.

Bajaba las escaleras, luciendo un hermoso suéter vestido, negro, que le llegaba apenas a los muslos; dejando a la vista, la piel blanca, que resaltaba, debido a lo oscuro de la prenda; un cárdigan a cuadros, de Burberry y unas botas negras, altas; en resumen, su atuendo era sencillo, pero sofisticado.

Ese día, solo se habían quedado dos de las mujeres del servicio, para asistirle, también para poder atender, si alguien llamaba o iba de visita a la casa.

Cuando entró a la cocina, Angie e Ingrid se pusieron de pie, enseguida, mirándola, como si fuese un fantasma.

—Buenos días, señorita... ¡Feliz Navidad! —mencionó Angie, mostrando una sonrisa tímida.

Deborah le devolvió el gesto, observándola bien, por primera vez. Todavía era joven, no debía tener más de veintitrés años, y las pecas en su nariz, le daban un aspecto mucho más infantil.

Era el resultado entre Ingrid, quien era pelirroja, y el hombre que la engendró, pero que después, desapareció; dejándole a la mujer, la tarea de criarla sola; quien, evidentemente, debía ser afroamericano, pues los rasgos negroides, resaltaban en la chica.

—Feliz Navidad para ti también, Angie y para ti, Ingrid —mencionó, con la voz más ronca de lo habitual.

—Feliz Navidad, señorita... ¿Desea algo especial, para desayunar? —Le preguntó la mujer mayor, mirándola a los ojos.

—No, la verdad es que no tengo mucha hambre, pero sí me gustaría algo de beber; siento la garganta muy seca... creo que el vino de anoche, me causó resaca —confesó, en un tono cómplice.

—Por supuesto, enseguida le preparo algo, para ese malestar. Si lo desea, se lo llevo a su habitación o al estudio —dijo, caminando hasta la nevera.

—No hace falta, puedo esperarlo aquí —contestó, tomando asiento, cerca de donde se encontraba Angie.

Vio que las mujeres se tensaron unos segundos, pero después, se relajaron, cuando ella les dedicó una sonrisa.

Si deseaba seguir con sus planes, tenía que mantener su estrategia, de poner al personal de la casa a su favor, ganarse su confianza y que, llegado el momento, no dudasen en defenderla de cualquier acusación.

—Debí haberles comprado algún obsequio por Navidad —indicó, atrayendo la atención de madre e hija.

Ingrid la miró, asombrada, pensando, que la hija de su patrón, había perdido la cabeza o seguía borracha. Nunca la había escuchado decir algo semejante; en realidad, la actitud de la señorita Wallis, desde hacía un tiempo a esa parte, era bastante extraña; pensó, que tal vez, su cambio se debía a Maurice.

—No... no es necesario, señorita —dijo, negando con la cabeza, mientras la miraba a los ojos—. Ya Marcus nos entregó el bono que nos da todos los años, muchas gracias, fue muy generoso de su parte —agregó, sonriéndole.

—Es solo dinero, no es un regalo de verdad —acotó—; no uno que puedas lucir. ¿Te gustaría alguna prenda, Angie? No sé... algo como un vestido o una blusa... —indagó, sonriéndole.

—Señorita... yo... yo... no sé —esbozó, en un hilo de voz.

—Es sencillo, Angie, ¿te gustaría o no? —inquirió, de nuevo.

La joven tenía los ojos abiertos, con asombro, sin saber qué responderle. Su madre no podía ayudarla, porque, seguramente, no había escuchado la pregunta, debido al ruido de la licuadora.

Pensó, que ella siempre había deseado vestir algo tan hermoso, como lo que Deborah Wallis lucía, así que, animándose, afirmó con la cabeza, dejando ver una sonrisa radiante.

—Sí, sí... me gustaría mucho, señorita Wallis.

—Perfecto, ir de compras es una locura en estas fechas, pero tengo muchas cosas en el vestidor, que no me he estrenado; seguro alguna te quedará bien; incluso, también podemos hallar algo para tu mamá. ¿Qué te parece? —Mostró el mismo entusiasmo de la chica, y no supo por qué, pero la sensación que le provocó verla tan feliz, la hizo sentir bien.

—Me parece maravilloso, muchísimas gracias, señorita Wallis.

—Muchas gracias, señorita —mencionó Ingrid, mostrándole una sonrisa en agradecimiento, intentando no dejarle ver, cuánto la sorprendía esa actitud, pues sería una descortesía de su parte.

—No tienen que agradecer, me siento bien haciéndolo... véanlo como una recompensa, como un regalo extra, por quedarse conmigo este día —indicó, dándole un sorbo al jugo de tomate, que la mujer acababa de entregarle; y gimió, al saborearlo—. Esto está delicioso, Ingrid, ¿qué le pusiste? —preguntó, antes de beber un poco más; pues sentía, que tenía algo muy fresco.

—Menta, es lo mejor... le ayudará con el dolor de cabeza y con esa resequead que tiene en la garganta. El tomate la hará recuperar las fuerzas que perdió, por estar deshidratada —informó la mujer, mostrando una sonrisa.

—Pues te quedó estupendo, muchas gracias; era justo lo que me hacía falta —mencionó, dándole otro sorbo.

—Parece que alguien estuvo de fiesta anoche.

La voz de Maurice, hizo sobresaltar a las tres mujeres, no lo sintieron llegar, y él ya llevaba algunos minutos bajo el umbral de la puerta; incluso, había escuchado la conversación de Deborah con Angie.

Se sintió feliz, al ver, que ella estaba dejando, que los demás conocieran ese lado, que solo él parecía conocer; y le encantaba.

—Hola. —Lo saludó Deborah, con una sonrisa.

—Hola —respondió él, acercándose, y estuvo realmente tentado de besarla, pero se contuvo—. Angie, Ingrid, feliz Navidad. Les traje unos presentes —mencionó, entregándoles dos bolsas de regalo, pequeñas; también había llevado uno para Deborah, pero se lo entregaría después, cuando estuvieran solos.

Ella lo miró, sintiéndose un poco decepcionada, porque no le dio ningún presente, pero intentó disimular, enfocándose en terminar su jugo.

Lo vio sentarse a su lado y regalarle una sonrisa, de esas cargadas de picardía, que le gritaban, que algo le escondía.

—Muchas gracias por los obsequios, Maurice; ahora estamos en deuda contigo —mencionó Ingrid, con una sonrisa.

—Bueno, si te quedó un poco de ese jugo. —Señaló la bebida de Deborah—, me daré por bien pagado —dijo, sonriendo.

—Por supuesto, enseguida te sirvo uno.

Ingrid le dio la espalda y buscó un vaso, mientras que Angie, se puso de pie, para ayudarla con todo lo demás.

—A ti también te traje un regalo. —Maurice buscó la mirada de Deborah; y después, bajó la vista a esos labios que tanto le gustaban, conteniendo sus deseos de besarla, una vez más.

—Yo... olvidé comprarte algo. Sabes que es la primera vez, en mucho tiempo, que lo paso aquí —expresó, con algo de timidez, sintiéndose mal, por no haberse acordado. De sus viajes, siempre le traía algo, pero esta vez, no compró nada.

—¿No saliste anoche? —preguntó, pensando en que sí lo había hecho, porque obviamente, tenía resaca.

—No, me quedé aquí... no tenía ánimos, para irme de fiesta.

Maurice estaba por decir algo, cuando Ingrid se acercó, entregándole un gran vaso, con el jugo de tomate y menta; también le ofreció un poco más a Deborah, al ver que ya había terminado el suyo.

—¿Desea algo especial, para el almuerzo, señorita Wallis? —inquirió, rogando que escogiera algo sencillo, pues ella no tenía la sazón de Martha.

—Lo que hagas estará bien, Ingrid; no hay problema... bueno, voy al estudio un rato, y así las dejo trabajar tranquilas. —Deborah se puso de pie, dándole apenas un vistazo a Maurice.

—Te acompaño, quiero comentarte algo —dijo él, levantándose, también y terminando con rapidez, lo que le quedaba del jugo—. Muchas gracias, Ingrid; estaba muy rico.

Ella asintió, en silencio, sonriéndole y viéndolos salir juntos de la cocina; se volvió, descubriendo, que su hija, también miraba a la pareja, con algo de embelesamiento.

—¿Qué sucede? —Le preguntó, mostrándose divertida.

—Nada, nada, madre, es solo que, los veo... y es como esas historias de amor, de las novelas que leo —contestó, suspirando—. ¿Desde cuándo están enamorados, mamá? —inquirió, con curiosidad.

—Se conocen desde que eran unos chicos. Maurice llegó aquí, cuando ella tenía quince... pero no sé, si se le pueda llamar amor, a la relación que tienen, es algo... complicado.

—A mí me lo parece, por la manera en cómo se miran, cómo se sonríen —explicó, abriendo sus grandes ojos miel, para hacer mayor énfasis en sus palabras.

—Sí... a mí también —pronunció Ingrid; y después, dejó escapar un suspiro; pensando, que a pesar de eso, era poco probable, que esa relación tuviera futuro; en algún momento, la señorita Wallis, escogerá un marido, acorde a su clase social; y cuando ese día llegase, estaba segura, que ambos sufrirán mucho. Negó con la cabeza, para enfocarse de nuevo en sus cosas—. Bueno, será mejor que empecemos a organizar todo, para el almuerzo.

Angie vio la veta de tristeza, que cubrió la mirada de su madre unos segundos; y pensó, que quizás, había recordado a su padre; ese hombre del cual nunca hablaba.

No le hizo ningún comentario, para no ponerla más triste, solo se dedicó a ayudarla en lo que necesitase, como siempre hacía.

En cuanto la puerta del estudio se cerró, tras ellos, Maurice la envolvió entre sus brazos y atrapó los labios de Deborah en un beso intenso.

Las ansias que controló antes, se desbordaron en ese momento, y cuando ella le dio la libertad de tomar su boca, por completo, fue como rozar con sus manos el cielo, pues justo así, se sentía tenerla a ella de esa manera, completamente entregada.

—Cada vez, se me hace más difícil contenerme... ¡Dios, Deborah! Si supieras cuánto te deseo —murmuró, contra la suave piel del cuello de ella, sintiéndola temblar.

—En la misma medida que te deseo yo a ti —pronunció, cerrando los ojos y reposando su cabeza contra la pared, que él la había apoyado.

—Dímelo... dímelo otra vez, dímelo siempre, Debbie...

—Te deseo... te deseo, Maurice —esbozó, tomándole el rostro entre las manos, para mirarlo a los ojos; esos, donde el gris, parecía haberse fundido, convirtiéndose en plomo líquido.

Él la tomó en brazos, haciendo que le rodeara la cintura con las piernas, y la llevó hasta el diván, donde la recostó con cuidado y la cubrió con su cuerpo.

Sin dejar de besarla, sus manos viajaron por debajo de la tela tejida de su vestido, mientras sentía, que las de Deborah, le abrían los botones de la camisa.

—¿Por qué tienes tanta ropa? —Se quejó Maurice, quitándole el cárdigan; y después, le subió el vestido; quería tenerla desnuda.

—Porque hacía frío... y es lo normal; además, tú también tienes un montón; quítate esta chaqueta, que yo no puedo hacerlo —ordenó, intentando sacarla de los hombros de Maurice, pero no podía avanzar de los brazos.

—Déjame a mí —sugirió él, alejándose, para sacarla.

En ese momento, el estuche que traía guardado en uno de los bolsillos, cayó al suelo; y la mirada de Deborah, voló, para ver lo que era; suponiendo, que se trataba de su obsequio.

—Quiero ver mi regalo. —Se apoyó en sus codos.

—Debbie, lo ves después...

—Por favor, por favor —suplicó, mirándolo a los ojos.

—¡Dios! Tuve que habértelo entregado en la cocina —expresó, obligándose a dejar de lado, lo que deseaba hacer en ese momento, para buscar el estuche forrado en papel de regalo—. La verdad, no sabía qué comprarte... tú lo tienes todo; y escogerte un regalo, es difícil... pero en vista de que ahora eres una ejecutiva, pensé, que esto te iría bien... es algo sencillo, pero yo... espero que te guste —explicó, con algo de nerviosismo, antes de extenderle la caja.

—El simple hecho de que me hayas comprado un regalo, ya me encanta, así que muchas gracias —dijo, recibiendo y dándole un suave beso en los labios, después de sonreírle.

Rasgó el papel con un solo movimiento, y sus ojos se abrieron con sorpresa, cuando vio, que era un estuche de Montblanc. Jadeó, sin poder creerlo y miró de nuevo a Maurice, descubriendo, que tenía la mirada llena de expectativa.

—Maurice... no... no tenías que hacerlo... —esbozó, con la voz trémula, por la emoción que colmaba su cuerpo.

—Vamos, Debbie ¡Ábrelo ya! —La animó—. Estoy ansioso por saber si acerté, si te gusta.

Ella le sonrió y terminó de abrir la caja, descubriendo una hermosa estilográfica, de plata con su nombre grabado.

Deslizó sus dedos por el grabado radial, donde resaltaba una piedra azul, de amatista.

Enseguida supo, que la había escogido por el color de sus ojos; y finalmente, estaba coronada por el logo de la casa Montblanc.

—Maurice... es... es... bellísima. —Su voz fue secuestrada, por la emoción que la embargó y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿En serio te gustó? —preguntó, rogando que fuera cierto, pues había gastado una buena cantidad de dinero en ese regalo.

—¡Claro que sí! ¡Me fascina! ¡Es hermosa! Muchas gracias, aunque no debiste hacerlo... tuvo que costarte mucho dinero y no era necesario; aunque en verdad, me encanta, me encanta —confesó, volviéndose a mirarlo y comenzó a besarlo.

—¡Oye! Puedo darme el gusto de comprarle a mi hermosa novia un regalo como este, no es que vaya a quedar en bancarrota por eso —dijo, mirándola a los ojos, para que viera, que no le importaba haber gastado ese dinero en ella.

—¿Tu novia? —preguntó, mirándolo con algo de nerviosismo.

—Sí, mi novia... mi amante, mi mujer... mi todo —respondió, dándole suaves toques de labios.

Ella se sintió abrumada, por ese sentimiento que Maurice le entregaba; suspiró, para liberar un poco la presión que sentía dentro del pecho y evitar que las lágrimas fueran a rebasarla.

Le tomó el rostro entre las manos, ahogándose en esos ojos que tanto le gustaban, y comenzó a besarlo, llevándolo con ella, cuando se tendió sobre el diván; y separó las piernas, para hacerle espacio.

—Me tocará improvisar un regalo para ti, en este instante... —susurró, acariciándole los labios con la lengua—; aunque... prometo comprarte algo más adelante.

—Con que me dejes hacerte el amor en este momento, me sentiré más que satisfecho, Debbie —pronunció, con la voz ronca y cargada de deseo, mientras la acariciaba.

—Hazlo, Maurice... haz lo que desees conmigo —expresó, entregándole la mejor de sus sonrisas y las riendas de ese encuentro, que la tenía desde ese instante, llena de expectativas.

Esas fueron todas las palabras que Maurice necesitó, para dejar en libertad sus deseos y disponerse a hacer derroche en el cuerpo de Deborah; uniéndose en una excitante danza, donde la melodía fueron los gemidos y los jadeos, que escapaban de ambos, elevándolos muy alto, para terminar en un estallido de emociones.

Deborah intentaba recuperar el ritmo normal de su respiración, mientras tenía la mejilla pegada al pecho cubierto de sudor de Maurice, manteniendo los ojos cerrados, para no ser consciente de nada más, que no fuesen los latidos acelerados de él; los mismos, que parecían estar acompasados a los suyos.

Suspiró, sonriendo y deslizando la nariz por su piel, para embriagarse con su olor, ese a madera, a lavanda, a sexo y a él; descubriendo, una vez más, cuánto le gustaba; y reconocía, que siempre había sido así.

De pronto, abrió los ojos, porque se le había ocurrido una idea; buscó con la mirada la pluma y estiró la mano, para tomarla; mientras la abría, sonrió, de manera traviesa.

—Voy a estrenarla —indicó, mirando el cuerpo de Maurice.

—¿Dónde? —preguntó él, un tanto desconcertado, pero después, descubrió lo que ella quería hacer.

—¿Dónde te gustaría? —indagó, con picardía.

—¿Qué vas a escribir? —contestó con otra interrogante.

—Mío... voy a escribir: mío —respondió, con una sonrisa, mirando al sur del cuerpo del hombre a su lado.

Él soltó una carcajada, al ver la fijación que tenía su mujer por marcar territorio, pero mentiría, si dijese que no le agradaba, que ella lo sintiera suyo; y él quería, que ella supiera que le pertenecía.

—Hazlo aquí —dijo, señalándose justo encima del corazón.

A Deborah se le hizo un nudo en la garganta, ante ese gesto; su mano tembló, y no supo en qué momento una lágrima rodó por su mejilla, estrellándose en el pecho de Maurice.

—¿Por qué eres tan perfecto? —preguntó, en un sollozo.

—No soy perfecto, Debbie; solo soy un hombre enamorado, de ti.

Ella sonrió, sintiéndose mucho más emocionada, y se acercó, para besarlo; al principio fueron húmedas succiones de labios, pero después, le dio paso a un beso mucho más intenso; uno, donde sus lenguas, ahogaban los gemidos, provocados por el placer que vivían, por esas sensaciones, que eran tan maravillosas.

Deborah, no sabía explicar lo que estaba sintiendo por Maurice, solo, que ese sentimiento, ya había estado antes entre ellos; y parecía renacer, pero con mucha más fuerza, esta vez.

—Vamos, señorita Wallis, estrene su pluma. —La animó, con una gran sonrisa, al tiempo que le acariciaba la espalda.

Ella lo complació, intentando escribir lo mejor posible, y su corazón palpitaba, emocionado, cuando terminó de hacerlo.

—Mío. —Leyó, en un susurro, mirando la palabra en tinta negra, que resaltaba sobre la piel blanca de Maurice.

—Tuyo —confirmó él, llevándose la mano de ella a los labios, para besarla; y después, se movió con rapidez—. Ahora es mi turno —comentó, quitándole la pluma, para escribir en ella.

Deborah sintió, que el corazón se le aceleraba mucho más; se tensó, ante ese gesto y las palabras de Maurice; pero, la calidez que vio reflejada en su mirada, la hicieron relajarse y entregarse al momento.

Le sonrió, asintiendo, para que él continuara, dejando libre un suspiro.

Maurice deslizó con suavidad la pluma, por el seno de Deborah, justo donde estaba su corazón y cuando esa palabra se hizo una realidad ante sus ojos, sintió, que la emoción no le cabía en el pecho; fue tanta, que sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Mía —pronunció, con la voz trémula.

—Tuya —esbozó Deborah, sin analizar la palabra de manera racional, solo la dejó escapar de sus labios; aunque sí pudo sentir, lo poderosa que era, y eso la hizo temblar.

Él la besó con la misma fuerza, que ella lo hiciera minutos antes y la puso bajo su cuerpo, una vez más; sintiendo, que el deseo se había renovado, ante esa declaración de ambos.

Se hizo espacio entre las piernas de Deborah, comenzó a rozar su sexo duro y urgido, con el suave, húmedo y palpitante de ella; gimiendo, cuando lo que sentía, le exigía cada vez más.

—Hazme el amor, de nuevo —rogó Deborah, encerrándolo entre sus piernas, mientras lo miraba y le mordía el labio.

Él entró en ella una vez más, yendo despacio, hasta sentirse hundido por completo; y después, salió.

Repitió ese movimiento un par de veces, porque sabía que a ella le gustaba; podía sentir, cómo se estremecía y la escuchaba gemir, aferrándose a su espalda, mientras lo besaba lentamente, mirándolo a los ojos, para crear esa conexión maravillosa, que se establecía entre los dos.

—Me voy a venir más rápido esta vez, Debbie. —Le anunció, pues sentía cómo se le contraían los testículos, cada vez que ella se movía a contrapunto de él.

—Hazlo, Maurice, hazlo cariño... no importa, yo te haré correr, de nuevo —dijo, con convicción, besándole el cuello y apretándole con fuerza las nalgas, para tenerlas de apoyo, mientras subía y bajaba las caderas, llevándolo a su interior.

—Sé que puedes hacerlo... no hay nadie como tú —confesó, en medio de un jadeo ronco, que escapó de su pecho.

—Dímelo de nuevo... dílo, Maurice —suplicó, moviéndose con premura, jadeando, cuando él la acompañó, acelerando, también.

Maurice sentía la cabeza a punto de estallarle, las sienas le palpitaban, el latido de su corazón parecía uno solo, el cuerpo lo tenía cubierto de sudor, sonrojado y trémulo. Apenas conseguía coordinar sus pensamientos, aun así, le dio a Deborah lo que pedía, porque en ese momento, le daba la vida si ella la quería.

—No hay nadie como tú... eres perfecta, grandiosa... y te amo... te amo, Deborah —pronunció, doblándole las rodillas, para hacerse más espacio, en medio de sus hermosas piernas.

—Maurice... —susurró, acariciándole el rostro con los dedos temblorosos; y después, dejó que fueran sus labios, los que hicieran el mismo recorrido—. Maurice... Maurice... —repitió, entre gemidos y ligeras convulsiones, que precedían un poderoso orgasmo.

Él supo, que ella se alejaba, en busca de su propia liberación, pero no quiso que lo hiciera sola, quería que fuera de los dos; así que se movió con rapidez, tomándola entre sus brazos, quedando sentado, llevándola con él y mirándola a los ojos, cuando empezó a empujar dentro de ella, con fuerza, resoplando, para soportar.

Deborah lo veía y esa imagen la excitaba mucho más; era como tener ante ella, a una bestia salvaje, un ser completamente feroz y tan sexual, que sintió todo su cuerpo tensarse ante tanto poder.

Mientras que ella, solo podía jadear, sintiendo cómo sus caderas, se abrían más y más, recibiendo; sintiendo cómo su intimidad, se contraía en torno a él, humedeciéndose y facilitándole el camino a Maurice, para alcanzar el éxtasis.

Quiso imprimirle la misma fuerza a ese encuentro, y siendo consciente de, que tal vez, sus caderas terminarían resentidas, su deseo por tener más placer era mucho mayor, por lo que, sujetándose del cuello de Maurice, les dio riendas sueltas a sus ansias, y su pelvis seacompañó a los movimientos de él.

—Deborah... —murmuró, mirándola a los ojos y llevando sus manos hasta el cuello de ella, para unir sus frentes.

Los sonidos que hacían sus cuerpos al encontrarse, estallaban, llenando el estudio, así como sus jadeos, sus gemidos y hasta los gritos que se le escapaban a momentos.

Ninguno de los dos parecía ser conscientes, de que fuera de ese lugar, había personas, que si se acercaban, podrían escucharlos y descubrir lo que hacían.

Esta vez, no fue el silencio o la mesura, lo que predominó en su encuentro, como las veces anteriores, cuando se limitaban, para no ser escuchados. Esta vez, lo que dominaba todo era, la necesidad de entregarse libremente a lo que sentían, nada más; y con eso como único fin, emprendieron el vuelo hacia el éxtasis, aferrados en un abrazo, del que parecía depender sus vidas.

Terminaron, una vez más, tendidos en la alfombra, sonriendo y con apenas fuerzas, para ponerse en una posición que les permitiera descansar un rato.

Él no quiso tenerla lejos y la abrazó, haciéndola descansar sobre su pecho. Deborah se acurrucó, rodeándolo con su brazo, también.

Y lo que presumieron sería unos minutos, terminó siendo casi dos horas, pues el cansancio que les había provocado la actividad física, terminó por rendirlos.

En la cocina, Angie y su mamá, terminaban los preparativos del almuerzo, habían hecho una rica lasaña de camarones; una receta fácil y muy rica.

La mujer miró el reloj, comprobando, que ya era más de mediodía; después, se volvió, para mirar a su hija.

—Angie, ve a avisarle a la señorita Wallis y a Maurice, que el almuerzo está listo... —Se interrumpió, sin saber cómo explicarle, que tal vez, ellos estuvieran ocupados; luego de un suspiro, dio con las palabras—. Primero llama a la puerta y no vayas a entrar, hasta que escuches que te dan el permiso, ¿entendido?

—Sí, mamá, lo sé... sé que debo respetar su privacidad; no soy una niña —mencionó, poniendo los ojos en blanco.

Ingrid abrió mucho los ojos, ante esa revelación, pero suponía, que a los veintitrés años, no podía esperar, que su hija siguiera siendo señorita, sobre todo, porque tenía un novio, al que veía todos los sábados, cuando estudiaba.

La vio salir, y negó con la cabeza, alejando las imágenes que intentaron apoderarse de su mente; para ella, Angie sería siempre su niña.

Una vez más, Deborah se despertaba sobresaltada y bañada en sudor; había tenido una de esas pesadillas, que se relacionaban con su pasado, y regresaban cada cierto tiempo, para torturarla.

Como siempre, el protagonista no era otro que Dominic, y el episodio fue, la discusión que tuvo lugar, después de la muerte de su madre, cuando él tuvo el suficiente valor, para mirarla a la cara y gritarle lo que ya sospechaba, pero que no deseaba creer.

Escuchó, de nuevo, un par de golpes en la puerta; y supo, que fue eso, lo que la sacó del sueño.

Elevó la mirada, encontrándose con el semblante relajado de Maurice, quien se encontraba profundamente dormido, junto a ella.

—Maurice... Maurice, despierta... nos quedamos dormidos —pronunció, con la voz algo rasposa; aclarándose la garganta.

—¿Qué? —preguntó él, con los ojos cerrados.

—Que nos hemos quedado dormidos, despierta —contestó, alejándose y poniéndose de rodillas, antes de levantarse.

—Que hermosa vista —susurró él, acariciándole una nalga.

—¡Ya! ¡Levántate! —expresó ella, riendo. Oyó que llamaban a la puerta, una vez más—. ¡Un momento! —pronunció, para que la persona que tocaba, esperase, mientras ella se vestía con rapidez.

—Señorita Wallis, disculpe que la moleste... es para notificarle, que el almuerzo está listo, y cuando usted disponga, lo servimos —mencionó Angie, desde afuera.

—De acuerdo... en diez minutos pueden hacerlo, Angie —ordenó.

Esperaba que con eso, la chica se fuese. No podía creer, que se hubieran quedado dormidos de verdad, nunca les había pasado; y le echó la culpa de ello, a las noches de insomnio que había sufrido; aunque también, debía reconocer, que el encuentro sexual con Maurice, fue maravilloso y agotador.

—Qué bueno que está listo el almuerzo, me muero de hambre —murmuró él, contra el cuello de Deborah, abrazándola.

—No lo pongo en duda, yo estoy igual —dijo, riendo.

Salieron juntos del estudio, pero antes de entrar al comedor, pasaron por uno de los baños de visita, para acomodarse un poco.

Se lavaron las manos y con toallas húmedas, se quitaron el sudor de los cuerpos, procurando no dejarse llevar por el deseo, cuando rozaron sus partes íntimas.

Ella odiaba comer sola, y Maurice no se sentía a gusto, haciéndolo en el comedor, así que se fueron a la cocina, a hacerles compañía a Angie e Ingrid.

El almuerzo transcurrió, en un ambiente igual de animado, que el de la mañana; después de eso, Deborah y Maurice salieron a la terraza, para disfrutar del aire fresco de media tarde.

Ella se adormecía, con la cabeza apoyada en el hombro de él; pero de pronto, recordó la pesadilla y se estremeció, cuando aquellas palabras que le gritó Dominic, después de la muerte de su madre, resonaron en su cabeza.

—¿Tienes frío? —Le preguntó Maurice, acariciándole las piernas.

—No, no... estoy bien —contestó, esforzándose por sonreír.

Él le dedicó una sonrisa y le besó la frente, pegándola a su cuerpo, para darle calor, aunque ella decía que no tenía frío, Maurice sentía, que el aire a su alrededor, era cada vez más helado, pero no quería moverse de allí ni renunciar a ese momento junto a Deborah, porque pocas veces, tenía tal privilegio.

Ella solo guardó silencio, mientras dejaba, que los recuerdos se apoderaran de su mente, una vez más, sin luchar con ellos, pero unida a Maurice, fuertemente, para que él pudiera mantenerla en pie.

Deborah acababa de salir del último examen de ese semestre, y estaba feliz, porque sabía, que le había ido muy bien; cuando en ese momento, recibió una llamada de Marcus, para informarle, que un auto la esperaba, afuera de la escuela de negocios Wharton, para llevarla hasta el aeropuerto, donde debía abordar el avión de su padre.

Ella se encontraba cursando su carrera de economía, en la prestigiosa universidad de Pensilvania, y desde que dejó Nueva Orleans, no había regresado ni siquiera en vacaciones; siempre se inscribía en algún curso o en materias de verano, para tener eso como excusa y no volver a casa.

Así que, como era de esperarse, ella se negó rotundamente, cuando el mayordomo le informó de ello; pensó que sería alguna treta de su padre, para obligarla a viajar para Navidad, pues él sabía, que estaba a punto de terminar el semestre; sin embargo, ella tenía otros planes; se iría con sus amigas y su más reciente conquista, un apuesto rubio, capitán del equipo de Hockey, hasta Aspen, para pasar allá las fiestas.

Todo cambió, cuando Marcus, en vista de su negativa, no tuvo más, que decirle el motivo tan urgente del viaje; el teléfono cayó de la mano temblorosa de Deborah y tuvo suerte de estar acompañada, pues durante cinco minutos, no supo nada de ella, solo conseguía ver imágenes de su madre, desfilar por su cabeza.

Llegó hasta su casa, sintiéndose completamente turbada, no había descansado durante el vuelo, desde Filadelfia hasta Nueva Orleans, ni tampoco consiguió asimilar del todo la noticia.

Apenas bajó del auto, entró al salón, casi corriendo, para subir a la habitación de su madre; necesitaba comprobar por ella misma, que todo era cierto, que Christie no estaba allí, que en verdad, había muerto, que la había dejado.

—Señorita Deborah, espere... —La detuvo Marcus, caminando tras ella—. Su padre pidió verla, está en el despacho.

—Él puede esperar, necesito ver a mi madre antes —contestó, sin volverse a mirar al hombre, cuando sintió que la tomaba del brazo.

—Niña Debbie... su madre no está en la casa.

Marcus tenía años, que no la llamaba de esa manera; en ese instante, Deborah supo, que todo era verdad; la mirada oscura y cargada de tristeza, que estaba a punto de desbordarse en lágrimas, fue como un golpe en su pecho y la dejó sin aire.

—¿Es... es verdad? —preguntó, con la voz estrangulada.

—Sí, señorita. Lo siento mucho —respondió, tomando distancia, nuevamente, bajando la mirada.

Deborah cerró los párpados, con fuerza y apretó sus labios, para evitar que ese dolor, que iba creciendo dentro de ella, fuera a romperla, pero no pudo soportar tanta presión; de golpe, liberó el aire atascado en sus pulmones y todos los sollozos.

Se llevó las manos al rostro, para esconder sus lágrimas, no le gustaba que la vieran llorar; lo había hecho tantas veces, que terminó siendo algo, que la llenaba de vergüenza.

—Será mejor que vaya a ver a su padre —sugirió Marcus. Al verla así; quiso abrazarla, para consolarla, pero no lo hizo.

Deborah asintió, en silencio. Se limpió las lágrimas, con las manos, respiró profundamente, para recomponerse, y caminó junto al hombre, hasta el despacho de su padre; al llegar, llamaron a la puerta, antes de entrar.

Escuchar la voz ronca de Dominic, la hizo sollozar, quería verlo y que le ayudara a poder sobrellevar la pena que la estaba rompiendo; confiaba en que él lo hiciera, porque ella sola, no podría con todo eso.

—Señor... su hija acaba de llegar —mencionó Marcus, anunciándola y haciéndole espacio, para que pudiera pasar.

—Papá —esbozó Deborah y corrió hasta Dominic, quien se encontraba parado junto a la ventana, mirando hacia el jardín.

Se abrazó a él, con fuerza y rompió a llorar, temblando a causa de los sollozos, que no le daban tregua; buscó la mirada de su padre, para hallar consuelo en sus ojos, pero lo único que consiguió, fue un gran vacío; su mirada azul, estaba carente de brillo, de vida, y en ese instante, sintió mucho miedo, miedo de perderlo a él, también y quedarse sola en el mundo.

—Papi... —susurró, hundiendo su rostro en el pecho de él.

—No llores... no llores —pronunció Dominic, al fin, saliendo de la elipsis, donde se encontraba; siendo consciente de su realidad, una vez más, de su dolorosa realidad—. No vas a ganar nada con llorar, debes ser fuerte ahora... tenemos que prepararnos para el sepelio —dijo, intentando salir de esa situación tan incómoda y se alejó de ella.

—¿Cómo pasó? ¿Qué ocurrió, padre? —preguntó, caminando tras él, quería que la mirara a la cara y le contara todo.

Dominic se detuvo, tensándose, al escuchar esa pregunta, dar esa respuesta, era lo que más había temido, desde que pidió que le avisaran a Deborah de la muerte de Christie; respiró hondo, antes de volverse, para mirarla a los ojos.

—Encontré a tu madre en la tina... al parecer, tomó algunas pastillas, para dormir y se metió a bañar. Debieron hacerle efecto muy rápido y se quedó dormida, allí.

—Su voz era un murmullo y no pudo seguir manteniéndole la mirada a Deborah, al ver el horror, que se reflejaba en su rostro, ante esa revelación.

—¿Se quedó dormida? —inquirió, en medio de un sollozo.

—¡Murió, Deborah! —exclamó, para que ella lo entendiera, de una vez—. Tu madre... tu madre ya no controlaba sus actos; tal vez, pensó que podía contener los efectos del somnífero, mientras se bañaba, pero no fue así, no fue así —Le dio la espalda y caminó, para salir de ese lugar; no podía seguir mirándola.

Hacia más de un año que no la veía, y no recordaba que tuviera un parecido tan impresionante con Christie, era igual de hermosa y elegante, como lo fuera en vida su difunta mujer; con los mismos ojos azules, el cabello, la piel; eran tan parecidas, que quedarse allí, mirándola, solo avivaba el dolor que llevaba en el pecho.

—Se quitó la vida... ella se... se... suicidó —esbozó Deborah, cuando pudo recuperar su voz; las palabras de su padre, hicieron, que algo dentro de su pecho, se quebrara, provocándole un dolor espantoso—. Mi mamá se mató... —Ahogó sus sollozos, llevándose una mano a la boca y las rodillas le temblaron; cerró los ojos, sintiendo, que el mundo a su alrededor, se desboronaba, y tuvo que sostenerse del escritorio.

—Ya no pienses en eso... mejor sube e intenta descansar. Le diré a Martha, que te prepare algo, para que puedas hacerlo; yo iré a encargarme de lo demás —indicó, abriendo la puerta.

—¿Cómo puede ser tan frío, padre? ¿Cómo puede seguir tratándome así, incluso en este momento? —preguntó ella, verdaderamente asombrada, por la actitud de Dominic, mientras lloraba.

—¿Y qué quieres que haga, Deborah? ¿Que me ponga a llorar contigo y te diga cuánto siento la pérdida de tu madre? ¿Que me lance a la muerte, también? —cuestionó, mirándola, con rabia.

Deborah no sabía nada, no tenía ni idea del dolor que estaba sintiendo, de lo que llevaba por dentro; ella nunca había amado a nadie, como él amó a su difunta esposa; y no haría un drama barato, solo para hacerle ver, que también sufría, por haber perdido a Christie, que no sabía lo que sería de su vida en adelante.

Ella solo se quedó mirándolo, al tiempo que sentía, que el dolor, era cada vez mayor; tanto, que hasta su cuerpo fue víctima de eso y se estremeció, entera.

Negó con la cabeza, mientras lágrimas pesadas, bajaban copiosamente por sus mejillas; se aproximó a él, despacio, para mirarlo a los ojos.

—Lo que esperaba era, que me tratara como a una hija, como a la hija que acaba de perder a su madre... eso era lo que esperaba, papá. ¿Por qué le cuesta tanto hacerlo? ¿Por qué no me trata como a una hija? —cuestionó, con sus pupilas siguiendo las de él.

—Porque no lo eres —respondió Dominic, en un tono frío, pero que no dejaba lugar a dudas, de que decía la verdad.

Ella se echó hacia atrás, en un movimiento espontáneo, sintiendo, como si él le hubiera dado una bofetada; y lo miró con asombro; aunque ya lo sospechaba, nunca pensó, que él llegaría a decirsele de esa manera y menos un día como ese.

—Está mintiendo... ¡Está mintiendo! —Le gritó, en medio de un llanto amargo y doloroso, temblando de rabia y dolor.

—Cree lo que se te dé la gana... a estas alturas, y nada me importa —pronunció, con desprecio, dándole la espalda, nuevamente.

—¿Cómo puede ser tan cruel? —inquirió, sin poder dejar de llorar, aunque lo estaba intentando.

—¿Yo soy el cruel? ¿Crees que yo soy el cruel? —preguntó, con sarcasmo—. Pues déjame decirte, que estás equivocada, y será mejor que estés preparada, Deborah, porque aquí, la cruel siempre fue Christie, ella fue quien jugó con todos nosotros a su antojo, según su conveniencia; era tu madre quien tenía muchas verdades ocultas, verdades dolorosas... Leonard Blanchard, era una de ellas. No creo que lo hayas olvidado, ¿verdad? —Le mantuvo la mirada, para que viera todo el odio que había sembrado Christie en su alma; y al cual, ella también estaba condenada.

Deborah no supo qué responder ante esa pregunta, lo vio darle la espalda y salir, mientras ella se quedaba llorando, en silencio y temblando.

El nombre que había mencionado, seguía resonando dentro de su cabeza, y se le quedó incrustado en la mente; desde ese momento, no pudo sacarlo, sin importar cuántas veces lo intentó o se esforzó.

Con aquella conversación, Dominic también había sembrado la duda en ella.

Deborah regresó de sus recuerdos, con una idea fija en su mente; se movió, para liberarse del abrazo de Maurice; sentía el cuerpo entumecido, por haber estado tanto tiempo en la misma postura. Él la miró, algo sorprendido, ante ese arranque de su parte.

Si Dominic estaba tan seguro de que ella no era su hija, era porque obviamente, tenía prueba de ello; tal vez, le había pagado a algún detective, para buscar información sobre aquel hombre; y si eso era así, ella tenía que encontrarla.

—Maurice, necesito que me ayudes en algo —dijo, poniéndose de pie y extendiéndole una mano—. Vamos a aprovechar que Marcus no está, para buscar algo en el estudio de mi padre.

—¿Me estás pidiendo que entremos al despacho de Dominic, a escondidas? ¿Para hurgar entre sus cosas? —inquirió, sorprendido.

—Sí, por favor, no vayas a negarte; no sé cuánto tiempo tenemos y necesito que alguien esté vigilando, por si llega Marcus o mi padre —contestó, disponiéndose a caminar.

—Deborah... espera. —Él la detuvo, tomándola del codo—. ¿Acaso te has vuelto loca? —Intentó hacerla entrar en razón.

—No, pero si no quieres ayudarme, no importa; lo haré yo sola... igual sé, que nunca puedo contar contigo, para estas cosas —respondió, molestándose por esa actitud tan cobarde de él.

—No se trata de que puedas o no contar conmigo, porque sabes perfectamente, que siempre estaré a tu lado; sino, que si tu padre llega a enterarse, te puedes meter en problemas. Yo solo trato de cuidarte, ¿por qué te resulta tan difícil comprenderlo, Deborah? —cuestionó, mirándola a los ojos.

Ella se sintió mal, porque sabía, que él tenía razón; el reproche de Maurice, no estaba fuera de lugar; aun así, necesitaba hacer lo que le había pedido, tenía que buscar información sobre Leonard Blanchard, necesitaba buscarlo, saber si aún vivía, para buscarlo y hablar con él.

—Sé que puede ser arriesgado, Maurice... pero tengo que hacer esto, por favor... necesito hacerlo —pidió, mirándolo a los ojos, para que pudiera ver que hablaba en serio.

—Está bien, voy a ayudarte... vamos —concedió, dejando libre un suspiro pesado, al tiempo que rogaba, que eso no fuera a traerle consecuencias graves a Deborah.

Caminaron con rapidez hasta el estudio, cuidando que ni Angie ni Ingrid, los vieran entrar al lugar. Él le puso seguro a la puerta, y ella no perdió el tiempo buscando en el escritorio; se fue directamente a la caja fuerte, rogando, para que Dominic no hubiera cambiado la clave que ella recordaba; la misma que le había dado siendo una niña, por cualquier emergencia.

Maurice la miraba, sintiéndose algo nervioso, pero se mantuvo en silencio y alerta a cualquier ruido, que pudiera provenir del exterior.

Miró la hora en su reloj, descubriendo, que eran las cuatro de la tarde; dudaba que Dominic fuera a aparecerse por allí a esa hora; seguro estaba con Silvy, aunque no podía decir lo mismo de Marcus, el hombre parecía más inglés que norteamericano, con aquello de los horarios.

—¡Vaya, vaya Dominic! Después de todo, no eres tan desconfiado como aparentas —susurró Deborah, cuando consiguió abrir la caja, sonriendo, con malicia; y comenzó a sacar los sobres de esta.

Maurice negó con la cabeza, sin poder evitar sonreír, ante la suspicacia de su mujer. La vio sentarse en el escritorio y comenzar a revisar los documentos que tenía en sus manos, mientras sentía, que el ambiente a su alrededor, se cargaba de adrenalina.

Deborah se concentró en buscar sobres, que tuvieran el aspecto de tener años guardados; suponía, que si Dominic había contratado a alguien, para investigar sobre Leonard, debió ser unos dieciocho o quince años atrás, pues dudaba que lo hiciera después de la muerte de su madre.

Tomó unos diez que lucían amarillentos y algo desgastados por el uso, algunos tenían etiquetas que informaban del contenido; pero otros, no mostraban nada, fueron esos los que llamaron su atención.

Después de unos quince minutos, no hallaba nada y comenzaba a desesperarse; abrió el quinto sobre, descubriendo un olor particular en el mismo; ella conocía ese aroma, solo que no podía recordar de dónde, extrajo todos los papeles, descubriendo que eran los títulos de propiedad de la mansión, y se sintió defraudada, una vez más.

Cuando estaba guardando los documentos, sintió que algo les impedía llegar hasta el fondo del sobre, los volvió a sacar y volteó todo.

Una hoja doblada, cayó sobre el escritorio; ella la tomó, descubriendo, que estaba escrita a mano; era una especie de carta y reconoció la letra enseñada.

—Es de mi abuelo... —susurró, descubriendo, de inmediato, que el olor que sintió, era el perfume de Abraham Wallis.

Sus pupilas se comenzaron a mover, llenas de curiosidad, por la elegante caligrafía en la hoja; a medida que iba leyendo, sus ojos se abrían más y más, mientras los latidos del corazón, se le aceleraban, y un nudo le iba cerrando la garganta; sus manos también empezaron a temblar, y se llevó una a los labios, para ahogar un sollozo, que escapó de ella.

—¿Qué sucede, Debbie? —preguntó Maurice, al escucharla y ver que se había puesto pálida; se acercó a ella—. ¿Qué conseguiste, que te puso así? —La volvió a interrogar, no le recibió una respuesta; pero ella cada vez se ponía peor.

—Es... es una carta de mi abuelo. —Fue todo lo que dijo, porque el cúmulo de emociones en su interior, no le permitió nada más; sentía, que a cada línea que leía, la rabia y el dolor eran peores.

—¿Tu abuelo? ¿El viejo Abraham?

Maurice se sintió extrañado y lleno de curiosidad, ante esa respuesta; quería saber más, pero era evidente, que Deborah no le diría nada, hasta terminar esa carta.

Vio que comenzaba a llorar y la intriga aumentó dentro de él; pocas veces en su vida, había visto a Deborah llorar, al menos de esa manera; y esa imagen, le estaba rompiendo el alma.

—Dominic es un infeliz... es un maldito infeliz —expresó ella, arrugando un poco el papel, con la mirada acuosa, por las lágrimas y cargada de odio, hacia ese hombre.

—Deborah, él es tu padre... no hables de esa manera. —La reprendió Maurice, aunque sabía lo mal que se llevaban; era muy duro, que ella lo llamara así.

—¡No lo es! ¡Él no es mi padre! —exclamó, poniéndose de pie, necesitaba descargar en algo, la rabia que sentía.

—Por favor, intenta calmarte... ¿Qué demonios dice esa carta, para que te pongas así? —Volvió a cuestionar él, tratando de contenerla.

—¿Que qué dice? ¿Quieres saber lo que dice? ¡Pues aquí está! Léela tú mismo, Maurice, léela y descubre la clase de miserable que es Dominic Wallis —dijo, entregándole la hoja.

Él la recibió, sin salir de su asombro; ya antes, había visto a Deborah furiosa con su padre, pero nunca a tal extremo. Lo que decía esa carta, debía ser muy grave, para que ella reaccionara de esa manera; y no la estaba justificando, le molestaba su actitud, ya que un padre, siempre merecía respeto; sin embargo, tratándose de Dominic Wallis, podía esperar cualquier cosa.

Deborah se volvió, para mirar hacia el jardín y poder llorar con libertad; necesitaba hacerlo o terminaría mucho peor, porque la presión en su pecho, le provocaba un dolor agudo.

Apretaba los dientes, para no sollozar; y también los puños, con fuerza.

Maurice abría los ojos, con asombro, ante cada palabra que leía; eran apenas cuatro párrafos, escritos a mano, pero tenía demasiada información, para él.

Revelaciones, que nunca en su vida hubiese imaginado, aunque algunas veces sospechó, que lo que le había dicho Deborah, instantes atrás, podía ser cierto.

Para él, no tenía cabida, porque el carácter de los Wallis, era muy marcado, y en el caso de ella y su padre, era idéntico; ambos eran testarudos, orgullosos, egoístas. Así que nunca pensó, que no estuvieran unidos por la sangre.

Aunque al parecer, el viejo Abraham Wallis, pensaba igual que él, pues dejaba claro en esa carta, que consideraba a Deborah su nieta, aunque Dominic no lo hiciera; y que, por ello, había tomado la decisión de heredarle la mitad de la casa, pero sin hacer referencia de ello en el testamento, para no exponer a la familia en público, ni que todo el mundo se enterara de esas sospechas.

—Debbie... yo... no sé...

Maurice no encontraba las palabras adecuadas para ese momento, podía comprender, porqué se había puesto de esa manera, porqué demostró tanto odio por su padre.

La vio darse la vuelta, para mirarlo; y había tanto dolor en esos hermosos ojos azules, que él no se pudo quedar allí; acortó la distancia entre los dos y la amarró en un abrazo; lo hizo fuerte, para que ella supiera, que no estaba sola, que lo tenía a él.

—¿Por qué me hace esto? ¿Por qué me miente? ¿Por qué me humilla todo el tiempo? —preguntó ella, en medio de sollozos.

—Ya amor... no llores, no llores, por favor, Debbie. No merece la pena; mi vida... mírame, mírame —pidió, acunándole el rostro, para verla a los ojos—. No permitas que te siga haciendo daño, no le des el poder, para que siga lastimándote... deja de lado todo este odio, que al final, solo termina hiriéndote. Si continúas, nunca vas a ser verdaderamente feliz —mencionó, con su mirada suplicante, anclada en la de ella.

—¿Y qué quieres que haga, Maurice? —cuestionó, llorando.

—Que salgamos de aquí, que te olvides de todo esto y te liberes de todo el rencor, que te tiene presa en este lugar; ya te lo pedí antes y lo hago de nuevo... Deborah, la solución está en tus manos, solo tienes que tomarla y aferrarte a ella.

—¿Irme? ¿Irme? ¿Ahora que sé lo que dice esa carta? —inquirió, sin poder creer, que, en verdad, él le estuviera pidiendo eso.

—Sí, irte... salir de esta casa y comenzar de nuevo, lejos de aquí, lejos de Dominic. Marcharte a donde él no pueda hacerte daño... a donde puedas ser libre —pronunció, con convicción.

Deborah se alejó de Maurice, soltándose de sus manos, y caminó de nuevo hacia el ventanal, analizando por un momento, lo que él le pedía; y durante unos segundos, creyó que eso podía ser viable, pero enseguida, la idea se esfumó; cuando supo, que solo había una manera de liberarse realmente de Dominic, y esa era acabando con su vida.

—No, no lo haré —sentenció, volviéndose a mirar a Maurice.

Él la miró, como si se hubiera vuelto loca; y después, lo hizo con lástima, sintiendo, que sin importar cuánto luchase por salvarla y por ayudarla a superar ese pasado de penas y desprecios, ella nunca dejaría que lo hiciera, porque lo único que le interesaba, era vivir sometida por el odio que sentía hacia Dominic. Él parecía ser el centro de todo su universo.

—No lo entiendo... de verdad, no lo entiendo —expresó, abriendo los brazos; y después, los dejó caer, en señal de derrota.

—No tienes por qué hacerlo, Maurice; basta con que lo haga yo —dijo, caminando, para tomar la carta que él había dejado en el escritorio, no le diría nada más, no podía revelar sus planes.

Comenzó a guardar los sobres en la caja fuerte, quedándose con la carta, pues sabía, que debía tenerla en su poder; escuchó a Maurice resoplar, haciéndole saber, que estaba molesto; ella decidió ignorarlo, de momento.

El sonido del motor de un auto, la hizo sobresaltarse, vio que Maurice, se acercaba con rapidez hasta el ventanal, para ver de quién se trataba y se volvió a mirarla, con los ojos muy abiertos.

—Es tu padre, salgamos de aquí —dijo, tomándola del brazo, para sacarla de ese lugar, antes de que Dominic entrara.

—Espera... tengo que guardar esto y cerrar la caja fuerte.

—Hazlo rápido, si nos consigue aquí, estaremos en problemas.

—Ya deja de hablar como cuando tenías diecisiete años y temías que él se enterara, que nos encerráramos a coger, en los salones de la casa —expresó con rabia, soltándose del agarre—. Actúa como un hombre, Maurice. Si nos consigue aquí, lo enfrentamos y listo —señaló, mirándolo con molestia.

—¡Perfecto! Haremos lo que se te dé la gana, después de todo, eres tú quien está deseosa de comenzar una guerra con él —espetó, sintiéndose en verdad molesto.

—La guerra ya la tenemos, es una guerra fría... pero eso va a cambiar muy pronto. —Terminó de guardar todo y cerró la caja; después, se acomodó el cárdigan—.

Ahora sí, salgamos.

Maurice no dijo nada, solo la miró, de manera reprobatoria y caminó tras ella, sintiendo, que su paciencia, estaba pendiendo de un hilo; y lo mejor era, quedarse callado; tratar con guantes de seda la situación, para no llegar a una pelea con Deborah; pero si ella seguía actuando de esa manera, podía jurar, que le diría un par de cosas, antes de marcharse.

—Feliz Navidad, padre —saludó a Dominic, mostrando su sonrisa más hipócrita, aunque su mirada destellaba odio.

—¿Qué haces aquí? Pensé que estarías en alguna fiesta —comentó él, mirándola con recelo.

—No, no estaba de ánimos para ir a ningún lado; decidí que era mejor quedarme en mi... casa —contestó, haciendo énfasis en esa última frase y mirándolo de manera retadora.

—Bueno, eso es asunto tuyo; yo tengo una cena... solo vine a buscar un traje —dijo, dándole la espalda.

—Debería llevarse todo a casa de Silvy, pasa más tiempo allá, que en este lugar —expresó con ironía, siguiéndolo.

Maurice veía el comportamiento de Deborah y sabía lo que estaba buscando; suspiró, mientras pensaba, que ella no podía quedarse tranquila; debió haber sospechado, que confrontaría a Dominic por lo de la casa.

Dudó entre quedarse cerca o irse a la cocina, para dejar que ellos arreglaran sus asuntos; sin embargo, recordó cómo había acabado la última discusión entre los dos, y se puso alerta, rogando que no sucediera lo mismo.

—Esta es mi casa y puedo venir las veces que se me antoje, así que deja de decir estupideces —comentó Dominic, a quien comenzaba a molestarle, la actitud de Deborah.

—Nuestra casa... es nuestra casa; al menos esa fue la última voluntad del abuelo Abraham —pronunció ella, atrapando de inmediato, la atención del miserable mentiroso.

—¿De dónde sacaste eso? —inquirió Dominic, adoptando una posición defensiva, mientras fruncía el ceño.

—Usted sabe perfectamente de dónde, ¿o acaso no recuerda la carta que recibí de mi abuelo? Después de su muerte —preguntó, con un brillo malévolo en la mirada, al ver que Dominic palidecía.

—¿Qué demonios has estado haciendo, Deborah? —La tomó con fuerza del brazo, mientras la miraba a los ojos, para obligarla a que le dijera todo de una vez.

—¡Suéltame! —exigió ella, forcejeando.

Maurice dio dos largas zancadas, quedando cerca de ellos y miró a Dominic, de manera amenazadora; sintiendo, que la sangre le hervía, al ver cómo trataba a su propia hija.

—Déjela, Dominic, le está haciendo daño —pronunció, con los dientes apretados, al tiempo que cerraba su mano en un puño.

—Tú no te metas en esto... ¡Lárgate de aquí! —gritó Dominic, señalándolo con el dedo, echándolo.

—No me iré a ningún lado; y le repito, suelte a Deborah —dijo, con actitud desafiante.

Ella se llenó de temor, por lo que podía pasarle a Maurice; sabía, que Dominic podía despedirlo o hacerle algo; en ese instante, se arrepintió de ser tan estúpida e impulsiva.

—Maurice... todo está bien, por favor, ve a la cocina —pidió, mirándolo a los ojos, esperando que atendiera a su súplica.

La furia se apoderó de Dominic, al ver cómo Deborah lo desautorizaba, delante de ese imbécil; y la preocupación que veía en su mirada, solo le confirmaba, lo que ya sospechaba; eso hizo, que la decepción dentro de él, se hiciera más grande.

—A la cocina no, te vas de esta casa ahora mismo, Maurice.

—¡No! Él no se irá de aquí... Maurice se queda, porque esta casa, también es mía; y yo decido que lo haga —mencionó Deborah, enfrentando a Dominic. Haló nuevamente su brazo, para soltarse y poner distancia entre los dos.

—¡Tú, te callas! —Le gritó a Deborah, reforzando el agarre; y después, miró al hijo de Gaél—. Y tú te largas ¡Ahora!

—¡Será mejor que la suelte! ¡Ya! —Maurice también elevó la voz, no se pudo contener, cuando vio la mueca de dolor en ella.

—¿Quién demonios te has creído? Para gritarme en mi casa, pendejo —cuestionó Dominic, asombrado ante tal osadía.

Soltó a Deborah, para poner a ese malnacido en su lugar; ella intentó detenerlo, pero Dominic la empujó y estuvo a punto de hacerla caer.

Esa acción, hizo que Maurice viera todo rojo y se le fue encima al viejo Wallis; le lanzó un golpe con toda su fuerza, estrellándose en la dura mandíbula; el movimiento fue tan certero, que lo dejó tirado en el piso del salón.

—¡Maurice! —exclamó Deborah, llevándose las manos a la boca, mientras lo miraba con asombro.

—¡Le dije que no la tocará! ¡Se lo advertí! —pronunció Maurice, con la respiración acelerada, mientras miraba al hombre, que se encontraba aturdido, en el piso.

Sabía, que el golpe había sido fuerte, porque tenía un buen derechazo; era su mejor golpe. Cuando practicaba boxeo en la universidad, todo el mundo se lo decía; y Dominic Wallis, acababa de comprobarlo por él mismo.

Las dos empleadas que estaban en la casa, prefirieron mantenerse escondidas, aunque habían presenciado toda la escena, desde que comenzaron los gritos.

Nunca esperaron, que Maurice, reaccionara de esa manera; él era muy pacífico y relajado, pero al parecer, su patrón lo había sacado de sus casillas.

—Esta me la pagas... —pronunció Dominic, poniéndose de pie, al tiempo que los miraba con odio.

—Quédese donde está... Yo se lo advertí, le dije que soltara a Deborah y no me hizo caso. —Maurice intentó poner distancia, dando dos pasos hacia atrás; no quería agredirlo de nuevo, porque a pesar de todo, le tenía respeto al padre de Deborah.

—Sal de esta casa ahora mismo, antes de que llame a la policía o te saque de aquí a punta de pistola. —Lo amenazó, limpiándose el rastro de sangre, que le bajaba por su comisura.

Deborah supo, que debía intervenir en ese momento o todo acabaría muy mal; y no soportaría, que a Maurice le sucediera algo, por su culpa.

Se acercó a él, tomándolo por el brazo, para sacarlo de allí; debían irse y dejar que las cosas se calmaran.

—Maurice... vámonos... —Le pidió, mirándolo.

—Se va él, tú te quedas... nosotros dos tenemos que hablar, ahora —dictaminó Dominic, clavando su mirada en ella.

—No la dejaré aquí, para que pueda lastimarla. Deborah se viene conmigo; y usted puede llamar a quien se le dé la gana o buscar su revólver, si desea; pero no la dejaré —dijo Maurice, de manera categórica, entrelazando sus dedos a los de ella.

Dominic no podía creer, que esos dos, tuvieran el valor de enfrenarlo de esa manera. Él era un desgraciado oportunista, y ella era una zorra, que no tenía la más mínima vergüenza.

Las palabras que le dijera Maurice, lo hicieron vivir un Dejavú; y sintió, que el miedo le calaba hasta los huesos. No podía dejar, que Deborah se fuera de la casa; ella era lo único que le quedaba de Christie.

—¿Acaso no me han escuchado? —preguntó, arrastrando las palabras, mirándolos con odio y desprecio.

Deborah tembló, al ver la mirada de Dominic, pero el agarre de la mano de Maurice, la llenó de seguridad, así que se irguió, para parecer más alta; y miró al que se decía su padre, de manera retadora, antes de avanzar hacia la puerta.

—Si sales de esta casa, Deborah, no se te ocurra volver. —Dominic usó ese último recurso, para detenerla.

Ella se paró y Maurice la miró, pensando que se quedaría. Le rogó con la mirada que no lo hiciera, que no cediera al chantaje de Dominic.

Deborah asintió, con un gesto apenas perceptible; y después, se volvió, para mirar al hombre, que no se cansaba de hacerle daño; que deseaba que ella siguiera allí, prisionera.

—Me marchó cuando quiera y regresaré si me da la gana, en el momento que me plazca, porque esta también es mi casa... y que le quede claro, que Maurice lo hará conmigo. Téngalo presente, porque no pienso decírselo de nuevo, padre —pronunció, mirándolo por encima del hombro.

Después de eso, continuó con su camino, sin soltarse de Maurice. Salieron hasta el estacionamiento y fueron directo a su auto; ella siempre le dejaba la llave dentro, estando en casa, porque allí no corría peligro; además, ya las había perdido una vez dentro de la mansión.

Maurice le pidió, con una mirada, que lo dejara conducir; sabía, que, aunque ella se mostrara aparentemente calmada, no lo estaba; y era mejor, que él estuviera al volante, para evitar algún accidente.

Salieron de la propiedad a toda velocidad, dejando una nube de polvo tras ellos, que desdibujó el paisaje que iba quedando detrás.

—¿A dónde vamos? —preguntó ella, con la mirada fija en el camino, que las luces del auto iluminaban.

—A mi casa —respondió Maurice, dándole apenas un vistazo.

Deborah suspiró, cerrando los ojos y hundiéndose en el asiento, antes de que la barbilla comenzara a temblarle, por tener que aguantar las ganas de llorar; pero lo que sentía, era más fuerte; y un sollozo, terminó escapando de sus labios.

—No podemos hacer esto, Maurice... necesito regresar.

—¿Regresar para qué? ¿Para que Dominic te siga lastimando? ¿Para que siga humillándote y hasta termine pegándote? ¿Acaso no viste cómo estaba, Deborah? —cuestionó, tratando de no apartar mucho la mirada del camino.

—¿Y acaso es justo que yo tenga que salir huyendo de esta manera? De mi propia casa —preguntó, temblando, por el llanto—. ¿Sin mis cosas? ¿Sin dinero? ¿Sin un estúpido cepillo de dientes? —Ella se movió, para mirarlo a la cara, sin conseguir dejar de llorar.

—Está bien... vamos a calmarnos un poco; respira, por favor y trata de tranquilizarte. —Le pidió, mirándola a los ojos; no le gustaba verla así. Con suavidad, le acarició el cabello.

Desvió el auto hacia la orilla del camino y se detuvo, dejando las luces encendidas, para evitar un accidente; suspiró, desabrochándose el cinturón y se acercó a ella, tomándole el rostro entre las manos, para secarle las mejillas.

—Necesito regresar a mi casa —esbozó Deborah, suplicando con la mirada, para que él la comprendiera.

—Esta noche no. No me voy a arriesgar a dejarte en ese lugar; te quedarás conmigo y si quieres, podemos esperar a que Dominic salga de la mansión, para ir por tus cosas. Llamaré a Angie o a Katherine, para que me avisen cuando eso suceda —explicó, mostrándose serio, no daría su brazo a torcer.

—Pero Maurice, yo...

—Te comparé lo que necesites. Vamos a la ciudad, el centro comercial debe estar abierto, todavía —dijo, mirando la hora y volviendo a abrocharse el cinturón. Vio que ella iba a protestar, pero antes de que lo hiciera, habló—; y por el dinero no te preocupes, tengo mis ahorros, pero si lo deseas, será un préstamo; me lo pagas después —afirmó, consciente de cuán orgullosa era ella.

—Gracias —susurró Deborah y le dio un suave beso.

—No tienes nada que agradecer, Debbie; sabes que haría lo que fuera por ti —pronunció y la besó, luego se puso en marcha.

—¿Te duele? —inquirió ella, viendo los nudillos de su mano derecha enrojecidos.

—No, está bien —contestó, abriendo y cerrando sus dedos; y no pudo evitar sonreír—. Aunque creo, que a tu padre sí debe estar doliéndole mucho la quijada.

—Nunca pensé que serías capaz de hacer algo así —confesó, sintiéndose apenada. Lo cierto es, que siempre lo había considerado algo cobarde.

—Yo tampoco, a pesar de todo, sabes que respeto a tu padre, pero al ver cómo te trató, la consideración que le tenía, se perdió. Ningún hombre debe abusar de su fuerza, para someter a una mujer, ni llevado por toda la rabia del mundo; eso es una cobardía y nada lo justifica... Se lo merecía —sentenció, con la mirada fija en el camino; y le acarició la mano, para consolarla.

Deborah se quedó en silencio y le agradeció el gesto, entrelazando sus dedos con los de él, mientras pensaba, que Dominic Wallis, cada día se alejaba más, de ese hombre que ella idealizó siendo una niña; de aquel padre ejemplar y amoroso, no quedaba ni la sombra. Así que, el día que dejara de existir, estaba segura que no lo echaría de menos.

Minutos después, llegaron al *Riverwalk*. Maurice estacionó, se quitó el cinturón y se volvió a mirar a Deborah; quien se había calmado, aunque seguía mostrándose algo taciturna. Le acarició la mejilla, para captar su atención.

—Dime lo que necesitas, Debbie.

—Te acompañaré... —Se calló, al ver que él negaba.

—Ya acordamos que no. La gente empezaría a hablar, si te ve haciendo compras a esta hora; eso es lo malo de ser la heredera de media Nueva Orleans... eres más famosa que el alcalde —dijo, sonriendo, para animarla—. Aquí hay una libreta, toma, anota todo.

—No es mucho, solo un cepillo de dientes, ropa interior, unas toallas para quitarme el maquillaje... Puedo dormir con una de tus camisetas y usar tus calcetines —pronunció, mirándolo.

—Más te vale que lo hagas, me muero por verte con una de mis sudaderas. —Se acercó, succionándole los labios con suavidad, y antes de perder la cabeza, al imaginarla así, se alejó—. Bueno, por favor, Debbie; no vayas a ningún lado, ni hagas ninguna locura, ¿me lo prometes?

—Te lo prometo —respondió y asintió con su cabeza, para confirmar lo que decía; y le dio otro beso, antes de despedirlo.

—Regreso enseguida.

—Olvidé anotarte las tallas. —Deborah lo detuvo.

—Tranquila, las conozco de memoria —esbozó, con picardía. Le entregó un guiño y se encaminó al centro comercial.

Ella suspiró, sonriendo, y se relajó en el asiento; pero de inmediato, los recuerdos de lo acontecido, regresaron, haciendo que su cuerpo, se pusiera tan tenso, que le dolía.

Se esforzó por no llorar, debía dejar de hacerlo y comenzar a mostrarse fuerte. Estiró su mano, para encender la radio, necesitaba llenar el insoportable silencio que la rodeaba y distraerse; la extraordinaria voz de *Sia*, salió por los altavoces, inundando el espacio.

*I may cry, ruining my makeup
Wash away all the things you've taken
I don't care if I don't look pretty
Big girls cry when their hearts are breaking.*

Deborah apenas pudo escuchar la mitad de la canción, porque sentía, que le había lanzado sal a su herida; con rapidez, pasó a la siguiente, encontrándose con una que

estaba mucho mejor; que, de algún modo, le recordaba, que sin importar cuán duros fueran los golpes, que le daba la vida, ella siempre debía mantenerse en pie, luchar y luchar, hasta que consiguiese vencer todos sus demonios; o al menos, al más grande de ellos.

—*And I will stay up through the night... Let's be clear, won't close my eyes and I know that I can survive... I'll walk through fire to save my life.*

Cantó, dejando que la letra de la canción, la llenara de fortaleza, para poder soportar todo lo que se le venía en adelante. La puso en repetición y cerró los ojos, descansando su cabeza.

Maurice se apareció, al fin, después de media hora; tocó la ventanilla con los nudillos, pues tenía las manos ocupadas con varias bolsas y una bandeja, donde traía dos cafés grandes.

Ella le abrió la puerta desde el interior, ayudándolo y le agradeció la bebida con un beso.

Cuando llegaron a la casa Maurice, este se esmeró en hacerla sentir bien, todo el tiempo; aunque supo respetar su espacio, cuando vio que lo necesitaba.

Se durmieron unidos en un abrazo, no tuvieron sexo y no hubo necesidad de ello, pues no era la primera vez que se encontraban así, solo haciéndose compañía.

Los golpes secos del martillo, parecían resonar en cada rincón de ese lugar, cuando se estrellaba contra la madera, produciendo un eco, que se esparcía en el viento y llegaba hasta el pantano.

El torso desnudo de Gonzalo, estaba bañando en sudor y teñido de un suave, pero a su vez, muy atractivo carmín; ya que, a pesar de estar en invierno, el aire en Nueva Orleans, siempre era húmedo; y el ejercicio físico, lo hacía transpirar mucho.

Se había amarrado la camiseta en la cabeza, para evitar que el sudor le cayera en los ojos, mientras terminaba de reparar esa parte del tejado, que tenía algunas goteras.

Pensó en buscar a alguien, para que lo impermeabilizara, pero desistió, luego de consultar varios presupuestos y llegar a la conclusión, que sería una pérdida de dinero, porque igual, la cabaña iba a ser demolida, por la empresa que deseaba comprarla.

Bajó de la escalera con cuidado, después de comprobar, que había asegurado bien las tablas; se secó la frente con un pedazo de tela de algodón, que traía colgado de la pretina del jeans; y suspiró, sintiendo que su trabajo, por ese día, estaba finalizado.

—Estás quedando mejor de lo que pensaba... y tampoco es que seas tan fea, pero este lugar, puede acabar con lo que sea, en menos de un año; así que, no es una buena idea mantenerte en pie; y definitivamente, no deseo vivir en este lugar —expresó, mirando hacia arriba, para observar mejor toda la construcción.

Como no había nada más allí, de vez en cuando, hablaba en voz alta, para llenar el abrumador silencio. Ya había tomado a la casa como un ser vivo y se dirigía a esta, mientras hacía las reparaciones; recordándose no seguir esa costumbre, delante de otras personas, para no ser tildado de loco.

Entró a la casa, caminando directamente hasta la cocina, miró su teléfono móvil, que había dejado cargando y vio, que tenía un mensaje de Rebecca. De inmediato, una sonrisa se dibujó en sus labios y sus ojos se iluminaron.

Lo envió, para agradecerle por haberla llamado, para avisarle que había llegado bien; se habían despedido esa mañana, cuando él la dejó frente al restaurante. Pero el mensaje apenas le había llegado, porque había revisado antes y no estaba.

—Si me pica una serpiente en este lugar, es probable que me consigan una semana después, porque con esta señal de mierda, no podría llamar al número de emergencia. —Leyó en voz alta, el mensaje que le enviaría, para disculparse por no responder antes; lo envió y después le escribió otro—. Me costará mucho, conciliar el sueño esta noche, entre las sábanas frías de mi cama.

Pulsó la tecla de envío y dejó el celular sobre la mesa; abrió la nevera, sacó la jarra con té helado, que había preparado y se estaba bebiendo casi todo de un trago, cuando vio que el teléfono vibraba y encendía una luz.

Puso el vaso sobre la encimera y tomó el móvil, para leer el mensaje.



¿Tan mala amiga me consideras? Si no recibo una respuesta de tu parte, luego de tres horas de haberte escrito, saco el viejo Jeep de mi padre y me lanzo a la aventura de ir hasta el Atchafalaya, para comprobar que estás bien... Eso con relación a tu primer mensaje; en cuanto al segundo, ¿es eso una invitación, detective Dorta? Porque también por eso, puedo sacar el Jeep e internarme en ese lugar.

Gonzalo sintió, que el cuerpo se le llenaba de calor, al leer la última parte del mensaje; se mordió el labio inferior, analizando lo que debía responderle.

Los recuerdos del día anterior, tuvieron un efecto mayor sobre él; el miembro le palpitó y comenzó a tensarse, mientras esas imágenes, desfilaban por su cabeza.

—Esa mujer te trae mal, Gonzalo —expresó, sonriendo, al tiempo que negaba con la cabeza; con rapidez, tecleó una respuesta, dejando ver en su semblante, la picardía.



Creo que es mejor que sea yo quien deje este paradisíaco lugar, para ir a verte. No quiero que el viejo jeep, tenga una falla y termines en medio del pantano. Te llamo cuando esté en la ciudad, cuídate, por favor. Nos vemos esta noche; y gracias, por no dejarme pasar frío.

En él, siempre estaba ese afán por cuidar de las personas que le importaban; ya había perdido demasiado, como para seguir arriesgándose. Sabía, que el camino era difícil y más de noche; así que, no quería poner a Rebecca en peligro.

Recibió una respuesta bastante cómica, un minuto después; dos emoticones que rodaban los ojos; y dos, donde le lanzaba un par de besos; él no era de usar esas cosas, pero se animó con ella y le envió un guiño.

Después de eso, dejó el teléfono; terminó el resto del té, que le había quedado en el vaso y se encaminó hacia la habitación, para darse un baño. Le urgía quitarse el sudor del cuerpo, que le provocaba esa desagradable sensación pegajosa en la piel.

Duró cerca de una hora en el baño, aprovechando que las tuberías, estaban funcionando a la perfección; se recortó un poco la barba, esmerándose en dejarla perfecta; aunque no deseaba reconocerlo, todo eso lo hacía para agradar a Rebecca.

—Bueno, tampoco es que seas un hombre de las cavernas, para no estar presentable; esto no es nada del otro mundo y es lo mínimo que esa mujer se merece... ¡Y ya deja de darle vueltas a las cosas, idiota! —Se reprochó, mirándose al espejo. Se quitó los restos de vellos, que le cayeron en el pecho, y salió.

Generalmente, no usaba toallas para secarse, prefería hacerlo con el aire, sobre todo, si no tenía prisa; y esa tarde, no la tenía; era temprano, para salir hacia Nueva Orleans.

No quería estar dando vueltas y vueltas por la ciudad, hasta que llegara la hora de ir a buscar a Rebecca al restaurante. Caminaba por la habitación, complementemente desnudo, mirando el paisaje, a través de los grandes ventanales, que tenía la cabaña; y sabía, que ese era un privilegio, que solo podía darse estando en ese lugar; pero nunca en Filadelfia, porque su apartamento allá, era pequeño y sus vecinos lo denunciarían, por perverso; bueno, no todos.

—Mínimo tres de tus vecinas, estarían felices, pensando que lo haces, para invitarlas a coger —pronunció, sonriendo.

Después de una hora, el loco clima de Luisiana, hacía de las suyas. El cielo se había oscurecido y el aire bajó varios centígrados, de repente; allí no tenía calefacción, pero por suerte, ya había reparado la chimenea; así que caminó, para encenderla.

Solo esperaba que no comenzara a llover, porque sus planes de ir a ver a Rebecca, se arruinarían; de pronto, notó que la repisa se veía muy fea, sin ninguna foto de sus padres sobre ella, así que fue a la habitación; seguramente, allí, encontraría alguna, en el viejo baúl de recuerdos de su madre.

Gonzalo buscó la llave del baúl, en la gaveta de la mesa de noche, junto a la cama que fue de sus padres. Había ocupado otra de las habitaciones, dejando esa exactamente igual a como estaba; porque, aunque no se consideraba un hombre sentimental, había cosas, que su corazón no podía negarse; y mantenerlos a ellos vivos en ese espacio, era una de estas.

Caminó hasta el pesado cajón de madera y cuero, ubicado junto a la mecedora; recordó, que su madre solía sentarse allí a tejer, en las mañanas, mientras, a través de la ventana, miraba a su padre trabajar, en el huerto, que se había empeñado en construir.

—Bueno, veamos, Gonzalo... qué desconsiderado eres, esto es parte de tu herencia y nunca le has prestado atención. Doña Adela, estaría muy decepcionada de ti —pronunció, acariciando la suave tela, del vestido favorito de su madre; ese, que aún conservaba su olor.

Se le hizo un nudo en la garganta, al ver también las bolas de lana, las agujas y un suéter, que se quedó sin terminar; pensó, en lo difícil que debió ser para su padre, guardar todas esas cosas.

Él regaló todo lo que le perteneció a Clarisse, una semana después de que ella muriera; no soportaba ver sus cosas en la casa.

Negó con la cabeza, alejando esos recuerdos de su mente, y tomó el álbum de fotos. La primera imagen, era una suya, que fue tomada en su primer cumpleaños; estaba vestido con un tonto conjunto de marinero; y sonreía, mostrando sus escasos dientes.

La imagen lo hizo sonreír, aunque se dijo, que jamás se la mostraría a nadie; continuó, hallando varias de sus padres y más imágenes de él, a medida que crecía; y también, estaban sus diplomas.

La última fotografía, fue tomada allí, en Nueva Orleans. Estaban en el café Du Monde, y todos sonreían; en ese instante, notó, que su madre también lo hacía, pero su mirada era triste.

—¿Acaso te sentías mal y no dijiste nada, para no arruinar el momento, madre? —Se preguntó, en voz alta, acariciando la fotografía; cuando lo hizo, sintió que estaba algo abultada—. ¿Qué hay aquí debajo? —inquirió, de nuevo; y con cuidado, comenzó a despegar el plástico, que protegía la imagen.

Retiró la fotografía, encontrando debajo, dos hojas de papel, dobladas a la mitad. Las tomó, sintiéndose intrigado; y con cuidado, dejó el álbum, en el baúl.

Estaban escritas con las letras de su madre y tenía fecha de veinte de enero de dos mil siete; un mes antes de su muerte.

Frunció el ceño, mientras se sentaba en la mecedora, sin prestar siquiera atención al sonido que hizo, cuando él dejó caer todo el peso de su cuerpo en esta.

Gonzalo, sentía una extraña presión en el pecho; no había avanzado de la fecha en que fue escrita esa carta, pero algo le decía, que debía seguir, que era importante que lo hiciera; su instinto se lo exigía y él nunca lo ignoraba.

Respiró hondo, antes de avanzar al destinatario, y sus ojos se abrieron con sorpresa, al saber que estaba dirigida a él.

—¿Por qué nunca me la enviaste, madre? —esbozó sus pensamientos, al tiempo que el corazón, le latía más fuerte y las manos comenzaron a temblarle; se dio cuenta de ello y negó con la cabeza, para controlarse—. ¡Vamos, Gonzalo! Es solo una carta.

Se recostó en el espaldar de la mecedora, haciendo que se balanceara hacia atrás y hacia adelante; dudando, entre continuar en ese momento o dejarla para después; en vista de que tenía un compromiso con Rebecca.

Miró de nuevo la misiva, suponiendo, que no le llevaría más de cinco minutos leerla; así que, cedió a su curiosidad y comenzó.

Nueva Orleans, 20 de enero de 2007.

Querido Gonzalo,

Te escribo esta carta, porque ya no puedo más con el peso de este secreto, que tu padre y yo hemos guardado, durante tantos años.

Necesito liberarlo, porque siento que me está ahogando, cada día un poco más, pero no tengo el valor para contarte todo de frente, mirándote a los ojos; no quiero ver, en los que son mi tesoro, el reflejo de un dolor, que no mereces.

Gonzalo se puso alerta de inmediato, y por unos segundos, se vio tentando de dejar de leer y no enterarse de esa dolorosa verdad, que ella le anunciaba.

Lo único que deseaba era, evitar a toda costa, lo que pudiera lastimarlo; pero sabía, que ya nada podría hacer que desistiera; debía continuar.

Cuando tu padre y yo teníamos diez años de casados, nuestra vida era todo lo perfecta que podíamos imaginar, nos amábamos profundamente y teníamos un hogar maravilloso, pero algo nos faltaba.

Llevábamos mucho tiempo intentando concebir un bebé, un niño que le diera sentido a nuestras vidas, como el que todo matrimonio anhela; para que nuestra felicidad fuera completa.

Consultamos varios doctores, nos hicimos pruebas, tratamientos, de todo y al final, nada de eso resultó; así que, nos resignamos a esperar un tiempo y dejarlo en manos de Dios. Si él quería bendecirnos con un hijo, que su voluntad se hiciera realidad; y si no, lo aceptaríamos por igual.

Te escribo todo esto, porque espero que nos comprendas, Gonzalo y que no vayas a juzgar nuestra manera de proceder, cuando te enteres de todo.

Un día, mientras yo salía de la escuela, conocí a una joven, que deambulaba por las calles y lucía muy desarreglada; estaba muerta de hambre y tenía una pequeña barriga, que denotaba su estado; y ella, algo avergonzada, me lo confirmó. Tenía cinco meses de embarazo.

—¡Mierda! —expresó Gonzalo, en un jadeo ahogado.

Se puso de pie, cerrando sus párpados trémulos y comenzó a caminar por la habitación, mientras apretaba las hojas en un puño.

Movía su cabeza de un lado a otro, negándose a creer, lo que su madre estaba a punto de revelarle en esa carta; sentía, que cada vez, le resultaba más complicado respirar y que la garganta se le inundaba en lágrimas, haciéndolo jadear, de nuevo.

—Esto no puede ser verdad, no puede ser verdad... ¡Me tiene que estar jodiendo, madre! —exclamó, preso de la desesperación; se apoyó contra la pared—. Ustedes nunca me dijeron nada, ni una sola palabra, nunca... ¡Nunca! —reprochaba, en voz alta; como si sus padres estuviesen presentes, en ese momento.

Miró de nuevo las dos hojas en sus manos; y supo, que debía seguir, no se podía quedar con esa verdad a media; se dejó rodar, hasta quedar sentado en el suelo; debía apoyarse en algo, porque sentía, que las rodillas le temblaban, cuando desdobló los papeles y sus piernas estaban a punto de flaquear.

Llevé a la chica a nuestra casa, le preparé la tina, para que se diera un buen baño y pudiera quitarse toda la mugre que llevaba encima; le regalé ropa y la alimenté; al parecer, llevaba varios días sin tener una comida decente; pude verlo, en la manera que se devoró todo lo que le serví.

Cuando llegó tu padre, le conté la situación en la cual se encontraba la pobre mujer, y le dije, que debíamos ayudarla, que no podíamos dejarla sola, en la calle; sobre todo por su estado.

En principio, él se mostró renuente, pero logré convencerlo; y lo que serían solo unas semanas, se volvieron meses.

Ella nos contó, que no tenía a dónde ir, que el padre del niño, no había querido hacerse cargo de él; y que no tenía familia. Ella, al igual que nosotros, era europea.

Yo comencé a ilusionarme con su embarazo, compramos muchas cosas para el bebé, y cuando llegó el día del nacimiento, Gaspar y yo, sentíamos que esperábamos a nuestro propio hijo; estábamos tan ansiosos, nerviosos y emocionados que ella.

El parto fue complicado, la pobre sufrió durante dos días, los fuertes dolores de las contracciones; en ocasiones, llegamos a pensar, que no sobreviviría, pero ella luchó y luchó, hasta traerte al mundo.

Gonzalo se llevó una mano al rostro, para limpiar las dos lágrimas, que rodaron por sus mejillas, dejando un rastro de humedad, y cayeron sobre la carta; suspiró, para liberar la presión en su pecho, que apenas lo dejaba respirar. Sentía, que tenía el corazón cerrado en un puño.

Recuerdo, como si fuese ayer, cuando te tuve por primera vez en mis brazos; eras tan hermoso. Naciste pesando más de cuatro kilos, con muy poco cabello en tu cabeza y con la piel arrugada y sonrojada.

Los doctores decían, que pocas veces, veían a un bebé tan grande, nacer de una madre tan menuda, como ella.

Regresamos a la casa, dos días después; ya tu padre y yo, los veíamos a esa chica y a ti, como parte de la familia; a todo el mundo, le dijimos que era una sobrina, que había llegado desde Francia; y que su esposo, había muerto en un accidente.

Los meses pasaron y nuestras vidas giraban en torno a ti. Dios no nos había dado un hijo natural, pero nos envió a uno, a través de aquella hermosa joven; aunque debo confesar, que a veces, sentía envidia, porque era ella, quien compartía contigo, ese momento mágico de alimentarte con su pecho.

Yo no podía hacerlo, por más que lo deseara; siempre traté de ocultarle mi pena, no deseaba inspirar lástima ni hacerla sentir mal.

Ella intentó buscar varios empleos, pero en todos le pedían sus documentos... certificados de estudios, y no los tenía.

Comenzó a desesperarse, ya que sentía, que era una carga para nosotros; la verdad es, que nunca buscamos hacerla sentir de esa manera; por el contrario, siempre la animábamos.

Una mañana, cuando tenías seis meses, todo cambió, nos despertamos con tu llanto y nos extrañó, pues a ella no le gustaba que lloraras; cuando te escuchaba hacerlo, corría a atenderte.

Entramos a la habitación que compartían, y estabas solo, en tu cuna; y sobre la cama, había una nota, dirigida a Gaspar y a mí.

Tu madre se había marchado; y en la nota, nos pedía que cuidáramos de ti, que te hiciéramos un hombre de bien, ya que ella no podía hacerlo, que lo más generoso que podía hacer por ti, era dejarte con nosotros.

Gonzalo sollozó, dejando caer la hoja, y se llevó las manos al rostro, para ocultar su llanto. No podía creer, que lo que estaba escrito en esas hojas, fuese verdad, no podía creer, que no fuese hijo de sus padres, sino de una completa desconocida, a la que no le importó dejarlo, cuando apenas era un bebé; y que, además, no tenía justificación alguna, porque ni Gaspar ni Adela, se portaron mal con ella, no la pusieron a escoger, no le exigieron que debía marcharse; se fue, simplemente, porque le dio la gana.

—Lo hizo porque era una miserable, egoísta, por eso se fue —espetó con rabia, mientras buscaba nuevamente la carta, debía terminar de leerla, aunque ya no le importaba nada más.

Un mes después, nos enteramos, que el teatro del que nos habló, había estado en la ciudad, los artistas habían llegado al puerto de La Guaira, con un gran despliegue publicitario, porque eran los invitados especiales, para celebrar el cumpleaños del presidente; así que, no fue difícil para nosotros, deducir, que ella se había enterado de eso y aprovechó la oportunidad, para regresar con su gente. Renunciando a ti, por ir en busca de su propio beneficio.

Años después, vimos una foto suya en una revista; se había convertido en una gran actriz, exitosa y mucho más hermosa de lo que fuera antes.

Entonces, le insistí a Gaspar, para que la buscásemos, pero él nunca estuvo de acuerdo con ello; decía, que ella no había valorado la bendición de tenerte, que no merecía saber nada de ti.

A Gaspar le ofrecieron un trabajo en Los Estados Unidos, y yo vi en eso, la oportunidad de ponerme en contacto con tu madre; pues, lo único que sabía era, que se había radicado en algún estado del Sur.

Pasó mucho tiempo, antes de que pudiera dar con ella; estaba viviendo en Nueva Orleans, era la esposa de un hombre muy rico y había tenido una niña junto a él.

Cuando fui a verla, me quedé sorprendida, ante el derroche de lujo y riquezas que tenía; vivía en una mansión, con sirvientes para atenderla, autos y joyas. Yo me sentí tan dolida y furiosa, Gonzalo...

Ella sabía, que tú, Gaspar y yo, éramos personas humildes, que trabajábamos de sol a sol, para que, en nuestro hogar, no faltara nada, para poder enviarte a ti a la universidad, para criarte como el hombre de bien, que ella un día deseó.

No he dejado de preguntarme, después de ese día, qué tanto le costaba buscarte, para saber qué había sido de tu vida, para saber si comías, si dormías bien...

—Si no le importó abandonarme, mucho menos le iba a importar lo demás; usted era demasiado inocente y buena, madre; no debió buscar a esa miserable mujer, y yo no la necesitaba —esbozó, parando la lectura, porque sentía, que el dolor y la rabia, pujaban cada vez más fuerte dentro de él—. No sé si quiera, porqué continuó leyendo esto. A mí solo me importa, que tuve a los mejores padres del mundo, aunque no lo fueran de sangre.

A pesar de esa mezcla de sentimientos y las dudas que lo asaltaban, Gonzalo ya no podía detenerse, le quedaba una hoja completa, para terminar; y suponía, que allí había más revelaciones.

Cuando se lo pregunté, me dijo: “Sabía que, con ustedes, nunca le faltaría nada, que estaría mejor de lo que hubiera estado conmigo. Yo no soy una buena madre, no lo fui para Gonzalo y tampoco lo he sido para mi hija”.

Me sentí indignada, realmente indignada, y quise que lo viera por sus propios ojos, quise demostrarle, que era verdad, que yo había sido mejor madre que ella.

Le exigí encontrarnos en el café Du Monde, le dije que tú vendrías a visitarnos con tu esposa y que iríamos a ese lugar.

Ella, al principio, estaba renuente, pero después, me dijo que lo haría; solo si le prometía, que no te revelaría quién era; y mi respuesta, fue decirle, que tú solo habías tenido una madre en tu vida, y que esa, era yo; que no se preocupara, que no te diría nada, porque no quería causarte ese dolor.

Recuerdo, que ese día, estaba muy nerviosa, no le conté nada a tu padre; pero sabía, que en cuanto la viera, la reconocería y sabría, que había sido yo, quien la buscó; y se pondría furioso conmigo.

Eso no sucedió, porque Christie nunca llegó, una vez más, me engañó como a una estúpida, y la verdad es, que no sé cómo explicar lo que sentí en ese momento; por un lado, me sentía decepcionada, furiosa y dolida; pero por otro, estaba feliz, porque tú seguirías siendo mi hijo, solamente mío, y ella ya no sería un fantasma.

Te preguntaré ahora, que, si eso fue así, qué me llevó a escribirte esta carta.

La escribí... porque no podía con el cargo de consciencia... debía confesarme, hijo; aunque fuera en unas hojas de papel, necesitaba hacerlo o no podría seguir con mi vida en paz.

Gonzalo, tu madre no apareció ese día en el café, porque se quitó la vida... su esposo, la encontró muerta en su bañera; los diarios no reseñaron nada de la trágica muerte, pero las personas hablan y nada en esta vida queda oculto. Ella... se suicidó... y yo no podía dejar de pensar, en que todo había sido por mi culpa, en que yo la había llevado a quitarse la vida.

Yo siempre sentía el peso de ese secreto en mi corazón y quise contarte toda la verdad, en muchas oportunidades, pero terminaba desistiendo, por temor a herirte. Después de la muerte de Christie, todo fue peor, el peso me estaba hundiendo, con el pasar de los días; y finalmente, le conté todo a tu padre.

Contrario de lo que me esperaba de él, su reacción fue consolarme y hacerme entender, que nada había sido mi culpa, que fueron las decisiones de ella, las que la llevaron a tener consecuencias tan graves.

Ahora que estoy a punto de terminar esta confesión, me siento mucho mejor, el peso que llevo, es más liviano, me siento liberada; y sé, que fue correcto hacer esto.

Aun cuando nunca te envíe esta carta y tú no te enteres de la verdad, sé que he hecho bien; y la guardaré, para releerla cada vez que tenga dudas; para que cuando ya esté completamente desatada de las culpas, pueda quemarla y olvidarme de todo.

Solo espero, que ese día no tarde mucho en llegar.

Con todo el amor que mi corazón siente por ti, tu madre.

Adela Dorta.

Gonzalo, ni siquiera supo cómo consiguió terminar esa carta; cada una de las últimas revelaciones que le hizo su madre, fueron golpes al centro de su pecho.

El odio que sentía, por la mujer que lo había parido, se fue transformando en lástima; y el resentimiento que sintió hacia Adela y Gaspar, por ocultarle la verdad, pasó a ser un profundo dolor, que lo llevó a llorar, sin saber por cuánto tiempo.

LEE EL FINAL DE ESTA HISTORIA, AHORA SÍ, EN...

LINA PEROZO ALTAMAR

RONDA MORTAL

JAQUE MATE



El Sommelier, les dio una mesa junto a la ventana, un rincón, donde podían tener mayor privacidad.

Les hizo sus recomendaciones y se retiró de manera discreta, después de que Deborah escogiera un salmón con puré de brócoli, y Gonzalo, un lomo *Tenderloin*, junto a dos copas de vino, que acompañarían perfecto, cada plato.

—Entonces... ¿Maurice no es tu amante? —cuestionó él, una vez más, no dejaría ir a su presa.

—¿Tienes algún interés especial, en conocer esa respuesta? —contestó ella, con otra interrogante.

—Simple curiosidad —respondió Gonzalo, sonriéndole.

—Creo que es mucho más que eso, pareces estar interesado, en cada hombre con el que me relaciono —lanzó esa indirecta, para tratar de conseguir algo a cambio.

—No soy homosexual, si es lo que piensas —dijo, riendo, porque su jugada, había sido muy evidente.

—Me alivia mucho saberlo, porque sería una verdadera pérdida, para las mujeres que gustamos de los hombres. —Deborah intentó ser más directa, aunque no planeaba seducirlo, igual necesitaba que él, le mostrara más.

—Puedes estar tranquila, pero volviendo a tu comentario de antes, mi pregunta fue por mera curiosidad, el hecho de que ese hombre sea tu chofer, no es impedimento, para que sea algo más, ¿verdad? —cuestionó, estaba casi seguro que el tal Maurice, era el hombre del que habló George Stevenson.

—Nada para mí es un impedimento, cuando un hombre me atrae, si me gusta, lo consigo... salvo que esté comprometido. No me atraen los de ese tipo, porque cuando quiero que alguien sea mío, lo quiero por completo —mencionó, mirándolo a los ojos y viendo un brillo que se desprendía de los de él; al parecer, el detective Dorta, también era posesivo. Le agradó que tuvieran eso en común, y le sonrió, de manera seductora, llevándose la copa de agua a los labios, para darle un sorbo, antes de continuar—: pero cambiando de tema, cuando te llamé, estabas en el aeropuerto, ¿tienes pensado irte pronto? —inquirió, de manera directa.

—No, solo estaba solucionando un inconveniente, que tuve con el equipaje, una de mis maletas no llegó, cuando viajé, y la aerolínea se hizo responsable de enviarla, pero por las fechas, se había extraviado, pero por suerte, ya apareció. —Mintió, con maestría, ella no era la única que podía hacerlo.

—Debe ser una molestia, viajar en vuelos comerciales; gracias a Dios, no tengo ese problema, mi familia cuenta con un avión, que está a mi disposición —dijo, mientras sonreía, para tratar de esconder su desilusión.

—Tuviste la suerte de nacer en una cuna de oro, Deborah, y tener unos padres que te dieran todo; por cierto, nunca te he escuchado hablar de tu madre, siempre lo haces de tu padre.

—Mi madre está muerta —expresó, con seriedad; ese cambio de tema, no le había gustado.

—Lo siento, no quise importunarte, sé lo doloroso que es perder a alguien que se quiere tanto. En mi caso, fueron los dos —mencionó él, notando que le había molestado su pregunta, supuso de inmediato, que debía ser por algo.

—Está bien, fue hace mucho tiempo... solo que no me gusta hablar de ello, la relación con mi madre, fue bastante complicada. Christie era una mujer muy particular —esbozó, con algo de nostalgia, sin mirarlo; por eso se dio la libertad de hablar sobre ese tema que le dolía tanto.

Gonzalo estuvo a punto de caer de la silla, cuando escuchó ese nombre, su mirada se clavó en Deborah y cientos de preguntas le llegaron a la cabeza, pero la voz no le dio para formular ninguna.

El corazón se le desbocó en latidos y las manos empezaron a sudarle, no podía creer que todo eso estuviera sucediéndole, él no creía en el destino ni en ninguna de esas tonterías, pero definitivamente, alguna fuerza había convergido en su contra, para llevarlo a estar justo donde estaba y frente a...

—¿Estás bien? —inquirió Deborah, al ver que se había quedado callado y puesto pálido, de pronto.

—Sí —pronunció, con la voz más ronca de lo habitual.

La comida llegó y ambos se concentraron en disfrutar de los platillos, al menos, esa era la impresión que daban, pues seguían estando alerta, a cualquier comentario que alguno hiciera y les revelara algo importante. Sobre todo, Gonzalo, para quien el panorama había cambiado por completo, en ese instante.

—Entonces... ¿Planeas instalarte en Nueva Orleans, Gonzalo? —preguntó ella, minutos después.

—Ahora eres tú, la que pareces muy interesada en mi estadía en este lugar —acotó, mostrando media sonrisa.

—Es simple curiosidad. —Deborah jugó su mismo juego.

Él la miró fijamente, en silencio, cerca de un minuto, buscando algo en ella, que le confirmara lo que estaba sospechando, mejor dicho, intentando negar la posibilidad, de que eso fuera verdad.

Debían existir millones de mujeres en el mundo con ese mismo nombre, seguro varias en Nueva Orleans, aunque si recordaba la carta de su madre, ella había escrito, que aquella mujer contrajo matrimonio con un hombre millonario y tuvo una hija.

¡Mierda, Gonzalo! Esto no... esto no es posible, Deborah Wallis, la mujer que tienes frente a ti, es... es...

Detuvo sus pensamientos, antes de que esa verdad, lo fuera a golpear más fuerte, se sentía aturdido y hasta el aire comenzaba a faltarle, tomó la copa de cabernet, terminándola de un trago.

PLAYLIST

Hozier - Take Me To Church.
Nirvana - Smells Like Teen Spirit.
Amy Winehouse - Back To Black.
Amy Winehouse – Rehab.
Amy Winehouse - You Know I'm No Good.
Avril Lavigne - Sk8er Boi.
Jessie J, Ariana Grande, Nicki Minaj - Bang Bang.
Imagine Dragons – Radioactive.
Christina Aguilera - Something's Got a Hold On Me.
Victor Manuelle - Si Tú Me Besas.
Major Lazer & DJ Snake - Lean On.
Bruno Mars – Treasure.
Bruno Mars – Gorilla.
Joe Cocker – Unchain My Heart.
Playing For Change - Stand By Me.
Sia - Big Girls Cry.
Sia - Elastic Heart feat. Shia LaBeouf & Maddie Ziegler.